

HD SMITH



La  
asistente  
del  
diablo

SERIE REINOS OSCUROS - LIBRO I

# LA ASISTENTE DEL DIABLO

Reinos oscuros - Libro I

H D SMITH

WILD  
FEY  
*Books*

Esto es una obra de ficción. Los personajes, acontecimientos y diálogos en este libro son producto de la imaginación de la autora y no deben considerarse reales. Cualquier similitud con hechos o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Queda prohibida la reproducción o transmisión de este libro de cualquier forma y por cualquier medio electrónico o mecánico, incluidos fotocopiado, grabación, sistemas de almacenamiento de datos o sistemas de recuperación, sin previo consentimiento escrito de la autora.

Wild Fey LLC  
<http://www.wildfeybooks.com>

Copyright © 2014 HD Smith

[vellum ~ v1]

Traducido por Natalia Steckel  
Corregido por María Martha Arce

Todos los derechos reservados.

## ÍNDICE

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Acerca de la autora

Gracias

## DEDICATORIA

*Para los vivos y para los muertos.  
(Confío en que sabes a cuál perteneces).*

## CAPÍTULO I

**M**e gustaría decir que podría haber sido peor. Estaba segura de que muchas personas odiaban su empleo o a su jefe, o a la gente con la que trabajaban. Simplemente no podría identificarme con ellas. Tenían opciones. Podían renunciar, mudarse o desaparecer del mapa. La única opción que tenía yo era un boleto de ida garantizado al Infierno cuando muriera, y no incluía plan odontológico.

Recogí la última edición de *The Daily Grind*, nuestro periódico interno, antes de entrar al ascensor. Gruñí cuando vi el titular: “¡Mantenimiento a la huelga!”. Estaba segura de que tendría que ocuparme de eso. El Jefe no se ocupaba de las cosas insignificantes. Esas tareas le tocaban a su humilde asistente administrativa.

Me corrí hacia el fondo del ascensor, que estaba repleto. Jenny, otra de las empleadas administrativas, se inclinó y le susurró algo a una joven morocha, que estaba a su lado. La mujer rio disimuladamente, me miró y articuló: “¡No puede ser!”. Revoleé los ojos y las ignoré. Me negué a que los plebeyos me molestaran hoy.

Solo cinco por ciento de la población humana de la Tierra sabe la verdad sobre los seres de otro mundo entre nosotros. En Tucker Bosh (la empresa neoyorquina para la que trabajaba que, en realidad, no vendía seguros), las estadísticas eran apenas más elevadas. Agrupé a mis compañeros de trabajo en tres categorías: los plebeyos, los condenados y los demonios.

Los demonios llamaban al Jefe “su rey” (S. A. R. Rey Demonio, en los documentos oficiales), y los plebeyos eran humanos comunes, que no tenían la menor idea acerca del tema. Por fortuna, era una de los condenados: un humano que sabía la verdad.

No siempre era fácil distinguir los plebeyos de los condenados, así que no tenía amigos en el trabajo. Una palabra incorrecta sobre el Jefe o sobre mi empleo, y haría que asesinaran a un compañero.

La campanilla del ascensor sonó, y desvió mi atención del periódico. Me sorprendió ver a un hombre canoso bloqueando la puerta. Tenía la cabeza gacha y se frotaba la nuca con una mano. Llevaba un traje entallado de color azul oscuro, que debería haberle quedado a la perfección si no fuera porque estaba arrugado, como si lo hubiese tenido puesto desde hacía días.

Levantó la cabeza de golpe cuando me aclaré la garganta. Su frente arrugada se relajó, sonrió y sostuvo la puerta cuando esta comenzaba a cerrarse. Asintió con otra sonrisa amistosa, se dio vuelta y abrió la puerta de vidrio, que daba a la oficina del Jefe.

—Gracias —expresé.

—Por nada, señorita —respondió el hombre, con un agradable acento texano.

—¿Tiene una cita? —Miré el reloj. Eran las siete y treinta. El Jefe no concertaba citas a las siete y treinta de la mañana.

—No exactamente —contestó.

Sonó el teléfono cuando abrí la boca para hablar.

—Disculpe.

Me apresuré hasta mi escritorio y estiré el brazo por encima del mostrador para alcanzar el tubo. Me detuve a medio camino. Fijé la mirada en un florero con rosas blancas, que ocupaba la mitad del escritorio. *¿Sorpresa número dos?*

La primera sorpresa habían sido dos entradas en primera fila para la obra más novedosa de la ciudad, cuyos boletos estaban agotados. Jack me las había dejado con una nota esa mañana, en mi bolso del gimnasio.

Ignoré por completo el teléfono (que ya no sonaba) y al hombre parado detrás de mí. Mi cabeza se concentró en Jack, mi atractivo novio de ojos azules y pelo oscuro, a quien había dejado en nuestra cama caliente dos horas atrás.

Rodeé el escritorio de prisa y saqué la tarjeta adjunta a las flores. Decía: “Te amo. J”.

El hombre se aclaró la garganta. Vería a Jack para el almuerzo, pero ahora debía trabajar.

Levanté la cabeza para hablar con el hombre, y advertí la carpeta roja sobre la bandeja. El color rojo significaba que provenía de RR. HH. Explicaba por qué el visitante estaba allí tan temprano y tan desaliñado. Había sido convocado. Lo habían condenado. Su boleto de ida al Infierno estaba en proceso.

El departamento de RR. HH., compuesto solo por demonios, se refería al proceso como “jubilación”. Un chiste interno, suponía.

Durante los últimos cinco años, había manejado cientos de estos casos. RR. HH. tenía facilidad para saber qué alma infeliz aparecería en la oficina para ver al Jefe. Esos eran los que yo debía manejar personalmente. Era un promedio de uno por semana. Ese día, por alguna razón, esa jubilación me pareció incorrecta.

El hombre caminó hasta el escritorio y se inclinó sonriendo. Cuando abrió la boca, hablé primero:

—Enseguida estoy con usted. —Mis palabras se oyeron apresuradas. Debía componerme antes de hacer algo verdaderamente estúpido, como permitirle ver al Jefe. Eso no saldría bien para nadie.

El hombre oprimió los labios, asintió y se alejó del escritorio. Había un brillo de decepción en sus ojos. En realidad, sentí lástima por él, algo que era ridículo. No era mi primer día de trabajo. Él no era diferente de las demás almas condenadas a las que había procesado.

Observé las flores y sacudí la cabeza. ¿Estaba sintiendo algo por ese hombre porque Jack me había hecho ver un atisbo de esperanza y un futuro con el que no había soñado en años?

Abrí la carpeta y revisé la primera página.

El hombre tenía nombre: David Janus. Cincuenta años de servicio. Estaba casado, tenía tres hijos y siete nietos. Era hijo de un predicador, lo que no era tan sorprendente ni raro como se esperaría, y trabajaba en ventas.

Era la vida del hombre resumida en un párrafo. Imaginé mi propio párrafo: “Claire Cooper. Cinco años de servicio. Sin familiares”.

—Esperaba...

—Señor, por favor —lo interrumpí—. Deme un momento.

Mantuve la mirada sobre la carpeta. No quería verlo a los ojos. ¿Habría sido lo mismo de siempre si él hubiese tenido una amante o dos? ¿Lo habría hecho menos humano ante mis ojos? Respiré profundo. Eso no era personal. Solo era otra jubilación. Ignorarlo no lo haría desaparecer. RR. HH. sabría (el Jefe sabría) que David Janus se jubilaría.

Saqué las tres hojas que él debía firmar. Las coloqué una junto a la otra sobre el mostrador de mi escritorio y tomé una lapicera de sangre del lapicero.

Las lapiceras de sangre se parecían a cualquier otra lapicera, excepto que esas extraían una pequeña cantidad de sangre del dedo de quien oprimiera el botón para accionarlas.

Estaba por pedirle que firmara las hojas cuando vi a Junior a través de la puerta de vidrio. Se llevó la mano derecha al oído e hizo un gesto para que lo llamara. “Después”, articuló. Guiñó un ojo y desapareció.

Por el rabillo del ojo vi a Janus cambiar el peso de su cuerpo al otro pie.

—Señorita...

Sin prestarle atención, me quedé con la boca abierta mirando el pasillo vacío. ¿Por qué querría Junior, el descendiente mayor del Jefe, que lo contactase? Recordé la llamada que había ignorado y oprimí el botón del historial en el teléfono. El alma se me fue al suelo. El número era la extensión de Junior.

¿Qué demonios sucedía? Primero, tenía la mejor mañana de todas; luego me emocioné por una jubilación; y ahora el descendiente mayor del Jefe quería hablar.

—Señorita —rugió Janus.

Me quedé mirando al hombre cuya vida se había terminado.

—Tengo tres documentos para que firme, señor Janus. Por favor, utilice mi lapicera. —La sostuve frente a él, pero no la tomó.

—Esperaba ver al Jefe. Creo que hubo un error. —Se limpió la frente con un pañuelo.

—Nadie ve al Jefe.

—¡Entonces, esto es todo! —exclamó con un golpe sobre el escritorio, que me sobresaltó—. Después de cincuenta malditos años. Todo lo que me toca es una pelirroja engreída que me dice: “Firme aquí”.

Por un momento no supe qué decir. No podía cambiar su destino. Una vez que el trato estaba cerrado, no había opción, sin importar quién lo hubiera cerrado. Mi madre había hecho un trato con el Diablo, no yo; sin embargo, había heredado la deuda, lo que me dejaba tan fastidiada como a Janus.

Yo no podía impedir que nada de eso sucediera. Ver al Jefe no lo ayudaría. Si Janus continuaba con esa actitud, perdería más que su vida.

—Puedo asegurarle, señor, que estoy muy bien calificada para manejar su jubilación. No tengo cincuenta años de experiencia como usted, pero soy perfectamente capaz de leerle la letra chica para completar el proceso. Si elige no cooperar, entonces, no recibirá el paquete de indemnización, que incluye una muerte natural indiscutible y el periodo de gracia de setenta y dos horas para despedirse de sus seres queridos.

Leía eso tan a menudo que lo tenía memorizado, lo que fue la única razón por la que pude seguir ese día con el discurso:

—Si se niega a firmar los documentos, significará la pérdida inmediata de todos los beneficios restantes, que incluye el paquete de indemnización antes mencionado. Como bien sabe, siempre se sospecha de un familiar cuando hay muerte dudosa, y su seguro de vida no cubre el suicidio. ¿Tiene alguna pregunta?

El dolor en su mirada y la tensión en su tono de voz eran desgarradores. Bajó los hombros.

—Este es el peor día de mi vida, y a usted le importa un comino.

Tragué saliva. No había palabras. No podía ayudarlo.

—Lo siento —expresé.

Me quitó la lapicera de la mano y oprimió el botón, lo que derramó un poco de sangre dentro

del tanque, y firmó los documentos. Como si estuviese en piloto automático, revisé las firmas, recogí su tarjeta de crédito corporativa y le entregué una caja roja con un moño blanco en la tapa. El hombre la abrió, resopló y la arrojó hacia mí.

Nadie aceptaba el regalo. Probablemente porque era un reloj de oro barato, o quizás era la tarjeta de agradecimiento sin firmar, colocada dentro de la malla.

Janus salió de la oficina hecho una furia y golpeó el botón del ascensor con el puño. No debería importarme, y no porque me hubiera vuelto insensible en los últimos cinco años. No debería importarme: él había hecho su trato, al igual que el resto.

Guardé las tres hojas y la tarjeta de crédito en la carpeta. No podía salvarlo, así como no podía salvarme a mí misma.

Volví a mirar las flores y recordé que vería a Jack para almorzar. Él era la razón por la que me levantaba por las mañanas. Lo amaba. Era lo que me mantenía cuerda. Lo necesitaba y, realmente, deseaba seguir acurrucada en cama con él en lugar de estar mirando una luz roja de mensaje del descendiente mayor.

Respiré profundo, levanté el tubo del teléfono y oprimí el buzón de voz. En los cinco años que había trabajado allí, Junior jamás había ido a la oficina del Jefe. No por voluntad propia.

Me concentré en su voz. “La lluvia que cae y el sol estival solo te tienen a ti para mi nombre llamar. Si alguna vez llegan la dicha y los cometas, los ojos del océano un solo final completan. Azul y profundo las ventanas ven, tan lejos como el más allá puede ser. El sauce se deshace, y yo debo necesitar a quien tanta falta me hace... Lamento lo de antes. No puedo esperar para verte. Subiré enseguida”.

No estaba segura de cuánto tiempo había pasado pero, en algún momento, el buzón de voz se desactivó y comenzó a sonar una molesta señal de ocupado. Aún sostenía el tubo, intentando determinar qué había sucedido exactamente.

Colgué y me quedé con la mirada perdida. *¿Qué demonios fue eso?* Levanté mi café, deseando que fuera un expreso doble.

—¿Un poema de amor? —me pregunté. Volví a oprimir el botón del historial. Su nombre seguía allí.

Sonó el intercomunicador, y casi dejé caer el café. La marca en mi brazo derecho me dio un cosquilleo y me quemó. Aparecieron unos símbolos. No tenía idea de qué significaban, y tenía mucho miedo de preguntar. Los cuatro símbolos se asimilaban a la escritura china pero, en realidad, pertenecían a una lengua antigua, desaparecida hacía mucho tiempo. Cerré el puño a medida que él hacía hervir la sangre en su marca.

El intercomunicador volvió a sonar. Miré el reloj: era temprano para que el Jefe estuviese en la oficina. Verifiqué mi escritorio rápidamente. Todo estaba en orden, tal como a él le gustaba. Jubilación lista, sin mensajes, sin reuniones hasta más tarde. Los de Mantenimiento planeaban ir a la huelga, pero él ignoraría eso. *De acuerdo, respira. Ahora averigua qué quiere.* Oprimí el intercomunicador e ignoré el dolor del brazo. *Sé amable. Sé cortés.*

—Sí, señor.

—Ven aquí.

Él no levantó la vista cuando entré a la oficina. Por lo general, su escritorio era el vivo retrato de la organización pero, ese día, estaba removiendo papeles como si se le hubiera perdido algo.

Un leve escalofrío me erizó la piel del brazo cuando cerré la puerta. Siempre me había parecido extraño que le gustara un ambiente frío en su oficina dado que su reino era el Infierno.

Su tono de voz era desapasionado y entrecortado:

—Necesito que busques algo.

Me paré derecha. ¿Quería que yo abandonara la oficina? Con un tono casual, que ocultaba un significado más profundo, preguntó:

—¿Quién envió las flores?

Se me secó la boca. No podía hablar. Sus ojos negros estaban sobre mí... esperando. El Jefe tenía una regla que jamás podía romperse: ningún ser humano común ni un plebeyo de la oficina podía saber quién era él. Si le decía a alguien, este moría. Punto.

—Jack —respondí en voz baja.

Después de estudiarme por un momento, el Jefe bajó la mirada hacia el escritorio. Estaba vestido completamente de negro. Tenía el cuello de la camisa abierto, sin corbata. Su pelo negro estaba corto, y tenía unos mechones plateados. Tenía una mandíbula fuerte y nariz angulosa. Era atractivo (como siempre), pero daba miedo.

Me quedé parada, aguardando su orden, pero nunca llegó. Después de unos minutos, pregunté:

—¿Qué quiere que le busque? —Mi tono de voz sonó más inquieto del que debería haber utilizado. *Maldición*. Me tenía en ascuas con la pregunta de las flores, pero eso no era excusa.

Estaba observándome otra vez. Sus ojos intensos se iluminaron al tiempo que envió un golpe de calor a mi marca. *Sé amable, sé cortés y quédate callada*. Incliné la cabeza. Bajó un poco la intensidad en la marca.

—Irás a la Ciudad Inferior y verás a un hombre llamado “Wylan James”.

Levanté la cabeza de golpe y abrí más los ojos. Él me ignoró y continuó:

—Tiene algo para mí. Dile que te envíe, y te dará lo que necesito.

Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera detenerlas:

—No tengo permitido ir sola a la Ciudad Inferior.

Mis instintos de supervivencia estaban olvidando varias piezas clave de información. Primero, su humor: oso grizzly. Y, segundo, yo le importaba un comino. ¿Por qué le importaría que la banda de druidas que gobernaba el Inframundo (o “Ciudad Inferior”, como a él le gustaba llamarlo) me había amenazado con matarme si volvía a atraparme sola allí?

Subió el calor en su marca. Cerré la boca con fuerza para no gritar ni decir algo más que pudiera enfadarlo.

—Regresa al mediodía.



INTENTANDO IGNORAR LA INQUIETANTE MOLESTIA EN LAS ENTRAÑAS, ME DIRIGÍ AL PARQUE DE VEHÍCULOS. El Jefe sabía que no debía ir sola al Inframundo; entonces, ¿por qué me enviaba?

El Inframundo era el lugar entre los tres reinos y la Tierra. Recuerdo haber pensado que sonaba exótico. Resultó ser muy similar a la ciudad de Nueva York. La única diferencia real entre el Inframundo y Manhattan eran los policías. Los druidas comandaban la Policía. Eran los guardianes de la ley en el Inframundo, pero no eran policías. Eran una mafia y eran tan corruptos como cualquier miembro del crimen organizado en la Tierra.

Los druidas eran la razón por la que no iba a la Ciudad Inferior sola. La primera vez que me habían enviado, un druida despiadado, llamado “Johnny Flash”, me había dejado atrapada en un círculo de sal, rodeada de perros rabiosos, durante tres días. Me habían hecho prometer que les conseguiría plan odontológico a los de Mantenimiento para el solsticio de invierno.

El Jefe había rechazado lo del plan odontológico.

Yo tenía apenas dieciséis años, pero había aprendido tres lecciones muy importantes aquel día: no le importaba al Jefe, nadie conseguía plan odontológico, y no se podía confiar en los

druidas. Jamás.

Deseché los malos recuerdos. Entraría y saldría antes de que alguien notara que estaba allí. No tenía opción: nadie le negaba algo al Jefe.

El parque de vehículos estaba muerto. Había limusinas negras lustrosas, aparcadas en casi todos los sitios disponibles del enorme estacionamiento subterráneo. Había tranquilidad en lugar del habitual ambiente ajetreado. Siempre era así el lunes posterior a un gran evento del Inframundo. Los choferes habían trabajado el fin de semana, llevando y trayendo a los ejecutivos por la Noche de Pelea, así que ese era su día libre.

Ubiqué al gerente, un demonio corpulento, con pelo negro y áspero.

—Tengo su auto listo, señorita Cooper —indicó con una sonrisa. El brillo rojo en sus ojos resplandeció mientras señalaba al hombre más bajo detrás de él—. Su chofer habitual está enfermo (con gastroenteritis), y con la pelea de este fin de semana...

—Lo comprendo. Están cortos de personal —interrumpí. Mi sonrisa amable se desvaneció cuando presentí el velo del tipo nuevo.

—Él es Frankie —anunció el gerente—. Hoy será su chofer.

Frankie parecía tener unos treinta años, y la línea dura de su nariz y mandíbula le daba un aspecto demoníaco severo. Era un estereotipo, ya que él era un demonio, pero había activado mi detector de velos. La sensación de ansiedad en mi estómago (la reacción de mi cuerpo al estar cerca de un velo) no ayudaba a calmar mis nervios. Él no debería tener velo. No era necesario. No allí abajo, adonde los humanos no tenían permitido ir.

No existía mucha diferencia física entre los seres de los tres reinos y los humanos. Los paganos, los druidas y los demonios se colocaban un velo cuando estaban cerca de humanos para ocultar lo que sí era diferente. El velo de Frankie no solo estaba fuera de lugar: estaba equivocado. El velo lo hacía parecer aún más un demonio.

Miré el reloj. Frankie estaba ocupado tipeando en su móvil pero, si no nos íbamos pronto, nunca regresaría a tiempo.

—Debo ver a un hombre llamado “Wylan James” —comenté—. Es un asunto importante para el Jefe.

Los ojos de Frankie eran inexpresivos, pero su expresión endurecida era petulante.

—Para el carro, muñeca. Debo ingresar los datos en el registro antes de irnos.

—Tengo que regresar para el mediodía.

—¡Frankie! —gritó el gerente del parque de vehículos—, andando; es una VIP la que llevas.

—Ya, está bien. —Frankie encendió el motor.

*Por fin.* Saludé al gerente en señal de agradecimiento.

Levanté la vista cuando Frankie murmuró un insulto. Golpeteaba el GPS, tratando de limpiar la pantalla. Solo logré un vistazo antes de que todo se borrara, pero estaba segura de que el último destino había sido algún lugar en el Paraíso, algo imposible. Nadie que trabajara para el Jefe podía ir allí.

Los tres reinos no eran exactamente destinos vacacionales. Nunca había ido al Infierno (gracias a Dios) pero, técnicamente, era posible hacerlo. Mi alma quedaría atrapada en el Infierno cuando muriera. Los demonios eran almas que ya habían muerto, pero tenían suficiente poder o privilegio para salir del Infierno. Si bien no era imposible que Frankie fuera al Paraíso (el reino druida), ¿qué razón tendría el Rey Druida para permitirle el paso?

Volví a mirar el reloj pero, antes de que pudiera decirle a Frankie que esperaría a otro chofer, el auto se sacudió hacia adelante, y salimos.

Consideré pedirle que regresara al estacionamiento pero, en realidad, no tenía tiempo para

esperar. Era una parada rápida para recoger algo; entrar y salir. No era gran cosa. Ignorando mi inquietud, tomé el periódico y me acomodé en el asiento.

La sección de entretenimiento estaba ocupada por el desastre de la Noche de Pelea. El evento (el más importante del Inframundo) se había convertido en una refriega incontrolable después de haberse desatado varias peleas pequeñas en el estadio. Hubo que suspender el evento completo. Por primera vez en cien años, la Noche de Pelea había sido cancelada.

Me estremecí cuando el escalofrío del umbral me atravesó. Habíamos cruzado al Inframundo. Amortiguado por el auto, no era muy diferente al cambio de presión en la cabina de una aeronave.

Abrí los ojos aún más cuando una camioneta blanca se detuvo con un chirrido frente a nosotros. Frankie clavó los frenos, lo que me impulsó hacia el respaldo del asiento delantero.

Cuatro matones bajaron en tropel de la camioneta, que nos bloqueaba el camino. Tomé el móvil para pedir ayuda. Aterrada, eché un vistazo a Frankie para ver si estaba bien. Me quedé paralizada cuando advertí el arma con la que me apuntaba al pecho. Di un grito ahogado.

—¿Qué estás haciendo?

Él sonrió y jaló el gatillo.

Esperaba que la agonía me desgarrase el pecho. Cuando solo sentí un dolor agudo, bajé la mirada para ver el daño, pero no había un agujero en mi pecho. En su lugar, había un dardo de color azul.

Se me caían los párpados. Frankie tenía el teléfono junto a la oreja. No podía oír lo que estaba diciendo. Me sonrió con suficiencia mientras continuaba la conversación. Estaba por desmayarme.

Luché por mantener los ojos abiertos. Frankie se pasó la mano por el pelo, lo que eliminó la ilusión. Su pelo negro cambió a castaño claro, y sus ojos destellaron un color caramelo terroso. Entonces, comprendí por qué llevaba velo.

—Ángel... —lo acusé, justo antes de perder el conocimiento.

## CAPÍTULO 2

**M**i boca estaba seca. Fue lo primero que noté cuando recuperé la conciencia. Lo segundo fue el horrible olor a aceitunas encurtidas, una exquisitez druida en el Inframundo y una clara señal de que la mafia estaba detrás de eso.

Lentamente, abrí los ojos. La luz me taladró la cabeza e hice una mueca de dolor. Miré a mi alrededor. La habitación donde me tenían encerrada era un almacén con estantes llenos de alimentos y cajones de verduras y frutas frescas. Mis manos y pies estaban atados por detrás. Acostada en el piso sucio de cemento, tenía frío. Al menos esa vez no había perros rabiosos.

Me dolía el pecho donde me habían clavado el dardo. Intenté reajustarme, pero nada se sentía cómodo. Las sogas alrededor de mis pies y manos estaban muy ajustadas; no creí que pudiera quitármelas. Cuando me llegaron murmullos distantes desde el exterior, dejé de moverme.

Cerré los ojos y me concentré en la puerta al otro lado de la habitación. Al principio, no oí nada. Luego, como si hubieran encendido unos altoparlantes, se oyeron pisadas y crujidos de sillas fuerte y claro.

—Oye, Frankie, ¿qué te pareció trabajar para el Jefe? —consultó un hombre con marcado acento europeo.

Una voz más grave (que no era de Frankie) rio por lo bajo. Dos hombres desconocidos estaban afuera.

Una persona normal no podría haberlos oído con tanta claridad (ni comprenderlos, ya que hablaban en druida), pero yo no era precisamente normal, y tenía algunos aparatos.

El detector de velos no era el único beneficio corporativo con el que me había despertado cinco años atrás. No tenía idea de cómo funcionaba (tal vez con algún hechizo), pero el traductor era pura tecnología, completamente creada por el hombre, y algo por lo que los plebeyos matarían.

Traducía todo, excepto lenguaje antiguo, y aumentaba cualquier sonido cercano hasta un volumen audible. Lo había maldecido a menudo hasta que había aprendido a controlarlo. Ahora podía distinguir el sonido más leve y atraerlo hasta poder escucharlo.

Un fuerte chirrido de madera sobre cemento y una voz grave que rugió: “¿Qué dem...?” redirigieron mi atención a los hombres que estaban fuera de la habitación. Un fuerte gruñido y lo que pareció una silla de madera retumbaron cuando algo grande cayó al piso.

—¿Cuál es tu problema? —inquirió el hombre con acento europeo.

Se oyeron un altercado, unos golpes y un ruido seco estremecedor.

—Vete al diablo, Frankie —rugió el hombre de voz grave—. No puedes soportar que te llamen “áng...”.

Hubo un gruñido de dolor y otro empujón contra la puerta antes de que el europeo dijera:

—Cálmense. Suéltalo, Frankie, estúpido desagradable.

Los druidas eran tan condenadamente sensibles... Odiaban que los llamaran “ángeles”. Era su culpa. Llamaban a su reino “Paraíso”, ¡por todos los cielos! ¿Qué esperaban?

Por desgracia, era la única similitud que tenían con los ángeles. Los druidas no eran exactamente feos, pero tampoco eran hermosos. Ni siquiera eran guapos: eran sosos. Promedio, comunes, nada especial. Fui una estúpida al llamarlo “ángel”, pero él me había disparado con un dardo tranquilizante. Se lo merecía.

—¡Suficiente! —exclamó el europeo.

—Ya verá esa —gruñó Frankie.

Unos pies se arrastraron hacia la puerta. Se oyó el clic del cerrojo. Di un grito ahogado; luego, me relajé y fingí estar dormida.

La puerta se entreabrió, pero la cerraron de golpe antes de que alguien entrara.

—No seas imbécil —bramó el europeo—. Ella no vale la pena. Olvídalo.

Con un resuello susurrante, el hombre de la voz grave agregó:

—El Padrino no lo permitirá. Se enfadó cuando la lastimaron la última vez. Solo quería que Johnny le diera un susto, no que intentara matarla.

*Oh, demonios.*

—El Rey Druida —susurré. ¿Por qué le importaría lo que Johnny me había hecho?

—Eres demasiado entrometido —gruñó Frankie—. Johnny sabe lo que hace y, una vez que él lo diga, será mía.

Volví a concentrar mi atención en el almacén donde estaba. No podía quedarme; debía salir de allí.

Maniobrando hacia atrás, hice una mueca de dolor cuando me golpeé el hombro con una caja grande. La sacudida provocó que se cayera una pequeña caja, colocada en la parte superior de la pila. Rodé para evitar la caída de las verduras, pero me topé con un par de zapatos. Miré hacia arriba. Frankie. La rigidez de su rostro había desaparecido. Ahora solo estaba furioso. Grité cuando me pateó en el estómago.

Un druida de pelo castaño oscuro tiró con violencia de Frankie.

—Suficiente —espetó.

Lo reconocí como el hombre con marcado acento europeo. El segundo hombre (del que supuse que era el de la voz grave) pasó entre los dos. Me levantó con fuerza.

Frankie se soltó del agarre del europeo.

—Tráela —le ordenó al hombre que me sostenía, antes de salir dando fuertes pisotones.

Me arrastraron hasta el comedor principal del restaurante, una mala imitación de Little Italy, con manteles rojos a cuadros y botellas de Chianti en cada mesa. El lugar estaba vacío, excepto por Johnny y su última novia, una morocha rolliza con labial rojo y sombra celeste; un cliché andante.

La mujer me observó cuando los hombres me acercaron. La expresión de Johnny era anodina. Aparte de la horrible cicatriz que cruzaba su mejilla derecha, se veía igual que cinco años atrás: pelo castaño, ojos marrones, traje marrón. Ni siquiera la cicatriz le agregaba algo interesante a su estilo. Era un druida: aburrido, simple, mortal.

—¿Quién es esta, Johnny? —inquirió la morocha. Su tono era agudo y nasal. Tenía pechos grandes y un peinado levantado. El vestido era corto y se ajustaba a sus curvas como un guante. Era el paquete completo. No vi una alianza. Debía ser su amante.

—Nadie. —La despachó con un movimiento de la mano—. Ahora, vete.

—Pero no terminé...

—¡Sal de aquí! —rugió él.

Se oyó un taconeo preciso y rápido mientras se iba.

—Hola, Johnny, ¿qué hay de nuevo? —Por fortuna, mi tono permaneció calmado, pero yo no lo estaba. El tipo me daba miedo.

—Eres muy atrevida para haber regresado. Tengo una reputación que proteger, y tú no has hecho nada por mí.

Eché un vistazo a Frankie.

—Deberías rogar que el Jefe no se entere de esto. —Estaba fingiendo. Al Jefe no podía importarle menos.

Frankie emitió un gruñido gutural.

Johnny soltó una risita.

—Sabes que Conrad no puede tocar a mi gente.

—Tú deberías mostrar más respeto, y se supone que no debes acosar a sus humanos. Sin embargo, aquí estoy.

La expresión de Johnny era engreída.

—Todos saben que eres especial, Claire. No eres parte de ese trato.

Especial. Era una broma cruel. Debería estar protegida como todos los demás, pero no era así. No sabía por qué, y no se lo preguntaría al Jefe. No era como si tuviésemos reuniones personales todas las semanas. Johnny podía hacer lo que quisiera. No habría consecuencias... ni castigo. Probablemente, el Jefe estaría más enojado porque Johnny lo había llamado “Conrad”, el nombre humano que utilizaba el Diablo como CEO de una de las quinientas empresas más importantes, según la revista *Fortune*.

—¿Qué hay sobre el Padrino? Tal vez tenga algo que decir al respecto.

Todos se quedaron callados, algo que no había esperado. La sonrisa engreída de Johnny desapareció al perder algo de su fanfarronería. Distraídamente, tocó su cicatriz.

—Yo manejo las cosas aquí, no Harry —señaló.

¿El Rey Druida se llamaba *Harry*?

Johnny hizo un gesto con la cabeza hacia el hombre a mi izquierda (el de la voz grave). Antes de que yo pudiera reaccionar, me dio un puñetazo en el estómago. Me quedé sin aire, y me dolió al respirar.

El humor sombrío de Johnny cambió, e hizo un gesto de asentimiento hacia el europeo. Me encogí, esperando que me golpeará, pero no lo hizo. Me desató y luego me puso de pie.

Resollando, me paré derecha, frotándome las muñecas para reactivar la circulación.

—¿Lo ves? —planteó Johnny—. Puedo ser cruel o amable, igual que Harry pero, si intentas huir de mí... bueno, digamos que no deberías huir. —Tenía una sonrisa malvada, y su expresión arrogante había regresado.

—¿Qué quieres de mí?

Pateó la silla que estaba frente a él. Dudé por un momento, y luego me senté.

—Moe —rugió Johnny. Un tipo, al que no había visto, sentado a un costado, detrás de Johnny, se puso de pie—. Saca a los muchachos de aquí. Tengo asuntos personales que tratar.

—Seguro, jefe.

Moe acompañó a Frankie (quien aún parecía querer estrangularme) y a los otros dos. Johnny y yo nos quedamos solos.

Él volvió a comer y pinchó una aceituna con el cuchillo.

—Me causaste muchos problemas con los representantes sindicales. Les dije que habíamos llegado a un acuerdo.

Me habría reído si no hubiese estado tan sorprendida.

—¿Es una broma? Eso fue hace cinco años. —Él se llevó otra aceituna a la boca—. ¿Qué esperabas exactamente de mí? —indagué—. Le dije al Jefe lo que me pediste, pero no cederá. Nadie tiene plan odontológico.

—Los Limpiadores lo tienen.

Lo miré boquiabierto por un momento; no estaba segura de si estaba loco o de si yo lo estaba.

—Sí, bueno, los Limpiadores no cuentan. —Era un argumento pobre, pero yo no tenía control sobre nada de eso—. ¿Por qué no se lo pides en persona? Puedo ponerte en la agenda para principios de la próxima semana. Tú y Conrad pueden charlar durante el almuerzo.

Me miró furioso. De acuerdo, era una sugerencia estúpida, pero ¿qué esperaba? Él era el demente que pretendía que los de Mantenimiento consiguieran un plan odontológico y, al parecer, estaba dispuesto a lastimarme para lograrlo. Como si eso fuera a funcionar. Yo no tenía plan odontológico (nadie lo tenía), pero él actuaba como si fuera el santo grial de los beneficios corporativos. ¿Por qué le importaba?

—No entiendo por qué piensas que yo puedo conseguirlo. Hasta es ridículo que lo pidas. Él ya dijo que no. —*Y me odia.*

—¿Debería llamar a los muchachos otra vez? ¿Decirles que te den una paliza? Creo que no llegué suficientemente lejos la última vez. —Johnny pinchó otra aceituna.

Peores cosas me habían sucedido desde entonces, pero jamás se olvidaba la primera vez. No quería esperar otros tres días encerrada en una habitación protegida por un círculo de sal. Me había enviado al Jefe con un mensaje. Los de Mantenimiento obtenían el plan odontológico, o la próxima vez me enviaba muerta. Esa era la próxima vez.

Reprimí las lágrimas que amenazaban con caer. ¿Qué pensaría Jack si no regresaba a casa por unos días... o jamás? No podía resolver el problema de Johnny, y él lo sabía.

Me observó y luego rio. Disfrutaba de mi miedo.

Enderecé los hombros y lo miré con furia.

—No puedo conseguirte lo que quieres. Ambos lo sabemos. Si no me matas, haz que Frankie traiga el auto. El Jefe me quiere de regreso al mediodía, y aún debo hacer algo.

Johnny levantó las cejas, echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Eres de lo que no hay, niña, ¿lo sabías?

—¿Por qué me trajiste aquí?

Dejó de reír y arrojó el cubierto sobre el plato. Quitó la servilleta de su regazo y se limpió la boca.

—Las Familias no están contentas con la pelea. —Arrojó la servilleta sobre la mesa—. Nos costaste mucho dinero.

—No sé de qué me hablas.

—Se suponía que te mantendrías alejada de la Ciudad Inferior —explicó—. Lo dejé claro la última vez, ¿no?

—Es la primera vez que vengo en meses. —Aunque, a la luz del comportamiento de Junior, me preguntaba si no tenía una gemela malvada a la que le gustaba enfurecer a mafiosos y a descendientes del Demonio.

—Todo estaba abrochado, hasta que apareciste.

“Abrochado” debía ser un código para “arreglado”. Recordé un artículo en el periódico. Había mencionado algo sobre que los corredores tomaban apuestas contra la victoria de Wagner. Como la pelea se había cancelado, Wagner no había ganado. Los corredores debieron haber perdido mucho dinero. Probablemente, era lo que Johnny quería decir, pero eso no tenía nada que

ver conmigo.

—No estuve en la pelea.

Él estaba por decir algo cuando un inquieto Moe regresó. Se frotó la nuca, y una gota de sudor amenazaba con bajar por su mejilla. Dudó cuando Johnny le hizo un gesto para que se acercara. Moe se inclinó y le susurró algo al oído. Él frunció el ceño.

—¿Cómo se enteró?

Me concentré en el susurro de Moe.

—Yo... yo lo llamé —admitió—. Pensé que usted querría...

Johnny entrecerró los ojos. Moe emitió un balbuceo ahogado. Se le saltaron los ojos mientras lo envolvía la voluntad de Johnny. Era evidente que Moe había cometido un error. Quien fuera al que había llamado no era alguien a quien Johnny quería mantener al tanto. ¿Habría sido el Padrino? Johnny no parecía haberlo tomado en serio antes. Quizás no quería que Harry se involucrara.

Johnny tiró de Moe para susurrarle al oído. Habló tan bajo que no pude descifrar sus palabras. Moe me miró de reojo. Johnny gruñó cuando Moe sacudió la cabeza. Su rostro comenzó a ponerse rojo. Con poco esfuerzo, Johnny lo arrojó contra la pared. Moe se desplomó en el suelo y tomaba aire mientras intentaba recuperar el aliento.

—¡Frankie! —gritó Johnny.

Frankie se apresuró a regresar al salón. Echó un vistazo a Moe, quien tambaleaba para ponerse de pie.

—¿Sí, jefe?

—Trae el auto. Es hora de que nuestra invitada se vaya.

Frankie bajó las cejas y oprimió los labios.

—Claro, jefe —acordó. Clavó la mirada en mí y luego en Moe.

—Ahora —ordenó Johnny, y Frankie salió sin decir otra palabra. Girando hacia mí, continuó —: si regresas, te mataré yo mismo.

El brillo sombrío en sus ojos no dejaba dudas de que hablaba en serio.

—Ah, y otra cosa... —Miró algo por encima de mi cabeza—: no llegues tarde.

Me di vuelta justo a tiempo para ver el gancho derecho de Moe.



ME DESPERTÉ EN LA PARTE TRASERA DE LA LIMUSINA. HICE UNA MUECA DE DOLOR CUANDO ME toqué el ojo. Estaría azul y negro para el día siguiente. Había pasado un tiempo desde que alguien me había dejado inconsciente de un golpe. La cabeza me dolía aún más. Odiaba a los druidas.

Frankie estaba en el asiento delantero, leyendo lo que quedaba de mi periódico. Miré el reloj: doce y treinta. *Ufff. El Jefe me matará.* Probablemente, lo que quería Johnny. Apoyé la cabeza sobre el asiento. ¿Por qué tuve que decirle cuándo se suponía que debía regresar? Volví a tocarme el ojo lastimado.

—¿Era necesario dejarme inconsciente? ¿No podían retenerme hasta que pasara la hora?

—No —respondió Frankie—. Teníamos órdenes.

—¿Qué órdenes? —No respondió—. ¿Fue el Padrino? —No tenía sentido, pero ¿quién más podría haber sido?

Frankie me miró por el espejo retrovisor. Su mirada intensa y la mandíbula apretada daban miedo.

—Sí —contestó al fin.

—¿Por qué le importa?

—Ni idea. Tal vez te quiere de mascota. —Sonrió mostrando los dientes.

Resoplé, intentando relajar el ambiente. Era una respuesta ridícula. Harry, el Padrino o Rey Druida, no me querría de mascota. Tendría que negociar con el Diablo por mí. ¿Por qué se molestaría en hacerlo?

Me estremecí ante la idea de pertenecerle al Rey Druida. La mafia druida del Inframundo eran sus sicarios, y él inspiraba más terror que ellos. Incluso había oído que era más temido que el Diablo (aunque no se lo diría al Jefe).

Espié por la ventana. Estábamos estacionados frente a un almacén llamado “Sunshine Sandwiches”. Miré alrededor; nada me era familiar.

—¿Dónde estamos?

—Mencionaste a Wylan James.

—Sí. ¿Y?

—Es el dueño del lugar —respondió Frankie, como si fuera evidente.

—Aguarda aquí —pedí y me bajé del auto.

El lugar, el típico almacén familiar, estaba repleto de clientes. Sorprendentemente, parecía haber igual cantidad de druidas, paganos y demonios. Un anciano de pelo blanco estaba encorvado detrás de una pared de vidrio, preparando sándwiches. Hice mi mejor esfuerzo por pasar a los demás clientes para acercarme, hasta que alguien dijo: “Toma un número”.

Busqué la expendedora de números y tomé el siguiente: noventa y ocho. La pantalla encima del mostrador indicaba que iban por el número cuarenta y dos. No tenía tiempo para esperar.

—Wylan James —llamé por encima de la multitud. El lugar quedó en silencio—. Debo hablar con usted en privado.

El anciano no levantó la vista del sándwich que estaba preparando.

—Toma un número.

Un tipo a mi lado rio, pero calló cuando agregué:

—El Jefe me envió.

El nivel de ruido cayó a casi cero. La puerta detrás de mí se abrió cuando unos pocos clientes se apresuraron a salir.

James ladeó la cabeza.

—Pruébalo.

Un cosquilleo recorrió mi marca. Levanté el brazo derecho y bajé la manga del saco. La marca mostró un brillo rojo durante un segundo y luego desapareció. Una mujer cerca de mí dio un grito ahogado. La puerta se abrió y se cerró otra vez. Más clientes que se iban.

James hizo un gesto para que caminara hacia la parte trasera del negocio. Hubo algunos gruñidos por parte de la multitud, pero los ignoré.

—Se suponía que vendrías más temprano, antes de la hora pico del almuerzo. —Me señaló una puerta al final del corredor—. No me gusta dar un espectáculo. Tengo un negocio que llevar adelante.

—Me demoré. —Me toqué el ojo lastimado, pero bajé la mano cuando él lo notó—. Y usted quería pruebas.

Advertí el brillo rojo en sus ojos mientras giraba hacia la puerta. Su mandíbula rígida y su ceño fruncido gritaban que era un demonio. No todos los demonios tenían un brillo rojo, pero el rojo siempre equivalía a demonio, al igual que el marrón a druida y el azul, a pagano. Nunca había visto ojos con un brillo verde, pero castaño, violeta y dorado eran algunas de las alternativas más comunes.

James se detuvo frente a la puerta. Golpeó una vez y luego abrió.

La habitación estaba oscura. Tosí por el humo que salía flotando de esta. Olía a incienso y a menta. En la tenue luz, apenas podía advertir las líneas finas que salían de la punta ardiente de las varillas de incienso. Me moví con lentitud hacia la puerta, pero dudé de seguir a James hasta el interior. Mi visión se ajustó un poco, y vi a un hombre bajo sentado en una banqueta, en el rincón.

—Llegas tarde —me recordó James—. No pierdas tiempo.

Tenía razón. Había llegado tarde. Pero él sabía que el Jefe me había enviado. Tenía que creer que él no haría nada estúpido. A pesar de mi nerviosismo, entré.

El aire cambió, y mis oídos se destaparon cuando crucé el umbral. El hombre que estaba en el rincón parecía ser un asiático bajo y frágil, pero el velo que pude sentir ocultaba su forma verdadera.

Estaba inclinado sobre una caja de caligrafía, dibujando símbolos en la arena. Los símbolos eran similares a los que tenía en mi marca.

El asiático levantó la cabeza cuando James cerró la puerta detrás de nosotros. El hombre me observó por un momento, y luego cerró la caja. La arena se acomodó en una capa plana. Él era un vidente.

Comencé a decir algo, pero James se llevó el dedo índice a la boca.

El vidente pronunció un cántico y dibujo nuevos símbolos en la arena. Unos segundos después, habló. En lenguaje antiguo. Yo no tenía idea de lo que estaba diciendo. James tradujo:

—Tu existencia provocará una tiranía como nadie ha experimentado en miles de años.

Levanté las cejas, conmocionada. ¿El asiático hablaba sobre mí? La expresión de James no cambió, como si las palabras no significaran nada para él. ¿Deberían significar algo para mí?

El vidente golpeteó la caja y volvió a empezar. James continuó traduciendo:

—Causarás una gran división entre los reinos. Causarás que los hijos luchen contra su padre y ganen.

Otra pausa mientras el vidente restablecía la caja. *De verdad, espero que no esté hablando sobre mí.*

—Provocarás caos. Liberarás al gran destructor. Uno traicionará, y el otro morirá.

*¿Caos? ¿Se supone que crearé caos? Esto es ridículo.*

El vidente golpeteó la caja una última vez. La arena se acomodó, y volvió a dibujar símbolos en silencio. James señaló la puerta. Fuera de la habitación, hablé:

—¿De verdad espera que crea toda esa porquería?

—Cree lo que quieras, pero la verdad de la lectura te será revelada antes de que la luna vuelva a aparecer esta noche.

Arqueé una ceja y miré el reloj. Eran más de la una.

—Como sea. Solo deme el paquete.

—No hay ningún paquete.

Me quedé mirándolo. El Jefe no me habría mandado a buscar un paquete si no hubiese uno.

—Debe haber un paquete. El Jefe me envió hasta aquí a buscarlo. No puedo regresar sin eso.

—Te di todo lo que podía. Ahora debes irte.

¿Írme? Con las manos vacías, de regreso a lo del Jefe. Tarde. ¿El tipo ese intentaba que me mataran?

Un grito incoherente en lenguaje antiguo provino de la habitación en la que habíamos estado. James dio media vuelta justo cuando la puerta se abrió de golpe. El vidente cayó en sus brazos, gritando en lenguaje antiguo.

Arrastré los pies hasta quedar fuera de alcance; no estaba segura de qué sucedía.

—No puede ser —expresó James, con los ojos entrecerrados puestos en mí—. ¿Eres tú? ¿Eres la Mensajera? —Tenía una expresión de incredulidad—. ¿Tú nos salvarás?

—¿Salvarlos de qué? —pregunté, aunque era evidente que James tampoco lo creía. ¿Eso era una nueva profecía, o algo conectado con la lectura?—. ¿Mensajera de qué? —¿Por qué el vidente decía eso ahora?

—Los Antiguos —respondió James—. Debes corregir lo que se perdió. Debes...

Sacudí la cabeza y retrocedí hacia la puerta.

—Oh, cielos. Está loco.

James dejó al vidente en el piso.

—Ven, regresa a la habitación. Otra lectura. Por favor.

—No, aléjese de mí. —Continué retrocediendo—. Le diré al Jefe.

James abrió más los ojos. Él sacudió la cabeza.

—No. Por favor. Ven...

—¡No! —chillé y corrí hacia la salida.

## CAPÍTULO 3

**R**egresé en taxi a las dos; dos horas más tarde y con las manos vacías. El Jefe caminaba de un lado al otro cuando entré a la oficina. Miró el reloj con el ceño fruncido. Su irritación era evidente. Me quedé quieta, intentando no parecer tan asustada como me sentía. Hice una mueca de dolor por enésima vez cuando me toqué el ojo. Él me miró furioso, y bajé la mano. Al bastardo no le importaba que me hubiesen lastimado.

—¿Qué te dio James? —gruñó.

—É-él no me dio nada. Dijo que no había ningún paquete. —Mi voz transmitió mi miedo.

Inspiré conmocionada cuando el Jefe dejó de caminar y avanzó a zancadas hasta pararse frente a mí. Mantuve mi posición. No porque quería hacerlo. Ansiaba correr a mi oficina y ocultarme detrás del escritorio, pero no tenía permitido huir de él. Si daba aunque fuera un solo paso lejos de él, me arrepentiría. Encendió la marca. No lo suficiente para que doliera mucho, pero lo justo para recordarme que estaba allí.

—¿Qué más?

—Me tradujo una lectura que un vidente me hizo.

El Jefe se acercó un poco más y se irguió sobre mí. El calor de su cuerpo me rodeó. Podía oír el gruñido gutural bajo mientras él respiraba. Olía a madera quemada y a canela. Incrementó el calor de mi marca.

—Claire, ¿soy un hombre paciente? —preguntó él. Sacudí la cabeza—. Entonces, habla.

El poder en su voz me empujó como si eso solo pudiera derribarme. Era el modo en que siempre me trataba, pero hoy era diferente.

No, *yo* estaba diferente. Él estaba enojado conmigo porque había llegado tarde. Había llegado tarde porque la mafia no me trataba como a todos los demás. Él protegía a los otros, pero yo no obtenía nada él... nada, excepto intimidación. Algo se apoderó de mí. Estaba furiosa y, quizás, un poco loca.

—¿Tan siquiera le importa que Johnny haya vuelto a amenazar mi vida? No puedo regresar allí. —Él envió una ola de calor abrasadora a mi brazo, lo que de inmediato sofocó mi rebelión—. Lo siento. Sé que no hay nada que usted pueda hacer. —*Más bien, que quiera hacer.* Tenía que dejar de desafiar su paciencia. Estaba siendo estúpida. Me enviaría abajo todos los días para probar su punto si yo no tenía cuidado.

Bajó la intensidad en la marca.

—Habla.

Le conté lo que había dicho el vidente, sin incluir la parte sobre que yo era la salvadora, aunque todo era una estupidez para mí.

Su expresión de piedra no reveló nada. Quería irme, pero debía esperar a que él me

autorizara. Mi mano derecha comenzó a temblar por el dolor en la marca. Cerré el puño con fuerza. Él movió la mano, y me encogí de miedo. Cerré los ojos. Tenía miedo de que, si no lo hacía, el pánico se apoderaría de mí y podría intentar moverme. Para correr.

Después de varios latidos de mi corazón, sentí una brisa fresca en la piel. Él retrocedió. Respiré profundo para tranquilizarme mientras él apagaba la marca. Abrí la mano y los ojos. Capté una expresión en él que jamás había visto. Si no fuera el Diablo, la describiría como de preocupación. Desapareció al instante. Con un gesto de la cabeza, me despidió.

Abrí la puerta para irme y oí la campanilla del ascensor. *Maldición*. Había oído los mensajes durante el regreso a la oficina, pero había olvidado uno importante hasta que la campanilla me lo recordó.

—Su exesposa llamó. Indicó que vendría pronto.

—Dile que estoy ocupado.

Giré sobre los talones, pero no regresé al interior de la oficina.

—Lamentablemente, ya está aquí.

Él cerró los ojos y se apretó el puente de la nariz. Aproveché la oportunidad para irme antes de que pudiera descargar su frustración sobre mí.

—¿Qué hacías allí? —inquirió la voz chillona de la cuarta señora “Dolor de cabeza” mientras cruzaba por la puerta de vidrio.

Era una barracuda de pelo plateado, con una piel tan estirada en el rostro que se parecía a un maniquí. Tenía un estilo impecable y sofisticado. El aspecto de una mujer que siempre había tenido dinero. Mantenía la cabeza en alto, con arrogancia, como si fuera superior a todos los demás. Las otras exesposas eran similares, pero esa era la peor.

Le sonreí con dulzura e ignoré su actitud.

—Puede pasar.

Ella entrecerró los ojos y luego sonrió como si no fuera una bruja despiadada a la que ni siquiera el Diablo soportaba.

—No deberías permitir que se ponga tan violento contigo, querida. No hasta que logres que te ponga un anillo, por lo menos.

Abrí la boca por la conmoción asqueada. Ella guiñó un ojo y apenas se tocó la piel debajo de este; puso una cara exageradamente triste, como si comprendiera mi dolor.

Quise gritar. Ella insinuaba que el Jefe me había dejado un ojo negro como parte de una perversa aventura de oficina. La idea me dio náuseas. *Respira*. Me tranquilicé. Ella no lograría provocarme para rebajarme a su nivel.

Sonrió, mostrando los dientes, mientras pasaba a mi lado.

Dejé caer los hombros cuando la puerta se cerró detrás de mí. Debería haberme aliviado el estar de regreso. Había sobrevivido. El día casi había terminado. Pero algo estaba mal. La oficina se veía diferente.

Observé a mi alrededor, pero no había nada fuera de lugar. Mi escritorio y la pequeña recepción eran austeros, tremendamente modernos. Cada superficie era de vidrio, acero inoxidable o caoba lustrosa. Era elegante y minimalista, frío e impersonal... igual que el Jefe. Las revistas estaban apiladas con la misma prolijidad de antes pero, extrañamente, estaba más frío que esa mañana. No era la temperatura de la sala. Algo que había estado allí y que hacía el lugar más acogedor ya no estaba. Sacudí la cabeza. Había sido un día raro; probablemente, era mi imaginación.

Me quité el temor repentino y me dejé caer en la silla. Dejé mi bolso en el último cajón y tomé un espejo de mano. Mi ojo ya comenzaba a amararse. Estaría peor al día siguiente. Tal vez el

Jefe me permitiría ir al médico, que podría hacer que desapareciera. De lo contrario, tendría que explicárselo a Jack. ¿Un asalto, tal vez? Pero ya había utilizado esa excusa una vez ese año.

Solté un suspiro exhausto y me recliné en la silla. Me erguí de repente.

—Las rosas. —Capté un leve aroma de los capullos, que aún flotaba en el ambiente.

Observé la oficina, pero no estaban allí. ¿Quién se robaría mis flores? ¿El Jefe las había hecho sacar? Me había preguntado al respecto por la mañana. Advertí la nota en el cubo de basura. Cuando estiré el brazo para recuperarla, vi una grulla de papel abollada.

¡Maldición! No había estado allí cuando Jack había pasado a la hora del almuerzo. Lo había olvidado por completo.

Saqué la grulla de la basura. Ese día faltaba, en mi calendario de origami, un regalo de Navidad que me había hecho Jack. Él siempre me hacía una grulla cuando pasaba por la oficina.

Tomé mi móvil; no había mensajes ni llamadas perdidas de él. Le envié un mensaje:

LAMENTO NO HABER ESTADO. ESTABA DEMORADA EN UNA REUNIÓN, SIN MI TELÉFONO. ¡NOS VEMOS esta noche! XOXO.

QUIENQUIERA QUE HUBIERA ROBADO LAS FLORES DEBÍO HABER ARROJADO LA GRULLA DE JACK A LA basura.

¡Oh, cielos!, esperaba que no hubiese sido el Jefe. ¿Era un castigo por haber llegado tarde? Odiaba ese lugar.

Estiré la grulla de origami y la paré sobre el monitor. Quería ir a casa y estar con Jack. Sonó el teléfono de mi escritorio, lo que me recordó lo imposible de esa idea.

—Habla Claire.

—Claire, emmm, el señor Taylor quería que te pidiera que le digas al Jefe que Hacienda nos hará una auditoría —explicó Jenny, la plebeya de esa mañana.

Increíble.

—Taylor es el vicepresidente de Finanzas. Es su trabajo informárselo.

—Entonces, lo harás, ¿verdad?

—¿Es una broma? —Esa no era la primera vez que Hacienda nos auditaba ni la primera vez que el vicepresidente de Finanzas quería que le diera al Jefe la “buena” noticia.

*Ufff.* La segunda línea comenzó a titilar.

—Bien. Lo haré esta...

—¡Genial! —Cortó antes de que pudiera terminar.

Increíble.

Atendí la segunda línea. Era Carlos de Mantenimiento.

—¿Qué? —espeté.

—¿Ya tenemos plan odontológico?

Como si no fuera suficiente, la mafia del Inframundo quería que Mantenimiento tuviera plan odontológico; cada unos cuantos meses, desde hacía cinco años, también me tocaba lidiar con Mantenimiento.

—Ya le dije una y mil veces: nadie tiene plan odontológico.

—Óyeme, chica...

Dejé de escuchar. Carlos continuó quejándose, pero no necesitaba prestarle atención. Siempre era lo mismo. Amenazaría con dejar de trabajar. Me recordaría que los Limpiadores también

trabajaban para él, una y otra y otra vez. Solo por una vez desearía poder decirle la Verdad. Los Limpiadores sabían la Verdad. Sabían que no trabajaban para una multinacional que vendía seguros. Sabían que trabajaban para el Diablo. *El Diablo*. Si Mantenimiento supiera la verdad, mi vida podría parecer normal.

Encendí el monitor. Un recordatorio de cita parpadeó en la parte inferior de la pantalla. Fruncí el ceño, sin recordar que hubiera citas esa tarde. Hice clic sobre el recordatorio. Era una reunión con Junior, y ya habían pasado treinta minutos.

Empecé a recordar los sucesos de esa mañana. Había pasado por la oficina y había dejado un extraño poema de amor en el buzón de voz. Ahora agregaba citas en mi calendario. ¿A qué jugaba? Me dio escalofrío al pensar que tenía que lidiar con él ese día. Estaba por pedirle a Carlos que me llamara más tarde cuando la Número Cuatro salió furiosa de la oficina del Jefe.

—No esperaré todo el día —planteó—. Dile a Conrad que regresaré mañana. Si no está aquí cuando vuelva, llamaré a mi abogado.

*¿Cómo?*

—Recién estaba allí. —¿Adónde demonios se había ido?

—No eres buena mentirosa, Claire. No habría simplemente desaparecido.

Si tan solo supiera lo equivocada que estaba... Se colgó el bolso del hombro, giró sobre sus talones y se fue antes de que pudiera responderle. La razón de por qué él necesitaba esposas para perpetuar esa farsa en la Tierra estaba más allá de mi comprensión.

Aún tenía el teléfono en la oreja y oí a Carlos decir: “¿Por qué? ¿Recogerás la basura tú misma? Los Limpiadores...”.

Corté. Tendría que esperar. Marqué la extensión de Junior. Fue directo al buzón de voz. *Maldición*. Tenía que averiguar qué quería. El príncipe heredero era tan amable como su padre, así que no serviría ignorarlo.

Espié hacia la puerta de la oficina del Jefe. Se había escapado de su ex, lo que significaba que estaría desaparecido durante las siguientes dos horas, por lo menos; tal vez no regresara para nada. Si no volvía para las cuatro, estaría ausente durante el resto del día. Podría irme más temprano. Sonreí. El Jefe nunca lo sabría.

Luego recordé a Junior. Debía resolver eso ya mismo. Él tramaba algo. Quizás intentaba enfurecer a su padre. No sería la primera vez, pero era la primera vez que me involucraba a mí.

Saqué dinero de mi cartera. Pasaría por la oficina de Junior y, con suerte, podría convencerlo de dejarme en paz; luego, iría hasta la cafetería de la esquina a comprar un latte. Tal vez podría tomarlo antes de regresar a la oficina. Por lo menos, no me apresuraría.



EL JEFE TENÍA MÁS DESCENDIENTES QUE LAS PULGAS QUE TENÍA UN PERRO. ESE ERA EL MODO creativo en que Midge, la amable anciana demonio de RR. HH., lo había explicado durante mi capacitación, cinco años atrás. Por fortuna, solo había conocido a unos pocos y, gracias al cielo, no todos eran como Junior.

Era arrogante y presuntuoso como el resto, que ya era malo, pero también era inmortal. No todos los descendientes lo eran. Las madres humanas casi nunca engendraban uno. Un hijo de una madre no humana viviría mucho tiempo (trescientos o cuatrocientos años), pero la verdadera inmortalidad era poco frecuente. Al menos así fue cómo Midge lo había explicado. No quedaban muchos descendientes inmortales. Junior era el mayor por más de mil años, lo que aumentaba su sensación de tener derechos hasta un nivel casi insoportable.

Según Midge, Junior había sobrevivido por más de dos mil años trepando por las espaldas de sus hermanos muertos. Era una de las razones por las que su visita de aquella mañana me preocupaba. Casi nunca lo veía. Solía estar muy ocupado evitando a su padre como para cruzarse en mi camino. Él no era su favorito, lo que parecía enfurecerlo. Midge lo llamaba la “oveja negra de la familia”, razón por la cual (considerando su familia) me aterraba el repentino interés.

Golpeé la puerta de su oficina, pero nadie respondió. Con la esperanza de que estuviera cerrada, giré la manija. No lo estaba. Podía irme, pero eso no resolvería mi problema. Tendría que lidiar con él en algún punto. Resuelta a ocuparme del tema en ese momento, respiré profundo y empujé.

Con un grito ahogado, trastabillé al detenerme. Junior estaba sentado frente a su escritorio, con la cabeza reclinada sobre la silla. Llevaba puesto su mejor traje, color azul marino, y tenía el pelo negro apartado del rostro. Podría haber estado durmiendo, pero no era así. El pequeño agujero en su frente y la sangre y sesos sobre la pared detrás de él eran una señal de muerte.

Por las historias de Midge, sabía que los inmortales no eran invencibles, pero había supuesto que haría falta una decapitación (al menos así funcionaba en las películas). Examiné el pequeño agujero de bala en el centro de su frente. ¿Cómo demonios algo así de pequeño mataba a un inmortal?

Intenté no entrar en pánico. Quaid sabía qué hacer. Era el jefe de Limpiadores y la mano derecha del Jefe. Saqué el móvil. Ese era el tipo exacto de cosas de las que él se encargaba.

—Quaid, hay un problema en el tercero.

—Llama a Mantenimiento.

—Es en el tercero —repetí. Quaid sabía que Junior era el único que tenía una oficina en el tercero—. Lo necesito.

Quaid rio.

—¿Qué hizo Junior esta vez?

—No sabía cómo expresarlo. —No en palabras que pudieran decirse por teléfono.

Él suspiró. Odiaba lidiar con estupideces de los descendientes tanto como yo pero, técnicamente, era su trabajo.

—Bien, enseguida bajo.

Quaid no pareció sorprendido cuando entró. Estaba vestido impecablemente, como siempre. Ese día vestía su típico traje negro hecho a medida para cubrir a la perfección ese físico de dos metros cinco. El pelo negro estaba cortado muy cerca de la cabeza. Hasta muerto sería intimidante.

No creí que su falta de emociones significara algo. No era que los Limpiadores fueran famosos por su lado sensible. Todos eran demonios, y uno hacía lo mejor para no hacerlos enojar.

—¿El viejo sabe sobre esto? —inquirió.

—Todavía no.

—¿Lo mataste?

Sin palabras, lo miré boquiabierto. Su mirada despiadada era tan indescifrable como la del Jefe.

—¡No! ¿Por qué creería que lo hice? —Quaid permaneció en silencio y me atravesó con la mirada—. Ni siquiera sabía cómo matarlo —me apresuré a continuar—. Esa bala debió haber estado hechizada, ¿no? Quiero decir, no se puede matar...

Sus labios se curvaron como si fuera a sonreír o a hacer una mueca. Dejé de hablar antes de seguir hundiéndome.

—Entonces, ¿los rumores no son ciertos? —indagó.

Se me cortó la respiración.

—¿Q-qué rumores?

La mirada de unos ojos color rojo oscuro perforó el espacio entre nosotros. Hablaba en serio. De verdad quería saber si había matado a Junior.

—¿Qué rumores? —volví a preguntar.

—Tú y Junior.

—¿Qué hay sobre mí y Junior? —Oh, cielos, ¿qué había escuchado? *Debe ser algo malo.*

—Según un pajarito, ustedes son pareja.

—Pareja —repetí en tono de burla. ¿Quién demonios comenzaría un rumor así? Oh, no, el poema de amor y la cita en el calendario. Y ahora había un rumor. Quaid me contempló como si yo pudiera haberlo hecho. ¿El Jefe pensaría que maté a Junior? Mi ritmo cardíaco se aceleró. Eso no era divertido—. ¿Quién... quién dijo eso?

—Jenny, de Finanzas, dijo que los había visto a los dos abajo, en el Grand Hotel, en la Noche de Pelea. Dijo que estaban “intimando”.

¿Abajo, en la Noche de Pelea? ¡Intimando!

—Creo que vomitaré. —Recordé cómo Jenny y su amiga me miraban y susurraban aquella mañana en el ascensor. La morocha había articulado: “No puede ser”. ¿Se refería a Junior? ¿Todos creían que yo había estado con él en la pelea?—. ¿Ella es la única?

—No. Todas las administrativas dicen que estabas allí, pero Jenny es la única que está segura de que ustedes estuvieron juntos.

¿Por qué todos estaban tan seguros de haberme visto en lugares donde no había estado? La mafia, prácticamente, me había acusado de haber arruinado todas las apuestas. ¡Maldición!, era posible que también me culparan por la pelea cancelada. Comenzaba a creer que de verdad tenía una gemela malvada que andaba por ahí haciendo enfurecer a los mafiosos. Solo que ahora también estaba intimando con un descendiente del Infierno. Y Junior estaba muerto.

—¿Tienes una coartada? —consultó Quaid.

¿Tenía una coartada? Rápidamente, repasé mi día hasta ese momento. Había estado en la oficina más temprano, donde había visto a Junior... y él me había dejado un poema de amor. Había estado abajo la mayor parte de la mañana y luego con el Jefe en su oficina. ¿Sabría el Jefe con exactitud cuándo había regresado? Tenía el comprobante del taxi. ¿Lo creería, o me cuestionaría por qué no había utilizado un vehículo de la empresa?

Sin considerar que podría estar contaminando pruebas, apoyé dos dedos sobre el cuello de Junior. No había pulso, pero el cuerpo aún estaba tibio. ¿Significaba que podría haberlo matado? El Jefe no estaba en la oficina. No sabría cuándo yo había ido a ver a Junior después de que él se había ido. *Oh, cielos, no tenía coartada.*

Me sobresalté cuando Quaid me agarró de los hombros. Era casi treinta centímetros más alto que yo y el doble de ancho. Quise mirar hacia otro lado, pero su mirada fija retenía la mía.

Todo sobre esa situación estaba mal. El Jefe ya estaba enojado conmigo. Jamás había conservado a una asistente durante tanto tiempo como me había tenido a mí. ¿Sería ese el modo en que terminaría? ¿Jubilación anticipada? La cabeza me daba vueltas. Volví a prestar atención cuando Quaid rio.

—¿Tienes miedo, Claire?

Todo el calor abandonó mi cuerpo. Estaba segura de que el maldito sabía que tenía miedo. Oprimió su pulgar derecho sobre mi cuello. Mi cuerpo se puso rígido. Podía sentir el golpeteo de mi pulso.

—¿Lo mataste?

Tragué saliva. Oprimió más fuerte. ¿Era alguna clase de técnica para detectar mentiras?

—No. —Él levantó una ceja. ¿Pensaría que estaba mintiendo? Entré en pánico—. Deme hasta mañana para averiguar por qué Jenny comenzó el rumor. Es mentira, y usted lo sabe.

Quaid frotó el pulgar por mi cuello. Ajustó más la presión y resopló ante mi patético intento de liberarme.

—Por favor. El Jefe ni siquiera está aquí. —Mi tono era débil.

Las cejas de él quedaron en línea recta. No me creía. Calmé mis nervios y me aclaré la garganta.

—Puede verificarlo si quiere, pero salió a toda prisa cuando la número cuatro apareció. —Tragué saliva—. Sabe cómo es con ellas, y a esta la odia más que al resto.

Resoplando, Quaid cerró los ojos por un momento y sacudió la cabeza. Definitivamente conocía los hábitos del Jefe respecto de sus exesposas.

—Sé que no le importa —señalé—. Pero no hice esto. Solo deme hasta mañana por la mañana. Deme la oportunidad de probar que los rumores son mentira. Juro que se lo contaré a primera hora.

Él echó un vistazo a Junior. Quaid nunca le mentiría al Jefe pero, dado que este no estaba, Quaid podría esperar hasta el día siguiente... si así lo quería. Me oprimió los hombros.

—No hagas que me arrepienta, Claire. No disfrutarás las consecuencias.

Me quedé boquiabierta. Él volvió a reír.

—Sellaré el piso hasta mañana. Nadie entra ni sale. —Contempló la habitación—. No saques nada de aquí. Lo sabré.

Quaid me dejó a solas con Junior. Intenté no fijar la mirada en el cuerpo. Me daba terror. No me daba aprensión la sangre, pero no podía sacarme de la cabeza la imagen de él y yo en el Grand. Mi corazón le pertenecía a Jack. La idea de tener intimidad con Junior me revolvió el estómago.

Si podía probar que los rumores eran mentira, el Jefe no me consideraría seriamente una sospechosa. No estaba segura de cómo encajaba el poema de amor de Junior. ¿Estaría él bajo un hechizo? ¿Lo habría visto Jenny con alguien más... alguien que se parecía a mí? Jenny sería mi próxima parada, pero primero quería buscar pistas en la oficina de Junior. Quaid había dicho que no sacara nada. No dijo que no podía husmear.

El escritorio de Junior era un desastre. Levanté algunos de los papeles, pero no encontré nada. Corrí el mouse, y la computadora hizo un zumbido al encenderse. Había una aplicación de video abierta. Al principio creí que él había estado mirando algo. La cámara web se activó, y un video de mí cubrió la pantalla. Mi ojo amoratado me miraba desde la transmisión en vivo. ¿Junior lo había estado utilizando antes de morir? Oprimí el botón para reproducir.

La imagen de Junior reemplazó la mía. Llevaba el mismo traje y corbata; definitivamente, el video era de ese día.

—Claire, cariño.

*¿Claire, cariño?*

—Lamento lo de la pelea. Sabía que no querías ir. Deberíamos haber hecho otra cosa.

*¿Él también creía que era yo la que estaba abajo?*

—Sé que sigues enfadada porque estuviste evitándome pero, por favor, permíteme compensarte. Por favor. —Sonrió—. ¿Te gustaron las rosas?

Mi visión se nubló, y me sentí mareada. ¡Las rosas eran de Junior! ¿Jack había visto la tarjeta en las flores? ¿Habría sido por eso que la grulla estaba en la basura? Las rosas no debieron estar allí, o él no habría hecho la grulla, pero la tarjeta sí estaba. Saqué el móvil; aún no había ningún

mensaje de Jack.

Junior me sonreía desde la pantalla. Jamás lo había visto así. Parecía tan humano... tan enamorado. ¿Qué mosca le había picado? O, mejor aún, ¿quién lo había picado?

Junior estiró la mano para detener la grabación, y luego levantó la vista. Sonrió a alguien frente a él.

—Claire...

Una bala le dio entre los ojos. Cayó hacia atrás, y el video quedó congelado sobre el cuerpo sin vida de Junior.

Me incliné y vomité en el cubo de basura.

## CAPÍTULO 4

**H**abía dicho mi nombre... justo antes de que alguien lo matara. Caí de rodillas. Miré la pantalla de repente cuando Junior volvió a decir: “Claire, cariño...”.

El video había comenzado de nuevo. Me lancé sobre el mouse y cerré la aplicación. Apareció el mensaje para guardar el archivo.

—No, no quiero guardar —murmuré.

Hice clic sobre el “No”. El video de Junior desapareció de la pantalla.

El corazón me martilleaba el pecho. Abrí el mini refrigerador y saqué una botella de agua. Bebí un trago, me enjuagué la boca y escupí el líquido en el cubo de basura.

Junior no había hecho ese video por un rumor. Hablaba como si nosotros hubiésemos estado juntos, lo que, yo sabía, era imposible.

Abrí su cuenta de correo y repasé las citas anteriores. La cita conmigo para ese día estaba marcada con rosa. Había otras citas en rosa, pero la de la Noche de Pelea era verde. La ubicación era el *penthouse* del Grand Hotel (el origen de los rumores, al menos del rumor que conocía). Lo ignoré y abrí una de las citas rosa de dos semanas atrás. El asunto era solo DC. La ubicación era “Casa”. El cuerpo del mensaje estaba vacío. Los otros mensajes rosa no eran muy diferentes. Sin verdaderos detalles; solo un horario y un lugar.

Abrí el de ese día. El asunto era dos puntos y paréntesis de cierre: la carita sonriente electrónica. La ubicación decía: “Mi oficina”. Eché un vistazo al cuerpo. Por un momento pensé que estaba moviéndose antes de darme cuenta de que el movimiento no era del cuerpo. Me sujeté del escritorio para recuperar el equilibrio. No había abierto la solicitud de reunión cuando estaba arriba, o la hubiese visto entonces. El cuerpo del mensaje de correo decía: “Divertida Claire en la oficina”.

DC era Divertida Claire. Era yo... alguien de quien Junior creía que era yo. Revisé todos los mensajes rosa. ¿Cómo demonios lo habían engañado? ¿De verdad había alguien por ahí que fingía ser yo?

Observé el cuerpo de Junior y obtuve mi respuesta. La doble lo quería muerto, o quería culparme por el asesinato, o ambos, pero ¿por qué?

Saqué el móvil y llamé a Jack. Fue directo al buzón de voz.

—Jack, te amo. Lamento lo de antes. Puedo explicarlo... Esta noche hablaremos. Por favor, no estés enojado.

Me limpié una lágrima. En casa con Jack; allí era donde quería estar. No en la oficina de Junior, preocupada por un descendiente muerto y por un rumor que arruinaría mi vida. Quería que Jack me envolviera en sus fuertes brazos y que me dijera que todo estaría bien. La mañana había comenzado de una manera tan perfecta... Ahora no estaba segura de que estaría viva al día

siguiente.

No era la Divertida Claire. Ahora necesitaba un modo de probarlo. Lograr que Jenny se retractara no serviría. Ahora estaba segura de que ella había visto a alguien que se parecía lo suficiente a mí como para engañar a Junior. No estaba mintiendo. No importaba que yo no hubiera estado abajo. Mi única coartada para el sábado era Jack, pero moriría antes de involucrarlo en todo ese desastre.

Tanteé la chaqueta de Junior, intentando no apretar las manos sobre el cuerpo, que se enfriaba. Encontré su móvil en un bolsillo interno. Mi corazón se detuvo por un instante cuando encontré a DC en la lista de contactos. El número era mío. Revisé el historial de llamados. Por fortuna, mi número no estaba allí, lo que significaba que no habíamos hablado. Tal vez era un punto a mi favor. Volví a guardar el móvil y repasé mis contactos.

Llamé a Omar. Era un vidente (un amigo... o algo así), alguien en quien confiaba, y el único que tal vez me podría ayudar.



RECIBÍ CUATRO BENEFICIOS CORPORATIVOS CUANDO ME DESPERTÉ CINCO AÑOS ATRÁS: EL RELOJ (QUE no podía quitarme) era el objeto más molesto e inútil. Mi habilidad para presentir velos era una necesidad laboral. El traductor (también una necesidad) era, por lejos, el truco más alucinante del paquete. Lo seguía el móvil.

Funcionaba en todos lados. No había áreas sin cobertura, agujeros negros ni llamadas perdidas, y la lista de contactos tenía *a todos*. Si alguien tenía un teléfono, registrado o no, fijo o móvil (aun si estuviera parado junto a una cabina telefónica), mi teléfono tenía ese número.

Los videntes eran un grupo engañoso. Literalmente, podían verlo a uno venir, razón por la cual siempre utilizaba a Omar. Era el único vidente con el que podía contar para que respondiera mi llamada. Encontré su nombre en “Mis Favoritos”. Él no tenía un número fijo. De hecho, nunca sabía dónde lo encontraría. Dos años atrás, me sorprendió bastante encontrarlo en el Club de Caballeros Lucky Lady, en Vancouver. Me había asegurado que eran puros negocios. El número actual no me resultaba conocido, pero era local.

—Vamos, responde —deseé.

—Hola, hermosa, ¿qué hay? —respondió Omar.

Era un conquistador sin remedio, pero nunca había intentado nada. Era una de las razones por las que confiaba en él. Era lo más lejos posible de mi tipo de hombre, pero eso no parecía impedirle a nadie más acosarme. No tenía tiempo para charlas casuales.

—Necesito tu ayuda.

—Bueno, hola a ti también. —Sonaba molesto.

—Lo siento. Es solo que...

—¿Qué sucede esta vez? ¿Una de las esposas está causando problemas? ¿O uno de los descendientes...? Bueno, es uno de los descendientes. ¿Quién es? ¿Junior? ¿Qué hizo esta...? Oh, maldición.

—Exacto. —No estaba segura de si todos los videntes eran como Omar pero, a veces, era difícil seguirlo cuando hablaba con él. Sin embargo, no le llevaba mucho tiempo descubrir el verdadero problema. Ahora quizás comprendía mi urgencia—. Quaid tiene el lugar cerrado. Deberás usar el portal del tercero.

—¿Qué te hace pensar que sé sobre el portal? —preguntó una voz detrás de mí.

Giré para mirarlo, mientras guardaba el móvil en el bolsillo. Se podría confundir fácilmente a

Omar con un profesor de Química de escuela secundaria. Era bajo, gordo y estaba quedándose calvo. Usaba unos anteojos con marco de carey, bien arriba en la nariz, una camisa de poliéster blanca con mangas cortas, y una corbata de gancho. Parecía estar cerca de los cuarenta, pero casi nadie con mucho poder era lo que parecía.

Omar era poderoso. Lo había visto hacer cosas bastante sorprendentes a lo largo de los años, y no podía presentir su velo. La única otra persona a la que no podía presentir era el Jefe. No pensaba que Omar fuera tan poderoso como el Rey Demonio (el Diablo era un fuera de serie) pero, definitivamente, tenía unos poderes tremendos. Como nunca lo había visto sin velo, no tenía idea de qué reino provenía. Siempre había supuesto que era un demonio, pero su velo humano poco atractivo gritaba que era druida. Lo consideraba un amigo, que era mucho decir... en especial si de verdad era un druida.

Tenía al menos unos doscientos años, pero hasta ahí llegaba lo que conocía de su historia. No era más reservado que el promedio de los seres de otro mundo pero, considerando nuestra relación, me sorprendía que no se hubiera abierto un poco más con el paso del tiempo. No me sentía ofendida. Solo colocaba el mundo alocado en donde vivía en perspectiva. De todas maneras, era lo más cercano que tenía a un amigo.

—Necesito tu ayuda.

—¿Quién te golpeó...? —Omar contempló mi ojo negro—. Ah, un desacuerdo con Johnny. Es bueno que tengas la apariencia de una pagana, mi querida, o ese ojo morado sería muy poco favorecedor.

—Hoy no hay tiempo para bromas, Omar.

—Créeme, nunca bromeo sobre tu belleza, Claire.

Revoleé los ojos. Siempre era tan persistente sobre mi apariencia...

—Se suponía que te mantendrías alejada de la Ciudad Inferior —continuó—. Es un lugar complicado.

—Sí, lo sé, pero ahora tengo problemas más grandes. —Omar se concentró en mi rostro—. Por favor, no me leas —le rogué. No era la primera vez que él había perdido tiempo leyendo mi futuro o mi pasado, o lo que fuera que pudiera ver—. Por favor, concéntrate en la habitación.

Él sonrió.

—Solo necesitaba un vistazo rápido. —Concentrado ahora en la habitación, se alejó antes de que pudiera volver a rogarle—. Alguien le hizo daño —observó casualmente mientras contemplaba a Junior—. ¿Tienes alguna pista?

—Sí, yo —respondí con sarcasmo—. Así que, ¿podemos encontrar a alguien más para que el Jefe no me mate?

Omar volvió a fijar la mirada en mí. Esa vez, unas líneas de preocupación se dibujaron en su frente. Se frotó al cabeza. Caminó por la oficina, cerrando los ojos y volviéndolos a abrir. Se llevó la mano a la frente una vez más.

—¿Estás bien?

—Estoy bien —afirmó él.

No lo estaba. Volvió a frotarse la frente.

—¿Qué sucede?

—¿Hace cuánto que estás aquí? —inquirió.

—Unos diez minutos. ¿Por qué?

Él continuó caminando.

—No, estuviste aquí antes de eso.

¿Qué?

—No, no es verdad. —Él me miró, y luego cerró los ojos otra vez—. No fui yo. Hay alguien más... con ojos azules... —Recordé el poema de amor de Junior. Ahora tenía sentido por qué se había equivocado en el color de los ojos—. Como sea. No soy yo. Lo juro.

—No estabas sola.

—Ella no estaba sola —lo corregí.

Él sacudió la cabeza. ¿Qué significaba eso? ¿Dudaba de mí? Yo lo sabría si hubiese matado a Junior.

—A Junior también lo engañaron —expliqué.

¿Cómo podría alguien crear un velo tan bueno? Alguien que utilizaba magia podría cubrirse con un velo para parecerse a otra persona, pero un velo era bidimensional. Era imposible hacer una copia exacta. Podría engañar a un humano, pero no a otro que utilizara magia. No si conocía a la persona real. Junior y yo no éramos mejores amigos, pero me conocía lo suficiente como para que no lo engañara un velo corriente.

Omar volvió a frotarse la cabeza. No me gustaba su comportamiento. Nunca antes había actuado así. Sus ojos se abrieron de golpe, y me miró furioso.

—Le perteneces a otro.

—¿Qué quieres decir? —Le pertenecía al Jefe y a Jack; lamentablemente, en ese orden. De ninguna manera Omar se refería a Jack.

Una loca idea se me cruzó por la cabeza. Omar no estaba viéndome a mí; lo sabía, pero lo había dicho como si fuera posible. ¿Significaba que había un modo de romper mi trato con el Diablo?

—¿Estás diciendo que hay una manera de romper mi trato?

Él volvió a frotarse la frente. Cerró los ojos y se quedó en silencio.

*No, no, no, no podía hacer eso.* Debía decírmelo.

—Omar —rogué.

No respondió. Abrió los ojos. Esa vez, estaban ausentes, hundidos y perdidos. Abrió la boca para decir algo, pero no emitió palabra. Comencé a acercarme a él. Levantó una mano para detenerme.

—¿Qué sucede? ¿Qué puedo hacer?

—Nada —susurró. Un segundo después, se dirigió hacia la puerta—. Afuera —agregó, antes de caer al suelo como un peso muerto. Estaba inconsciente o, Dios no lo permitiera, muerto.

—Oh, maldición. —Corrí a su lado—. Omar. —Sacudí su hombro, pero no se despertó. Verifiqué su pulso. Era débil, y respiraba con dificultad. Afuera. ¿Se refería a que yo debía salir de la habitación o él?

Había dado unos pasos en esa dirección, así que debió haberse referido a él, pero debía pesar unos ciento cuarenta kilos. Tirar de él hasta la salida no era una opción. De todas maneras, lo intenté. Se me resbaló el agarre de su brazo, y caí al suelo con un golpe seco.

Estudí la situación. Él estaba casi de lado, perpendicular a la puerta. ¿Podría hacerlo rodar? Me acuclillé detrás de él y empujé. Él cayó de espalda. Fui hasta el otro lado y enganché los dedos en dos trabillas del cinturón. Usando el peso de mi cuerpo como contrapeso, calcé mis pies contra sus caderas y tiré con todas mis fuerzas. Logré volver a ponerlo de costado, y me quedaba solo rodarlo una vez más. Repetí mis acciones hasta que llegamos al ascensor.

Para cuando llegamos al vestíbulo, estaba consciente como para ponerse de pie. Le tomó un minuto recomponerse. Se aferró a mis brazos y cruzamos las miradas. Abrió la boca y luego la cerró.

—Omar, ¿qué sucede? —Él retrocedió para alejarse de mí y levantó una mano para impedir

que me acercara—. Omar, debes ayudarme. Dime quién estaba conmigo... con quien se parece a mí.

—No lo sé. No puedo recordar lo que vi allí arriba. Está en blanco.

—¿En blanco? ¿No recuerdas nada? —Estaba conmocionada. Él era un vidente. Volvió a frotarse la frente.

*Oh, no, no otra vez.* Bien, nueva táctica.

—¿Qué hay sobre mi trato? Hiciste parecer que era posible romperlo.

Omar pareció dudar sobre responder, pero la idea de una vida normal (con Jack) hacía valer la pena el riesgo. Si había una salida (una salida para liberarme de ese infierno), haría todo lo que estuviera a mi alcance para hacer que sucediera.

—Maldición, Omar. ¿Puedo romper este trato o no?

—No puedo recordar...

—No me importa lo que hayas visto. Lo que viste allí arriba era mentira. ¿Es posible? ¿Hay una salida?

Omar desvió la mirada. Le sujeté el brazo y lo obligué a mirarme.

—Por favor, dime. ¿Hay una manera...? —Apenas podía considerar la posibilidad—. Merezco saberlo.

—No sé qué...

—No me importa eso. Sabes lo que necesito saber. Por favor, solo dímelo. Eres un amigo. Dime qué debo hacer. Por favor, te lo ruego.

Él sacudió la cabeza.

—La respuesta no es tan simple.

—No me digas. ¡Nunca nada es tan simple! —grité. Luego recordé dónde estaba, y bajé el tono para continuar—: Haré lo que sea para ser libre.

Omar me miró con intensidad. ¿Qué estaba buscando? Como si sintiera dolor, cerró los ojos con fuerza. ¿Qué lo lastimaba? Unos segundos después, levantó los párpados. Retrocedió más, con la mano levantada, obligándome a mantener la distancia.

—No puedo ver la decisión de él, y hay fuerzas que tú... —Se detuvo y se llevó la palma de la mano al costado de la cabeza. Un momento después, continuó—: Si de verdad estás dispuesta a hacer cualquier cosa, Claire, debes arriesgarlo todo... y tal vez no sea suficiente.

—Estoy dispuesta. Haré lo que sea.

—Debes descubrir al asesino de Junior. Para lograrlo, debes visitar a los cuatrillizos.

¡Los cuatrillizos! *Oh, maldición.* Eso era malo... muy malo.

Omar palideció, pero yo necesitaba más información. Él quería que yo fuera a ver a los cuatro descendientes inmortales vivos más peligrosos. Los cuatrillizos de quinientos años eran producto del amor entre el Diablo y una pagana, y se decía que tenían más poder que cien demonios comunes juntos.

Abrí la boca para protestar. Omar sacudió la cabeza y desapareció.

—¡No! —grité, pero ya se había ido.

## CAPÍTULO 5

**U**n escalofrío me recorrió como si alguien me hubiera pasado por al lado. Giré intentando encontrar el susurro que había oído. ¿O estaba volviéndome paranoica? Un hombre junto al ascensor miró hacia donde estaba yo y le comentó algo a la mujer con la que estaba. ¿Habría visto desaparecer a Omar?

Saqué mi móvil y busqué rápidamente el contacto de Omar. No había ningún número registrado a su nombre. Cuando lo guardé, advertí que uno de los guardias de seguridad de la recepción se dirigía hacia mí.

Retrocedí hacia el ascensor. Mi corazón latía con fuerza, y mi respiración era entrecortada.

—¿Está todo bien, señorita Cooper? —consultó el guardia.

Asentí mientras me movía hacia el panel. Con impaciencia, oprimí la flecha hacia arriba unas tres o cuatro veces, como si eso lo hiciera llegar más rápido. Debía salir de allí.

Me apresuré hasta mi escritorio con la cabeza gacha. Abrí un cajón y saqué el bolso. Cuando giré para irme, hice una pausa al ver la carpeta roja. De manera impulsiva, saqué la tarjeta de crédito de Janus.

Me quedé paralizada cuando sonó la campanilla del ascensor. Un momento después se abrió la puerta, pero nadie salió. Solté la respiración, de la que no noté que estaba conteniéndola. Debía salir de allí. Ahora.

Por lo general, caminaba a casa, pero no quería ser predecible aquel día. Demasiadas cosas habían salido mal. Tomé el metro.

No hubo alivio cuando entré a mi departamento. Jack no estaba y aún no tenía ningún mensaje suyo.

Cada rincón de mi ser me decía que debía evitar a los cuatrillizos. Eran peligrosos, crueles, vengativos e inmortales. Como su madre era pagana, eran muy atractivos, pero Cinnamon, Sage, Sorrel y Mace eran tan letales como hermosos.

No le había mentado a Omar. Estaba dispuesta a arriesgarlo todo por mi libertad, pero los cuatrillizos eran... más. Más peligrosos, más astutos, más locos descontrolados. ¿Qué había visto él? ¿De verdad podría yo salvar mi alma?

Intenté volver a llamar a Jack. No hubo respuesta. Quería explicar alguna versión de la verdad antes de irme. No quería morir pensando que él me odiaba. Mientras me apresuraba para cambiarme el traje que llevaba puesto, recordé haber visto el bolso de Jack para el gimnasio en el piso del armario aquella mañana. Ahora no estaba. Suspirando, me di cuenta de que, probablemente, estaría descargando energía en el gimnasio. El móvil estaría en el casillero. Pasaría por allí antes de dejar la ciudad.

Me puse algo menos de oficina y más “Corre por tu vida”: vaqueros y remera. No tenía medias

limpias. Abrí el cajón de medias de Jack con la esperanza de encontrar un par que pudiera quedarme. Rocé algo duro, y vi algo rojo debajo de las medias, al fondo del cajón. Lo saqué y tambaleé hasta la cama.

Una caja para anillos.

Me senté mirándola. ¿Era eso sobre lo que él quería hablar? Con dedos temblorosos, abrí la tapa. Vacío. Reprimí las lágrimas, saqué el móvil una vez más y mandé un mensaje:

¿DÓNDE ESTÁS? LLÁMAME, POR FAVOR.

¿SE HABRÍA LLEVADO EL ANILLO? SI TAN SOLO EL JEFE NO ME HUBIERA ENVIADO ABAJO, ME HABRÍA reunido con Jack para almorzar. Habríamos hablado. Sabría si eso significaba algo. ¿Por qué no contestaba? Me limpié una lágrima. ¿Estaba enojado? Cerré la mano alrededor de la caja. ¿Pensaría que yo estaba viendo a alguien más? *Cielos, espero que no.* Guardé la caja donde estaba.

Me puse los zapatos y me colgué el bolso cruzado.

Estaba escribiendo: “Te amo” en la pizarra blanca de la cocina cuando oí voces que se acercaban al departamento.

¿*Jack?* Mi esperanza desapareció cuando reconocí el tono grave de Quaid. Cerré los ojos y me concentré. Dos personas se aproximaron a la puerta.

—Déjame hablar a mí —señaló él.

—¿Y si eso no funciona? —inquirió el otro hombre.

—Haz lo que debas hacer.

Corrí hacia el dormitorio trasero. Abrí la ventana y espí hacia afuera. La escalera de incendio era vieja, pero era la única otra salida del departamento. No vi a nadie en el callejón. Pero bien podrían estar a la vuelta de la esquina. Contuve la respiración cuando se oyeron unos golpes en la puerta principal. Antes de saltar, miré una vez más hacia ambos lados del callejón.

Intentando ignorar la escalera desvencijada, bajé rápidamente los escalones hasta el descanso del primer piso. La escalera se había soltado de los rieles el mes pasado, y el conserje aún no la había reparado.

Dudé por un momento; no quería quebrarme una pierna. Miré hacia el lugar desde donde provenían las voces en el departamento. *Maldición.* Había dejado la ventana abierta. No había nada que pudiera hacer. Salté por encima del barandal.

Caí mal cuando llegué al suelo. Hice una mueca de dolor cuando me levanté y cojeé hasta el umbral oscuro del edificio de al lado. Había tres o cuatro escalones hacia un sótano, el único lugar para ocultarse de inmediato. Una vez escondida, estiré el pie unas cuantas veces. No estaba tan lastimado. Probablemente tendría un moretón y algo de dolor, pero ningún daño grave.

Segundos más tarde, Quaid asomó la cabeza por la ventana abierta. Contempló el callejón. Me oculté en el umbral oscuro y suspiré aliviada cuando él regresó adentro.

Debía salir de la ciudad. Le envié un mensaje a Jack:

LO SIENTO. DEBO SALIR DE LA CIUDAD DE MANERA INESPERADA. REGRESARÉ. POR FAVOR NO ME odies... Puedo explicarlo... Por favor. Te amo.

NO ME ARRIESGARÍA A ENREDAR A JACK EN MI DESASTRE. DOLÍA PENSAR QUE ÉL PUDIERA ODIARME, o que creyera que estaba engañándolo. Pero estaba segura de que nuestra relación era más fuerte que el malentendido de ese día. Repondría las cosas... después de haber averiguado quién había matado a Junior y quién andaba por ahí fingiendo ser yo.

Omar había dicho que visitara a los cuatrillizos, pero no había mencionado en qué orden debía hacerlo. Casi nunca estaban juntos; probablemente, era algo bueno. Cada uno era poderoso por sí mismo, pero se decía que juntos eran imparables. Se contaban historias terribles sobre la destrucción que causaban cuando eran niños. Yo creía en esas historias. Midge había señalado: “Habría un Infierno en la Tierra si ellos pudieran soportarse”.

Decidí ver primero a Cinnamon. Era la mayor, por unos segundos, y la única mujer. No era mi mejor amiga pero, de los cuatro, era la persona de quien menos desconfiaba. Eso se debía, en gran parte, a que no se molestaría en perder el tiempo en mí, y no a que yo le agradara; simplemente, tenía mejores cosas que hacer que meterse conmigo.

Para evitar encontrarme con Quaid o con el otro hombre cuando salieran de mi edificio, caminé por el callejón en dirección opuesta. Abrí la lista de contactos en mi móvil. La flota de vehículos de la empresa no era una opción: Quaid los tendría vigilados. Tendría que utilizar un taxi del otro mundo.

Para cuando llegué a la calle, al otro lado del callejón, todos los servicios registrados de taxis del otro mundo me habían rechazado. Básicamente, era imposible que recogieran a alguien en la Tierra. ¿Quién lo diría? Mi única otra opción era un portal que jamás había utilizado. No estaba segura de si tenía permitido hacerlo, o de siquiera poder hacerlo, pero debía intentarlo.

Abrí los mapas de Google para encontrar uno. El más cercano estaba a cinco cuadras, pero era en dirección a mi departamento. Quaid debía tener a alguien para vigilar mi casa. En ese caso, bien podría estar controlando el portal más cercano. La siguiente ubicación más próxima era a veinte cuadras en dirección opuesta.

Me detuve en la acera buscando la mejor ruta del metro en el móvil. Me quedé paralizada cuando oí el chirrido de unos frenos detrás de mí. Cerré los ojos por un instante y recé para que ese no fuera el final del camino. Debería estar en movimiento o escondida en un callejón, no parada a plena vista. Miré por encima del hombro, lista para salir corriendo.

—¿La llevo? —preguntó un tipo.

*Oh, gracias al cielo, es solo un taxi.*

Estaba por decirle: “No, gracias” cuando leí la publicidad encima del vehículo: “Sunshine Sandwiches: ¡El lugar más popular de Ciudad Inferior!”. Era la tienda del Inframundo donde había estado más temprano. Era un taxi del otro mundo.

Observé al conductor. No llevaba velo, lo que era inusual en la Tierra y la razón por la que no me había dado cuenta de inmediato de que no era humano. Si hubiese llevado velo, lo habría presentado y habría advertido que pertenecía a uno de los servicios de taxis del otro mundo. Con la luz correcta (o la falta de esta) hasta un ser sobrenatural sin velo parecía casi humano. Eran los pequeños detalles lo que lo hacía a uno dudar. El brillo metálico en los ojos era el rasgo más notorio. Mostraba su verdadero color de ojos, pero más brillante. El Jefe, por ejemplo, tenía ojos tan oscuros que eran casi negros, pero el brillo (cuando la luz era correcta) era rojo.

El conductor no era un demonio poco atractivo. El pelo, más largo de lo normal, le daba una apariencia más suave, motivo por el cual, posiblemente, no se molestara en colocarse un velo. Sus ojos eran oscuros como los del Jefe.

—¿La llevo? —volvió a preguntar.

—Sí. ¿Cómo supo que necesitaba un taxi?

—Dejé a un tipo a unas cuadras de aquí. Cuando me contacté, Central me avisó que alguien había llamado para pedir el servicio. Supongo que es su día de suerte.

Levanté las cejas: no podía estar más equivocado.

—Claro... día de suerte.

Estiré el brazo hacia la puerta y me detuve. ¿Debería confiar en él? Eché un vistazo al interior del taxi. A excepción de unos papeles desparramados por el asiento del acompañante y de un vaso de café de Starbucks en el portavasos, el auto estaba limpio. Su historia era factible. Consideré el portal del que no estaba segura de poder utilizarlo... y que estaba a veinte cuadras. Subí al taxi.

—¿Adónde?

Viajar por el Inframundo era rápido. No llevaría nada de tiempo llegar a casi cualquier parte de la Tierra. Los descendientes tenían obligación de registrar su domicilio. Solo esperaba que ella estuviese en casa.

—Necesito ver a Cinnamon, la hija del Jefe. Debe estar en el registro.

No podía imaginar que ella estuviera involucrada en un plan para asesinar a Junior. Era demasiado egocéntrica para eso, pero Omar había sido muy claro. Debía verlos para descubrir quién había matado a Junior, y Cinnamon era la que, probablemente, menos quería verme muerta por haber ido a saludar.

El taxista ingresó algo en el GPS.

—Mi código es 4-3-9-2 —informé antes de que preguntara. Era un riesgo, pero no creía que Quaid estuviese controlando mi acceso al registro.

—Saldrá caro —señaló el conductor.

Le di la tarjeta corporativa de David Janus.

—Tengo prisa. Veinte por ciento de propina si puede llevarme en diez minutos. —El hombre no controlaría el nombre en la tarjeta. Nunca lo hacían.

## CAPÍTULO 6

—¿China? ¿Qué hace Cinnamon en China? —me pregunté al ver una pagoda al otro lado de la calle antes de inclinarme a ver la pantalla del GPS. China.

—¿Disculpe? —expresó el taxista por encima del hombro.

—Nada —respondí—. Aquí está bien. Solo tomará un minuto.

—No puedo esperar. Tendrá que llamar cuando esté lista para que la recojan.

—Me costó que fueran a buscarme la primera vez —le recordé.

—Lo siento, es una política nueva, pero aquí tiene mi tarjeta. Llame y pregunte por mí. Regresaré por usted. Lo prometo.

Suspiré, pero no había nada que él pudiera hacer respecto de esa política. Debía tener esperanzas de que estuviera disponible más tarde. Dudaba de que alguien más llegara hasta tan lejos.

—De acuerdo. —Tomé la tarjeta—. Llamaré cuando esté lista.

—Una cosa más —agregó, y me entregó una carpeta sujetapapeles y una lapicera—: Firme, por favor. —Revisé el comprobante—. Nada de qué preocuparse, solo está entregando su alma.

—Qué gracioso —comenté y activé la lapicera—. ¡Auch!

—Lo siento, es la única lapicera que tengo.

—No se preocupe. —No era la primera vez que usaba una lapicera de sangre por error. Y ya estaba comprometida por un trato; no podía quedar comprometida por otro.

Como era de esperar, había lapiceras de sangre por todos lados en la oficina, pero era la primera vez que me tocaba una por sorpresa. Firmé el comprobante y se lo devolví al conductor.

—Disculpe otra vez.

Miré la tarjeta de presentación.

—Lo llamaré cuando esté lista, Mike.

—No hay prisa.

Estaba oscuro (China tenía doce horas de diferencia con Nueva York), pero las luces de la calle iluminaban la zona lo suficiente.

La pagoda estaba al otro lado de la calle. Yo estaba parada frente a una pared de ladrillos, que medía el largo de un campo de fútbol americano en ambas direcciones. Al menos era lo que se suponía que debía ver. Mike se había detenido frente a un grupo de ladrillos de un tono apenas diferente del resto. Esos ladrillos formaban un diamante (algo que ya le había visto utilizar a Cinnamon) que ocultaba la puerta. Caminé hacia el diamante y coloqué la mano en el ladrillo central. La pared desapareció, y quedó la verdadera entrada.

Atravesé la ilusión óptica y volteé hacia donde estaba el taxi. Ya se había ido. Una pareja de borrachos tambaleaba por la acera (de regreso a casa después de una noche de juerga), pero no

podía verme. Estaba oculta detrás del velo de ladrillos.

Dos aldabas con forma de cabeza de león en tamaño real vigilaban la entrada a la fortaleza china de Cinnamon. Estaban montados sobre un par de puertas de hierro de unos nueve metros de alto. “Extraño” no llegaba a describir lo que estaba viendo. La parte alta de Manhattan era más del estilo de Cinnamon.

Mi móvil sonó. *Por favor, que sea Jack.* Lo saqué para ver el mensaje. No era Jack. Se me escapó un suspiro. Era Jenny, de Finanzas: “Quaid estuvo aquí, buscándote. ¿Hay algo que debería saber yo?”

Arrojé el teléfono en el bolso. Esa plebeya debería ocuparse de sus malditos asuntos. En una hora, la fábrica de rumores me relacionaría con Quaid y diría que le había roto el corazón a Junior. Al menos eso significaría que ella no sabía que Junior estaba muerto.

Estiré el brazo para tomar el anillo incrustado en la boca del león pero, antes de que pudiera tocarlo, la cabeza cobró vida y emitió un rugido ensordecedor. Una ola de energía me invadió; di un paso atrás. Me froté los brazos cuando un escalofrío me recorrió la espalda y me envolvió en una fresca brisa. El cielo parecía más claro, y la cabeza de león había vuelto a ser de bronce.

El cambio repentino en el ambiente era extraño. ¿El cielo había estado más oscuro antes, o yo no había notado la luna llena? Estiré la mano hacia el otro león, pero la retiré cuando ambas puertas se abrieron despacio.

El aroma a galletas recién horneadas salió flotando por las puertas y me invadió una sensación de amor y confianza. Antes de que pudiera decidir qué significaba, detecté nuevos aromas y sentimientos. El aroma cambió al de un ramo de flores frescas, y la sensación abrumadora fue de hogar y seguridad. Mis ojos se cerraron al reconocer el olor a manzanas crujientes, cortadas para una tarta, justo cuando un sentimiento de esperanza y promesa me envolvió. Me gustaba.

Abrí los ojos de repente cuando advertí el aroma a rosas. Sacudí la cabeza, intentando despejarla, y di un paso vacilante hacia atrás. Como si los deliciosos aromas tuvieran poder, una fuerza invisible me rodeó. Tenía que mantenerme alerta. No podía permitir que el olfato afectara mis otros sentidos. Caer en uno de los juegos de Cinnamon no era mi idea de diversión. Ya me había enviado a hacer recados inútiles solo para enfurecer a su padre.

Cruzando las puertas gigantes, había un hermoso jardín... en pleno día, mientras afuera era de noche. El jardín se extendía en una eterna lejanía. Era evidente que la puerta era un portal, pero ¿hacia dónde?

—¿Quién eres, y qué quieres? —preguntó una voz desde algún lugar del jardín.

Bajé la mirada hasta ver a un hombre extraordinariamente bajo, vestido con un traje violeta y rojo. El estilo (aunque no el color) se asemejaba a algo que un guardia real podría haber utilizado en la época del rey Arturo. El hombre no encajaba con el traje. Era extremadamente redondo, con un rostro rojo regordete, que iba más con el bufón de la corte. Sus dedos rollizos y cortos sostenían una carpeta sujetapapeles (muy del siglo veintiuno), con un pergamino en blanco. También sostenía lo que parecía una pluma fuente, pero solo era un bolígrafo elegante.

—Vengo a ver a Cinnamon —anuncié—. Es un asunto familiar.

El centinela bajó la cabeza para revisar el pergamino en blanco.

—No estás en la lista.

Hice una pausa al darme cuenta de que, de hecho, había revisado una lista en blanco.

—No parece haber nadie en la lista.

—Es correcto —confirmó él—. No esperamos visitas el día de hoy.

—No dije que fuera una visita esperada.

—Bueno... —El hombre miró el pergamino y luego se concentró en mí—. ¿Qué clase de visita

eres?

Era una pregunta tramposa. No era un asunto familiar oficial, por lo que cualquier cosa que dijera sería mentira. Pero se me agotaba el tiempo. Quaid ya estaba persiguiéndome, y necesitaba ver a todos los cuatrillizos antes de que me encontrara. Así que me importaba un comino si estaba por mentir.

—Cinnamon me pidió que viniera.

—¿Fuiste invitada? —Sus ojos mantenían la mirada firme.

—Sí —respondí, esperando que no tuviera un sensor de la verdad.

—Bueno, ¿por qué no lo mencionaste? Por aquí, por favor. —El centinela se corrió a un lado y me hizo señas para que entrara.

Todos los portales eran diferentes. En cuanto crucé el que daba a la fortaleza de Cinnamon, me di cuenta de lo estúpida que había sido al entrar antes de mirar. El ciclón de energía que me golpeó me arrojó al suelo de rodillas con un dolor paralizante. Me quedé con las manos en el suelo, sin poder moverme.

Olas de energía me atravesaban el cuerpo. Una fuerza de la que no podía liberarme me mantenía en el piso. Me ardían los ojos y sentía un hormigueo en la piel. Estaba inmóvil sobre manos y rodillas mientras un dolor punzante y ola tras ola de energía, sensaciones y escalofríos me recorrían el cuerpo. Todo lo que podía hacer era gritar, pero no salía ningún sonido.

La energía aumentaba a medida que fluía hacia el piso a través de mis manos y piernas antes de dar la vuelta y entrar de nuevo en mí por los ojos. Cada ciclo era más intenso. Frío. Muy frío. Me estremecí mientras mi cuerpo se congelaba lentamente.

Una mano me aferró el hombro. El toque era tan caliente que me quemaba. Fui levantada (arrancada del piso), lo que rompió el círculo de energía. El ciclo se detuvo, y mis sensaciones normales comenzaron a regresar. Mi cabeza latía. Con manos temblorosas, me limpié la sangre que me goteaba de la nariz. Me sobresalté cuando las puertas se cerraron de golpe detrás de mí y todo se hizo mucho más cristalino.

Sentí el pecho más liviano. El detector de velos estaba a toda marcha. Y no solo presentía el velo. Ahora era como si pudiera leerlo, y supe que ocultaba un demonio.

Busqué al demonio. El guardia ya no estaba, pero siete hombres vestidos de forma similar me rodeaban. No presenté velos. Eran todos humanos.

Tenían rostros esculpidos y supuse que abdominales tallados. Esos eran tipos con los que Cinnamon hubiera salido. Ni siquiera los ridículos trajes violeta y rojo de la guardia real podían hacerlos ver mal. Lamentablemente, cada uno sostenía una lanza larga, con la punta a centímetros de mi cuerpo. Me quedé inmóvil. No quería morir por un malentendido.

—Exijo que se expliquen —ordené, intentando sonar como si estuvieran haciéndome perder el tiempo y como si fueran a lamentarlo una vez que Cinnamon se enterase.

Nadie se movió.

—No fuiste invitada —me acusó el demonio al que aún no había visto—. En el Purgatorio, eso se pena con la muerte.

¡Purgatorio! Oh, maldición, ¿allí llevaba el portal de Cinnamon? De todos los lugares donde podría haber entrado, ese reino era el peor. ¿Qué diablos hacía ella ahí? Era mitad pagana, pero odiaba ese lugar. Eso no era bueno. El Purgatorio tenía reglas muy específicas sobre quién podía entrar y quién no.

No era experta en el reino, pero conocía la regla sobre ser invitado. De hecho, lo había aprendido en la escuela primaria... mucho antes de que tuviera idea de que los paganos eran reales. Había leído sobre los paganos y sobre otros cuentos mágicos en un libro que me había

dado de regalo uno de mis trabajadores sociales. No recibí regalos mientras crecía, por lo que el libro era algo que atesoraba... y pensaba en broma que tal vez estaba poseído.

Era una de las pocas cosas que había sobrevivido de mi infancia. El libro siempre terminaba empacado, guardado, o enviado a la nueva vivienda. Mi certificado de nacimiento se había perdido seis veces, pero no ese libro. Lo había vuelto a leer después de haber aprendido que los paganos eran reales y, si todo lo que contenía era cierto, que me mataran era la menor de mis preocupaciones. Si hubiese sabido que era el Purgatorio, no me habría atrevido a cruzar el umbral.

—No eres pagano, así que, ¿por qué te importa? —indagué.

Oí el chasquido de los dedos del demonio. Los centinelas se acercaron unos centímetros más, y las puntas de las lanzas quedaron cerca de mi garganta.

De acuerdo, le importaba, pero ¿por qué?

—Mis disculpas, señor —expresé—. Si le avisa a Cinnamon que estoy aquí, ella responderá por mí.

Él rio.

—Lamentablemente —señaló, mientras caminaba hacia mi campo de visión—, la ignorancia de las reglas no te salvará de ellos.

A primera vista, parecía ser del tipo de Cinnamon, con el pelo castaño corto lo suficientemente largo para enrularse al final (un estilo sensual “recién salido de la cama”, más que rizos en toda regla). Sus ojos eran oscuros, pero sus rasgos eran más toscos que duros. Si no supiera lo contrario, diría que era humano.

—No conoces las reglas, ¿verdad? —susurró. Sofocó la risa ante la expresión de mi rostro, por lo que me concentré en mostrar una expresión neutral, algo más difícil de lo que se podría pensar—. Cinnamon no está disponible en este momento —agregó—. Tendrás que lidiar conmigo.

—¿Quién es usted exactamente?

—En verdad eres atrevida —opinó sonriendo.

Revoleé los ojos. Si había algo que me molestaba sobremanera respecto de quienes utilizaban magia era la superstición acerca de conocer su nombre. No estaba segura de qué podría hacer con un nombre, pero preguntarlo solía considerarse grosero.

—Puedes llamarme “Charles”.

Charles, si ese era su verdadero nombre (aunque, probablemente, no lo era), se acercó más. Se paró frente a mí, entre dos centinelas. El mínimo destello de rojo apareció en sus ojos, y capté el olor de algo viejo y horrible. Por un momento, se pudo ver un indicio de su verdadero ser. Seguía siendo atractivo, pero las líneas más duras de su rostro lo hacían ver enojado, como si tuviera un ceño fruncido permanente. Me maravillé ante el aumento de mi habilidad. Era increíble. Luego, en un flash, la ilusión reapareció. Había visto a través del velo (estaba segura), pero ¿por qué no pude sostenerlo? ¿Por qué había regresado su fachada humana? ¿Tan fuerte era el poder de Charles?

Ni siquiera había podido presentir el velo de Omar ni del Jefe, pero jamás sabría si Charles era como ellos. El antiguo poder había desaparecido. Ahora debía aprender a utilizar ese. Tal vez, si achicaba mi enfoque, podría romper la ilusión. Lo había hecho unos segundos antes. Solo necesitaba práctica. Levantando la barbilla, señalé:

—Estoy aquí por asuntos familiares. Insisto en que busque a Cinnamon.

Su expresión engreída me perturbaba. Era arrogante, pero no creía que fuera lo suficientemente atrevido como para desobedecer al Jefe.

—¿Qué sucede aquí? —La voz de Cinnamon interrumpió nuestro enfrentamiento.

Cuando estuvo a la vista, lo primero que noté fue su altura. Por lo general, usaba tacones aguja de doce centímetros, que la hacían estar a la misma altura que sus hermanos. En ese momento, estaba descalza. Eso dejaba su metro ochenta y tres a la misma altura que Charles. La ausencia de zapatos no era lo único diferente. Su pequeño vestido negro había sido reemplazado por un solero de color amarillo limón que caía como seda sobre su cuerpo perfecto. Lo llevaba con toda la gracia y elegancia de una diosa, pero no era su estilo habitual. El pelo también estaba mal. Normalmente, tenía su largo pelo rubio suelto (perfectamente derecho), no en una prolija cola de caballo.

Me moví hacia ella. Imitándome, los centinelas avanzaron. Me quedé inmóvil; no quería terminar empalada.

—No es nada, querida —le contestó Charles sin quitarme los ojos de encima.

Cinnamon miró a uno y a otro.

—Parece que planeas matar a la favorita de mi padre. —Reprimí un resoplido indignado. Solo me llamaba así para hacerme enojar. Si el Diablo era tan siquiera capaz de tener un favorito, de ningún modo era yo. Ella sonrió—. No es que me importe, exactamente, pero no quiero tener que explicarle su muerte a él.

Estaba segura de que bromeaba. No en que no le importara (eso era verdad), pero jamás habría permitido que Charles me matara. Sus hermanos lo habrían hecho, pero no Cinnamon. Sage se habría marchado como si no supiera lo que ocurría. Sorrel habría mirado. Mace me habría matado él mismo. Cinnamon, sin embargo, no querría decepcionar a su padre. Tal vez no habría sido tan generosa si hubiese sabido que estaba allí por mi cuenta.

La risa tensa de Charles vaciló. Dirigió su mirada a Cinnamon. Ella se erguía majestuosa, con la cabeza bien alta. A pesar de la vestimenta, se la veía segura de sí misma, tal como yo esperaba. Él era atractivo, pero ella era la que tenía el control. Sus chicos juguete hacían lo que ella decía.

Cinnamon sonrió cuando lo miró a los ojos. Olfí el aroma empalagoso que había detectado antes, pero ya no era tan placentero. Ella se deslizó entre los brazos de él. Por propia voluntad. Me quedé boquiabierta.

—Entró sin invitación —explicó él—. Pensaba que podría hacerla recorrer el laberinto.

Los ojos de Cinnamon estaban vidriosos cuando ella se apoyó en él. Su interés por mí desapareció. La voz de él estaba hipnotizándola... ¡hechizándola!

—¡Cinnamon! —grité, intentando captar su atención—. Debo hablar con usted en privado. Es un asunto familiar muy urgente.

Charles curvó los labios mientras volvía a mirarme. Cinnamon estaba tan envuelta en su hechizo que no podía oírme. Cuando agudicé la vista, la verdadera forma de él reapareció, y luego volvió su máscara humana.

Comencé a hablar otra vez. Él hizo señas a uno de los centinelas. Levanté la cabeza para evitar la punta cuando este acercó más la hoja. Si me quedaba quieta, la hoja no me cortaría.

Con tono soñoliento, Cinnamon preguntó:

—¿De qué hablábamos, querido?

—Nada —canturreó—. Deberías ir a recostarte, ya que necesitas descansar.

Con un gesto ausente de la cabeza, ella se alejó de sus brazos y caminó hacia la casa principal. Tambaleó por el patio hasta que una demonio se apresuró a ayudarla.

El solero celeste de la demonio tenía un estilo similar al de Cinnamon. Tenía el pelo negro atado en una cola de caballo, con un mechón de color azul índigo a lo largo del costado izquierdo de la cabeza. Se detuvo por un momento cuando advirtió mi presencia. Observó a Charles antes de inclinar levemente la cabeza. La atención de él estaba fija en mí, por lo que no vio el gesto de la

demonio. Estaba segura de no haberla visto antes, al menos no en su forma de demonio, pero ella me reconoció. Jaló de Cinnamon hacia la casa.

Demonios en el Purgatorio que hechizaban a descendientes del Infierno... Eso no debería pasar, ¿verdad? Cinnamon estaba en problemas. No había manera de que ella permitiera que alguien la controlara. Basada en sus reacciones, era evidente que ella había olvidado que Charles la había hechizado una vez que eso se desvanecía. ¿El Jefe sabía que ella estaba en el Purgatorio? ¿Le importaba? Siempre había pensado que ella era su favorita, lo que significaba que él no tenía el ceño fruncido cuando ella abandonaba la oficina. ¿La dejaría atrapada bajo el control de Charles si lo supiera? ¿Se suponía que yo debía ayudarla?

Las instrucciones de Omar habían sido vagas. Solo había dicho: “Visita a los cuatrillizos”. ¿Podría escaparme? La fría hoja de la lanza oprimió mi piel; eso me recordó que lo primero que debía ser era averiguar cómo evitar que me asesinaran en el Purgatorio.

—Ahora, de regreso a ti —indicó Charles, intentando hechizarme.

El poder mágico de su hechizo irradiaba de su cuerpo en forma de ondas, pero el encantamiento no tenía en mí el mismo efecto que en Cinnamon. El aroma seguía siendo abrumador, pero no había una sensación de distracción. Ya no me afectaban sus encantos.

—Sé lo que eres, demonio. El Jefe no estará contento.

Charles se llevó las manos a la boca en señal de sorpresa fingida, pero el brillo malvado en sus ojos era frío y calculador.

—Si fuera tú —amenazó—, me preocuparía menos por mí y más por cómo atravesar el laberinto.

Los centinelas me tomaron y, guiados por el pequeño hombre con el sujetapapeles, me llevaron hasta el borde de un seto alto. Él dijo algo que no comprendí, y luego me arrojaron al otro lado del follaje.

Charles lo había llamado “laberinto”. Naturalmente, creí que caería de cabeza sobre una superficie cubierta de hierba encerrada por otro seto de igual altura. En su lugar, tropecé en el medio de una ruta, donde casi me atropelló un camión de helados. Logré salir del camino justo a tiempo, cuando pasó a toda velocidad y dobló a la izquierda en una calle lateral. Tocaba una música que cualquier niño en Estados Unidos reconocería.

Me incliné y apoyé las manos sobre las rodillas. Mi corazón martilleaba por la adrenalina de casi haber sido atropellada. Me obligué a respirar lenta y profundamente. Hiperventilar no ayudaría.

Un minuto más tarde, me incorporé y contemplé los alrededores. Estaba en una ruta de dos carriles en el medio de la nada. Detrás de mí, una cerca oxidada de alambre de púas se extendía en la distancia. Más allá, un campo de pasto marrón y sin vida corría por colinas bajas hasta los valles. Su apariencia me hizo preguntar por qué aún no se había convertido en tierra.

Al otro lado de la ruta, frente a mí, había una granja vieja y erosionada por el clima. El porche desierto que la rodeaba tenía una mecedora rota, inclinada por la falta de una pata. El revestimiento de tablillas blancas descascaradas y agrietadas estaba sin brillo y sin vida, lo que no dejaba duda de por qué el jardín no era más que tierra y maleza.

¿Dónde diablos estaba? Caminé fatigosamente. El ruido de la gravilla bajo mis pies quebraba el silencio sepulcral. Dejé de moverme y escuché; fue entonces cuando comprendí por qué todo parecía fuera de lugar. No había absolutamente ningún sonido. Los árboles no susurraban, el viento no silbaba y las aves no cantaban. Para ser más precisos, no había aves como para que cantaran. Ni siquiera podía oír el camión de helados. Nada, excepto yo, parecía vivo en ese lugar. No podía ser real.

Busqué el móvil en mi bolso. Si tenía razón, confirmaría que continuaba en el Purgatorio, y no en una ruta abandonada en el medio de la nada. Gruñí.

—Otra vez no.

La lectura del GPS saltaba entre China, el Purgatorio y la nada, como si el teléfono no pudiera determinar dónde estaba. Mi teléfono perfecto estaba perdiendo la cordura, pero ese no era mi verdadero problema. El indicador de batería titilaba en color amarillo. Más temprano aquel día, tenía tres cuartos de carga; ahora estaba casi muerto. Había tenido un problema similar el viernes anterior, lo que había ignorado, ya que una carga completa por la noche pareció haber solucionado el tema. Era evidente que había un problema más grande con la batería. Busqué un tono de marcado, pero lo que fuera que afectara el GPS también afectaba el servicio.

Apagué el móvil y lo guardé en el bolso. Quería gritar. Estaba atrapada con un teléfono roto en un mundo abandonado sin ninguna salida aparente. Frustrada, pateé una piedrita de la calle. Saltó por el asfalto y rompió el silencio. Respiré profundo y miré a ambos lados de la ruta. A la izquierda había un edificio industrial a poca distancia; a la derecha, a unos dos kilómetros, había otra granja.

—¿Hacia dónde? —murmuré sacudiendo la cabeza.

Sentí un hormigueo en la muñeca. Verifiqué mi reloj y solté una carcajada. Justo ese día. Las agujas del reloj giraban a lo loco en ambas direcciones.

Solté un largo suspiro y bajé la mano. La maldita cosa era casi perfecta. Durante los últimos cinco años, siempre había dado la hora correcta y hasta se transformaba para adaptarse al estilo de mi vestimenta. Vaqueros y remera significaba un reloj deportivo; un traje de oficina significaba un reloj pulsera plateado. El hecho de que no pudiera quitármelo y de que detestara usar reloj parecía ser intrascendente. Ahora el reloj casi perfecto y absolutamente molesto no daba la hora.

—¡Genial! —grité. Tal vez era una reacción exagerada, pero quería oír... algo.

Me dirigí hacia la izquierda, hacia el edificio industrial. Estaba más cerca que la otra granja, y el camión de helado había venido de esa dirección. Tal vez aquel edificio llevara a algo o a alguien.

Diez minutos más tarde, estaba parada frente al edificio, lista para volver a gritar. Era una cáscara vacía de cemento y ladrillo. Varias de las ventanas estaban rotas, y cualquier zona no pavimentada estaba cubierta de maleza. Las líneas del estacionamiento estaban tan borradas que casi no existían.

La ruta por la que había llegado continuaba a lo lejos, donde vi más edificios agrupados. La torre de una iglesia se alzaba en la cercanía. A menos que todo el pueblo estuviera desierto, tendría que haber alguien allí. Comencé a caminar.

Cuando llegué al pueblo, tristemente, no había más vida que en la granja ni en el edificio industrial. Pasé tres iglesias, un cementerio grande, otra fábrica de alguna clase, y una cafetería vacía llamada “Liberty Bell”. Todo estaba entremezclado con viviendas familiares y alguna hacienda cada tanto, ubicada en lugares extraños.

Todo parecía como si su apogeo hubiera comenzado y terminado cincuenta años atrás; una foto en el tiempo de un pueblo en pleno Estados Unidos. Excepto que no había gente.

Caminaba por una Main Street vacía cuando sentí una brisa suave. La intensidad era mínima (no más que un suspiro que no podría sacudir ni una pluma) pero, cuando no hay nada más que sentir, todo puede sentirse. Me di vuelta. La ruta detrás de mí había desaparecido. En su lugar, estaba frente a una pared de ladrillo. Giré cuando un leve sonido provino desde la calle.

Era el fondo de un callejón sin salida. Al principio pensé que podía estar en medio de un set de filmación. Los ladrillos y el cemento estaban meticulosamente limpios, casi esterilizados. Las

calles y aceras estaban immaculadas; nada que ver con la decadencia mugrienta del pueblo muerto por el que había pasado.

Respiré aliviada. Civilización... al fin.

Revisé mi móvil, pero seguía descompuesto. Un fuerte tintineo me hizo levantar la mirada. Caminaba hacia mí un hombre con un sombrero tejano blanco y una estrella de hojalata, que recordaba a un alguacil del Viejo Oeste. Tenía el pelo lo suficientemente blanco como para ser pagano, pero la nariz torcida, y los fríos ojos marrones parecían más de un druida. No era ninguno de los dos; solo un ser humano común. Las espuelas brillosas tintineaban a su paso. Saludó con el sombrero.

—Buenos días, señorita. ¿Ya vio al cartero?

Eso no fue lo que había esperado oír, pero al menos parecía amigable.

—Lo siento —expresé—. Soy nueva en el lugar. ¿Puede decirme dónde estoy?

—Está en Infierno. —Hizo una pausa y continuó—: Montana.

Reprimí una sonrisa. Había oído de Infierno, Michigan antes y, a menudo, me preguntaba si decirles a los turistas que estaban en el Infierno era una broma habitual. A pesar del factor humorístico, no tenía tiempo para bromas. Necesitaba encontrar una salida de aquel lugar y, hasta el momento, ese tipo no estaba ayudando.

—Bueno... Estoy bastante segura de que no estoy ni en Infierno ni en Montana, así que... ¿hay alguien con quien pueda hablar que pudiera saber qué está sucediendo?

—Es mejor si acepta las cosas ahora. —Su tono era simpático y condescendiente—. Cuanto más espere, más infeliz hará a los demás. —Luego su tono se endureció y movió el cinturón para asegurarse de que yo notara el revólver de seis tiros—. Odiaría tener que jubilarla tan temprano. —Volvió a sonreír—. No es como si recibiéramos gente nueva todos los días.

*De acuerdo, no tan amigable después de todo.* Desvié la vista desde el arma hasta su rostro.

—Claro. Entonces, ¿mencionó algo sobre el cartero?

El alguacil me hizo señas para que lo siguiera. Se detuvo cuando llegamos a la acera y señaló un edificio de ladrillos claros, al final de la cuadra. Sonreí.

—Gracias.

Me dirigí hacia el edificio y eché un vistazo atrás algunas veces. El alguacil continuaba observándome.

Había unas pocas personas más por la calle, pero evitaban mirarme a los ojos cuando pasaban rápido junto a mí. Mis sentidos me decían que eran todos humanos, pero ¿quiénes eran, y por qué estaban allí? Alguien debía tener respuestas.

Espié por los ventanales del frente del correo. No había nadie en el mostrador. Volví a mirar al alguacil. Él se acomodó el cinturón una vez más; observaba y esperaba. Apoyé la mano en el picaporte, respiré profundo y abrí la puerta.

La parte superior de la puerta golpeó una campanilla que colgaba encima. El fuerte tintineo anunció mi llegada y dejó caer un manto de energía sobre mi cabeza.

No dolió, pero un hormigueo mágico se extendió por mi piel. Por un momento, la habitación se volvió animada y cálida. Un panfleto amarillo, clavado en un tablero de corcho, se sacudió por la brisa que cruzó la puerta. El panfleto anunciaba una venta de tortas en Main Street al día siguiente. Me sentía feliz y contenta. No tenía apuro por hacer nada. Nada parecía más importante, excepto ir a la venta de tortas.

Justo cuando estaba pensando en qué podría hornear, la magia se revirtió. Los sentimientos de felicidad me abandonaron, como si hubieran quitado el manto de energía. El panfleto estaba arrugado y descolorido; apenas se veían las letras. La realidad depresiva volvió, y mi estado de

felicidad y contento se disipó.

¿Qué había sucedido?

Un ruido de pasos se oyó desde el fondo. Unos segundos más tarde, un demonio demacrado salió del cuarto trasero arrastrando los pies. Las líneas marcadas del rostro lo avejentaban mucho más. Como la mayoría de los demonios, sus ojos eran negros con un leve brillo rojo. Se lo veía hambriento, agotado y desgastado.

—Buenas tardes, señorita, ¿en qué puedo ayudarla?

Me saludó con una sonrisa, como si fuera otro alegre habitante del pueblo. Su forma velada era desconocida para mí, pero debía suponer que proyectaba un semblante más agradable que el demonio escuálido y desgastado frente a mí. Estaba segura de que él no tenía idea de que podía ver a través de su velo. Seguí el juego. Si creía que su disfraz me engañaba, podría darme más información de la que él pretendía.

—Buenas tardes, señor. Me preguntaba si podía decirme dónde estoy.

Señaló la pared detrás de él, donde las palabras “Infierno, Montana” estaban pintadas en letras negras.

—Ya veo, y ¿dónde puedo conseguir un autobús que salga del pueblo?

—Lo siento, señorita. No hay autobuses para salir ni para entrar. Una vez que está en Infierno, está en el Infierno.

Solté una pequeña risa, pero tosí para cubrir mi reacción. Lo absurdo de que este lugar fuera el Infierno era gracioso. Mayberry, un típico pueblo estadounidense de serie televisiva de los cincuenta, tal vez; una trampa, definitivamente; pero el Infierno (el reino controlado por el Diablo), no.

—¿De verdad? Porque el que me envió aquí lo llamó “laberinto”, lo que me hace pensar que puede haber una salida. —Él no cooperaría, por lo que decidí cambiar el enfoque—. ¿Hace cuánto que estás atrapado aquí? ¿Mantienes la ilusión, o solo eres parte de la audiencia, *demonio*?

Soltando un suspiro de alivio, dejó caer el velo. Como yo ya había visto a través de este, continué viendo al mismo demonio agotado de un minuto atrás. La tarea constante de mostrarse con el velo debía ser lo que lo hacía ver tan desgastado. Respiró profundo, como si llenar los pulmones de aire hubiese sido imposible hasta ese momento.

—Si supiera cómo salir de este lugar, ¿no te parece que lo habría hecho? Estoy aquí hace cincuenta y nueve años y medio. Agregué los hechizos para hacer que todos creyeran que vivían aquí. Luego, convertí a uno en alguacil para que enviara a los nuevos aquí. Así les echaba la mala sombra antes de que causaran problemas.

—¿La mala sombra? —Eché un vistazo a la campanilla sobre la puerta. *¿Fue eso lo que sentí al entrar?*—. Por un minuto todo pareció maravilloso y luego desapareció.

Frunció los labios y me estudió.

—Deberías haber pasado por esa puerta y entrar en Infierno, Montana. ¿Por qué no funcionó en tí?

*Buena pregunta.* Me encogí de hombros.

—Yo misma no estoy muy segura, pero no creo que tengas suficiente poder para hacerme ver algo que no es real. —Volví a mirar la campanilla—. Por lo menos, no en el Purgatorio.

Los ojos del demonio se abrieron aun más cuando mencioné el Purgatorio.

—Debo salir de aquí —señalé—. Debe haber un modo.

—No lo hay. Créeme, lo intenté.

Pasó los siguientes veinte minutos explicándome cómo había llegado allí hacía casi sesenta años. Todo estaba igual, excepto las personas (treinta en aquella época), quienes estaban

confundidas e intentaban matarse entre sí. Había lanzado el primer hechizo al llegar para que los demás no lo lincharan por ser un demonio. Al final, había logrado que todos creyeran que aquel era un lugar llamado “Infierno”, en Montana, y que todos vivían allí. Inquietantemente, nadie envejecía ni se iba. Ahora tenían una población de ciento veinte habitantes, y todos formaban parte de la ilusión.

Él suspiró.

—Hacen lo mismo todos los días. Se despiertan y creen que es el mismo día que ayer. Todos esperan esa maldita venta de tortas. —Resopló—. Así que nada cambia, excepto las personas nuevas que se suman. Vienen al correo, les asigno un lugar para vivir y van a convertirse en parte... del laberinto, como lo llamaste.

—Debe haber una salida. —Giré sobre los talones para observar la calle por los ventanales—. La encontraré —murmuré. El demonio estaba en silencio—. ¿Qué hay sobre el camión de helados? ¿Quién lo conduce?

Él frunció el ceño y bajó la mirada como si estuviera pensando.

—¿Camión de helados? —Sacudió la cabeza; luego, abrió más los ojos—. Cierto. El camión de helados. Lo había olvidado. ¿Quieres decir que sigue allí afuera?

—Sí, y está fuera de la burbuja.

—¿La burbuja?

—Afuera, en la parte muerta del pueblo. ¿Sabes cómo regresar allí?

Él sacudió la cabeza.

—No puedes. Una vez que pasas a este pueblo, te quedas. Nunca se fue nadie. —Se inclinó hacia adelante y bajó la voz, como si alguien pudiera estar oyendo. Estaba bastante segura de que nadie controlaba ese depósito de almas olvidadas—. ¿Tienes un poder que podría ayudarnos a salir de aquí? ¿Tal vez encontrar el camión de helados?

—¿Un poder? —Sacudí la cabeza—. Soy humana.

Me miró fijo.

—Un humano no hubiera sabido que soy un demonio, y la mala sombra habría funcionado.

Tenía razón. Frunciendo el ceño, consideré lo que eso significaba. No tenía una respuesta.

—Es complicado —respondí.

No había razón para explicarle mi vida a ese tipo. Era un regalo inesperado que mi doloroso pasaje al Purgatorio hubiese ampliado mi detector de velos, pero eso era todo. No era como si me hubiera transformado en una pagana ni hubiese recibido poderes especiales. ¿O sí? No tenía una respuesta para lo que había sucedido con “la mala sombra”. Quizás el hechizo sobre el pueblo era una especie de velo... de velo muy grande.

Pensé en los otros beneficios corporativos. El móvil era una causa perdida, y el reloj ni siquiera podía dar la hora correcta. Además, esos eran solo objetos. El traductor, que era tecnología implantada, era todo lo que quedaba. Si era como el móvil y el reloj, entonces podría estar roto también... Claro que oía al demonio en mi idioma.

—¿Estás hablando en mi idioma?

—Sí —contestó dubitativo.

—¿Puedes hablar en demonio?

—¿Qué te gustaría que dijera?

Oí mi idioma, pero sabía que era demonio. Genial. ¿Podría entender lenguaje antiguo?

—¿Puedes hablar en lenguaje antiguo?

Él sacudió la cabeza. *Maldición.*

—¿De qué se trata todo esto? —inquirió.

—Nada. Solo pensaba.

¿Qué más? Podía intentar oír los ruidos de la calle. Tal vez ahora tenía más rango. Recordé el dolor de los primeros días, antes de tener control, cuando podía captar un susurro leve y, de inmediato, mi audición podía centrarse en la conversación. Lamentablemente, no sabía cómo ignorar lo que sucedía a mi alrededor, por lo que el volumen amplificado causaba que un tono normal de voz a mi lado se oyera como si gritaran por un megáfono estridente. Pero el silencio de ese pueblo podía hacerlo el lugar más seguro para intentarlo. El riesgo de dolor era bajo.

—Hay algo que puedo probar. Podría ayudarnos a encontrar el camión de helados. Aunque no sé de qué nos serviría.

—Quizás nos ayude a encontrar la salida... hacia la parte muerta del pueblo —sugirió entusiasmado.

¿Quién no lo estaría después de sesenta años en esa prisión? Respirando profundo, cerré los ojos. Imaginé el pueblo en mi mente y pensé en la calle fuera del correo. Quería comenzar despacio. Antes de aumentar el rango, tenía que controlarlo. Me concentré en la acera al otro lado de la puerta. Una extraña sensación de desconexión me invadió. Era como si mi mente se hubiera salido de mi cuerpo. Al mismo tiempo, la imagen en mi cabeza se volvió real. Las cosas se veían como si mis ojos estuvieran abiertos y yo estuviese físicamente en la acera, fuera del correo.

Mis verdaderos ojos se abrieron de repente, y mi mente regresó de un golpe a mi cuerpo. Perdí el equilibrio y tuve que apoyarme en la pared.

—Oh, cielos.

—¿Estás bien? —consultó el demonio. Rodeó el mostrador.

—¿Desaparecí?

Abrió la boca y luego la cerró.

—No —respondió con cautela.

Miré hacia la acera. Podía jurar que había estado allí, pero jamás abandoné el edificio. De algún modo me había separado de mi cuerpo. Como si mi mente (mi presencia) fuera libre para merodear por su cuenta. *Cielo santo, eso es genial.*

—¿Estás segura de que te encuentras bien? —inquirió él.

Asentí.

—Volveré a intentarlo.

No sabía por qué ni cómo (tal vez no me interesaba) pero, fuera lo que fuese, no tenía nada que ver con el traductor. Era una habilidad nueva. Recordé la manta de energía que me había cubierto cuando había entrado. La habitación había parecido animada por un momento y luego la ilusión se había roto. ¿Lo había causado yo? ¿Qué más podía hacer?

Eché un último vistazo al demonio justo antes de cerrar los ojos. Su mirada se movía rápidamente, como si estuviera buscando algo. Lo ignoré. Imaginé la oficina del correo. Esa vez fue más fácil separar mi presencia, y me encontré fuera de mi cuerpo, observándome a mí misma y al demonio. *Genial.*

Pensé en la calle frente al correo. En un instante, mi presencia saltó a la acera. Maravilloso. Todo era tan vívido como si estuviera físicamente allí. La vista de las tiendas impecables que ocupaban el largo de la calle era exactamente la misma. El poste giratorio azul y rojo de la barbería, y la sonrisa en el rostro del guardia de seguridad que abría la puerta del banco a los clientes que se acercaban. *Condenadamente maravilloso.*

El alguacil estaba al otro lado de la calle, hablando con alguien. Una leve sensación de que alguien pasaba junto a mí sacudió mi presencia mientras la gente se movía a mi alrededor. No podían verme. Claro que no podían verme: no estaba allí.

Caminé hacia la señal de Alto y me concentré en escuchar el camión de helados. Había estado fuera de la burbuja. Si pudiera oírlo, quizás podría seguirlo, encontrar el límite entre esa realidad falsa y el pueblo muerto por el que había cruzado.

Me desconecté de todo lo demás y busqué ese sonido familiar. Al principio no oí nada, pero luego, como si un mosquito hubiera volado demasiado cerca de mi oreja, el sonido se aclaró. Era suave, pero estaba allí.

Giré rápidamente cuando otra sensación de roce me golpeó, pero no había nadie allí. Estaba sola en la calle y había perdido el sonido del camión de helados. *Maldición.*

Después de otro roce, me di cuenta demasiado tarde de que no era mi presencia la que sentía el movimiento. Era mi cuerpo.

Al abrir los ojos, regresé de un tirón al correo, justo antes de que alguien me golpeara en la cabeza.

## CAPÍTULO 7

**M**e desperté con un chichón y con un dolor que me partía la cabeza. Los viejos resortes del catre rechinaron cuando me senté. Sí, estaba en la cárcel de Mayberry. Cerré los ojos y descansé la cabeza sobre las manos. Se sentía un fuerte olor a lejía, que provenía de la otra celda. Combinado con el dolor de cabeza, el olor acre me daba náuseas.

Aparte de aquel día, solo había estado inconsciente en cuatro oportunidades durante mi vida. Tres habían ocurrido en los últimos cinco años... y dos de esas tres habían sido cortesía de Mace. Una más ese día, y estaría duplicando mi récord. Al menos, iba variando: dardo tranquilizante, puño derecho y, ahora, un golpe en la cabeza.

Reprimí las ganas de vomitar. Estaba sola, pero podía oír ruido en la habitación delantera a través de una puerta parcialmente abierta. Había un pasillo corto que daba a la parte trasera, pero de ningún modo podría atravesar los gruesos barrotes.

Aparte del reloj y de la ropa, se habían llevado todo los demás... hasta mis zapatos. Sacudí la cabeza. ¿Creerían que me suicidaría con los cordones?

—Bueno, bueno —comentó el alguacil al abrir la puerta del todo—. Creí haberte dicho que te adaptarás. —Se apoyó sobre el marco de la puerta.

—¿Dónde está el cartero? —inquirí.

—Vendrá directamente. —La sonrisa del alguacil era engreída. ¿Sabía qué estaba sucediendo?

—Bueno, avísame cuando llegue *tu jefe*.

Tuve que reprimir un bufido cuando él se enderezó e infló el pecho. Era evidente que había tocado una fibra sensible.

—No es mi jefe. Siempre hay dos. Iguales.

Como si no creyera su afirmación, levanté una ceja en un intento por enfurecerlo. No había necesidad de mostrarle respeto.

—Claro. Iguales. Para mí se ve más como un líder y un *seguidor*. —Lo señalé cuando dije: “Seguidor”.

Sus labios formaron una línea delgada.

—Se trata de tiempo, no de rango. Él tiene más en este momento.

Reí.

—El tiempo es constante. ¿No tendrá siempre más?

—Saldrá en seis meses —gruñó el alguacil—. Entonces, seré yo el que tenga más tiempo. — Con un bufido arrogante, agregó—: A menos que haya algún error. Entonces, subiré de puesto antes. De cualquier manera, en seis meses, seré el número uno.

¿Sería eso una sentencia de prisión para ellos? El cartero había mencionado que había estado

allí por cincuenta y nueve años y medio. Otros seis meses totalizarían un periodo de sesenta años. Saldría en seis meses, a menos que hubiera un error; ciertamente, que alguien se escapase sería un error. Genial. Un hombre con nada que perder, excepto su libertad.

—Entonces, segundón —lo reprendí—, el último orejón del tarro (como ya he dicho), avísame cuando llegue tu jefe.

El alguacil entrecerró los ojos. Apoyó la mano sobre el revólver, pero se detuvo cuando oyó una campanilla sonar detrás de él. Echó un vistazo y quitó la mano del arma.

—¿Dónde conseguiste esto? —preguntó el cartero, sosteniendo mi móvil.

Deslizar el nombre del Jefe podría ser mi única oportunidad de sobrevivir el tiempo suficiente para escapar. El alguacil había estado demasiado ansioso por sacar su arma.

—Él me lo dio.

El alguacil frunció el ceño. El cartero contempló el teléfono y frunció los labios.

—Esto no funciona aquí, lo que significa que *él* no puede encontrarte.

Le sostuve la mirada sin dar ninguna pista. Lidiaba con el Rey Demonio cinco días a la semana. Ese tipo era un chiste. No podría intimidarme aun si lo intentara.

—Como sea, amigo. El GPS en esa cosa está roto hace semanas. No tuve tiempo de hacerlo reparar. *Él* vendrá a buscarme. —Observé al alguacil—. Así que será mejor que esté respirando cuando *él* me encuentre.

—¿De quién diablos estás hablando? —espetó el alguacil.

Reí. El cartero lo miró con desdén.

—Se refiere al Rey Demonio. El Diablo. Este es un teléfono del Infierno... el verdadero.

—Maldición.

Burlándome del alguacil, levanté y bajé mi ceja derecha. Sus ojos estaban bien abiertos. Bien. Ahora comprendía con lo que estaba lidiando.

—Si ella le pertenece a *él* —se quejó—, estamos fritos. Nos matará a todos cuando venga a por ella.

—Está mintiendo —se burló el cartero—. Este teléfono no funciona aquí. *Él* no creó este lugar; otro lo hizo. Uno de los suyos. No vendrá por ella.

—Si tú lo dices... —expresé con arrogancia. No había motivo para hacerle saber que tenía razón, y no solo por las razones que él había enumerado—. ¿De verdad crees que el Rey Demonio utiliza el GPS para rastrearne? No puedes quitarme esto. —Estiré el brazo derecho. Esperaba que la marca apareciera sola, como lo había hecho cuando Wylan James había pedido una prueba. No apareció. El cartero resopló.

—¿Qué? ¿Tu papi perdió el extremo de la correa?

—No es mi padre —espeté.

El cartero no dejó de sonreír.

—No necesitamos comer ni beber aquí para sobrevivir. Esto es la nada de ningún lugar, y puedes sentarte en esa celda y pudrirte por toda la eternidad en lo que a mí respecta, pero no saldrás de aquí. —Arrojó el móvil dentro de mi bolso. Su mirada se centró en mi reloj—. Te dije que le quitaras todo —reprendió al alguacil.

El alguacil se enfureció.

—No pude quitarle el reloj. Lo intenté mientras ella estaba inconsciente. La maldita cosa me dio una sacudida dos veces.

—Quítatelo —me ordenó el cartero.

—Me encantaría. Dime cómo, y es tuyo.

Levantó un poco las cejas. Miró al alguacil.

—No abras esta celda por ningún motivo. ¿Me entiendes?

El alguacil lo miró boquiabierto.

—No planeaba hacerlo.

El cartero lo miró furioso y salió. Oí el golpe seco de mi bolso al caer sobre un escritorio de madera, antes de que la campanilla de la puerta tintineara. El alguacil volvió a apoyar la mano sobre el arma.

—Solo tú y yo ahora.

Me encogí de hombros y me recliné sobre los barrotes.

—Tu *jefe* podría tener razón. Tal vez el Rey Demonio no pueda encontrarme aquí, pero ¿qué tan difícil crees que sea una vez que me envíes al verdadero Infierno con ese revólver?

El alguacil resopló como si mi amenaza fuera vana y regresó a la habitación principal.

Me dolía la cabeza. Estiré la mano hacia atrás y me toqué la hinchazón. Mataría por una aspirina. No estaba segura de cómo saldría de aquella celda, pero me negaba a quedarme sentada sin hacer nada. Cerré los ojos y salí de mi cuerpo. La transición se hacía más sencilla. No dolió tanto esa vez.

Pensé en el cruce de calles y, en un pestañeo, me trasladé a la señal de Alto. Intenté oír la música. Unos segundos después, capté la melodía del camión de helados. Seguí la canción. Se oía cada vez más fuerte a medida que pasaba la pequeña iglesia en la esquina de la plaza principal. La música me llevó hacia las vías del tren. Continué hasta que las notas se alejaron y quedé frente a una pared de ladrillos.

*¿Qué sucedió?*

Estaba de nuevo en el callejón, aquel al que había llegado después de haber cruzado el umbral en el pueblo muerto. Frustrada, volví a intentarlo, pero llegué a la pared una vez más.

El demonio tenía razón: no había salida. Había probado cada camino lógico que llevaba fuera del pueblo. Todos me dejaban en el callejón. No tenía sentido. Ni siquiera era mi cuerpo el que regresaba al casillero de salida; era mi presencia. ¿Algo de eso era real?

Abrí los ojos para atraer mi presencia hacia mi cuerpo. El mareo no era tan malo esa vez. Me recuperé rápido, pero mi cabeza parecía doler más. Genial. Era un efecto secundario de mi nueva habilidad, o mi presencia no sentía el dolor del golpe en la cabeza cuando estaba fuera de mi cuerpo. Supuse que no importaba en realidad. Me estiré en el catre para descansar.



ME DESPERTÓ DE LA SIESTA EL VAGO ECO DE UNA CAMPANILLA. EL DOLOR DE CABEZA NO ERA TAN fuerte, pero aún me latía la zona hinchada. Me senté en el catre.

—Alguacil —llamé, pero no hubo respuesta.

Cerré los ojos y llevé mi presencia a la otra habitación. Vacío. El alguacil no estaba. Abrí los ojos.

Una línea brillante de luz solar estaba a tres cuartas partes de la pared. El sol estaba poniéndose. ¿Realmente había pasado el tiempo? Las agujas del reloj seguían girando sin parar. Suspiré disgustada. Había olvidado que la única cosa que jamás podría perder era inútil ahora.

Estaba por desviar la mirada cuando las agujas disminuyeron la velocidad y se detuvieron a las doce. Luego, el minuterero señaló hacia la parte trasera de las celdas, al otro extremo de la habitación del frente. Levanté una ceja. *Incredible*.

—Necesito un modo de salir de la celda, no una brújula. —Suspiré y bajé la mano. Estaba hablando con mi reloj.

Este comenzó a vibrar. Cuando miré, las agujas habían vuelto a las doce. Mi estómago se revolvió cuando una ola de energía emanó del reloj. Extraño. Las vibraciones aumentaron, y el reloj emitió un chirrido agudo. Las náuseas fueron seguidas por otra ola de energía. Las vibraciones aumentaron, y el chirrido aumentó su volumen.

Hice una mueca de dolor y me tomé el costado antes de sentir la tercera ola. Cada vez que sucedía, el dolor, las vibraciones y el chirrido aumentaban. Para cuando llegó la cuarta, estaba doblada al medio, y el chirrido había escalado hasta el punto de quedar en silencio.

Los barrotes de la celda vibraron y se sacudieron.

Chillé cuando la quinta ola sacudió la sala con la suficiente fuerza como para arrancar la puerta de las bisagras... literalmente. La puerta hizo un sonido metálico cuando golpeó el piso.

No me moví; estaba paralizada por lo que había sucedido. El dolor estaba desapareciendo, pero no del todo. El reloj estaba girando otra vez; hice una mueca por el dolor que me provocaba en la muñeca roja y en carne viva.

Un ruido del exterior me hizo prestar atención. Era hora de moverse.

Me puse de pie, gruñendo por el dolor en el costado, y salí corriendo hacia la habitación del frente. Tomé el bolso y me lo colgué por encima de la cabeza. Mis zapatos estaban metidos en el bolso, junto con el móvil y la cartera. Bajé los zapatos al suelo y metí los pies. Estiré la mano para girar el picaporte y respiré entre dientes cuando el movimiento repentino me recordó que tenía la muñeca en carne viva. Verifiqué el reloj. Las agujas aún giraban. Me concentré en la esfera del reloj. Al igual que antes, un segundo después, los giros se detuvieron, y el minuterero señaló el siete.

—¿Qué? ¿Son indicaciones? —pregunté. Revoleé los ojos ante lo loco de la idea.

El minuterero giró una vez y se detuvo en el siete. Ahora estaba segura de que estaba demente porque pensé que el reloj acababa de responderme. Moví la muñeca. Como una brújula, el minuterero seguía señalando detrás de mí. Era un reloj que podía hacer vibrar bisagras de metal hasta que se desintegraban.

Miré hacia la celda. Antes de que pudiera decidir si confiar en el aparato, la voz del alguacil, proveniente del exterior, me impulsó a actuar.

—De acuerdo, tú ganas —le expresé al reloj—. Sácame de aquí.

El reloj continuaba señalando hacia atrás. Encontré una puerta al final del corredor, junto a las celdas. Daba a un callejón detrás de la prisión. Cuando salí, el cielo estaba casi oscuro, pero había luna llena, que arrojaba una luz pálida y escalofriante sobre todo.

Miré el reloj y seguí el minuterero, que señalaba hacia la derecha. Mantuve un ojo sobre el reloj mientras corría por callejones traseros y calles laterales, intentando que no me descubrieran. Todos mis intentos cuidadosos por ocultarme casi se arruinaron cuando choqué con un hombre al doblar en un callejón sin salida. Ambos terminamos desparramados por el piso.

Me tambaleé hasta ponerme de pie y estiré el brazo para ayudar al desconocido. Una ola de energía estática pasó entre nosotros cuando le tomé la mano.

—Lo siento —me disculpé.

Al mismo tiempo, el brazo de él se aflojó, el hombre cerró los ojos y cayó al piso. Un momento después, abrió los ojos, con expresión confundida. Cuando estiré el brazo una segunda vez para ayudarlo, él retrocedió. Supuse que no quería otra descarga.

—¿Dónde demonios estoy? —gimió él.

Bueno, no esperaba un novato. ¿No estaba hechizado para creer que era parte de ese pueblo loco? Oí voces. Estaban acercándose. Había dado un paso para huir cuando el desconocido me tomó de la muñeca.

—¿Dónde estoy? —Sus ojos se agrandaron por el miedo.

—Tampoco lo sé. —Tiré del brazo para soltarme—. Sígame si quiere salir.

Escapé. No tenía idea de si el tipo estaba detrás de mí o no. Podía oír al alguacil dando órdenes en las cercanías. Llegué al final de una calle lateral, justo frente al callejón donde siempre terminaba. ¿Por qué me guiaba hasta allí? Antes de que tuviera tiempo para pensar, alguien gritó:

—¡Alguacil, allí está!

No intenté ver quién gritaba. Corrí a toda velocidad hacia el callejón. Bajé la vista una vez más para asegurarme de que el reloj seguía apuntando hacia adelante; cerré los ojos y me dirigí hacia la pared. Era la libertad, o Infierno (Montana) para siempre.

Me preparé para chocar contra la pared, pero la atravesé como si no estuviera allí, como si la pared hubiera sido una ilusión. Crucé el umbral con la misma facilidad con que lo había hecho la primera vez.

El silencio del pueblo muerto había regresado, hasta que se oyó el gemido agudo de un hombre junto a mí. Abrí los ojos y me encontré en la granja donde todo había comenzado. El hombre con el que había chocado estaba tirado en el piso, junto a mí, y se retorció de dolor.

—¿Se encuentra bien? —inquirí, pero era evidente que no. Tenía la mirada perdida.

Horrorizada, di un grito ahogado cuando comenzó a envejecer. La piel se le arrugó, y se le hundieron las mejillas. Rápidamente, iba cambiando de un hombre de unos treinta años a un anciano, arrugado por la edad. Jadeó, y luego las caderas corcovearon a medida que su cuerpo convulsionaba y tenía espasmos.

—Gracias —susurró entre gemidos contorsionados.

—¿Gracias por qué?

—Por haberme despertado. —Soltó un grito y se tomó el pecho. Su cuerpo se puso rígido y luego quedó flojo.

Con cautela, le toqué el costado del cuello. Estaba cálido, pero no tenía pulso.

Muerto.

Me puse de pie. ¿Qué había querido decir? ¿De qué lo había despertado? ¿Del hechizo del demonio? ¿De la mala sombra? El demonio había dicho que nada cambiaba, pero era evidente que el tiempo no se había detenido. Solo aguardaba a que ellos salieran.

Me sobresalté cuando el sonido agudo del camión de helados pasó a toda velocidad. ¿Era la salida? La otra dirección no había funcionado.

Corrí tras el camión. Se movía más rápido de lo que yo podía correr, pero intentaba mantenerlo a la vista. Doblé una curva siguiendo el camión. Perdía terreno. Lo tenía, al menos, a unos ochocientos metros.

—¡No! —grité cuando desapareció, pero no dejé de correr.

Me dirigí hacia el lugar donde el camión había desaparecido. Tal vez era un portal... una salida. Algo. A medida que me acercaba, una fuerza me atrajo.

*Por favor, no me lles de nuevo a Infierno, Montana.*

## CAPÍTULO 8

**E**l viaje de regreso llevó solo unos segundos. Fui atraída e impulsada hacia el otro lado del seto, contrariamente al lado por donde me habían hecho atravesar los guardias.

—¡Sí! —Di un salto en el aire y luego me llevé la mano a la boca.

Esperé un minuto para asegurarme de que nadie me había oído. Suspiré aliviada cuando nadie apareció de repente.

Me sacudí el polvo y saqué el móvil. Crucé los dedos en mi mente y oprimí el botón de encendido. Un momento después apareció la pantalla inicial. El indicador de batería seguía titilando en amarillo, pero al menos funcionaba. Suspirando aliviada, apagué el teléfono para ahorrar batería y volví a guardarlo en el bolso.

Alguien soltó una carcajada, y eso atrajo mi atención de nuevo al seto. La carcajada provenía del otro lado, del lado donde estaba Charles. Retrocedí un poco y miré en ambas direcciones. *Maldición*. El seto parecía no tener fin. Incliné la cabeza hacia arriba y fruncí el ceño. Trepar el seto de más de nueve metros no sucedería, y de ninguna manera lo atravesaría caminando. Debía haber otra salida.

Otra carcajada perforó el silencio. Debía encontrar un modo que no implicara atravesar el seto, que bien podría dejarme de nuevo en Infierno, Montana. No, gracias. Habría dicho que era imposible cruzar el follaje grueso y nudoso si no hubiera acabado de hacerlo, pero de ninguna manera me arriesgaría a quedar atrapada en aquella trampa. Utilizando mi nueva habilidad, cerré los ojos y salí de mi cuerpo. Apenas sentí algo durante la transición a mi forma incorpórea.

Pensé en el otro lado, en aquel desde donde me habían empujado originalmente, y llegué en un abrir y cerrar de ojos.

Un harén de doncellas borrachas bailaba o se paseaba mientras una banda de trovadores tocaba música para la corte de Charles. Costosas alfombras orientales y enormes almohadones mullidos estaban desparramados bajo un amplio toldo. Él estaba sentado en un elaborado trono bañado en oro, por encima del tumulto de gente. El ceño fruncido en su rostro era impropio. Levantó la barbilla, y su nariz quedó elevada. Cuando una doncella se atrevió a tocarlo, este le apartó la mano y la arrojó al suelo. Ella no pareció molestarse. De la misma manera en que Cinnamon no se había molestado antes. ¿Estaban todas bajo su hechizo?

Mis ojos se agrandaron cuando reconocí a la mujer: Cinnamon. Dio vueltas como si estuviera drogada. Tenía el pelo rubio levantado con un estilo casi cómico (un cardado de rulos y flores) y estaba usando una *toga*.

Me concentré en Cinnamon y llevé mi presencia más cerca de su ubicación. Ella estaba haciendo el ridículo, pero estaba claro que no parecía importarle. El hechizo de él era fuerte, pero ¿cómo se había dejado atrapar? ¿Y cómo la mantenía bajo su hechizo?

Advertí que la demonio que había ayudado a Cinnamon a entrar a la casa más temprano estaba caminando hacia Charles. La estudié. Llevaba el largo pelo oscuro suelto, pero el mechón color índigo seguía destacándose entre las ondas color ébano. Ya no llevaba el solero. Vestía pantalones negros y un top de algodón.

—¿La chica sigue con nosotros? —consultó.

Charles entrecerró los ojos.

—¿Por qué quieres saber?

Índigo bajó la cabeza.

—Solo me preguntaba si debía esperar a alguien más para la cena.

Él resopló.

—No, ya se fue.

—Muy bien. Iré a la ciudad por unas horas. Regresaré antes de la cena.

—Puedes ir. —Sacudió la mano para ahuyentarla.

Índigo abandonó el jardín. ¿Le había creído a Charles? En caso contrario, ¿llamaría al Jefe? *Probablemente no.* Debía saber que Charles manipulaba a Cinnamon. Era evidente que estaba ayudando a mantener a Cinnamon allí. El Jefe no apreciaría su rol, por tanto, ella no atraería la atención sobre sí misma al contarle sobre mí, pero ¿por qué, entonces, había preguntado?

Volví a intentar recordarla. Dada mi función, ella debía saber quién era yo de la oficina... a menos que no me conociera para nada. ¿Podría estar trabajando para mi doble? ¿Seguían los cuatrillizos en la lista de objetivos de la doble? ¿Fue por eso que Omar me había pedido que los visitara? ¿Para salvarlos?

La carcajada de Cinnamon llamó mi atención. Necesitaba mi ayuda de cualquier manera. Regresé hacia el seto. Examiné el follaje y encontré una abertura unos veinte metros más abajo del lugar por donde me habían arrojado antes.

Abrí los ojos y regresé a mi cuerpo. Estiré la mano para recuperar el equilibrio, pero la sensación apenas se notaba esa vez. Eché un vistazo al reloj, pero mi práctica brújula no se movía.

—Vamos —ordené.

Observando las agujas inmóviles, consideré qué las había hecho mover anteriormente. Nada; solo había comenzado a dar indicaciones en la celda. *No.* Se había enloquecido por primera vez en la ruta.

—¿Hacia dónde? —indagué, recordando la orden que había dado antes sin saber.

Las agujas del reloj giraron. Concentré la mirada en las agujas, que se detuvieron y señalaron la derecha. Caminé hasta que la aguja se movió hacia la izquierda. El seto frente a mí parecía espeso y nudoso como el resto pero, si el reloj me guiaba hacia adelante, debía haber algo allí. Tal vez era una puerta oculta, como el muro de ladrillos en el complejo de Cinnamon.

Estiré la mano y avancé. Esperaba chocar con el seto o cruzar un umbral, pero no fue así. No había nada allí, excepto un corredor estrecho entre dos paredes de setos idénticos. El seto espeso era solo una ilusión óptica. No se necesitaba magia.

Seguí las indicaciones del reloj hasta que llegué a la abertura al otro lado. Me acerqué a la salida con cuidado, pero quise gritar cuando Cinnamon pronunció mi nombre. Me había visto y no había tardado en anunciar mi presencia a los demás.

—Claire, cariño —chilló—, ¿qué haces aquí?

Cuando miré a Charles, sus ojos estaban bien abiertos. Bajó del trono y caminó hacia mí con paso airado. Pasó a toda velocidad junto a Cinnamon, quien se tropezaba por llegar hasta mí. Se recuperó del empujón.

—Ah, Charles, esta es la asistente de mi padre, Claire.

Me alejé del seto. No quería que volviera a arrojarme al otro lado.

—Sí, nos conocimos hoy, más temprano —respondió con un tono seco.

Hoy, más temprano. No debí haber estado en el laberinto tanto como había pensado. Me puse tensa cuando Charles se detuvo frente a mí, ya que estaba lo suficientemente cerca como para tocarme. Tambaleé hacia atrás. Él avanzó un centímetro más. Di un paso más y choqué con un centinela.

Charles estaba a centímetros de mi rostro. Olía a lilas y a eucalipto. La compulsión era más fuerte ahora. Era tan intensa a mi alrededor que apenas podía respirar. Tenía miedo de tocarlo de manera voluntaria. El poder que tenía sobre Cinnamon parecía intensificarse cuando ella lo tocaba. Él sonrió ante mi negativa a empujarlo.

—No estoy seguro de cómo lograste salir del laberinto, pero no puedes resistirte a mí para siempre.

Se inclinó. Su poder chocó conmigo, como si el hechizo fuera una fuerza física.

—Aléjate, maldito, no te tocaré.

—¿Estás segura de eso? —Se mojó los labios y los entreabrió, como si fuera a intentar besarme. Era arrogante y engreído, y nada parecido al tipo de hombre con el que saldría Cinnamon.

Tragué saliva y me apreté más contra el centinela a mis espaldas. Un segundo después, Cinnamon resopló con poca elegancia y chocó torpemente con Charles.

Él tambaleó y me hizo chocar con el centinela. Furioso, Charles gruñó y se alejó. Su toque envió una ola eléctrica que atravesó todo mi cuerpo. Me golpeó como un rayo, y grité ante la sacudida causada por el dolor.

En el tiempo que tomaba pestañear, el hechizo me envolvió como una manta sofocante. A medida que se apoderaba de mí, el dolor se transformó en amor. Amaba a Charles. Moriría si no podía tenerlo. Estiré la mano para acariciar su cuerpo esbelto y atractivo, pero él giró hacia Cinnamon... y me ignoró por completo.

Mis ojos se abrieron aun más por la ira. Esa zorra no podía tenerlo. Él era mío. Arremetí, lista para atacar. Me detuve cuando un dolor agudo me hizo doblar al medio a medida que el hechizo se desvanecía, y se llevó la agonía al desaparecer.

Me paré derecha. Cualquier sentimiento bueno que tuviera por Charles había desaparecido. ¿Cómo? La mala sombra. La reversión había ocurrido del mismo modo que en el laberinto, de la venta de tortas a una realidad gris. Con Charles, un minuto estaba dispuesta a matar por su amor y, al siguiente, estaba viendo su verdadera forma y odiándolo. ¿Anulación de magia? ¿Otra habilidad nueva? Concentré la mirada en Charles. Su velo también había desaparecido; solo quedaba el demonio.

—Imbécil —espetó y empujó a Cinnamon.

Ajena a su ira, ella se fue corriendo hacia las doncellas que bailaban.

Charles me atacó verbalmente. Olía a fuego y a azufre; toda la dulzura se había esfumado.

—Puedo verte —le advertí.

Su expresión cambió a un ceño fruncido petulante. Echó un vistazo a Cinnamon, quien bailaba y giraba cerca de nosotros.

—Jamás la convencerás.

Tenía razón. Cinnamon continuaba atrapada en la ilusión, y él no nos dejaría salir de allí a ninguna de las dos. Ella debía despertarse de la tierra de ensueños y tomar el control de la situación.

*Despertarse. Sí.* Eso era exactamente lo que debía hacer. El hombre en el laberinto... Él había dicho que yo lo había despertado. ¿Deshechizarla a ella podía ser tan simple? ¿Tenía yo ese poder? El hombre del laberinto parecía creerlo. ¿Funcionaría en todos los casos? ¿Y si había consecuencias? ¿Me importaba si había consecuencias?

El peso de las manos del centinela cayó sobre mis hombros. Charles me miró con desdén. No me veía como una amenaza. El centinela apretó más. Lo miré a los ojos: tenía la mirada vacía. ¿Estaría bajo el mismo hechizo? Deliberadamente, le toqué la mano. Una pequeña descarga estática pasó entre nosotros. Lo mismo había sucedido en Infierno, Montana. Di un grito ahogado cuando los ojos se le pusieron en blanco, y él cayó al suelo como una roca. Me quedé boquiabierta por un momento y luego recordé que algo similar le había sucedido al hombre en el laberinto.

—¿Qué demonios...? —soltó Charles al ver el cuerpo doblado del centinela.

Cinnamon estaba a pocos metros. Rodeé a Charles y corrí hacia ella.

—Ven, Claire —llamó ella—. Ven a bailar conmigo.

Estiré el brazo. Ella estiró la mano, luego la retiró y giró riendo. *Ufff.* ¿Podría, al menos, ayudarme a salvarla?

—Ven, únete a mí, Claire.

Avancé un paso más. Charles giró sobre sus talones y me tomó antes de que pudiera alcanzarla. Luché por soltarme, pero él era más fuerte. Gruñó y me acercó con fuerza. Giré hacia Cinnamon.

—Cinnamon —exclamé para llamar su atención—. Baila conmigo —le rogué y estiré la mano.

Su rostro se iluminó. Dejó de girar el tiempo suficiente como para moverse hacia mi mano estirada. Charles me sujetó con más fuerza pero, antes de que pudiera tirarme hacia atrás, me lancé hacia adelante. Nuestros dedos se tocaron apenas, y una pequeña descarga pasó entre nosotras.

Charles me dio vuelta para que lo mirase. El cuerpo de Cinnamon cayó al piso con un golpe seco detrás de mí. La mirada conmocionada de Charles se posó sobre mí.

—¿Qué eres? —murmuró.

Lamentablemente, yo misma no lo sabía.

—Soy la asistente del Diablo —respondí, como si eso explicara algo, pero no lo hacía. Esas habilidades eran nuevas. Yo estaba diferente. De cuán diferente estaba no tenía idea.

La vena del cuello le latía. Me clavó las uñas en el brazo. Lo ignoré.

El centinela estaba parado y se frotaba la nuca. Su mirada de ojos grandes era de confusión y miedo a medida que recorría el jardín.

Charles estaba ajeno a la angustia del hombre. Me arrojó hacia el centinela confundido.

—Llévala al calabozo —ordenó Charles.

La mirada del centinela estaba llena de miedo. Yo no creía que él supiera qué hacer.

—Corre —le ordené e hice un gesto hacia la puerta.

Él observó las puertas por un instante y luego corrió. No llegó lejos antes de que Charles arrojara su poder sobre el centinela que huía. Varias doncellas gritaron cuando el guardia salió volando por los aires y chocó con los trovadores.

Otro centinela avanzó rápidamente pero, antes de que Charles pudiera darle una orden, su propio cuerpo fue lanzado a varios metros de distancia.

Giré y vi a Cinnamon. Sus ojos, por lo general azules, eran terriblemente negros. El poder que ejercía chisporroteaba a su alrededor.

—Sí que sabes cómo hacer una entrada, Claire. —Miraba con desdén, pero estaba bastante

segura de que su ira estaba dirigida a Charles, no a mí—. Ya tuviste tu diversión, pero ahora es mi turno.

¿Diversión? ¿Hablabas en serio?

—Por nada —respondí con sarcasmo.

Ella me ignoró. Tenía la mirada fija en Charles, quien estaba temblando. Él dio un paso hacia atrás; luego se quedó paralizado, y su cuerpo se puso rígido. Alzando la mano, ella lo levantó del piso con su voluntad. Hizo una mueca al echarse un vistazo.

—¿Una toga? ¿Me hiciste usar una toga? —Cinnamon lo arrojó al otro lado del jardín sin ningún remordimiento. Él cayó sobre su trono bañado en oro con un estruendo y lo destruyó en la caída—. Claire, puedes irte. Dile a mi padre que estaré ocupada durante unos días. Su pedido tendrá que esperar.

—Pero debo hablar con usted. Ju...

Ella me silenció con su voluntad antes de que pudiera decirle que Junior estaba muerto.

—Vete antes de que cambie de opinión.

Furiosa por su actitud despectiva, caminé hacia la salida, lista para largarme del Purgatorio. Ella no podía ayudarme (aunque tampoco lo haría), y yo necesitaba ver a los otros.

Las puertas grandes que daban al jardín se cerraron de golpe detrás de mí, lo que terminó con el bloqueo de mi voz. El cielo estaba más oscuro ahora, aunque la luna seguía brillando.

Saqué el móvil y rogué que se encendiera y que la batería no estuviera agotada del todo. Luego de unos tensos segundos, la pantalla se encendió. Por fortuna, estaba de regreso en China, pero el indicador de batería seguía titilando en amarillo. No tenía manera de cargar el teléfono. Debía tener esperanzas de que durase un poco más.

Encontré la tarjeta de Mike y llamé al servicio de taxis del otro mundo. Tal como esperaba, el operador pareció dudar ante mi pedido. Le aseguré que Mike me había dicho que regresaría y le recordé que dejaba buenas propinas. A regañadientes, el operador aceptó enviar a Mike. Corté y apagué el teléfono enseguida.

No había mensajes ni llamados de Jack. No intenté llamarlo. Me negaba a correr el riesgo de involucrarlo. Él lo comprendería una vez que pudiera explicarle. Por el momento, debía tener fe en que no pensara lo peor.

Suspiré aliviada cuando Mike apareció diez minutos más tarde.

—Hola, Mike. Qué bueno que no esperó. No pensé que ver a Cinnamon llevara tanto tiempo.

—¿Qué dijo? —preguntó Mike levantando la mirada de su libro de registro.

No me molesté en repetirlo.

—Necesito ver a Sage y a Sorrel.

—Claro.

En pocos minutos estábamos de regreso en Nueva York. Mike se detuvo frente a un edificio enorme de departamentos en el Upper East Side, en Manhattan. Desde el exterior, parecía un complejo multifamiliar común y corriente. El ladrillo rojo y el hierro forjado eran un tema habitual en ese vecindario, pero hasta ahí llegaban las similitudes. A diferencia de las demás, esa estructura tenía solo dos residentes: Sage, que vivía en el lado izquierdo, y Sorrel, que vivía en el derecho.

Sage y Sorrel eran gemelos. De los cuatrillizos, los dos del medio se parecían al padre. Su pelo oscuro y cejas arqueadas les daban una apariencia provocadora, pero su lado pagano los hacía irresistiblemente atractivos. Sage odiaba a casi todo el mundo. Yo no era la excepción. Midge llamaba a Sorrel “el agradable”. Claro que, dado que ella parecía tener unos sesenta años, él jamás intentaría seducirla, y ella nunca tendría que rechazar sus avances. El “agradable” me

odiaba porque no aceptaba dormir con él.

—Llamaré cuando esté lista para que pase a buscarme.

Mike sonrió cuando vio la propina.

—Cuando quiera.

Me dirigí a la entrada. Una vez que mis dos pies estuvieron sobre el primer escalón, la puerta principal se abrió en dos. Al igual que la fortaleza oculta de Cinnamon, a todos los cuatrillizos les gustaba su privacidad. Lo que desde la calle se veía como una entrada pequeña con una sola puerta se convirtió en un amplio porche con dos puertas diferentes a cada lado.

Toqué el timbre en la izquierda, pero nadie respondió. Volví a tocar y, esa vez, una voz sin aliento respondió el intercomunicador.

—¿Qué?

—Soy Claire. Debo verlo.

—Vete.

Sage nunca era el más amigable (ninguno de los descendientes lo era), pero era el que, más probablemente, aceptaría verme y me engañaría para hacer algo que yo no quisiera. De cualquier modo, no tenía tiempo para sus tonterías.

—Su padre me envió. Déjeme pasar.

—Yo... no. Yo... —Después de haber pensado en todas las excusas posibles (estaba segura), respiró profundo y continuó—: Bien, pero que sea rápido. No tengo todo el día.

La puerta se abrió, y entré. Me sorprendió verlo correr escaleras abajo desde el segundo piso. Se movía tan rápido que casi esperé que pasara junto a mí a toda velocidad. En su lugar, se detuvo a unos treinta centímetros de mí; respiraba con dificultad y se movía nerviosamente de un lado a otro.

Su pelo corto y oscuro estaba despeinado, con las puntas hacia todos lados. Llevaba una remera verde y naranja brillante, del tipo que se podría ver en un hombre de una tribu africana, no en un descendiente del Infierno en Nueva York. No era una toga, pero de ninguna manera era su estilo. Bajé la mirada hacia sus pies descalzos. Había un moretón en forma de luna en el empeine derecho. Unos pantalones de chándal andrajosos completaban el estilo. Para alguien que solía vestir para impresionar, esa versión de él era ridícula.

Di un paso hacia atrás. Definitivamente no se había bañado ese día... ni el día anterior, a juzgar por el olor. Claro que bien podría haber sido la semana entera.

—¿Qué lleva puesto? —inquirí.

Me sonrió con los ojos bien grandes y levantó las cejas como si hubiera felicitado a su sastre. Dio un giro.

—Es un dashiki. ¿Te gusta? —Aguardó expectante. Cuando no respondí, levantó la nariz—. Creo que es absolutamente divino.

Abrí la boca, pero la cerré. No estaba muy segura de quién era aquel loco, pero Sage no usaba palabras como “divino”. No giraba para ser admirado. Y no había manera de que usara unos pantalones de chándal de gran calidad, mucho menos ese par harapiento, que parecía haberle robado a un indigente.

—¿Está solo? —indagué, mirando por encima de él.

Él giró como si alguien estuviera por aparecer por detrás. Estiró el cuello para mirar hacia la sala de estar y dio un salto cuando me vio parada en el vestíbulo. Como si no recordara que estaba allí.

—¿Cuándo fue la última vez que salió de la casa?

—Emmm... Déjame pensar. —Se tocó el labio inferior con el dedo índice y levantó la mirada

hacia el cielorraso.

Fijó la vista en algo. Seguí su mirada, pero no había nada arriba, excepto moldura de techo y rieles de iluminación. Me aclaré la garganta y volví a preguntar.

—Ah, cierto. Em, no he salido desde el funeral.

Mi corazón dio un salto. No podía referirse a Junior.

—¿Qué funeral?

Sage bajó la cabeza como si recordara a alguien con cariño. Respiré aliviada. No hablaba de Junior.

—Sage —lo llamé para recuperar su atención—. ¿Qué funeral?

Me miró boquiabierto, como si me viera por primera vez... de nuevo. Comenzaba a pensar que era esquizofrénico. Tenía los ojos bien abiertos, como los de un niño, llenos de lágrimas.

—El de Sorrel, por supuesto.

—¿Sorrel está muerto? Imposible.

—Tú también fuiste a su funeral, imbécil.

Eso debía significar que Sorrel no estaba muerto. Oh, cielos, ¿a menos que mi doble hubiera estado allí? No. No estaba muerto.

—No estuve en ningún funeral. ¿Cuándo murió? ¿Cómo murió? ¿Está seguro de que está muerto?

Contemplé a Sage. Estaba confundido y triste, pero su mirada también estaba vacía, como la del centinela del jardín. Respiré profundo y crucé los dedos para que aquello funcionara.

Sage entrecerró los ojos cuando estiré el brazo para tocarlo. Bajé la mano. Tendría que intentar otra cosa.

—¿Está seguro de que está muerto?

Las cejas de él quedaron en línea recta. Ladeó la cabeza. Era evidente que no comprendía lo que estaba preguntándole. Él fue el primero en romper contacto visual y bajó la mirada al piso.

Era momento de amor rudo. Debía despertarse. Di un paso hacia adelante. Él saltó hacia atrás como si yo fuera a atacarlo. Sonreí y abrí la boca para calmar sus miedos. Sus ojos se abrieron aún más, y se quedó boquiabierto como si yo fuera una supervillana a punto de lanzarse sobre él. Echó su voluntad sobre mí; me sujetó y me arrojó contra la pared.

—G-gracias por haber venido —soltó casi en pánico—. Puedes salir por tu cuenta.

Me quedé con la boca abierta al verlo correr escaleras arriba. Increíble. Lo seguí con la mirada hasta que llegó al final. Se detuvo por un momento, dio un paso más y desapareció de mi vista. Al mismo tiempo, su voluntad desapareció y caí sobre mis rodillas y manos. Me paré de golpe.

—¡Sage! —grité mientras corría hacia las escaleras.

No respondió. Volví a llamarlo, pero la casa estaba en silencio.

Cerré los ojos y salí de mi cuerpo. Revisé la casa, pestañeeé para ir arriba y entrar en varias habitaciones. Revisé cada una. Sage no estaba. Había desaparecido.

Abrí los ojos y casi tropecé en el quinto escalón. ¿Qué demonios...? Mi cuerpo no estaba en el vestíbulo, donde lo había dejado. En su lugar, estaba a mitad de camino hacia el segundo piso. Me tomé del pasamano para evitar moverme.

—Claire...

Algo me llamaba. Algo me quería en el segundo piso. Resistí el impulso de continuar subiendo.

—Claire... —decía, pero no era una voz. Era un sentimiento.

Intenté resistirme, pero el llamado me convocaba, me atraía.

—Basta —ordené y me detuve justo antes del descanso.

Mi pierna derecha tembló por el deseo de moverse. No podría resistirme por siempre. Quienquiera que me llamaba no se rendía y, por algún motivo, no podía librarme. Al parecer, los poderes para anular magia no tenían efecto en algo que no podía ver ni tocar.

El reloj. *De acuerdo, piensa. ¿Qué le puedo pedir que haga? ¿Qué necesito que haga?*

Pensé en lo que había sucedido con Sage. Había desaparecido después de haber llegado al descanso. No quería que me sucediera lo mismo. No quería quedar atrapada en otro Infierno, Montana. Me concentré en el reloj.

—Si no regreso en diez minutos... —planteé, pero no tenía idea de qué pedir. *Oh, al diablo*—. Ya sabes qué hacer.

Y... el reloj no hizo nada. Ninguna vuelta completa para señalar que había comprendido. Nada.

Me di por vencida con el reloj y enfoqué la energía en el problema que tenía. Pero mi pie derecho estaba en el siguiente escalón antes de que pudiera detenerlo. Crucé el umbral pasando por una ola de energía tan fría que me corrió un escalofrío por la espalda.

—Claire...

Esa vez la voz parecía provenir de un espejo enorme que colgaba de la pared al otro lado de las escaleras. Cerré los ojos y salí de mi cuerpo.

El espejo frente a mí estaba iluminado por un halo de energía blanca. El poder emitía vibraciones cuando decía mi nombre. No fue sorpresa, ya que no había podido evitarlo antes, que mi cuerpo continuara avanzando.

Abrí los ojos. El grueso marco de caoba estaba tallado con enredaderas que formaban espirales en un laberinto de formas geométricas hipnóticas. Las enredaderas serpenteaban alrededor del marco, girando y retorciéndose por el laberinto de madera, poniéndose más gruesas y densas a medida que las observaba. No me reflejaba en el espejo, y lo que fuera que viviera allí adentro tenía el poder de controlarme. Sospechaba que a Sage también.

Me aferré al marco con ambas manos para evitar caer dentro del espejo. Todo se volvió silencioso. Bajé las manos y miré detrás de mí. Ya no estaba en la escalera, en el departamento de Sage. Estaba de regreso en la empresa, parada en la puerta que daba a la oficina del Jefe.

—¿Te quedarás allí parada? —preguntó una voz frente a mí—. ¿O me dejarás entrar?

Me di vuelta y me encontré cara a cara conmigo misma. No con un reflejo. Mi pelo rojo estaba levantado en un rodete flojo. Estaba vestida con mi traje gris favorito, pero los zapatos estaban mal. Jamás usaba tacos tan altos en la oficina.

Después de un momento de silencio aturdido, pregunté:

—¿Quién eres? —Mi otro yo ignoró la pregunta. Volví a preguntar: —¿Cómo llegué aquí?

Ella sonrió, pero siguió sin responder. ¿De verdad estaba de vuelta en la empresa? *¿Esa es mi doble? ¿Estaba el Jefe en su oficina?*

Ella se aclaró la garganta. Bajé la mirada. Ella llevaba una pila alta de carpetas rojas. No había visto tantas jubilaciones anticipadas juntas. No podía ser real. La dejé pasar. Arrojó las carpetas sobre mi escritorio, giró lentamente y se apoyó sobre el borde.

—¿Quién eres? —pregunté.

Sus ojos se abrieron aún más.

—¿No lo recuerdas?

—¿Recordar qué?

—Ya lo verás —respondió—. Soy la Guardiania.

¿La Guardiania?

Ella guiñó un ojo y me tiró un beso.

—La única.

*¿Está leyendo mi mente?*

—Sí —susurró.

*¡Oh, cielos, está leyendo mi mente!*

Ella echó la cabeza hacia atrás y rio a carcajadas. Un dolor lento y perturbador trepó por mi cuello. *Debo dejar de pensar.*

Sus movimientos se volvieron borrosos, y ella apareció junto a mi rostro, mirándome a los ojos.

—Puedes intentarlo.

Di un paso atrás y me choqué con la puerta de vidrio detrás de mí.

Su mirada me taladraba, sus ojos eran de un gris vibrante, ni azules ni verdes. Por un momento, la imagen titiló. Unos rizos verdes se desplegaban de su cabeza. Esa no era mi doble.

—Has cambiado —murmuró—. Veo que tienes tu poder otra vez. Qué bueno. Lo necesitarás.

*¿Mi poder? ¿Otra vez? ¿A qué se refería?*

Se aferró a mi brazo derecho y lo oprimió. La marca del Jefe destelló.

—Él no puede protegerte aquí —se burló.

*¿Protegerme? ¿Aquí? Me solté.*

—Él jamás me protegería. —Me froté la muñeca, de donde ella me había agarrado—. Mi reloj. —No lo tenía puesto. Me toqué la cadera—. Mi bolso. —¿Adónde habían ido a parar? Ella levantó una ceja. Sus labios se curvaron como si supiera un secreto—. *¿Por qué estoy aquí?*

Ella se encogió de hombros.

—Suerte, supongo. —Antes de que pudiera hablar, ella confesó—: No para ti, claro.

El dolor lento subió hacia mi cabeza.

—Sal de mi cabeza y responde mis preguntas.

Como si le hubiera pegado, ella dio un paso tambaleante hacia atrás. El dolor invasivo desapareció. Mi cabeza se sentía despejada. *¿Puedes oírme?* Ella no respondió. Relajé los hombros y respiré con más facilidad.

—¿Por qué me trajiste aquí?

Ella se encogió de hombros.

—Viniste cuando te llamé.

—Quiero irme.

—No te detengo. —Ufff, ¿era una broma? Ella resopló como si estuviese aburrida—. Todavía estás atada a Invierno. Nada divertido. —¿Atada a Invierno? ¿Qué diablos significaba eso? Antes de que pudiera preguntar, ella continuó—: Verano no puede protegerte ahora. Primavera no debería haberle dado ese trabajo. Supongo que nadie lo quiere en realidad, pero alguien debía tenerlo. —Su tono desapasionado me indicó que ella creía que lo que decía tenía mucho sentido.

*¿Verano no puede protegerme? Me miré el brazo. ¿El Jefe era Verano? Nada de eso parecía ser cierto.*

—Estás loca. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, por supuesto, pero tú también lo estarías si te mataran de hambre durante casi doce años.

—¿Quién?

—La familia real. Tu preciado amo y los de su clase. Pero ahora eres mía otra vez, y él no puede protegerte aquí.

La familia real: el Rey Druida, la Reina Pagana y el Rey Demonio... el Jefe. A eso se refería, pero ¿por qué los llamaba como las estaciones? ¿Y cuál era Primavera? ¿Y por qué no había un Otoño?

Eso era estúpido. Enderecé los hombros y di un paso hacia adelante. Ella no me intimidaría.

—¿Quién dice que necesito su protección?

Ella comenzó a saltar en puntas de pie.

—Oh, qué bien, la mascota de Verano jugará. —Me estudió de arriba abajo—. Aún no tienes *todo* tu poder, pero tendrá que alcanzarte.

La versión cantarina de mi voz comenzaba a ponerme los pelos de punta. ¿Y por qué me llamaba “mascota”? Una mascota era un humano que los druidas, los demonios o los paganos tenían en su casa. ¿Pensaba ella que yo era la mascota del Jefe?

—Al menos no eres humana ahora. Antes no era nada divertido —siguió parlotando como si estuviéramos organizando una fiesta.

—¿Qué? Soy humana —afirmé—. ¿Antes?

Ella rio.

—Tonta mascota, ya no. —Bajó la voz, como en un susurro cómplice—. Técnicamente, nunca lo fuiste, pero estar atada puede tener esas consecuencias nefastas.

¿Qué? Contemplé su rostro. Sonreía de oreja a oreja, pero no había señales de engaño. Ella lo creía sin ninguna duda. ¿No era humana? ¿Nunca lo fui? ¿Cómo era eso posible?

—Si no soy humana, entonces ¿qué demonios soy? —Un frío repentino me recorrió.

—Pobre bebé, no sabe quién es papi —me reprendió.

Sacudí la cabeza de manera involuntaria. No aparecía el nombre de ningún padre en mi acta de nacimiento. Si no era humana, eso significaba que era... ¿qué? ¿Druida, pagana, descendiente del Infierno? ¿Podría el Jefe ser mi...? Ni siquiera lo consideraría. Tragué saliva para mantener la bilis lejos de mi garganta. El Diablo no era mi padre, y no estaba segura de cómo funcionaba lo del poder, pero era humana.

—El reloj tiene el poder —intenté justificar débilmente.

Ella rio por lo bajo.

—La sangre de Invierno romperá la maldición.

Mis ojos se abrieron aún más.

—¿Qué maldición?

Ella relajó los hombros y suspiró.

—No importa ahora. Ahora jugamos. Espero que recuerdes nuestros juegos. Solíamos divertirnos mucho.

Me crucé de brazos. No jugaría sus juegos estúpidos.

—Supongo que Otoño también quiere fastidiarme.

Sus ojos se pusieron blancos. Su naturaleza jovial desapareció. Ante mí, su cuerpo se transformó en una sirena fantasmal con energía estática radiante, que cubría su desnudez. Un enjambre de pelo verde le salía de la cabeza como si un viento invisible le soplara los rizos. Con tono grave, espetó:

—No bromees con cosas que no comprendes. Otoño es la razón de tu existencia. Tu corazón le pertenece a ella.

—Pero solo hay tres reinos —la desafié.

Hubo un ruido sordo, que debía ser su risa, antes de que respondiera:

—Ahora hay tres. Antes había cuatro.

¿Solía haber un cuarto reino?

—Elige —espetó.

¿Elegir qué?

Se transformó. En pocos segundos, me mostró diecisiete personas diferentes, pero conocidas.

Desde el dueño del supermercado local hasta el indigente junto al que pasaba de camino al trabajo. Hizo una pausa en mi maestra de segundo grado, la señora Gage, una mujer mayor de pelo canoso y anteojos puntiagudos con montura de carey, que parecían mirar por su cuenta.

Su tono era fuerte y chillón, tal como recordaba que sonaba la señora Gage.

—Esta solía ser una elección popular.

No. Las pesadillas, no.

—La mascota de Verano comienza a recordar. Qué bueno.

Podría tener veintiún años pero, en ese momento, me sentía como la Claire de nueve años, la niña asustada, atormentada por las pesadillas. Eso no podía estar sucediendo. Eso había desaparecido hacía años. Ignorando mi angustia, mi otro yo continuó:

—Tal vez alguien más actual. —Rápidamente, pasó por varias imágenes hasta que se detuvo en mi atractivo novio de pelo negro y ojos azules.

Jack.

Estaba allí parado, con sus vaqueros de tiro bajo y una actitud sensual de chico malo.

—Hola, cariño, ¿qué tal?

—No, él no. Por favor.

Él guiñó un ojo, y ella comenzó a pasar imágenes otra vez. Se detuvo en una masa grande y borrosa, en la forma de una mujer. Supe de inmediato que era mi madre. Volví a sacudir la cabeza. No quería ver la versión de ella, hecha por esa cosa.

La masa se encogió de hombros, y la Guardiania volvió a cambiar. Esa vez se detuvo en Mace.

Se me cortó la respiración. Mi cuerpo se tensó.

—¿Te leo poesía, o te arranco el corazón? —preguntó Mace con una risa malvada.

—¿Por qué haces esto?

Ignorándome, la Guardiania sacudió la mano. La oficina desapareció. Ahora estábamos en el Infierno (al menos como me imaginaba que era el Infierno), un desolado páramo de destrucción.

—¿Supongo que es muy tarde para elegir poesía? —inquirí nerviosa.

Él se mojó los labios y me guiñó un ojo antes de sonreír de oreja a oreja. La versión de Mace de la guardiania era, de algún modo, más despiadada y fría. Su atractivo divino parecía más endurecido, como si estuviera llevando una máscara. El viento se levantó, y un escalofrío me recorrió el cuerpo.

—Por favor, no traigas las pesadillas otra vez —susurré, más como un comentario a mí misma que como un ruego hacia la Guardiania.

La sonrisa de él desapareció mientras comenzaba a quitarse la chaqueta lentamente. Yo estaba en medio de una ciudad destruida por la guerra. Había edificios destruidos, bombardeados y derrumbados a todo mi alrededor. Había escombros por todos lados. Me tropecé y casi caí al retroceder. Él estaba tomándose su tiempo, levantándose cada manga de la camisa.

—Deberías comenzar a correr ahora... Una ventaja —planteó—. Me decepcionaré mucho si eres muy fácil de atrapar —advirtió.

Corrí. Una fuerza invisible me arrojó contra un trozo de cemento desmoronado. Supuse que debería haber sabido que la Guardiania no jugaría limpio. Hice una mueca mientras me levantaba de los escombros. Una barra que sobresalía del bloque de cemento me pinchaba dolorosamente el costado. No me había desgarrado la piel, pero dolía terriblemente.

—Diez, nueve, ocho... —comenzó a contar Mace. Corrí. No había manera de ganarle, pero debía intentarlo—. siete, seis, cinco... —Me agaché detrás de un edificio, pero aún podía oírlo—. cuatro, tres, dos, uno. —Mi corazón dio un salto—. Lista o no, allí voy —bromeó.

Me agaché más, tratando de calmar mi respiración... tratando de no entrar en pánico.

Esperando a que él pasara, contuve la respiración cuando se acercó. Le di un minuto para agrandar la distancia entre nosotros, y luego corrí hacia otro edificio. Me mantuve agachada, contra una pared. Salté cuando una explosión invisible estalló cerca de mi cabeza. Pequeños trozos de cemento salieron volando en todas direcciones. Me agaché cuando un trozo más grande voló hacia mi cabeza. Casi tropecé y caí en una pila de acero y de vidrio filoso.

Lo perdí de vista, pero estaba segura de que seguía persiguiéndome. Sin ninguna advertencia, choque con un auto abandonado. La alarma comenzó a sonar. Me alejé tambaleando y corrí. Llegué al siguiente edificio y me detuve para recuperar el aliento.

—Sal de allí, dondequiera que estés —llamó en tono de burla.

El ruido de sus pasos se acercó. Vi un trozo roto de madera, tirado en el piso. Tenía cuatro clavos oxidados que sobresalían del lado inferior, en uno de los costados. Lo levanté y me agaché detrás de una pared, esperando a que él se acercara. El viento rugía entre los edificios. Cerré los ojos, intentando concentrarme en el sonido de él.

—Solo vete —rogué en silencio.

Todo se paralizó.

Abrí los ojos con cuidado, esperando estar de regreso en el departamento de Sage. No lo estaba. Estaba en mi pesadilla de la infancia, la relativa a mi pasado, una versión espeluznante de mi vieja escuela primaria.

Me quedé paralizada y miré a mi alrededor. Las aulas a ambos lados del pasillo estaban llenas de chicos... Al menos parecían ser chicos. Eran pequeños monstruos escalofriantes, que esperaban salir de su piel y comerme.

Una risita inocente sonó detrás de mí. Pensé que mi corazón dejaría de latir. Me di vuelta. Era Beatrice, una niña de cinco años con lindos bucles dorados que rebotaban con cada paso que daba. Volvió a reír y dio saltitos hasta mí. Igual que en mis recuerdos. Aferré más la tabla y la sostuve como un bate de béisbol.

—Mantente alejada de mí, maldita bruja.

El sonido de sus zapatos de charol al caminar me hizo correr escalofríos por la espalda. Ella me asustaba más que cualquier otra cosa que me había asustado antes o después. Cuando era niña, incluso pensaba que ella era el Diabolo... antes de conocerlo, claro.

*Tranquilízate.* Retrocedí, pero me detuve cuando choqué con algo.

—Buu. —Me estremecí cuando su aliento me rozó la nuca. Me di vuelta. Mace me arrancó la tabla de las manos y la arrojó lejos—. Ahí estás. —Me tomó del pelo y me acercó a él.

Le di un codazo en el costado, pero ni se movió. Me echó la cabeza hacia atrás y se inclinó para besarme. Con mis dedos en forma de garra, los apoyé en su rostro para alejarlo. Él gruñó y me tiró del pelo. Grité, pero seguí tratando de arañarlo.

Con su mano libre, me sostuvo los brazos para alejarlos de él. Luché, pero no sirvió de nada. Él era más grande y más fuerte. Inclinó mi cabeza para dejar mi cuello expuesto, pero no iba a besarme esa vez. Abrió la boca y mostró los dientes. Eran horriblemente filosos y goteaban saliva.

Mi corazón latía como un bombo. Liberarme era imposible. Estiré el rostro y grité cuando sentí sus labios mojados en el cuello... que me quemaban la piel. Sentí como un tirón en mi centro, como si estuviera succionándome la vida.

—Detente —jadeé. La Guardiana se quedó quieta. Respiré profundo varias veces. Cerré los ojos y grité—: ¡Despierta!

Todo se detuvo. Me dolían las manos. El ardor de sus labios en mi cuello desapareció. Lentamente, abrí los ojos. Estaba de vuelta en el departamento de Sage, mirando boquiabierto a una muy decepcionada (y furiosa) versión de mí misma.

Suspiré aliviada justo cuando comenzó a sonar un “bip-bip, bip-bip” muy molesto. Miré el reloj y solté un resoplido incrédulo. Solté el marco del espejo y flexioné los dedos para eliminar la rigidez. Apagué la alarma.

Estaba temblando, tenía frío y miedo, pero me había librado de la influencia de la Guardiana. Mi reflejo comenzó a desaparecer.

—Hasta la próxima —articuló, antes de retroceder y desaparecer en la neblina.

## CAPÍTULO 9

**C**orrí escaleras abajo y me detuve al final para recuperar el aliento. Mis manos aún temblaban cuando descubrí un baño al costado del vestíbulo. Me mojé el rostro y luego lo sequé con una toalla de mano, que estaba junto a la piletta.

Mi reflejo en el espejo se veía pálido, pero de a poco recuperaba el color. Respiré profundo varias veces. Mis manos ya no temblaban tanto, pero aún seguía nerviosa. Revisé mi cuello, esperando ver el lugar donde Mace me había mordido, pero no había nada. Todo ese tiempo había permanecido en el departamento.

Respiré bien profundo para calmarme e intenté olvidar el recuerdo de las pesadillas, en las que no había pensado en años. No había huido de la señora Gage, ni de Beatrice ni de los niños monstruo desde que tenía nueve años. Aún me costaba comprender qué había sucedido, en ese momento y también en aquel entonces. Pensar que, años atrás, mis pesadillas habían sido causadas por esa criatura (la Guardian), que intentaba lastimarme a propósito.

Las pesadillas habían terminado el verano anterior a que cumpliera diez años. En aquel momento, le había atribuido la eliminación de las pesadillas a mi nuevo trabajador social, el señor Harrison. Él era un trabajador social de Nueva York, que me habían asignado después de que mi anterior trabajador social había desaparecido misteriosamente. Me sentí terrible por él cuando lo conocí. Haber sido asignado a mí era como ganar la lotería de la mala suerte. Hasta ese momento, había tenido un trabajador social diferente cada seis meses... y no habían tenido la suerte de desaparecer.

El señor Harrison no había eliminado las pesadillas. Era mi trabajador social, no mi salvador, pero me había sacado de más hogares de acogida horribles de lo que podía contar. Yo consideré lo de las pesadillas como parte del paquete. Él fue lo único bueno que jamás me había sucedido.

Ahora tenía todo un infierno nuevo con el que lidiar. ¿Podía confiar en algo de lo que la Guardian había dicho?

Me miré el brazo derecho: la marca del Jefe. El reloj. *Mi poder.*

Mascota de Primavera. Atada a Invierno. Protegida por Verano. *Fastidiada por Otoño.*

No humana.

Sacudí la cabeza. Estaba cansada y hambrienta. Quería que ese día terminara. Quería ir a casa con Jack y hacer el amor con él. Resolver el malentendido entre nosotros. Renunciar a mi empleo. Vivir una vida normal. Ganar la lotería... Reí. ¿Qué más daba otra cosa imposible en la lista? Flexioné las manos, que seguían doloridas por haberme aferrado con tanta fuerza al marco del espejo.

—Suficiente —expresé y golpeé el puño sobre la mesada de la piletta—. Supéralo, pelirroja, y resuelve el asesinato de Junior. —Me reí ante mi propia expresión seria, pero no podía quedarme

allí, sin hacer nada.

Sage estaba perdido en acción. Saqué el móvil y pensé en llamar a Quaid. No, aún no podía rendirme. Arrojé el teléfono en el bolso. No estaba dispuesta a involucrarlo. Tenía que ceñirme al plan. Sorrel (siempre y cuando no estuviera muerto de verdad) era el siguiente en la lista.

Avanzaba para salir cuando advertí un juego de llaves antiguas sobre la mesa de mármol, junto a la puerta. No las había visto antes, pero me había distraído la conducta de Sage. Las tomé y las examiné.

Eran dos llaves maestras, una apenas más grande que la otra, y dos llaves comunes. Cada una tenía grabada el símbolo de un descendiente. Si tenía razón sobre los símbolos, las llaves comunes pertenecían a Sage y a Sorrel, la llave maestra más grande tenía la marca de Cinnamon, y la más chica (labrada con una serpiente plateada) era de Mace.

¿Por qué Sage tendría las cuatro llaves?

Las guardé en el bolso. Si le pertenecían a Sage, no las extrañaría en el corto plazo y, si no lo eran, podrían ser una pista de lo que estaba pasando.

Abandoné el departamento y me dirigí a la puerta de Sorrel. Consideré utilizar la llave para entrar, pero decidí que era más seguro tocar el timbre. Después del día que había tenido, no quería entrar sin haber sido invitada.

Toqué dos veces antes de que respondiera. Bien, no estaba muerto. Abrió parcialmente la puerta, sin quitar la cadena. Más comportamiento extraño. La mayoría de las cosas que podrían atacarlo no las detendría una cadena de seguridad.

Llevaba puesta una remera blanca y estaba tan desprolijo como su hermano. Al menos no usaba un dashiki.

—Debo hablar con usted —expliqué—. Su padre me envió. —Elegí comenzar con una mentira. Definitivamente, no quería que pensara que había ido por otra razón.

Sorrel resopló.

—Le dije que no quería volver a hablar con él.

Sí, como si eso fuera posible...

—¿Desde cuándo?

—Desde el funeral —respondió él.

—¿Qué funeral? ¿El suyo?

—No, imbécil. Estoy aquí parado —me reprendió, y luego murmuró—: ¿Por qué nunca nadie me ve? ¿Porque siempre piensan en él?

Sorrel era, claramente, el neurótico, pero eso no era propio de él. Jamás habría admitido pensar que todos favorecían a Sage, sin importar cuánto creyera en eso. No me sorprendía, pero era evidente que no era él mismo.

—Sorrel —lo llamé para recuperar su atención—. ¿Quién murió? —pregunté para confirmar lo que ya sospechaba.

—¿Qué? Ah, la favorita de papá sigue aquí —expresó con desdén y levantó la barbilla.

—¿Su favorita qué? ¿Esclava? —Yo no era la favorita nada del Jefe—. ¿Quién murió? —exigí saber.

—Sage. Sage está muerto. Ahora, vete.

Sorrel giró, y su pierna derecha quedó a la vista. Reconocí los pantalones que Sage había estado usando antes. Miré más de cerca. Tenía el mismo moretón en el pie derecho. Oh, maldición. Era el mismo gemelo, pero ¿significaba eso que el otro estaba realmente muerto?

—Sorrel —continué dirigiéndome a su personalidad actual—, necesito que me permita entrar. Su padre me envió con un regalo para usted. Debo entrar para entregárselo.

Él levantó las cejas.

—¿Un regalo? —Luego, frunció el ceño—. No puede ganarse mi cariño con tanta facilidad.

Oh, por todos los cielos. Era triste que yo quisiera al desgraciado insensible y egoísta de regreso, pero las personas melodramáticas, emocionalmente exageradas, eran frustrantes.

—Abra la maldita puerta —exigí— o le diré que rechazó el regalo, y él vendrá en persona a dárselo. Ahora bien, usted sabe qué sucedió la última vez que vino a verlo, ¿verdad?

Sorrel estaba callado, como recordando la última visita de su padre. Al menos aún podía ser amenazado.

—Puedes entrar, pero solo por un minuto. —Cerró la puerta, y deslizó la cadena antes de volver a abrir.

Cinnamon había estado bailando con una toga puesta. Sage había estado modelando ropa tribal llamativa, pero nada me había preparado para el vestíbulo de Sorrel lleno de muebles de segunda mano. Apenas pude pasar por la puerta y, una vez adentro, estaba casi nariz con nariz frente a él... o a Sage, cualquiera fuera el gemelo que realmente era.

—¿Está remodelando? —consulté.

—No —contestó; sonaba ofendido.

El único beneficio de que estuviese tan cerca era que él no podía escaparse tan rápido. Lamentablemente, también me puso en contacto directo con su olor. Un descendiente sin bañar no era agradable. Intenté no respirar.

—Aquí está el regalo. Lo toqué en la frente.

Una pequeña sacudida pasó de mí a él, pero no cayó al suelo como el centinela o Cinnamon. Volví a tocarlo... no haría daño. Esa vez se desmayó; casi me aplasta al caer hacia adelante.

—¿Sage? ¿Sorrel? —llamé sacudiéndole el hombro—. ¿Puede oírme?

Unos segundos más tarde, una cabeza muy sobresaltada y muy furiosa se levantó. Él me miró enfadado y gruñó. Me habría escabullido hacia atrás, pero estaba atrapada entre él y una enorme cómoda detrás de mí. Él se incorporó y me levantó con él mientras se ponía de pie.

—¿Qué me hiciste?

Me aferré a sus brazos para intentar empujarlo. Para probar su fuerza, me levantó en el aire. Me dio la oportunidad perfecta para patearle la entrepierna. Cayó al suelo y se dobló a la mitad.

—Desgraciada —chilló. Se enderezó rápidamente y se abalanzó sobre mí—. Te mataré por lo que hiciste.

—¡Aguarde! —exclamé y estiré los brazos para detenerlo. —Él se quedó paralizado, pero sus ojos estaban llenos de furia—. Yo no lo hice. Lo liberé del hechizo, pero no sé quién lo hechizó. Debemos encontrar a Sorrel. Podría estar herido.

Por su carácter, estaba segura de que era Sage aunque, para ser honesta, jamás había podido distinguirlos. Eran idénticos en todo sentido y, si una vez no los hubiera visto juntos en la misma habitación, habría sospechado que, en realidad, había uno solo. Sage era, por supuesto, el imbécil más grande y, si ese fuera Sorrel, ya habría intentado besarme.

—¿Qué quieres decir? —gruñó, mientras retorció su mano en mi remera y me jalaba hacia adelante.

Intenté no entrar en pánico. Era iracundo y fuerte (un cabrón), pero no era estúpido. Oiría razones... esperaba.

—Mire, cuando llegué aquí, usted estaba en su departamento. Usaba un dashiki y actuaba como si estuviera loco: decía que Sorrel estaba muerto. Decidí ver qué tenía para decir Sorrel y vine aquí, donde lo encontré a usted otra vez. Ahora no tenía el dashiki y fingía ser Sorrel, y decía que usted, Sage, estaba muerto. Omití la parte sobre haber husmeado por la casa y haber sido atrapada

por la Guardiania chupavidas, encerrada en su espejo de arriba. No era importante en ese momento.

—¿Qué demonios es un dashiki? —inquirió con las fosas nasales bien abiertas.

—Una remera tribal. No fue su mejor atuendo.

Apretó más el puño y me acercó más.

—¿Cómo rompiste el hechizo?

—No tengo idea —admití, sin entrar en detalles.

Él frunció el ceño.

—¿Dónde está Sorrel?

—No lo sé. Eso intentaba decirle. Podría estar en problemas. Es evidente que usted —continué con la nariz levantada— no se ha bañado en días y, en ambas oportunidades, creyó que su gemelo estaba muerto. Debemos encontrarlo. Ahora.

—A menos que él me haya hecho esto —sentenció Sage con frialdad.

—¿Por qué Sorrel le haría esto?

La idea era ridícula. Sorrel era el menos probable de los cuatrillizos en hacer algo contra los demás. Era un amante, no un luchador, y era el más débil. No hubiera podido con Sage, y de ninguna manera habría podido con Cinnamon. Ella lo habría partido en dos si lo hubiese intentado.

—Cinnamon también fue atrapada; no hay forma de que él... uff. —Di un grito ahogado cuando Sage me arrojó contra la puerta.

—Cinnamon. —Su tono era tranquilo, bajo, y terriblemente serio—. ¿Qué tiene que ver ella con esto?

—Nada —contesté enseguida—. Fue el juguete de un demonio durante los últimos días. No fue ni Cinnamon ni Sorrel. Debemos encontrar a Sorrel ant... —Estaba por agregar “Antes de que termine muerto como Junior”, pero Sage no me dio la oportunidad. Abrió la puerta y me arrojó al exterior.

—Ya puedes irte. Yo lo manejaré. —Me cerró la puerta en la cara.

—¿Por nada! —grité frente a la puerta cerrada.

*Bastardo egoísta.* Estaba por sacar el móvil cuando oí ruidos que provenían del departamento de Sage. Avancé hacia la puerta y oí la voz de una mujer.

—Maldición, ¿dónde están? —gruñó. Luego, oí pasos que se alejaban.

Toqué las llaves en mi bolso. ¿Estaría buscando eso? Utilicé la llave de Sage y, asegurándome de no hacer ruido, abrí la puerta. El lugar estaba en silencio. Estaba a punto de cerrar los ojos para dejar que mi presencia encontrara a la intrusa cuando sentí una leve brisa a mi derecha. Me di vuelta justo cuando una mujer me atacó. Me derribó sobre la mesa junto a la puerta. Mi brazo izquierdo quedó atrapado cuando caímos al piso.

—Esas son mías —señaló y me arrebató las llaves.

La reconocí como la demonio a la que llamaba “Índigo” en el jardín del Purgatorio. Estaba vestida igual: pantalones oscuros y un top informal. Se quedó paralizada cuando se dio cuenta de quién era yo.

—Lo lamento, ama —se disculpó frenéticamente. Estiró la mano para ayudarme a ponerme de pie, pero se detuvo de repente. Sus ojos se enfocaron en mí—. Tú no eres a quien yo sirvo —espetó y me empujó. Me arrebató las llaves y desapareció.

Me quedé allí sentada... estupefacta. Índigo no me había reconocido en el jardín. Había pensado que era la doble. Pero ¿cómo encajaba Charles en todo eso? Él no tenía duda de que yo era la doble. ¿Trabajaba él para alguien más? Genial, otro jugador... un jugador misterioso.

Un golpe y un ruido seco se oyeron arriba. Sage debió haber oído el escándalo. Era tiempo de

irse. Me puse de pie, me froté el brazo lastimado y me dirigí hacia la puerta.

Saqué el móvil y lo encendí. Por fortuna, aún le quedaba algo de energía. Ningún mensaje de voz ni de texto por parte de Jack: ¿dónde estaba? ¿Por qué no había intentado contactarme? Deslicé la lista de contactos hasta encontrar su nombre, pero me detuve cuando disminuyó el brillo de la pantalla para recordarme la poca batería que me quedaba. Contuve la respiración y llamé al servicio de taxis del otro mundo. Maldije cuando el teléfono se quedó sin batería en medio de la llamada. Removí la batería, apreté y mantuve oprimida cada tecla, pero nada lo revivió. Muerto, maldición. Arrojé el teléfono en el bolso.

Al menos estaba en Nueva York. Habría un teléfono público en un radio de una o dos cuadras del departamento de Sage. Saqué la tarjeta de Mike y busqué un teléfono. Divisé uno en la esquina, cerca de una farmacia, justo al lado de otro elemento característico de Nueva York: un vendedor de hotdogs.

Los conocidos frenos de Mike chirriaron hasta detenerse justo mientras compraba un hotdog.

—¿Adónde esta vez? —preguntó mientras yo inhalaba el aroma salvador a carne procesada.

No podía creer que estaba por ir a ver a Mace de manera voluntaria. Me corrió un escalofrío al recordar la persecución de la Guardiania. Sabía que no era realmente él, pero el efecto era el mismo. Lamentablemente, con Sorrel perdido en acción y con la negativa de Sage a cooperar, Mace era la siguiente pieza del rompecabezas de Omar. También era la razón por la que el Jefe ya no me enviaba a hacer tareas relacionadas con los descendientes.

Mace era el cuatrillizo más joven. Era atractivo y, según Midge, el que más se parecía a su madre, pero sus malvados ojos violeta le impedían pasar por un pagano puro.

No era alguien en quien confiara, pero no tenía opción. Confiaba en Omar. Tenía que creer que Mace estaba atrapado como los demás. Cautivado por una demonio sin atractivo, el que lo quisiera para que le masajeara los pies y le diera bombones en la boca sería una recompensa justa. Ninguno de los otros eran ellos mismos, y sus otras personalidades no eran despiadadas. Estaría bien. Tocar y escapar. Ese era el plan. Para cuando volviera a ser Mace, yo estaría fuera de allí.

—Oiga, ¿sigue aquí conmigo? —preguntó Mike.

—Sí. Lo siento. Fue un largo día. —Forcé una sonrisa—. Debo ver a Mace.

Mike levantó las cejas. Era evidente que su reputación lo precedía.

—¿Está segura?

No.

—Sí. —*Por favor, créeme.*

Me miró por un largo momento. No estaba en mi mejor forma, pero tenía un ojo negro cuando él me había conocido. Podía ver que era una buena persona. No me gustaba mentirle, pero no arriesgaría su vida al involucrarlo en mis problemas.

Él frunció el ceño.

—No parece muy segura.

Se lo veía genuinamente preocupado por mí... algo a lo que no estaba acostumbrada. No desde la época del señor Harrison, mi trabajador social.

—¿Se encuentra bien? —consultó Mike.

Abrí la boca para decirle que no y, entonces, advertí una foto pegada en el tablero. Una niña rubia con colitas le sonreía a la cámara. Se me hizo un nudo en la garganta. Él tenía una familia que se preocupaba por él, una hija que lo amaba y que dependía de él. Cerré la boca. No lo arrastraría a mi desastre. Sonreí, esa vez con más convicción.

—Estoy bien. Solo es trabajo para el Jefe.

Sin estar convencido del todo, él dudó.

Volví a mirar la foto.

—Su hija es preciosa —comenté—. Yo nunca conocí a mi padre. Tiene suerte de tenerlo... para que la mantenga a salvo. —Él examinó la foto y volvió a fruncir el ceño—. Mi trabajo no es para nada gratificante, pero alguien debe hacerlo. ¿Verdad? —Su mirada permanecía fija en la foto—. Solo otro día en la oficina para mí.

Unos segundos después, asintió. Estaba segura de que no me creía, pero comprendió. Era su trabajo mantenerla a salvo. No podría hacer eso si lo lastimaban por ayudarme. No podía salvarnos a ambas.

—Vamos a lo de Mace —aceptó y puso el auto en marcha.

Tenía pavor de ir a ver a Mace, pero ir a contarle al Jefe sobre personas parecidas y jugadores misteriosos no era una opción mejor. Debía encontrar al asesino de Junior.

—¿Por qué yo? —indagó Mike, lo que atrajo de nuevo mi atención hacia él—. ¿Por qué no uno de los autos de la empresa?

No tenía una buena respuesta. Estaba desafiando mis dichos sobre “otro día en la oficina”. Él era un buen tipo, pero no podía decirle la verdad.

—Porque fue amable y me dio su tarjeta y prometió que regresaría por mí. —Sonreí con la esperanza de que eso fuera suficiente.

—¿Mi tarjeta?

—Sí, esta tarde, cuando me recogió.

—Esta tarde. ¿En la ciudad?

—Sí —afirmé y me di cuenta de que no había sido la única que había tenido un día largo.

Él frunció el ceño y volvió a echar un vistazo a la foto de su hija. Luego sonrió.

—Cierto, fue en la 52 y...

—No —interrumpí, pensando exactamente dónde me había recogido—, fue en la 54 y... Park, creo. —¿Era esa la calle que cruzaba? *Bastante cerca.*

—Cierto. —Él sacudió la cabeza—. Demasiados días largos de corrido. En algún momento, le pasa factura.

—Dígamelo a mí —murmuré.

En pocos minutos, el taxi se detuvo frente a una villa en Gran Caimán. No era el estilo de Mace. Él prefería hoteles de cinco estrellas antes que cabañas tranquilas junto al mar. Claro que Cinnamon había estado atrapada en el Purgatorio, Sage había estado pavoneándose en un dashiki, y una demonio que trabajaba para mi doble llevaba las llaves de los cuatro. Estaba segura de que aquel lugar no era idea de él.

El calor tropical se me vino encima cuando me bajé del taxi. Miré a mi alrededor. Había un teléfono público junto a un almacén, en la esquina. Podría llamar para que me recogieran apenas terminara de quitarle el hechizo a Mace. Hice un gesto con la cabeza hacia Mike.

—Puedo esperar unos minutos si... —Su teléfono lo interrumpió. Frunció el ceño al ver el mensaje.

—No se preocupe —señalé. No quería que rompiera las reglas por mi culpa—. Llamaré cuando esté lista.

Él levantó la cabeza.

—¿Llamará cuando esté lista?

—Lo prometo. —Una parte de mí quería que aguardara, pero no quería poner a nadie en el punto de mira de Mace. La única manera en que podía mantener a su hija a salvo era no meterse en problemas. Y, definitivamente, él no querría estar en el radar de Mace. Mike miró el móvil una

vez más y luego la foto de la niña. Sonrió y se despidió con la mano.

Esperé a que Mike se fuera y me dirigí a la cabaña. Me sudaban las manos, y mi corazón latía más rápido de lo normal. Mace se había metido con mi cabeza la última vez que lo había visto. Me había puesto en un estado de ensueño durante tres días, pero yo había experimentado semanas atrapada en una realidad pasada que jamás había ocurrido. Cuando por fin me había liberado, había tenido dificultades para distinguir lo que era real de lo que había sido un sueño. A partir de ese entonces, no confiaba en mi memoria. Me había llevado semanas recuperarme, y eso solo había ocurrido después de que el Jefe había ordenado al departamento médico que me arreglara los recuerdos.

Jack también había estado conmigo. Me había salvado de la oscuridad y me había dado esperanza.

El Jefe había castigado a Mace. Fue la única vez que intervino en mi nombre. Y no me había contado nada ni yo debía saber qué había sucedido. Había oído a Quaid quejarse al respecto. Estaba enojado porque debía hacer mi trabajo, en especial después de que Mace había prometido no volver a hacer eso. Estaba segura de que “eso” era el viajecito al Infierno al que me había enviado.

No había visto a Mace desde el incidente. Era peligroso, pero no era tan estúpido como para desafiar a su padre. Yo solo necesitaba tomar precauciones. No podía volver a perder la memoria. Había sido muy difícil regresar la última vez. Esperaba encontrar a Mace en el interior, masajeando los pies de una horrible demonio, pero no podía esperar que esa fuera la única opción. Los otros no habían sido violentos (al menos no hasta que los había liberado del hechizo), pero Mace no era exactamente el vivo retrato del niño bien portado.

Yo no sabía qué poder tenía exactamente, ni cómo utilizarlo. Por lo que yo sabía, la Guardiana podría haber mentido y todo lo hacía el reloj. Considerando todo lo que había sucedido, no creía de verdad en todo eso, pero no era como si tuviese un manual del usuario, así que no importaba realmente de dónde venía. Ya fuera que proviniera de mí o del reloj (daba igual), podría funcionar o no. Con la mayor convicción posible, dije:

—No dejes que me olvide de nada.

Una extraña sensación de cosquilleo me recorrió desde la muñeca derecha hacia la nuca y hasta el cuero cabelludo. Un extraño resplandor cubrió mi visión y me dejó ciega por un momento. Cuando pude ver con claridad, todo se enfocó con mucha nitidez. Estaba alerta, consciente de lo que me rodeaba, como si el cielo hubiese estado nublado y en ese momento todo estaba soleado y brillante.

De inmediato me arrepentí de haber lanzado el hechizo. Sacudí la cabeza, pero la abrumadora sensación de total conciencia no desapareció. *Maldición*. Eso no podía ser bueno.

—Supéralo; lo hecho hecho está—murmuré.

Exhalando con fuerza, levanté la mano para golpear y dudé. ¿De verdad podía hacerlo? Pensé en vomitar, pero me resistí. No ayudaría. Él me daba miedo, pero perder el hotdog salvador no lo cambiaría.

*Puedo hacer esto*. Rápido, antes de que me acobardara, golpeé la puerta con los nudillos.

En pocos segundos, unos pasos se acercaron. Solté el aire que no sabía que estaba conteniendo cuando la puerta se abrió y vi que no era Mace. Era un hombre muy anciano, vestido con un uniforme de mayordomo muy elaborado. Tenía el pelo gris corto, peinado hacia atrás con tanto gel que estaba mojado. Era humano. Su vestimenta me recordaba a los trajes de los centinelas: demasiado perfectos para ser reales.

—Sí, señorita, ¿en qué puedo ayudarla? —preguntó con un acento muy formal.

—Vengo a ver a Mace.

—¿Puedo preguntar qué asunto tiene con el amo?

¿El amo?

—Es un asunto familiar. —No era necesario que entrara en detalles con la servidumbre.

—¿Y usted es...? —inquirió mirándome con la nariz hacia arriba.

—Claire, la asistente de su padre. —No hubo señal en sus ojos de que comprendiera mi puesto. O no le importaba o no lo sabía. Podría ser ambas cosas.

—Por favor, sígame.

Lo seguí hasta el salón principal de la villa, que era un ambiente abierto y amplio, diseñado con estilo tropical. La colección ecléctica de sillones y sillas parecía ser el tipo de muebles que alguien elegiría si solo pudiera comprar lo que ya estaba en la isla.

En cuanto lo vi, se me hizo un nudo en la garganta. Estaba sentado, rodeado de varios paganos jóvenes, apiñados a su alrededor. Las chicas estaban vestidas con unos bikinis apenas visibles y pareos. Los chicos llevaban únicamente una tanga masculina.

Me sentía ansiosa, pero no era por mi miedo a Mace. Alguien en la habitación llevaba velo, y no era quien aparentaba ser.

Los ojos de Mace estaban vidriosos, pero recuperaron la atención cuando me vio. Una de las paganas tenía la cabeza entre las piernas de él. Me sonrojé y desvié la mirada cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo.

Los paganos no eran exactamente tímidos respecto del sexo... con cualquiera. Intenté ignorarlo y concentrarme en descubrir cuál pagano llevaba un velo, pero los hombres y mujeres estaban demasiado juntos. No podía detectar la fuente.

Un par de *largos* minutos después, ella soltó un gemido de placer. Mace la hizo a un lado bruscamente y se enderezó. Gracias al cielo, *él* no era de los que gritaban. No podía decir lo mismo de ella. Ella había continuado como si estuviera audicionando para trabajar como voz en off en películas para adultos. Él no había emitido un solo sonido. Su mirada penetrante había estado sobre mí todo el tiempo, lo que ya era suficientemente incómodo.

—¿Disfrutaste del show? —inquirió.

Revoleé los ojos. Mace era demasiado atractivo para ser humano. Sus pálidos ojos violeta eran inusuales y perturbadores. No eran del todo azules como para un pagano puro, pero tampoco eran rojos como los de un demonio. Se pasó la mano por el pelo rubio, algo largo, y mostró una sonrisa malvada. Podría pasar por surfista californiano o por dios noruego. Se habría visto bien incluso calvo, y él lo sabía.

No respondí. En su lugar, estudié a los paganos, que ahora estaban desparramados a su alrededor; eso me facilitaba más poder ver a cada uno.

—¿Quieres ser la próxima? —preguntó.

Mis ojos se abrieron aún más y se clavaron en su hermoso rostro. Una mujer a su derecha gruñó, pero él mantuvo la mirada sobre mí. No me gustó la manera en que me miraba. Como todos los paganos, Mace no era tímido en cuanto al sexo, pero Sorrel siempre había sido el amoroso conmigo.

El corazón me latía rápido, y me sudaban las manos. Para no mostrar miedo, mantuve la respiración lenta y constante. Los otros hermanos no se habían comportado como ellos mismos. Mace estaba, quizás, una pizca más preocupado por el sexo (en especial conmigo), y yo jamás lo había visto en vaqueros, pero esas eran las únicas diferencias. Claro que Cinnamon había parecido normal hasta que Charles había puesto su atención en ella. Tal vez Mace solo necesitaba otra descarga de... lo que fuera para ser el dios sexual completamente inconsciente como el que

actuaba entonces.

Si no necesitaba mi ayuda, y así era Mace, entonces, debería correr. Si de verdad necesitaba mi ayuda y lo dejaba atrapado, se vengaría. No tenía opción. A esas alturas, debía intentar librarlo del hechizo.

Mace se sentó más derecho y levantó una de sus cejas perfectas cuando pasé junto al mayordomo y me acerqué a él. *Oh, cielos, debe pensar que quiero ser la próxima.* Ignoré ese pensamiento, pero la mujer a su derecha no lo hizo. Su lenguaje corporal me hizo saber que estaba lista para luchar por su lugar en la fila.

Me tragué el miedo y continué con mi plan; el estúpido plan de tocar y escapar. En especial en ese momento, en que él creía que yo deseaba ser la próxima.

Mace se mordió el labio mientras me acercaba. Me incliné hacia adelante (ignorando los gruñidos bajos de la pagana a mi izquierda) y le toqué la mano derecha. Esperé que la misma energía estática pasara entre nosotros, tal como había experimentado con los demás. Me quedé boquiabierta cuando nada ocurrió. Él no estaba hechizado.

Quitó la mano de inmediato. Él frunció el ceño. Di un paso atrás, planeando correr pero, antes de que pudiera moverme, la mujer a mi izquierda me tomó del pelo.

—Ahora es mío —dijo entre dientes.

—No lo quiero —espeté.

La expresión de Mace se oscureció. ¿Le sorprendía que no me interesara?

—Todos lo quieren —argumentó ella.

—Todos los demás, quizás. Yo no.

Mace frunció los labios. Tenía la habilidad de saber cuando alguien mentía. Yo no estaba mintiendo y, por algún motivo, eso parecía enfurecerlo.

—Dígale, por favor —le rogué, pero él mantuvo la boca cerrada.

—Sabes que tú también lo quieres —rugió ella.

Por todos los santos, ¿podría ser más delirante?

—Por favor, Mace.

Los ojos de él no se despegaban de los míos. Estaba disfrutándolo. Con un tono bajo y suave, intervino:

—Leah, ella es como de la familia.

No era como de la familia *para nada*, pero no iba a discutir.

—Leah —rugió cuando ella no reaccionó.

Con un gruñido petulante, Leah me arrojó hacia adelante. Perdí el equilibrio y me tambaleé. En un movimiento rápido, Mace se puso de pie y me sujetó. Me dio vuelta para que quedara de espaldas a él. Con mi brazo atrapado entre nuestros cuerpos, me mantuvo cerca con su abrazo sofocante.

—¿Me extrañaste, Claire? —susurró en mi oreja.

Contuve la respiración para evitar resoplar. En primer lugar, porque era Mace y, si bien estaba un poco toquetón, era un desgraciado; en segundo lugar, de verdad podía lastimarme si así lo quería. Con la nariz hundida en mi pelo, inhaló profundamente antes de darme un beso suave en la mejilla.

—¿Has venido a jugar? —preguntó, y volvió a besarme.

—No. —Me estremecí cuando llevó su boca hasta el lóbulo de mi oreja—. Vine a ayudarte. Es todo. Lo juro.

—Preferiría jugar.

*Oh, cielos, no.* El Mace acaramelado comenzaba a enfurecerme. Hablé con tono firme:

—Está en peligro.

Él no estaba bajo un hechizo, pero quizás era el próximo. Podía advertirle, y no lo atraparían. Si tan solo me escuchara... Movié nuestros cuerpos hacia adelante y hacia atrás, como si estuviéramos bailando un tema lento. O no le importaba o no me creía.

—Míreme y sabrá que estoy diciendo la verdad —insistí.

Él se detuvo y me dio vuelta para que lo mirase. Tenía los labios en una línea firme. Había pasado de juguetón a furioso en un instante.

—Habla.

Suponiendo que no sería indulgente por mucho tiempo, solté todo rápido:

—Cinnamon estaba atrapada en el Purgatorio. Sage estaba en su departamento, pero no estaba en sus cabales. Sorrel está desaparecido. Creí que usted podría haber sido atrapado también. —Di un grito ahogado cuando Mace me jaló hacia adelante. Sus manos se aferraron a mis brazos. Tenía la mandíbula apretada, y sus ojos violeta estaban más claros... más amenazantes—. Yo... —Se me cortó la voz. Tragué saliva, intentando ignorar el nudo en la garganta. No me lastimaría como lo había hecho antes. No faltaría a la palabra que le había dado al rey—. Mace... —tartamudeé, sin saber bien qué decir.

Todas las miradas estaban sobre nosotros. Los paganos me miraban con furia; Leah (la mujer que me había tomado del pelo) se mojó los labios. ¿Solo observarían mientras él me lastimaba? Ella sonrió y se inclinó para susurrarle algo a la chica que estaba a su izquierda. La mujer detrás de ella se movió para ocultarse, pero no antes de que yo la viera.

Índigo. Vestía un pareo tropical sobre un bikini colorida, como las demás chicas, pero era ella. Era la que tenía el velo. La que había sentido al entrar. El velo no tenía efecto sobre mí (no desde mi viaje al Purgatorio), pero Mace y los demás la veían como una pagana. Respiré aliviada. Mace tendría que creerme ahora. No podría ignorar a una demonio oculta en su harén de paganos. Me mojó los labios secos y miré a Índigo.

—Demonio —señalé con tono acusatorio.

Mace siguió mi mirada. Le gruñó a ella antes de arrojarme al piso y de caminar en su dirección. Los otros paganos se desparramaron y desaparecieron uno a uno. Índigo giró para correr, pero él la detuvo con su voluntad.

Me incorporé, con la idea de acercarme a la puerta mientras él estaba ocupado con ella. A esas alturas, no me importaba si Mace estaba en peligro. Maldición, yo estaba en peligro.

Mace tenía otros planes. Liberó su voluntad y me hizo trastabillar.

—Quédate —ordenó. Índigo gritó—. Muéstrate —vociferó.

Presentí que ella se quitaba el velo mientras yo me lanzaba hacia la puerta otra vez. Oí un fuerte golpe seco justo antes de que me jalara la voluntad de él hacia atrás. Me preparé para sentir el impacto. Cuando choqué con una pared, me quedé sin aliento. Resollando, bajé la mirada. Índigo estaba inconsciente, doblada sobre el piso a mis pies.

—No te librarás de mí tan fácilmente —señaló Mace—. No después de lo que hiciste.

¿Después de lo que hice? Él actuaba como si yo hubiese ido a matarlo, no a salvarlo.

—Solo intentaba ayudar. Le conté sobre la demonio.

Soltó una breve carcajada.

—¿De verdad crees que no sabía sobre ella?

Si sabía, ¿por qué no se había desecho de ella? ¿Por qué la mantenía cerca?

—Tengo asuntos importantes para su padre...

Los ojos violeta de Mace se abrieron aún más.

—Estás mintiendo, Claire —afirmó entre dientes.

*Oh, maldición.*

—Usted le prometió que no volvería a hacer eso.

Su sonrisa se desvaneció, y entrecerró los ojos.

—¿Él te envió?

—S... —Comencé a decir “Sí”, pero me interrumpió cuando su voluntad me envolvió y apretó. Había advertido mi mentira antes de que pudiera expresarla. Se inclinó hacia adelante y empujó mi cuerpo más contra la pared.

—Viniste a mí de manera voluntaria, no como la servidora de mi padre. —Su ceja arqueada me hizo sentir un escalofrío por la espalda. Retorcó su mano en mi pelo—. Cualquier cosa puede suceder ahora, niña.

Di un grito ahogado cuando acercó más nuestros cuerpos.

—No. Por favor. No le diré a su padre. Lo prometo. Solo déjeme ir.

—¿Cómo sabes que no te gustará? —inquirió mientras se frotaba sobre mí—. Mi padre estuvo manteniéndote alejada de mí —continuó, mientras iba dejando besos a lo largo de mi cuello—. Viniste a mí de manera voluntaria. —Inhaló profundamente, como si mi perfume fuera un elixir—. Eres mía ahora.

—No...

Me tomó el rostro con ambas manos. Levantando mi barbilla, me besó en los labios. Intenté alejarme, pero su firmeza al agarrarme lo impidió. Di un grito ahogado cuando deslizó la mano por debajo de mi remera, lo que le permitió introducir la lengua en mi boca. Giré la cabeza y me aparté cuando él se inclinó para profundizar el beso. Sin inmutarse, regresó con sus cálidos labios a mi cuello.

Quería gritar por la frustración. Sus caricias me encendían, pero no debería sentir nada. No amaba a Mace. Lo odiaba, pero sus manos recorrían mi cuerpo y me acariciaban como si fuéramos amantes. Grité cuando me mordió el cuello y luego lamió el mismo lugar.

—Deténgase —exigí, y él se paralizó.

Un rugido gutural salió de su garganta.

—Amo —llamó el mayordomo detrás de él; la tensión se rompió.

Mace se apartó. Sentí las piernas como gelatina y me deslicé por la pared, intentando recuperar el aliento. Él miró con furia al mayordomo.

—¿Qué? —bramó.

—Su mensaje fue enviado —indicó el mayordomo con una inclinación de la cabeza.

—Maldición —se quejó Mace y me miró. Entre dientes, continuó—: Collins, no eres más que eficiente.

—Gracias, señor —respondió el mayordomo con una leve inclinación de la cabeza.

Comencé a levantarme del piso. Mace me volvió a tirar con su voluntad.

—Sentada, quieta —me reprendió, como si fuera su mascota.

Collins volvió a hablar:

—¿Qué debo hacer con la señorita Lily?

Mace volvió a dirigir su atención hacia el mayordomo.

—Llévala al sótano. —Collins asintió. Mace se volvió hacia mí—. Y prepara un círculo de sal para Claire.

Abrí la boca, pero Mace ajustó su voluntad y me mantuvo callada.

Aunque Collins parecía bastante mayor, se agachó con facilidad y levantó en brazos el cuerpo inconsciente de Índigo (Lily). Arrojó el cuerpo flácido sobre su hombro y la llevó hacia una pared vacía, al otro extremo de la habitación. La golpeó tres veces, y apareció una puerta. Un portal...

por supuesto. Las casas de playa no tenían sótanos.

Mace me observó durante un largo minuto y luego suspiró.

—Esto es un maldito desastre real —me recriminó más que comentar. Se apretó la nuca y caminó por la habitación.

Mi cuerpo estaba rígido por la opresión de su voluntad. Me aclaré la garganta. Volteó la cabeza. Arqueó una ceja y chasqueó los dedos.

—Tengo una cosa para ti. No te vayas.

Como si pudiera irme a alguna parte. Ni siquiera podía moverme.

Cinco minutos después, Mace regresó. Su expresión arrogante, con una media sonrisa, me ponía nerviosa. Estaba haciendo girar dos pulseras de metal alrededor de un dedo. Las tomó con la mano para detener los giros y luego las extendió como si me mostrara algo genial. Se agachó, tomó una de mis manos y se la llevó a los labios para darme un beso suave. Tuve que esforzarme para no revolear los ojos.

Con rápida eficiencia, me colocó las delgadas pulseras en las muñecas. Una sensación de hormigueo me recorrió cuando las cerró. Canturreó un sonido bajo, susurrante e ininteligible. Contuve la respiración cuando el metal se adaptó al tamaño de cada muñeca y quedó perfectamente ajustado a mi piel. Una ola de energía me envolvió las manos cuando las pulseras se acomodaron.

Mace me puso de pie. Me levantó la cabeza para besarme. Lo empujé.

—Auch —me quejé cuando una fuerte descarga subió por mi brazo. Quitó la mano de inmediato—. ¿Por qué fue eso?

Una sonrisa traviesa se dibujó en su boca.

—No puedo permitir que vayas por ahí tocando a las personas. ¿O sí?

Sacudí la mano. El dolor estaba transformándose en una leve punzada, pero aún sentía escalofríos por el contacto. Examiné la pulsera.

—¿En serio? ¿Eso sucederá cada vez que toque a alguien? —Él reprimió una risa por lo bajo—. Lamento haberlo tocado sin permiso, pero ¿no cree que esto es un poco extremó?

Me golpeó la nariz como si fuera una niña consentida y luego me llevó hacia las escaleras del sótano.

No era más que una caja de cemento. No llegaba ni a los dos metros cuadrados. La mitad de la habitación se veía como si un grafitero la hubiera dibujado mientras estaba drogado. Estaba pintada con cientos de carteles negros y dorados, que cubrían el piso, las paredes y el cielorraso. La otra mitad estaba vacía; solo bloques y cemento. Un absoluto contraste con su vecina bañada en oro.

Algunos de los carteles estaban escritos en el mismo lenguaje antiguo que tenía la marca del Diablo en mi brazo. Otros parecían jeroglíficos egipcios. No tenía idea de qué significaban esos símbolos.

Collins estaba en la mitad pintada de la habitación, creando un círculo de sal. El cuerpo inconsciente de Lily estaba fuera del círculo, pero dentro de la mitad pintada.

—¿Necesita algo más, señor? —indagó Collins, una vez que el círculo estuvo completo.

—No, puedes retirarte —contestó Mace.

En cuanto estuvimos solos, comenzó su canto. Las palabras melodiosas podrían haber sido una canción, pero no era nada que el traductor reconociera. Estaba haciendo un hechizo en idioma antiguo. Di un paso involuntario hacia atrás cuando una onda luminosa atravesó los carteles y los hizo encenderse y brillar. Mace me jaló hacia adelante cuando el círculo de sal resplandeció en color rojo, y el brillo de la habitación se propagó a su alrededor. Me dio vuelta y me empujó a

través del umbral de la habitación protegida. Se oyó un ruido seco cuando sus manos atravesaron la pared invisible. El brillo desapareció cuando terminó su canto.

Me froté los brazos. La habitación se había puesto bastante más fría; en segundos, la temperatura había bajado varios grados.

—¿Por qué hace esto?

Ignoró mi pregunta.

—Mantente dentro del círculo —ordenó—. Te protegerá. —Con las manos en los bolsillos, giró sobre los talones para irse.

—Aguarde, no puede dejarme aquí abajo.

Giró para mirarme.

—¿Preferirías subir e ir a mi cama?

Me quedé boquiabierto. Me llevó un momento responder:

—No.

Él sonrió, como si supiera que estaba mintiendo.

Alejé el recuerdo de sus manos sobre mi cuerpo. Malditos paganos y su atractivo sexual.

—No intentes salir —me advirtió—. La barrera no te permitirá pasar. Te dejará inconsciente si lo intentas.

—El Jefe...

—Viniste por voluntad propia, Claire. Nada me lo impedirá. Eres mía ahora, y pretendo quedarme contigo.

Me quedé con la boca abierta. ¿Hablaban en serio? Antes de que pudiera recobrar el habla, él agregó:

—Ahora iré a enmendar el desastre que has provocado. Arreglaremos cuentas más tarde y terminaremos el pequeño juego que comenzamos arriba.

## CAPÍTULO 10

**E**l sótano estaba completamente oscuro. Mace había apagado las luces al irse. Me senté en el círculo de sal, con las piernas cruzadas para asegurarme de que estaba dentro de los límites.

La magia con sal era antigua y poderosa. No tenía idea de cómo funcionaba, pero me protegería como estaba previsto; eso significaba que me mantendría a salvo del alcance de Lily durante el tiempo que quisiera Mace o hasta que él rompiera el círculo de sal.

Podía oír los quejidos y gemidos bajos del sueño intermitente de Lily. Pronto se despertaría. Cerré los ojos y salí de mi cuerpo. Los símbolos y carteles emitieron una luz verde brillante, que iluminó la habitación oscura.

El umbral que separaba la mitad pintada del resto del sótano se parecía a una pared verde de acero. Un resplandor transparente se extendía por esta como una ola sobre un estanque. Un tenue halo azul rodeaba uno de los ladrillos en la pared opuesta. Avancé apresurada para investigar, pero mi presencia chocó con la barrera. Intenté pestañear para pasar al otro lado, pero tampoco funcionó. El halo desapareció unos momentos después.

Frustrada, regresé a mi cuerpo, lista para abrir los ojos. Me detuve cuando me di cuenta de que mi forma física estaba bañada por una luz blanca. El círculo de sal me protegía del verde pálido que caía sobre todo lo demás, incluida Lily. Cada centímetro cuadrado del recinto estaba marcado o cubierto por el brillo verde que conectaba todos los símbolos. Mi presencia estaba atrapada por los carteles tanto como mi cuerpo estaba atrapado por el umbral.

Hice memoria y recordé cómo la onda luminosa había activado el recinto y lo había sellado por completo. Eché un vistazo a mi cuerpo, pensando en la ola y en cómo envolvía el círculo. La sal lo protegía. Examiné el piso con cuidado. Los carteles debajo del círculo no estaban brillando. La sal evitaba que se conectaran con los otros símbolos. Tal vez era mi salida.

Salté sobre el círculo y quedé sobre mi cuerpo; era algo extraño. Pensé en la sala principal de arriba. En donde había estado con Mace. Al instante, pestañeé hacia la otra ubicación.

La sala de estar estaba vacía. Me quedé quieta por un momento y presté atención. La voz de Mace se oía desde una de las habitaciones de arriba. Seguí el sonido y lo encontré en una oficina. El tema tropical no había pasado por esa habitación. Era un ejemplo ultramoderno de vidrio y acero frío. El único color en la habitación blanca como un malvavisco provenía de una enorme pintura abstracta. El rojo vibrante estaba salpicado por la tela como si fuera un estudio sobre patrones de manchas.

Mace hablaba por teléfono. Caminaba de un lado al otro.

—Cin, averiguaremos quién hizo esto. Pagarán.

Hubo una pausa. Me acerqué, pero no podía oír la voz de Cinnamon a través del teléfono.

—Déjate de tonterías y trae al demonio aquí. Haré que hable, y luego tú puedes matarlo. —El cuello de Mace se tensó mientras ella hablaba. Su tono era tenso cuando respondió—: Sí, está aquí. No, no sé cómo te descubrió.

Se pasó la mano por el pelo y se rascó la cabeza.

—Sí, los gemelos están en camino. Sorrel no está bien... —Hizo una pausa.

Habían encontrado a Sorrel. *Qué bueno*. No podía completar la tarea de Omar sin ver a todos. Claro que alejarme de Mace sería un desafío.

Él suspiró.

—Estoy de acuerdo. Ella puede curarlo. Lo resolveremos *juntos*.

La desesperación en su voz llamó mi atención. ¿Por qué insistía tanto en que ella viniera? Los gemelos ya estaban en camino.

—¿Por qué necesitaba a Cinnamon? —murmuré.

—Porque somos más fuertes juntos —espetó y, por un momento, pensé que estaba respondiendo mi pregunta. Pasándose la mano por la cabeza, suspiró—. Mira, no, digo sí, debes reunirte con nosotros. —Dio una vuelta más a la habitación, con la mano sobre la nuca, mientras aguardaba una respuesta. Después de varios segundos de tensión, bajó la mano y su postura rígida se relajó una fracción. Curvó los labios en su usual sonrisa socarrona—. Excelente. Te veré entonces.

Cinnamon vendría y traería a Charles. Me sobresalté cuando una pagana se materializó en la oficina. Era hermosa (por supuesto); su piel era pálida y perfecta. El pelo rubio era tan claro y translúcido que casi era blanco. Parecía fino como la seda y flotaba por su espalda en largas ondas. Era tan alta como los dos metros de Mace. Bajé la mirada para ver si llevaba tacos, pero el vestido liviano ocultaba sus pies. La postura de Mace se tensó ante su presencia.

—Sobrino, ¿cómo estás? —consultó.

¿*Sobrino*? Claramente era por parte de su madre. Mace inclinó la cabeza, pero los hombros permanecieron tensos.

—Hola, tía. Te ves bien. —Su saludo era formal. ¿Le tenía miedo?

—Recibí tu mensaje. —Su tono era delicado y melodioso, pero sus posturas tensas dejaban en claro que la situación era dolorosamente tirante.

La cabeza de Mace permaneció baja. Los músculos de la nuca se flexionaron.

—Me disculpo por haberlo enviado, pero la situación cambió. Los otros llegarán pronto.

La sonrisa de ella desapareció.

—¿Qué provocó este cambio? —inquirió entre dientes.

Como si él midiera sus palabras, hizo una pausa.

—Claire, la asistente de mi padre. Está involucrada. No sé cómo, pero ella los despertó. — Tragó saliva y agregó en tono suplicante—: Me temo que no hubo tiempo suficiente. No cooperarán de manera voluntaria.

Las cejas arqueadas de la tía se relajaron. Una sonrisa malvada se dibujó en su rostro y, por alguna razón, eso me dio escalofríos en la espalda. Caminó sin prisa hacia adelante y levantó la barbilla de él. Los ojos de Mace seguían abiertos por el miedo, pero se tranquilizaron un poco al ver la sonrisa de ella.

—¿Estaba en el Purgatorio?

Mace abrió la boca para responder. Sin pensar, grité:

—¡No le diga nada!

Él cerró la boca. Como si me hubiese oído, sus ojos recorrieron la habitación.

La tía giró la cabeza para mirar en mi dirección. Di un grito ahogado cuando cruzó la mirada

conmigo. Su sonrisa se amplió. *Oh, demonios.* Podía presentirme.

—Tomaré eso como un sí —agregó, más dirigido a mí que a Mace.

—¿Tía? —Él siguió la mirada de ella. Contempló el área pero, cuando no hizo comentarios sobre mi presencia, lo tomé como que no había visto nada. Él no podía presentirme, pero de algún modo me había oído.

—No te preocupes, sobrino. Todo estará bien.

—Pero dijiste...

Ella se llevó un dedo a los labios.

—Hablaremos sobre esto más tarde. ¿Tu padre sabe que está aquí?

—No.

—Debo hablar con ella... a solas.

Mace dudó.

—¿A solas?

Sus ojos se convirtieron en dos aberturas frías cuando él no accedió de inmediato.

—Sí, a solas —exigió.

Él dio marcha atrás.

—Desde luego, tía. Está en el sótano.

Ella sonrió y le acarició el rostro.

—Hablaremos cuando regrese.

Al pasar junto a mí, su fría esencia atravesó mi presencia.

—¿Vienes? —susurró.

Abrí los ojos de repente. Estaba de regreso en el oscuro sótano. La adrenalina comenzó a fluir en mí. Mi ritmo cardíaco aumentaba a cada segundo. Ella había asustado a Mace (el pagano más aterrador que yo conocía) y ahora quería verme. A solas.

Tragué saliva para bajar el nudo en mi garganta mientras unos pasos se detenían frente a la puerta del sótano. ¿Por qué le alegraba que yo hubiese estado en el Purgatorio? Me estremecí cuando la puerta se abrió. La luz brilló en la parte superior y tuve que entrecerrar los ojos.

Una humana sin velo, con pelo negro, bajó con gracia por las escaleras, pero estaba segura de que era la tía. Su pelo, que había estado suelto antes, estaba prolijamente recogido en un rodete. El vestido largo y liviano se había convertido en un traje que me recordaba a una moderna Jackie O, con un pequeño collar de perlas y aros. Parecía tener cerca de cuarenta años. Linda, pero no hermosa.

Estaba confundida por el estilo nuevo. Me había presentado; ¿no sabía que la había visto? El velo oculto me preocupaba. Alguien que podía asustar a Mace debía ser fuerte... fuerte como Omar. Era evidente que había más personas de las que pensaba que podían ocultar su velo.

Ella bajó la vista hacia Lily, quien comenzaba a removerse.

—Duerme —ordenó, y el cuerpo de Lily se aflojó. Giró para dirigirse a mí—: No te preocupes, niña. Estás a salvo de mí... por ahora. —Mis ojos se abrieron aún más. Ella sofocó la risa—. El juego será mucho más satisfactorio ahora.

—¿El juego?

Ella me examinó.

—Te ves diferente de lo que imaginé.

Fruncí el ceño.

—¿Cómo esperaba que me viera?

—Como una humana, claro.

—Soy humana. —Aunque lo creía menos cada vez que lo decía.

Su sonrisa se agrandó.

—Tus rasgos son más paganos que humanos.

*Oh, por favor.*

—Usted es la pagana, no yo.

Ella dio un grito ahogado y se llevó la mano a la boca con un gesto burlón.

—Ah, chica inteligente. ¿Qué más has visto?

¿De verdad no sabía que había visto su forma verdadera arriba? Quise dar un paso atrás, pero ella me envolvió con su voluntad tan rápido y sin ningún esfuerzo que ni siquiera lo vi venir. Nuestras miradas se cruzaron.

Había una mayor presión en mi cabeza, similar a como me sentía cuando la Guardiana leía mi mente. Quise girar, pero no podía. El dolor comenzó casi de inmediato. Pude oler la sangre mientras goteaba por mi labio superior. Sentí un zumbido en los oídos. No podía respirar.

—Basta —logré expresar.

Caí en cuatro patas cuando me liberó. Me ardían los pulmones al respirar lo más rápido posible. Aún respirando con dificultad, levanté la cabeza.

Ahora tenía su forma verdadera. El vestido largo flotaba ligeramente alrededor de su cuerpo ágil. El vestido resplandecía con una opulencia tornasolada que no había notado arriba. El pelo volvió a ser rubio claro. Lo llevaba suelto y le caía por la espalda.

—Me sorprende que hayas salido viva del Purgatorio —comentó—. Nos ocuparemos de eso más tarde. Por el momento, estoy más interesada en tu dilema.

—¿Cuál dilema? —pregunté entre resuellos. El dolor en mi cabeza era implacable. Mi respiración volvía a la normalidad, pero cada inhalación seguía ardiendo. Logré incorporarme y ponerme de pie.

Ella cacareó una risa sin alegría.

—¿Cuál?, es cierto.

—Sí, ¿cuál? —exigí saber.

Su sonrisa malvada volvió a aparecer.

—Viajar entre los reinos es muy peligroso para los humanos, en especial desde la Tierra. Los portales del Inframundo son más predecibles.

—Entonces, ahora soy humana —señalé, doblada al medio, con las manos sobre las rodillas, mirándola.

Ella levantó una de sus cejas perfectas.

—Eso fue una afirmación general, querida. Sin embargo, eras más humana antes, motivo por el cual estás aquí... ahora.

*¿Ahora?*

—¿Qué quiere decir con eso?

—Llegaste tres días antes de entrar.

—¿Qué? —Eso no tenía sentido.

Ella suspiró. Me enderecé; por fin había recuperado el aliento.

—Intentaré explicar la situación con más claridad. ¿Tú crees que hoy es...? —Me miró, expectante.

Después de unos momentos, respondí:

—¿Lunes?

—Cuando, en realidad, hoy es viernes. —Sonrió—. El viernes pasado, desde tu perspectiva.

Sacudí la cabeza. ¿Viaje en el tiempo? Eso era imposible. El viaje en el tiempo no era real.

*¿Lo era?*

—¿Regresé en el *tiempo*?

—Así parece —contestó—. Esos problemáticos portales terrestres pueden ser muy poco fiables. Deberías agradecer a quienquiera que le reces que no te dejó en el siglo diecinueve. Tres días es solo un mero inconveniente. ¿No lo crees?

—¿De *regreso* en el tiempo? ¿Viajes en el tiempo? —inquirí sacudiendo la cabeza. ¿Cómo era eso posible? Levanté la vista y caí en la cuenta de lo que ella había dicho (sobre el siglo diecinueve): tres días ya era bastante malo. Tres días atrás; no lunes. Di un grito ahogado.

—¿Junior no está muerto!

Mi cuerpo se paralizó. Su voluntad me mantenía en el lugar.

—Esa es exactamente la clase de información que no quiero que divulgues.

—Pero puedo salvarlo. —*Y salvarme.*

Ella movió el índice de un lado al otro.

—No es así como funciona, querida. Las decisiones que toman deben ser tuyas. Sin ayuda.

¿Decisiones?

—¿Está diciendo que los cuatrillizos lo matarán? —¿Fue Junior el que los había atrapado? ¿Era él el jugador misterioso, el que había contratado a Charles?

Los labios de la tía formaban una línea recta.

—Suficiente —señaló y sacudió la mano frente a mí.

Su voluntad me envolvió más, como un puño gigante, lo que me impedía moverme. Me quedé boquiabierta cuando ella cruzó el círculo de sal como si no estuviera allí. Se irguió sobre mi metro setenta y siete. Me dolía más la espalda por la creciente presión a medida que ella me levantaba hasta quedar a la misma altura.

—No hablarás de estos sucesos. —Levantó la mano. Sentí una pequeña descarga cuando me tocó la mandíbula. Abrí la boca para preguntar sobre Junior. Una sensación de frío me recorrió el rostro y me obligó a cerrar la boca. Las palabras estaban en la punta de mi lengua, pero el hechizo mantenía mis labios sellados. Un momento después, la sensación disminuyó. Se me aflojó la mandíbula. Podía hablar.

—Junior los atrapó. Por eso... —Grité de dolor cuando ella aumentó la presión.

—Es cierto —señaló y me atrajo hacia ella—. Hay más de una forma de conseguir lo que quiero. La primera hubiese sido menos dolorosa.

Mis ojos se agrandaron por el miedo. No podía desviar la mirada.

—Nieve de invierno, lluvia de primavera, hojas de otoño y prados de verano: eviten que esta niña mía que veo cuente historias de futuros hechos.

Bajó los párpados, y un rayo ardiente de energía salió desde sus ojos hasta los míos. Mi cabeza explotó con fuego. Abrí la boca para gritar, pero nada salió.

Esperé a que la oscuridad llegara (a que el abismo abrasador de dolor amainara), pero no fue así. Mi cuerpo entero tembló a medida que el poder de la tía me vaciaba.

## CAPÍTULO II

Sentí un cosquilleo en el cuerpo como si me hubieran disparado con una pistola paralizante. Los temblores secundarios me recorrieron y provocaron dolores en todo mi cuerpo. Estaba hecha un ovillo en el piso. Una gota de sangre me cayó de la nariz. Abrí los ojos y no vi nada más que sombras oscuras.

Se me cruzaron pensamientos desordenados. Un ruido sordo bloqueaba todos los demás. ¿Dónde estaba? ¿Había vuelto a desmayarme?

“No —oí decir a una voz por encima del tumulto—. Estás en el sótano”.

El sótano. En cuanto las palabras cruzaron mi mente, una ola de imágenes vino a mi cabeza. El mayordomo de Mace que hacía un círculo de sal. Los carteles en la pared que se activaban y brillaban. El espeluznante destello verde de los escudos que me tenían atrapada. Al principio, fue difícil concentrarme. Mi cerebro estaba confundido, los pensamientos eran dispersos, pero las imágenes continuaban apareciendo. La pagana (la tía) en la oficina de Mace. Todo lo relacionado con el sótano invadía mis pensamientos conscientes.

Pestañeeé a medida que recuperaba el foco. El hechizo de la tía había sido tan brillante... cegador. Las sombras oscuras comenzaban a disiparse.

El sonido sordo se convirtió en un zumbido en los oídos y luego se detuvo. Una fracción de segundo después, la habitación se veía perfectamente. Podía oír todo. El zumbido del aire acondicionado, el ruido de agua corriente en las cañerías, la respiración de Lily mientras estaba tendida fuera del círculo. Tenía aguda conciencia de las cosas más pequeñas. Todo se oía muy fuerte. Me cubrí las orejas con las manos.

“Traductor”, expresó la voz.

No estaba bloqueando la tecnología: la habilidad del traductor de acercar sonidos lejanos. Todo (todos los sonidos) estaba llegando. El suave arrastre de pies arriba se oía como un papel de lija sobre madera. Tenía que detenerlo. Tenía que bajar el volumen antes de que me sangraran los oídos.

Cerré los ojos e intenté bloquear los sonidos. Me concentré en Lily. Oí su corazón palpar; tranquilo y constante. Bum, bum. Bum, bum. Uno a uno, los sonidos disminuyeron.

Respiré aliviada y me destapé los oídos. Todo lo que podía oír era a Lily maldecir por lo bajo.

—Niña estúpida —murmuró.

Ahora que tenía el control, podía ignorarla también. Me desconecté de ella y me concentré en el desastre dentro de mi cabeza. Mi mente trabajaba para unir los sucesos del día. Un pensamiento llevó al otro. Sucesos, personas, lugares: todo volvía a encajar en su sitio. ¿Por qué la tía había hecho eso?

“Cancelaste el primer hechizo”, susurró la voz.

La tía no quería que dijera nada. Había lanzado un hechizo para mantenerme callada, pero mi magia lo había revertido.

Como había sucedido en el Purgatorio.

Sus palabras regresaron a mi mente: “Eviten que esta niña mía que veo cuente historias de futuros hechos”.

No me había llamado “pagana”, no exactamente. Pero una niña suya no tenía nada de sentido. ¿Haber ido al Purgatorio había hecho más que darme poderes? ¿Me había hecho pagana? ¿Y por qué sería de ella si así fuera? Sacudí la cabeza. No era pagana. Eso era imposible.

La voz permaneció en silencio. ¿No estaba de acuerdo?

*Genial. Estoy volviéndome loca.* Hablar de mi subconsciente como si fuera una persona. Reí.

Lily refunfuñó.

—Sé que trabajab... —Intenté decir “Trabajabas para mi doble”, pero mi laringe se cerró y envié una punzada de dolor por mi garganta—. Ju... —Quería decir: “¡Junior no está muerto!”, pero se me volvió a cerrar la garganta y gruñí—. Viaje... —“Viajes en el tiempo”. No podía decirlo.

*¿Qué me hizo ella?*

“El hechizo. Hechos futuros; no puedes hablar sobre eso”, afirmó la voz sin ninguna emoción.

“Gracias, maestra de lo obvio. ¿Por qué?”.

Lily murmuró algo y luego gritó al golpearse la mano con la pared que me protegía. La tía había podido cruzar la barrera de sal. *Lily no puede. Supongo que las amistades pueden cruzar.*

“Tal vez”.

“No puedes creer que ella es más fuerte que la magia con sal”.

Sin comentarios.

Era cada vez más difícil ignorar a Lily, y mi cuerpo estaba entumecido por estar acurrucada en el frío piso de cemento.

“Las decisiones que tomen deben ser tuyas”. La voz repitió algo que la tía había dicho.

Recordé la conversación que había tenido con la tía: *recuerdo que no respondió cuando le pregunté si los cuatrillizos asesinarían a Junior.* Tampoco había confirmado que Junior los había atrapado.

“¿Cómo lo sabría?”.

Me encogí de hombros. Luego recordé que hablaba conmigo misma y volví a encogerme de hombros.

“No tengo idea pero, si los cuatrillizos sospechan de él...”.

“Querrán venganza”.

Estuve de acuerdo. Debía salir de allí. Junior aún podía ser salvado. No tenía que morir. Podía salvarlo y librarme de ese desastre.

*La doble.*

El video de Junior en su escritorio vino a mi memoria. El recuerdo de la sangre que corría por las paredes y el olor nauseabundo a cobre en la oficina provocó que se acumulara saliva en mi boca. La tragué y aparté el recuerdo. Me negaba a vomitar.

“Claire, cariño”, había dicho él. Ella estaba allí cuando le dispararon.

*¿Lo estaba?*

¿Por qué cuestionaba aquello? *Oh, maldición, Omar había dicho que había sido yo.* Él me había visto las dos veces... a mí, no a la doble. No le creí. ¿Cómo podría creerle? No se me había ocurrido que regresar en el tiempo fuera una opción.

“Porque nadie considera la posibilidad de viajar en el tiempo”.

Solté una risita errática. *Nadie considera la posibilidad de viajar en el tiempo.*

Mis pensamientos comenzaban a aclararse. Lily me observaba.

—¿Estás loca?

Segura de estar a salvo dentro del círculo, me senté.

—Es muy posible. —Estiré los músculos del cuello y me limpié la sangre de la nariz con el borde de la remera. Ya no quedaba mucha, pero había un pequeño charco seco en el piso.

Ella me miró furiosa. La marca roja e hinchada debajo de su ojo y un pequeño corte encima de la ceja izquierda se veían dolorosos.

—¿Qué le dijiste a él sobre mí? —preguntó ella.

—Nada.

—Mientes —se quejó—. Mi ama me ocultó de él. Tú le dijiste.

—Es verdad, te señalé, pero no le dije nada más. Lo descubrió por cuenta propia.

—Imposible —se burló—. No sabes ni la mitad.

Se oyó el portazo de un auto arriba. Cerré los ojos y me trasladé en un pestañeo a la sala de estar. Sage entró a la sala principal. Había vuelto a llevar su típico traje oscuro que se ajustaba perfectamente a su cuerpo esbelto. Definitivamente, no extrañaría el dashiki. El mayordomo entró llevando a Sorrel. Estaba inconsciente y en peor estado de lo que Sage había estado antes.

Mace y Sage intercambiaron comentarios incómodos de cortesía. Esa era, probablemente, la primera vez que los dos habían estado juntos en un evento no relacionado con la familia desde que eran niños, y eso había sido más de quinientos años atrás.

Sage observó mientras el mayordomo se llevaba a Sorrel arriba. Tenía el ceño fruncido.

—¿Y si ella no puede curarlo?

—Puede —aseguró Mace—. Pero esperaremos hasta que llegue Cin.

Sage lo miró de reojo.

—¿Por qué?

—Porque yo lo digo.

Sage miró a su hermano de frente. Tenía los labios presionados en línea recta.

—Tú no estás a cargo. Quiero que Claire lo cure ahora.

—Estoy en el sótano —indiqué sin pensar.

Él contempló la sala, y su mirada se detuvo sobre la pared que ocultaba el portal hacia el sótano. Me había oído, tal como Mace lo había hecho en su oficina.

—Esperaremos a Cinnamon —afirmó Mace; no pareció notar que Sage no estaba escuchando.

—No espere —lo alenté—. Venga a buscarme ahora.

Sage desvió la vista desde la pared hacia Mace y luego volvió a mirar hacia la primera.

—La buscaré yo mismo —anunció Sage y se dirigió al portal.

En un instante, Mace lanzó su voluntad, arrojó a Sage contra la pared y lo sostuvo allí.

—Dije que esperaríamos.

Sage luchó, pero Mace era más fuerte.

—Dije que me quedaría.

Una sonrisa cruel se dibujó en los labios de Mace.

—No te creo, así que esperaremos.

—Bien —gruñó Sage.

—La chica se queda donde está.

—Ya acepté, ahora suéltame. —Mace esperó a que la mirada de su hermano se cruzara con la suya—. Por favor —rugió entre dientes.

Con una sonrisa perversa, Mace retiró su voluntad. Sage pasó junto a él a toda velocidad hacia los dormitorios.

—¿Se rinde tan fácil? —le grité.

—Vete al diablo —murmuró Sage.

Mace levantó las cejas.

—No habla con usted —señalé antes de llevarme la mano a la boca.

Mace se dio vuelta y contempló la habitación. Un minuto después, se rindió y regresó a su oficina. No podía presentirme, no como la tía. Sin embargo, él (ambos) podían oírme de alguna manera. Pero era subconsciente. No creía que ninguno de los dos se diera cuenta de que me oían, pero ambos actuaban según mis sugerencias.

Decidí quedarme arriba y explorar la cabaña. Cinnamon llegaría pronto. Mace me ignoraría hasta entonces.

El lugar era enorme. El piso de arriba tenía cuatro dormitorios y la oficina de Mace. Junto con la sala principal, la planta baja estaba compuesta por una cocina comedor, sala de estar, sala de entretenimientos y dormitorio principal. El conjunto ecléctico y tropical de muebles se extendía por toda la casa. Encontré una pintura al óleo colgada de una pared en uno de los dormitorios. La imagen me recordaba al mayordomo. ¿Sería su casa?

Observé el atardecer desde la terraza de la suite principal. Pensé en Jack y en el crucero que nos habíamos prometido hacer en cuanto él terminara sus estudios. Deseaba que estuviese allí conmigo y que esas fueran nuestras vacaciones, en lugar de la miserable pesadilla que no podía controlar.

Regresé de un pestañeo al interior cuando la voz de Cinnamon se oyó por la sala principal. Parte de mí se alegraba de que hubiese llegado. La otra parte tenía miedo de lo que ella y los chicos podrían hacerme. Regresé a la sala de estar. Ella llevaba su habitual vestido negro, lápiz de labio rojo sangre y zapatos de taco alto. Volvía a tener el pelo suelto, perfectamente lacio. La princesa de la toga en el jardín había desaparecido.

No se molestó con comentarios amables. Comenzó a dar órdenes apenas llegó.

—Llévalo abajo con los otros —le ordenó a su sirviente, uno de los centinelas del jardín. Este tenía problemas para controlar lo que estaba en una bolsa atada; supuse que era Charles.

—Tú —se dirigió a Collins—, sé bueno y prepárame un trago.

Mace entró a la sala; su rostro estaba inmutable. Sage llevaba a Sorrel. Cinnamon le hizo señas para que dejara a Sorrel en el sofá. Ella se inclinó sobre él para examinarlo.

—¿Qué le sucede? —preguntó Sage.

Cinnamon colocó la mano por encima del cuerpo de Sorrel. La dejó por unos minutos antes de bajarla.

—Es algún tipo de hechizo, evidentemente, pero no consigo ninguna lectura.

—Deberíamos intentarlo juntos —sugirió Mace—. Debe haber algo ahí.

—De acuerdo —respondió Cinnamon y volvió a colocar la mano por encima de Sorrel.

Sage y Mace se le unieron en el mismo gesto. Unos bucles de poder giraban a su alrededor mientras olas violeta se fusionaban.

—Aguarden —interrumpió Cinnamon y miró alrededor de la sala—. Algo más está aquí... escuchando. ¿Alguno de ustedes siente...?

Abrí los ojos y regresé al sótano justo cuando Cinnamon se enfocaba en mí. ¿Me había visto como lo había hecho la tía? Supuse que esta, siendo mayor y más fuerte que Mace, era la única que podía presentirme. De alguna manera, yo había logrado influir en los chicos con sugerencias, pero Cinnamon había detectado mi presencia. Tal vez era el poder unido de los tres lo que le

permitía presentirme. Tendría que tener cuidado cuando ella estuviera cerca.

Charles estaba fuera de la bolsa. Había más de un moretón que ya se formaba en su rostro hinchado. Tendría ojos de mapache al día siguiente. Tenía el labio partido a un costado, pero eso no le impedía gruñirle a Lily.

Ella se refugió en un rincón, como si le tuviera miedo, pero relajó la postura en cuanto él desvió la mirada; eso me dio la impresión de que, en realidad, no le tenía miedo. Él examinó el círculo, como si pudiera penetrarlo. Su mirada fría se dirigió hacia mí. Me cuidé de permanecer dentro del círculo de sal.

—Hola, ¿me extrañaste? —le pregunté a Charles.

—¡Levántate! —le rugió a Lily.

—Sí, *amo*.

Charles no pareció oír el evidente tono condescendiente de Lily. Ella no trabajaba con él pero, por lo que podía ver, él no tenía ni idea. La fulminó con la mirada hasta que ella estuvo en su lugar, al otro lado del círculo.

Comenzaron a recorrer el círculo al mismo tiempo, cantando en idioma antiguo, algo que el traductor no podía descifrar. Unos minutos después, ambos caminaron hacia adelante, pero fueron arrojados hacia atrás de inmediato y cayeron con fuerza al suelo.

—Es sal —indiqué—. Hasta yo sé que es irrompible.

—Cállate —me gruñó y se puso de pie rápidamente.

—Se lo dije, *amo* —le planteó Lily al demonio—. Ya intenté todo. El más joven quiere que esté protegida.

—Debemos invocar a nuestro señor. Él sabrá qué hacer.

Eso obtuvo toda mi atención. Charles invocaría a su *amo* (el jugador misterioso)... ¿Sería Junior, tal como lo sospechaba?

—Sí —acordó Lily—, pero no funcionará. Ya lo intenté.

Resoplé. Ella me miró furiosa. Disimulé al murmurar un comentario tipo “Pobre de mí” y actué como si no tuviera idea de lo que estaban hablando. Lily mentía. No había invocado a nadie.

—Intentaremos juntos —propuso él—. Acompáñame.

Charles me miró con desdén. Lo miré y articulé: “Sal”, como si él estuviera tratando de romper el círculo otra vez. No todos sabían sobre el traductor. Ahora que podía distinguir cuando no hablaban en mi idioma, podía fingir ignorancia de manera más convincente.

Charles levantó la cabeza y dejó la nariz hacia arriba. Su sonrisa malvada rebotaba confianza mientras él y Lily comenzaban a cantar. Sus cantos eran en antiguo, aunque dudaba de que realmente conocieran el idioma. Al igual que el canto para romper el círculo, era probable que hubieran memorizado el hechizo para invocar a su *amo*. Levanté la cabeza de inmediato cuando oí: “Maliki”. Era uno de los nombres de Junior.

Él jamás le decía a nadie su verdadero nombre. Para algunos, la superstición sobre los nombres era profunda. A Midge se le había escapado una vez mientras hablábamos. Fue la última vez que la vi. Se había tomado una licencia, y jamás había regresado. Lo había olvidado hasta ese momento. El haber oído el nombre me lo había recordado.

Aunque lo sospechaba desde la visita de la tía, el canto donde usaban el nombre de Junior era la prueba. Charles estaba trabajando para Junior. Él era el jugador misterioso. Pero ¿Charles lo sabía? ¿O solo sabía que el nombre de su *amo* era Maliki?

Si Junior nunca revelaba su verdadera identidad, era posible que Charles no supiera que era él. Esa era una condicional enorme. De cualquier modo, seguramente Mace le arrancararía el nombre “Maliki”. Esperaba que Junior fuera lo suficientemente reservado sobre su nombre como

para que los cuatrillizos no lo conocieran. Si no podían asociar las trampas con Junior, tal vez no irían tras él. Necesitaban saber sobre la doble, pero el solo pensar en decirlo en voz alta me cerraba la garganta.

Tal como esperaba, nada ocurrió cuando el canto se detuvo. Charles golpeó el círculo con ambas manos. Lily se refugió en el rincón. Revoleé los ojos al mirarla. Ella me sacó la lengua cuando Charles no estaba mirando.

Dirigí la atención a las escaleras cuando chirrió la puerta de arriba. Charles se alejó del círculo y se apoyó contra una pared. Me puse de pie y enganché los dedos en la cintura del vaquero. Intentaba parecer más relajada y segura de lo que me sentía.

Los tres hermanos entraron al sótano. Mace estaba vestido con su estilo habitual: un costoso traje de color carbón, hecho a medida para ajustarse perfectamente a su cuerpo. Estaba cruzado de brazos. Me guiñó un ojo antes de volver a mostrar su habitual sonrisa malvada. Todos se quedaron de pie frente al círculo y me observaban como si yo fuera una rata de laboratorio en una jaula.

Cinnamon estaba al frente y en el centro, con Mace y con Sage a cada lado. Sage quedaba un poco atrás si se lo comparaba con Cinnamon y con Mace, pero hasta los gemelos eran supermodelos comparados con los humanos normales.

Miré a Charles. Era evidente que estaba temblando. Cinnamon le sopló un beso. Él se estremeció. A continuación, ella me miró a mí. Su rostro era imperturbable.

—¿Por qué estás aquí?

—Su padre me envió.

—Miente —intervino Mace.

Tenía razón.

—¿Por qué te envió mi padre? —consultó Cinnamon, ignorando a Mace.

—Quiere verlos. A todos.

Mace arqueó una ceja. Sabía que estaba mintiendo.

—Puedo llamarlo si lo desea —ofrecí.

—Que cure a Sorrel antes de llamar a nadie —interrumpió Sage dando un paso adelante.

Cinnamon levantó una mano para detenerlo. Él gruñó y se pasó la mano por el pelo antes de retroceder a regañadientes.

—¿Crees que estás a salvo de nosotros? —inquirió Cinnamon.

Ella no tenía motivos para dudar de mí.

—¿Alguien lo está?

Sus labios se curvaron en una sonrisa peligrosa.

—¿Crees que no te lastimaremos para conseguir lo que queremos? —indagó ella—. Quizás matarte si hace falta.

Mis ojos se abrieron aún más.

—¿En serio? Yo la ayudé.

Ella ladeó la cabeza y me contempló. ¿Podía ella ver la misma verdad que veía Mace?

—¿Qué nos sucedió, Claire? —preguntó.

Abrí la boca para contarles sobre la doble, pero se me cerró la garganta y sentí olas de dolor subir hasta la mandíbula. Miré a Lily y luego a Charles.

—Debería preguntarles a sus amigos demonios por qué lo hicieron. Ellos saben más que yo.

Charles extendió la mano como si pudiera alcanzarme, pero se retiró cuando Cinnamon lo miró furiosa. No me moví. No podía arriesgarme a quedar fuera de la protección de sal.

—Lily ha estado con todos ustedes —continué—. Debería hablar con ella a solas.

Los ojos de Lily se abrieron por la conmoción, pero yo necesitaba que los hermanos se

concentraran en el verdadero peligro. Charles podía delatar a Maliki o a Junior. Lily podía delatar a la doble.

Cinnamon se volvió hacia Mace, quien asintió. Luego observó a Sage. Él cerró los puños y luego relajó las manos. Su expresión nefasta estaba claramente afligida, como suplicante.

—No nos está diciendo todo, hermano —afirmó Mace, como si respondiera una pregunta tácita—. Sería más sencillo hacerla hablar.

—No —intervine, pero me ignoraron.

Sage bajó la mirada, con las manos en los bolsillos y los hombros caídos.

—Bien.

—Yo no sé nada —argumenté—. Todo lo que hice fue ayudarlos. A todos.

—Está mintiendo —señaló Mace.

*Claro que no.*

—Cinnamon, ¿por qué...?

—Sí, Claire, ¿por qué mientes? —me interrumpió.

*Oh, demonios.* Se me secó la boca. Ella podía detectar que estaba mintiendo sobre algo.

—Cinnamon, por favor. Ellos son los que saben qué está sucediendo. Yo no.

Su mirada no se apartaba de mí. No estaba convencida. Frustrado, Sage caminó de un lado a otro. Abrí la boca, rompiéndome la cabeza para pensar en algo que pudiera decirles.

—Lily... —logré decir antes de que se me cerrara la garganta y me dejara sin palabras.

—Hagamos las cosas más interesantes, ¿les parece? —Mace sonrió con suficiencia. Respiró profundo y, utilizando su voluntad, dirigió una corriente de aire hacia la sal. Los granos se esparcieron en todas direcciones, y el borde de mi protección se fue carcomiendo.

—¿Está loco? —pregunté y miré de reojo a los demonios. Charles, cuya vista estaba fija en la sal, se mojó los labios, esperando—. Me matarán.

—Y eso sería *tan* trágico... —señaló Cinnamon—. Quizás deberías comenzar a decirnos la verdad.

El hechizo de la tía no me permitiría decirles toda la verdad. Delatar a Junior solo sellaría mi suerte. Fijé la mirada en Sage.

—No puedo curar a Sorrel si estoy muerta.

Sage avanzó apresurado. Cinnamon lo empujó. Él volvió a ponerse de pie y derribó a Mace desde atrás. Al tomarlo desprevenido, la voluntad de Mace se desbarató, lo que trazó una línea a través de la sal.

—Oh, demonios —maldije.

## CAPÍTULO 12

**C**harles metió la mano en el círculo roto y me sacó a la fuerza. Quise gritar, pero tenía su mano en mi garganta. Apenas podía respirar. Lo pateé, pero él me ignoró.

—Maldita bruja, ¿sabes lo que ella me hizo? —gritó Charles y me arrojó contra una pared; me golpeé el hombro con fuerza.

Aullé de dolor, y él me jaló con fuerza. Busqué a Sage con la mirada, pero Mace lo tenía contra la pared. Encontré a Cinnamon. Se examinaba las uñas e ignoraba la refriega que se daba a su alrededor. Como si supiera que estaba mirándola, habló:

—Necesito un nombre.

¿Qué? ¿Ella no me ayudaría? Charles me apretó más la garganta. Iba a matarme. ¿Morir en ese momento, o decirles sobre Junior y morir después? Después era mejor para mí.

Levanté las manos y arrastré las uñas por el rostro de Charles. Me ardieron las muñecas cuando las pulseras de Mace me dieron una descarga. Charles tambaleó lo suficiente para soltarme; eso liberó mi garganta.

—Maliki —expresé casi sin voz ni aliento antes de que él pudiera agarrarme de nuevo.

Cinnamon arqueó una ceja, pero no se movió. Maldición, ella no sabía quién era Maliki. Capté de reojo a Lily. Probablemente, era un plan estúpido, pero ella y Charles no tenían los mismos objetivos, y ella necesitaba que ellos supieran quién era Maliki. Hasta donde yo sabía, ella era la única que sabía, además de mí, y dudaba de que ella quisiera que Mace se lo sacara a golpes.

—Lily —susurré porque eso era todo lo que podía hacer—. Ayúdame.

Ella me miró despectivamente.

—Ellos no saben quién es Mal... —“Es Maliki”, articulé.

Me aferré a los dedos que rodeaban mi garganta. Mis manos cayeron cuando mis ojos comenzaron a cerrarse. Charles estaba matándome.

Justo antes de perder la conciencia, la fuerza tranquilizadora más maravillosa me invadió. La calidez pacífica era hermosa. No sentía temor ni frío. Estaba libre de dolor, de los cuatrillizos y de mi vida alocada.

La paz solo duró unos cuantos segundos. La felicidad de lo que imaginaba que sería el Cielo se terminó, y quedó reemplazada por el frío del sótano cuando Lily me arrancó de los brazos de Charles.

Me apoyé sobre la pared de cemento en la mitad pintada del sótano e intenté recuperar el aliento. Charles y Lily estaban peleando, gritándose en idioma demonio. Encontré a Sage con la mirada.

—Sáqueme de aquí.

Empujó a Mace para alejarse, lo que causó que su hermano tambaleara hacia la parte pintada y

rompiera el escudo al hacerlo. Los símbolos en las paredes brillaron y me dejaron ciega por un segundo.

Cuando recuperé la visión, sentí unas manos sobre mí, que me jalaban para levantarme. Al mismo tiempo, Charles arrojó a Lily hacia el escudo. Ella lo atravesó volando y chocó con Mace cuando él estaba poniéndose de pie.

Me dolía el hombro a medida que Sage me hacía subir las escaleras. Los gritos de Lily y de Charles nos siguieron por la cabaña. Miré hacia atrás cuando el ruido se detuvo. Mace subió corriendo las escaleras hasta el segundo piso. Cinnamon lo seguía de cerca. Hice una mueca por el dolor cuando me arrancó de los brazos de Sage. Me arrojó al dormitorio al final del pasillo. El cerrojo se trabó antes de que pudiera levantarme.

—Lo curará ahora —exigió Sage—. Un toque para que se recupere. Es todo.

Hubo un gruñido y luego un golpe seco antes de que comenzara una guerra sin cuartel. Claramente, Mace no había terminado de enseñarle una lección a su hermano.

—Suficiente —decidió Cinnamon antes de echarlos.

Hice una mueca de dolor mientras luchaba por incorporarme, sujetándome a la cama individual como apoyo. El hombro me latía. Exhausta, me dejé caer sobre la cama. Todo se me estaba viniendo encima. No tenía idea de cuánto tiempo había pasado desde que me había levantado esa mañana. ¿Esa mañana? Hice una mueca de burla. Todavía faltaban tres días para “esa mañana”.



ABRÍ LOS OJOS DE GOLPE CUANDO LOS OÍ LLEGAR. LA HABITACIÓN ESTABA OSCURA. SOLO HABÍA planeado descansar un minuto, pero debí haberme quedado dormida.

La voz de Sage rugió más fuerte que la de los demás.

—Lo cura ahora, o iré a contarle a nuestro padre en persona.

—Eres tan debilucho... —susurró Cinnamon—. No te preocupes, dejaremos que lo cure primero.

—Tal vez esté demasiado débil —advirtió Mace.

—Ha descansado lo suficiente. Lo intentará —afirmó Cinnamon, y dio por terminada la discusión.

Fue la primera en entrar. Entrecerré los ojos cuando encendió la luz. Mace pasó junto a ella y se dirigió hacia mí. Colocó la mano por encima de mí.

—Quédate —ordenó y me atrapó con su voluntad.

—Es suficiente. —Cinnamon desbarató su voluntad—. Puedes jugar con ella más tarde. Primero curará a Sorrel.

Cinnamon se movió para pararse frente a Mace. Los ojos de Sage se cerraron sobre mí, como si, de alguna manera, todo fuera mi culpa.

El aire estaba más pesado con ellos en la habitación. El poder que revoloteaba alrededor de ellos era palpable. Podía presentir la energía de color púrpura que había visto rodearlos con anterioridad.

El mayordomo y el sirviente de Cinnamon entraron cargando a Sorrel. Ella me jaló del brazo y, bruscamente, colocó mi mano sobre la cabeza de Sorrel. La retiré cuando la pulsera me dio una descarga, que se extendió a mi hombro dolorido.

—Despiértalo, ahora —ordenó Cinnamon.

—Mace debe quitarme las pulseras antes de que pueda tocarlo.

Ella bajó la mirada hasta la banda de metal que rodeaba mis muñecas. Levantó una de las cejas y fijó la mirada en Mace.

—Esposas del Infierno —señaló—. ¿De verdad?

Él se encogió de hombros.

—Son mías. Puedo hacer lo que quiero.

—Quítalas —exigió ella.

Suspirando, Mace tomó la pulsera de mi mano derecha. Oí un clic, y la energía que rodeaba la mano desapareció. La quitó y dejó que mi mano cayera sobre la cama. Estiré el brazo y pasé la mano por la cabeza de Sorrel. Una leve descarga pasó desde mí hasta él cuando mis dedos hicieron contacto con su piel.

Pasó un minuto. Sage me miró furioso; la vena debajo del ojo le latía. Deseé que Sorrel se moviera. Pasó otro minuto. Un gruñido bajo salió de la garganta de Sage.

—Funcionará —le aseguré—. Dele un minuto.

Mace me tomó de la muñeca y volvió a colocarme la pulsera. Me rozó la piel del dorso de la mano, lo que me provocó una ola de dolor en el brazo. Lo miré con el ceño fruncido, pero él desvió la mirada.

—¿Por qué no está funcionando? —refunfuñó Sage. Se le acababa la paciencia.

—¿Estás rehusándote a ayudar, Claire? —inquirió Cinnamon.

—No —respondí. No me gustaba la posición vulnerable en la que estaba, acostada en la cama, rodeada por ellos.

Sage se pasó las manos por el pelo.

—Haz que lo cure.

—¡Ya lo curé! —le grité desafiante a Sage.

Mace me rozó la mano otra vez.

—¿Qué? —espeté, pero su mirada estaba sobre Sorrel. Lo miré furiosa por un momento, deseando que me mirara. Tenía el rostro hacia otro lado, pero podía ver que la comisura de su boca estaba levemente levantada. Quería que lo mirara a él, no a Sage. ¿Estaba celoso? Increíble.

—Está despertando —señaló Cinnamon y, de inmediato, algo de la tensión desapareció.

Los ojos de Sorrel estaban abiertos, pero todavía estaba aturdido y confundido. Frunció el ceño cuando nuestras miradas se cruzaron. Sage corrió al lado de Sorrel y lo ayudó a incorporarse.

—Ya pasará, hermano —indicó Sage mientras acompañaba a Sorrel fuera de la habitación. Después de que los gemelos y los sirvientes se habían ido, Mace regresó a su actitud habitual.

—¿La arrojamos de nuevo a los demonios? —Cinnamon suspiró, como si ya estuviera cansada de ese juego—. Nos dirá lo que sabe después de que ellos le aflojen la lengua.

Lo miré furiosa.

—Usted es el que sabe algo. ¿Por qué no dejamos que ellos le suelten la lengua a usted?

Un destello de furia cruzó por su mirada, pero su conducta no cambió. Me silenció rápidamente con su voluntad. Cinnamon endureció la mirada. Ella había advertido la mirada de él.

—¿Qué quiere decir, hermano?

—Intenta engañarnos.

Sacudí la cabeza. Cinnamon desbarató su voluntad.

—Déjala hablar.

Mace me asustaba, pero no había que ignorarla a ella. Podría tomar el control fácilmente si tuviera un motivo, y hablar sobre la conexión entre la tía y Mace podría desviar su atención de mí. *Y mantenerlo a él alejado de mí.*

—Pregúntele sobre su tía —sugerí—. Pregúntele por qué estuvo aquí. Por qué la mandó a llamar...

Mace volvió a silenciarme, pero era demasiado tarde. Cinnamon pasó de normal a aterradora en medio segundo. Yo estaba segura de que ella quería a su tía, pero no tenía idea de cómo reaccionaría.

—¡La tía Mab! —gritó, y unas pequeñas chispas salieron de sus dedos—. ¡Llamaste a la tía Mab!

¡Mab! ¿La Reina Pagana Mab? *Oh, demonios*. ¡Niña mía! *Oh, demonios*. ¿Me había reclamado para ella en el sótano? No podía convertirme en pagana. ¿*Verdad?* Recordaba el pelo oscuro. No podía creer que no lo había adivinado. La humanidad se equivocaba en muchas cosas sobre los tres importantes pero, al parecer, Mab sí aparecía ante los hombres con el pelo oscuro. Mi atención regresó a la habitación cuando oí gritar a Mace.

Como si tratara de matar a una mosca, Cinnamon lo capturó con su voluntad y lo arrojó al otro lado de la habitación. Él voló como una muñeca de trapo, y ella ni se despeinó.

Ignorando el dolor punzante en el hombro, rodé por la cama para salir de en medio. Estaba del lado incorrecto para abandonar el dormitorio, y no había manera de pasarlos. Me apoyé contra la pared, con la esperanza de evitar un ataque.

Mace atacó a Cinnamon con su voluntad, con suficiente fuerza como para hacer temblar las paredes. Ella contrarrestó y desvió el intento sin ningún esfuerzo. Se hizo evidente por qué él necesitaba de la cooperación de ella: una Cinnamon poco cooperativa sería imposible de controlar.

Ella desvió otro ataque de Mace antes de suspenderlo en el aire con su voluntad por la garganta. Lo arrojó contra la pared, y se rompió el revoque. Él intentó decir algo, pero ella estaba demasiado enojada como para escuchar. Lo arrojó al otro extremo de la habitación, y casi lo hizo atravesar la pared. Mace tambaleó al ponerse de pie y se aferró al borde de la cómoda para apoyarse. Levantó las manos frente a él para interponer su voluntad entre ellos. Con un ademán, ella desbarató su protección. Él iba a perder. Su mirada encontró la mía.

—Ella te domina —articulé.

Los ojos violeta de él se iluminaron con un fuego frío justo antes de apoyar una rodilla en el piso. Incliné la cabeza hacia Cinnamon.

—Puedo explicarlo —señaló.

Ella levantó la mano para atacar. Con expresión furiosa, cerró el puño.

—Sabes que no confío en ella, así que habla rápido antes que te mate por haberla involucrado.

—Ella me contactó —afirmó él—. Lo juro por tu madre.

El comportamiento de Cinnamon cambió. Sus hombros se relajaron. Bajó la mano hacia un costado y lo liberó.

—¿Qué? —exclamé mirando a uno y a otro.

Ella continuaba furiosa, pero algo estaba diferente. Mace se puso de pie y me miró enfurecido. Cinnamon se acomodó el vestido. Estaba tranquila y compuesta otra vez, como si no acabara de trapear el piso con él. En su tono de voz normal, preguntó:

—¿Por qué te contactó?

Él se pasó la mano por el pelo y tiró de las mangas de su chaqueta. No parecía tan impávido como Cinnamon, pero presentaba su habitual semblante sereno y endurecido. Respondió en un tono bajo y serio:

—¿Por qué crees? —Cinnamon arqueó una de sus cejas perfectas—. Ella sabe todo lo que sucede en el Purgatorio. ¿Crees que tu presencia allí pasó inadvertida?

Ella oprimió los labios en línea recta.

—Entonces, ¿por qué no me contactó a mí?

—No tengo idea.

Mentía. La tía (Mab) podría haberlo contactado primero, pero él estaba ayudándola voluntariamente. Unas líneas se dibujaron en el ceño de Cinnamon.

—Yo era la que estaba en el Purgatorio.

Él respondió con un leve asentimiento.

—Cierto, pero quizás quería asegurarse de que no estabas allí solo para enfurecer a papá.

—Como si yo fuera a quedarme en el Purgatorio por voluntad propia —espetó Cinnamon.

Yo no comprendía por qué ella odiaba el Purgatorio. Era mitad pagana. Claro que yo tampoco quería regresar y tan solo había estado allí unas horas. Me apoyé más contra la pared cuando Mace caminó hacia mí.

—Mab me encontró en bastante mal estado. —Se encogió de hombros—. Yo creía que era el mayordomo, como si Collins fuera mi amo. Ella me salvó —explicó y volvió a mirar a Cinnamon—. Antes de que pudiéramos salvarte a ti —continuó y levantó las cejas hacia mí—, Claire te encontró.

Abrí la boca para hablar, pero no había nada que decir. Todo lo relativo a por qué había encontrado a Cinnamon pertenecía al futuro. Mi garganta se cerró ante el mero pensamiento.

—Claire sabe algo que nosotros no. Ella sabe quién nos hizo esto y nos lo dirá, o la mataré —señaló Mace, aunque yo dudaba de que lo hiciera rápido. Primero querría jugar.

—Pregúntele a los demonios... Lily, pregúntele a Lily. Por favor —supliqué.

Mace se acercó y me arrinconó contra la pared. Levanté las manos para empujarlo, pero las bajé cuando la descarga por tocarlo aumentó.

Cinnamon avanzó y colocó la mano sobre el hombro de él. Jaló. Mace se resistió al principio y continuó sujetándome con la mirada. Ella volvió a jalar. Él bajó el hombro, se liberó de ella y caminó hacia la puerta. Ella me apartó el pelo del rostro. Pasó la mano por mi brazo y se detuvo justo antes de la pulsera de metal.

—Tienes una sola oportunidad para decirme la verdad, Claire —planteó—. ¿Quién es Maliki?

Hablaba muy en serio. Yo no podía ocultar la verdad, y ella se había cansado de perder el tiempo. Me arrojaría a los demonios si mentía o permitiría que Mace terminara conmigo. No le importaba.

Yo no podía darle la respuesta que quería darle. Mi garganta se oprimió. La doble estaba fuera de los límites. Tendría que delatar a Junior. No era como si eso fuera a salvarme de Mace. Me salvaría a mí misma de otra manera. Pestañeando para evitar las lágrimas, respondí:

—Junior.

Era tal el silencio que se podía oír la caída de un alfiler. Antes de que ella pudiera hacer algún comentario, Mace se ubicó detrás de ella, con una mano en su brazo. Murmuró unas palabras en idioma antiguo. A través de mi conexión con ella, una fuerte descarga de poder me invadió, al igual que había sucedido cuando Charles me había tocado en el Purgatorio.

Por un momento, confié en Mace completamente.

Cinnamon apartó la mano de mi brazo a medida que un aroma muy dulce flotaba en el aire. Momentos después, el hechizo retrocedió, se apartó de mí. Ya no confiaba en él más de lo normal. El aroma dulce desapareció.

Lamentablemente, Cinnamon seguía atrapada en el hechizo. Podía verlo en sus ojos. Estiré el brazo para tocarle la mano, pero me encogí del dolor cuando las pulseras me dieron una descarga. Bajé las manos. No podía ayudarla. Mace me miró con ojos entrecerrados. Había presenciado mi

intento de liberarla del hechizo.

—Cinnamon —la llamó para atraer su atención. Justo como Charles había hecho en el jardín.

—¿Qué? —preguntó ella, pero su tono había perdido la crispación.

—Debes convencer a los gemelos de que debemos atacar ahora, antes de que Junior se dé cuenta de que sus esfuerzos por tenernos atrapados fallaron.

La expresión de Cinnamon era pensativa, como si estuviera considerando el pedido. El dominio de él no era tan fuerte. Ella habría seguido a Charles sin dudarlo.

En el jardín, yo me había enamorado de Charles pero, en esa oportunidad, había sido confianza en Mace. Los hechizos eran diferentes, pero extrañamente similares. Por desgracia, la confianza sería suficiente para hacer que Cinnamon accediera. Ella quería venganza.

—Podemos terminar esto ahora, antes de que la situación se convierta en un problema —continuó Mace.

—¿Qué hay sobre Claire? —consultó ella.

Fijé la mirada en Mace.

—¿Quieres conservarla como mascota? —propuso él, con una ceja arqueada hacia mí.

—No soy mascota de nadie —afirmé.

Cinnamon sonrió. Después de un largo momento, suspiró.

—No valdría la molestia.

—Déjenme ir. No me necesitan. No me importa lo que le hagan a Junior —mentí.

Ignorándome, ella se volvió hacia Mace:

—Hablaré con los gemelos.

Él cerró la puerta con llave cuando ella se fue.

—No deberías haberle contado a Cinnamon sobre Mab. —Seguía mirando hacia la puerta—. Solo me divertiría un poco, aun después de que arruinaste mis planes.

—Sí, claro.

En una fracción de segundo, estaba pegado a mi rostro, me tenía arrinconada contra la pared y entrelazaba los dedos en mi pelo.

—Ahora te quitaré todo. Tu protección, tu amor, tu libertad. Todo.

Reprimí un grito cuando presionó mi hombro. Mientras cantaba en idioma antiguo, su mano se calentó. Gimoteé por el calor que se concentraba en la herida de mi hombro. Grité a medida que el tejido blando sanaba y se recomponía.

Me limpió una lágrima. Me resistí cuando tiró de mí para besarme. Me agarró del pelo más fuerte y gruñó:

—Eres mía ahora. Acostúmbrate.

## CAPÍTULO 13

**E**staba sentada en el piso cuando Mace regresó dos horas más tarde. Había estado recorriendo la habitación entera, pero no había salido. Las ventanas estaban demasiado alto y eran muy pequeñas para que pudiera alcanzarlas, y la puerta estaba con llave y un escudo protector.

Enderecé la espalda. No quería que él continuara donde había dejado. Su beso ardiente permanecía en mis labios, y los paganos no eran selectivos a la hora de dormir con alguien. El sexo no era algo valioso para ellos. No necesitaban amor ni sentimientos. No era nada especial. No quería que se propasara conmigo. Que él no involucrara ataduras emocionales no significaba que yo sintiera lo mismo.

Jamás había mostrado interés en mí... aunque no había pasado mucho tiempo con él. Sorrel, por otro lado, se me había insinuado desde el primer momento. Había dejado claro desde un principio que planeaba llevarme a la cama. Nunca había sucedido, pero eso podía deberse a que lo asustaba la amenaza sobre la ira de su padre. Mace no tenía esos miedos.

Se sentó en el piso, junto a mí. Aún llevaba los pantalones del traje, pero ya no tenía la chaqueta puesta. Llevaba el cuello de la camisa desabrochado y las mangas arremangadas. Colocó una pequeña bandeja de plata en el piso junto a él. No podía ver lo que contenía, pero capté el aroma de algo dulce.

Él se llevó mi brazo a su regazo y recorrió con el dedo la línea de la pulsera en mi muñeca.

—¿Cómo te sientes, Claire?

Aparté la mano.

—¿Cómo diablos cree que me siento? Quiero irme.

Sus labios se curvaron en esa molesta sonrisa atractiva que tenía. Volvió a colocar mi brazo sobre él y, esa vez, lo sostuvo.

—¿Quieres algo de comer?

Como si me hubiese dado pie para sentir hambre, mi estómago rugió. Pensé en el aroma dulce. Tenía hambre, pero mi estómago se agitó ante la idea de comer algo que me diera él. Oprimí los labios. Él me tocó la mano, lo que me dio una pequeña descarga. Hice una mueca de dolor y luego refunfuñé:

—No, gracias.

Su sonrisa vaciló un poco. Cuando me acarició la mejilla, me estremecí.

—Supe que había algo especial en ti desde el momento en que te vi por primera vez.

—Sí, creo que quiere decir: “Maldito”.

Regresó la mano a mi muñeca. Odiaba el modo en que me tocaba. Quería que se fuera y que me dejara sola.

—Fue la marca —explicó—. Mi padre no marca a cualquiera, pero te marcó a ti.

Fruñí el ceño. La marca era un recordatorio muy doloroso del poder del Jefe. Jamás me había puesto a pensar en a quién más habría marcado.

—¿Sabes lo que dice?

—¿“Propiedad de”? —sugerí.

—No —respondió con desdén y me torció la muñeca para dejar la marca al descubierto. Envió una ola de energía por mi brazo. Como había ocurrido en el almacén, la marca se iluminó. Él la recorrió con un dedo y me provocó escalofríos en la espalda—. Los primeros dos símbolos de aquí —señaló los más cercanos a mi muñeca— significan: “Protegida por”. Los otros dos —señaló los otros— son los símbolos de mi padre.

“Protegida por”. La Guardiania había dicho lo mismo. No le había creído entonces y no me lo creía ahora. El Jefe ya había probado varias veces cuán dispuesto estaba a dejarme desprotegida, pero ¿por qué mentiría Mace?

—Protegida por o propiedad de... No veo la diferencia —argumenté—. Y, si soy tan condenadamente especial y estoy tan condenadamente protegida, ¿por qué estoy aquí con usted?

Examiné la marca. No me había causado más que dolor; protegida por el Rey Demonio, ¡qué risa! Recuerdo el primer día que vi la marca, cinco años atrás. El día en que todo había cambiado.

Ese día sería igual a aquel. Se me llenaron los ojos de lágrimas. Mace no me dejaría ir. El Jefe no me salvaría una vez que Junior muriera. Estaba perdida.

—“Especial” es otra palabra para “maldita”. —Pestañee para evitar que las lágrimas se derramaran. No permitiría que Mace me viera llorar.

—No tienes idea de lo equivocada que estás. —Su tono era diferente. Distante, frustrado, hostil. Tenía serios problemas paternos. Y, de algún modo, yo estaba en el medio de su juego retorcido—. Cuando vi tu marca, investigué un poco. ¿Quieres saber lo que descubrí?

—No, pero quiere contármelo, así que adelante.

No sé qué esperaba él que dijera, pero me puse tensa cuando volvió a colocar mi brazo sobre su falda y pasó el dedo por mi muñeca.

—Tu madre, Melinda, hizo un pacto con mi padre. —Desvié la mirada. No quería oír su versión de aquellos sucesos. Me tomó el rostro con la mano y me obligó a mirarlo—. Años después, murió al darte a luz.

—Conozco la historia. —El Jefe me la había contado cuando me había dicho que le pertenecía.

Mace sonrió y apretó mi barbilla.

—Crees que conoces la historia, pero no es así. —Apretó más—. Ahora, cállate y presta atención mientras termino.

Me resistí cuando me atrajo hacia él. Ignorando mis patéticos intentos por evitarlo, me dio un beso rápido y casto en los labios. Los paganos eran tan condenadamente complicados... Lo odiaba y estaba segura de que el sentimiento era mutuo, pero él no tenía problemas en darme un beso ligero.

—Debido a un tecnicismo —continuó—, se le permitió a ella ir al Cielo en lugar de al Infierno.

Yo no conocía todos los detalles, pero él no estaba diciéndome nada que no supiera ya. Me quedé en silencio para evitar otro beso.

—¿Sabías que él tuvo la oportunidad de eliminar ese tecnicismo hace unos años? —Mace hizo una pausa, como si esperara una respuesta.

—¿Cómo iba a saberlo? —pregunté rápido, antes de que él decidiera alentar mi participación.

Él se encogió de hombros y tomó un mechón de mi pelo.

—Según mi experiencia, sabes muchas cosas que no deberías.

Tenía razón. Era la asistente del diablo; evidentemente, sabría algunas cosas, pero por qué pensaba que yo sabría el funcionamiento interno de las políticas del Cielo y del Infierno estaba fuera de mi comprensión.

Mace frunció el ceño.

—Mi padre no hizo el trato. ¿Sabes por qué?

—Ni idea.

Acomodó detrás de la oreja el mechón de pelo con el que había estado jugando.

—Porque, si lo hubiera hecho, la norma se hubiera revertido por completo.

Esperé a que se explicara pero, cuando no lo hizo, pregunté:

—¿Y por qué es importante?

Frotó mi muñeca cerca del borde de la pulsera.

—No cambió la ley para que tu madre pudiera quedarse en el Cielo con su familia.

—¿Por qué al Jefe le importaría algo un alma cualquiera?

Mace me apretó más. El dedo que me frotaba la piel cerca de la pulsera pasó del otro lado y me dio una pequeña descarga.

—¿Por qué crees?

Intenté apartar el brazo. Él apretó más. Se me ocurrió algo inquietante.

—¿Debido a mí? —*Por favor, no diga que es debido a mí.*

El rostro de Mace parecía de acero.

—No, no es debido a ti.

—Entonces, ¿por qué? —inquirí, y tiré para liberar mi brazo de su agarre.

—Fue debido a su amor por tu madre.

Me quedé con la boca abierta. ¿Amor? Sacudí la cabeza. ¿Él la amaba? ¿El Diablo amaba a mi madre? *No, no, no.* El pánico me invadió de golpe.

—¿Está diciendo que él es mi...?

Mace frunció el ceño.

—Nunca dije que *ella* lo amaba. No eres una de nosotros.

—Gracias a Dios, no soy una de ustedes, locos psicópatas —grité.

Él me odiaba... por algo que yo no podía controlar. Me odiaba porque su padre amaba a mi madre. Maldición.

—Te protege debido a sus sentimientos por ella.

—Se equivoca. Él no me protege.

El odio de Mace le nublabla la percepción de cómo eran realmente las cosas. Jamás había visto al Jefe mostrar la más mínima compasión por alguien, mucho menos por mí. No podía creer que amara a mi madre ni que ella fuera la razón por la que él haría algo. Pero estaba claro que Mace sí lo creía, y ese era el problema.

—*Ella* es su debilidad —agregó. Me acarició el rostro, con la mirada fija en mí—. Tú te beneficiaste con eso. Ya no más.

Reí.

—Beneficiarme, claro. ¿En qué mundo vive?

Levantó las cejas cuando negué su afirmación.

—Te dije que te quitaría todo, Claire. Eso incluye la protección de mi padre. —Mace sonrió mientras acariciaba mi mejilla—. Para hacerlo, deberás unirme a mí.

—¿Qué? ¿Está loco? Ya le pertenezco a él. Propiedad de o protegida por... Usted no puede

cambiar el hecho.

Mace rio por lo bajo y sacudió la cabeza como si yo fuera una simplona que no entendía nada. Me aparté cuando intentó besarme. Él me sujetó del pelo para mantenerme inmóvil.

—Ahí es donde te equivocas. Te marcó porque no le perteneces.

—¿Qu...?

Mace me jaló y unió nuestros labios. Introdujo su lengua de manera posesiva en mi boca para obtener lo que quería. Su beso fue largo, profundo y demandante. No quería que me besara. Ni él ni así, pero el bastardo sabía cómo besar. Busqué recuperar el aliento cuando él me soltó.

—Miente —le recriminé entre respiraciones entrecortadas—. Le pertenezco al Jefe.

Mace sonrió y arqueó una de sus cejas perfectas.

—¿Te gustó el beso?

Sin poder decir palabra, lo miré boquiabierto. Su sonrisa engreída me enfurecía.

—No, no me gustó el beso, maldito bastardo.

—Mientes.

El calor me subió a las mejillas. Sacudí la cabeza.

—No lo quiero.

Él se encogió de hombros.

—Lo que quieres es irrelevante.

—Lo sé. Ha sido irrelevante durante los últimos cinco años... porque le pertenezco a él.

Nada de lo que yo quería importaba. Había pasado de una pésima familia de acogida a otra, hasta que cumplí dieciséis: la mayoría de edad en el Infierno. Gracias a mi madre, el Jefe me reclamó para él, y eso fue todo. Lo que yo quería jamás volvería a importar. Mace no podía cambiar eso.

Él sonrió.

—No sabes nada. Él no puede llevarse un alma inocente, Claire. Debes entregarte voluntariamente a él. —Volvió a acariciarme el rostro—. Estoy seguro de que eso es algo que jamás harías.

Imposible. Le pertenecía al Jefe. Tenía que ser así. De otro modo, ¿por qué me habría llevado?

“¿Y si Mace tiene razón?”, susurró la voz.

—¿De verdad no le pertenezco? —pregunté, tratando de confirmar.

La sonrisa de Mace no cedió. No era verdad. ¿Por qué no me lo habría dicho Omar? Éramos amigos, o algo así. Volví a apoyarme contra la pared. ¿Nada era real?

“A menos que él no pudiera decírtelo”.

Recordé cómo había actuado Omar en la oficina. Se había detenido en medio de lo que estaba diciendo, como si hubiera cosas sobre mí que no podían decirse.

Regresé al presente cuando la bandeja plateada me rozó la mano y envió una leve descarga al brazo. La bandeja contenía cinco cuadraditos de torta, que se veían pecaminosamente ricos. Era una selección variada de pastel rosa, púrpura, verde, amarillo y azul. El aroma dulce invadía mis fosas nasales.

Mace me tomó el rostro y clavó su mirada en mis ojos.

—Te entregarás a mí. —Me sujetó con más fuerza, lo que me detuvo antes de poder apartarme—. Si te rehúas —continuó y me dio un beso breve—, me acostaré contigo y luego te arrojaré al sótano con los demonios. No creo que Lily te salve esta vez.

Estaba segura de que Lily no volvería a ayudarme. Aparté la cabeza de un tirón.

—No le creo. Le pertenezco a su padre.

Mace me sujetó la barbilla para volver a acercar mi rostro a él.

—¿Cuántas personas crees que llevan su marca?

—¿Cientos?

—Solo conozco una.

—Miente. —No podía ser la única a la que había marcado.

Mace volvió a besarme. Otro beso largo y demandante. Me aparté.

—Me odia por algo sobre lo que no tengo control.

—Odio a mi padre por eso. Te odio a ti porque le contaste a Cinnamon sobre la tía Mab. Ahora será más difícil controlarla, y la tía Mab no estará contenta cuando se entere. —Jugó con un mechón de mi pelo alrededor del dedo.

—Por favor, no me toque... no así. No quiero eso.

Él rio.

—Lo disfrutarías.

—No es cierto.

—Nunca tuve quejas —espetó, ofendido.

—Por favor. Eso no. —*Cualquier cosa, menos eso.*

—Tienes dos opciones, Claire —planteó él acariciándome el pelo—. Te recomiendo que te entregues a mí... de manera voluntaria.

No había dos opciones; nunca había dos opciones. Me hacía lo que quería y me arrojaba a los demonios; o me entregaba voluntariamente a él, quedaba unida a él para siempre, y luego me hacía lo que quería. Ninguna “opción” era deseable y, viendo que no había opción de irme y regresar con el Jefe, solo quedaba una para elegir.

Respiré profundo.

—Acepto entregarme a usted.

—Quiero sellarlo con un beso.

—No.

Él sonrió y me acomodó el pelo detrás de la oreja.

—Muy pronto no podrás decir que no.

—¿Qué?! —No podía funcionar así, ¿verdad?—. Lo prometió.

—Jamás prometí no besarte, Claire. Lo disfruto bastante. Ahora, comencemos con esto. —Levantó el cuadrado rosa de la bandeja—. Una vez que comas esto, me pertenecerás... para siempre. —Observé la torta con suspicacia—. Un beso sería más divertido, Claire, pero la torta sella el vínculo. Al aceptar lo que ofrezco, te unirás a mí para siempre. Me pertenecerás, como nunca perteneciste a mi padre.

El aroma del cuadrado rosa era empalagoso.

—¿Qué es?

Él sostuvo la torta cerca de mis labios.

—Torta pagana.

—¿Del Purgatorio? —inquirí con voz áspera y con la boca seca.

Su amplia sonrisa era perturbadora. Dudé por un momento, y tragué con fuerza antes de abrir la boca. Él colocó el cuadrado húmedo en mi lengua. Era densa, como un bizcocho, y el glaseado sabía un poco a almendras y regaliz. No era una buena combinación.

A medida que la torta bajaba por mi garganta, una sensación cálida se extendía por todo mi cuerpo. No me gustaba la falta de claridad que la torta creaba en mi cabeza.

La ola inicial de calidez se transformó de inmediato en una ola de frío. La piel se me erizó. Sentía un hormigueo en la cabeza. La vista se me nublaba y se aclaraba. Mis pensamientos comenzaban a superponerse. No podía pensar con claridad.

Mace sostuvo otro trozo de torta. Tenía un olor repugnantemente dulce cerca de mi nariz. No la quería. Sacudí la cabeza y le aparté la mano; ni siquiera hice una mueca ante la descarga. Él me sujetó de la barbilla y tiró hasta abrirme la boca.

—Solo la primera debe ser voluntaria —señaló.

Con cada pieza de torta era lo mismo: primero, una ola de calor y luego, frío. Cuando terminé de comer el último trozo, él colocó la bandeja vacía a un costado. Deslizó la mano por mi nuca y me acercó a él. Examiné sus labios, fascinada por lo que podían hacer. Creí que me besaría, pero no lo hizo. Por alguna razón, eso me decepcionó.

—¿Qué no estás diciéndome? —preguntó.

No comprendí lo que había querido decir. Estaba demasiado ocupada pensando en (y deseando) su casi beso. La torta me hacía sentir confundida, desorientada y atolondrada. Reí.

—¿Qué? —consulté, con la mirada fija en el mohín de sus hermosos labios.

—¡¿Qué no estás diciéndome?! —gritó.

Toqué sus labios suaves.

—Auch. —Solté unas risitas. ¿Qué quería saber? No podía recordarlo.

Volvió a preguntarme y, esa vez, mantuvo mi atención en sus ojos con su voluntad. Estaba obligada a decirle la verdad. Mi garganta se cerró de inmediato.

¿Estaba drogada? ¿O ese deseo que sentía era producto de mi entrega a él? No importaba. La magia de Mab era más fuerte. Volví a reír. Él jamás conseguiría lo que quería. Aún no podía hablar sobre el futuro.

Le toqué el rostro. La pulsera me dio una descarga; no me importó. El dolor era leve. Podía ignorarlo, pero no podía ignorarlo a él. Lo quería. Enredé las manos en su pelo y lo jalé para besarlo. Si él no me daba un beso, yo lo tomaría. Un beso largo, apasionado e intenso. Era mío. Sus labios eran muy suaves, y su aliento era cálido y tentador. Lo quería... por completo. Lo empujé al piso, rodé sobre él y me coloqué a horcajadas.

“¡No!”. Oí un grito apagado en mi cabeza. Lo ignoré.

Una nueva ola de calor me invadió. Me sujetó el pelo con la mano y me echó la cabeza hacia atrás.

—¿Qué no estás diciéndome?

Me incliné hacia adelante. Mi cuerpo respondía a su toque.

—Lo quiero dentro de mí. Ahora. Luego quiero acurrucarme en sus brazos y dormir. —Solo quería que me abrazara.

“¡Basta! No es así”.

¿Era la voz? Resoplé. Intentaba recordarme. Estaba enamorada de Jack. Le sonreí a Mace. No podía evitarlo.

—Es hermoso. Hágame el amor.

Toqué su rostro... esos labios hermosos.

“Pelea”, exigió la voz.

—No quiero pelear.

La voz estaba enojada conmigo. Reí. La voz... ¿Quién se creía que era? Esa era mi vida. Mi apesosa vida.

—Quiero irme a casa ahora.

—Estás en casa —indicó Mace

—¿Él puede leer mi mente?

—No, estás hablando en voz alta.

—Claro que sí. —Me daba vueltas la cabeza. No podía concentrarme. No podía dejar de

pensar en Mace. No podía dejar de querer que me tocara. Eso no era lo que quería pero, al mismo tiempo, era lo que quería.

—Dime, Claire. ¿Qué ocultas?

—Lo amo —afirmé con la convicción de un amor de secundaria.

Curvó los labios hacia abajo.

—Cuéntame tus secretos, y dejaré que me tengas.

—Amo a Jack.. y él.. —*me ama a mí*. Se me cerró la garganta antes de que pudiera completarlo en voz alta. Odiaba el hechizo de Mab.

Los labios de Mace se curvaron en un gruñido. Me dio vuelta. Ahora él estaba encima.

—Sí, tómeme. Soy suya.

—Demonios. Demasiada torta —murmuró.

¿Estaba enojado conmigo porque yo amaba a otra persona?

—También lo amo.

Mace me besó, pero fue un beso demasiado corto. Apoyó la frente sobre la mía. Examiné sus labios. Los quería sobre mí.

—Dime, cariño —pidió con ese hermoso tono de voz.

—Lo amo..

—Dime lo que quiero saber. —Deslizó las manos por mi remera y sujetó mis pechos—. Te daré todo lo que quieres si lo haces. —Estaba de nuevo sobre mi rostro, pero sus labios estaban demasiado lejos.

Me mojé los labios y deseé que se acercara más. Gruñí cuando no lo hizo. El hormigueo ardiente en la muñeca comenzaba a dolerme. No me importó.

—Dime —exigió Mace.

Le sonreí, incapaz de retener algo en la cabeza.

—Lo amo. —Me apartó y se puso de pie en un movimiento fluido—. No, quédese conmigo —le susurré cuando la calidez de su cuerpo me abandonó.

Murmuró un insulto antes de dar un portazo al irse.

## CAPÍTULO 14

**L**a habitación estaba iluminada por el sol cuando me desperté. Estaba en la cama, enredada entre las sábanas. La habitación había sido reparada, y alguien me había arropado.

Me estremecí al pensar en cómo me había arrojado a los brazos de Mace; pensando en la noche anterior, quise gritar. Moví la cabeza y casi vomité. La náusea no era mi amiga. Casi me caí al intentar desenredarme de las sábanas. Corrí al baño y llegué justo antes de vomitar.

Después de devolver los restos del algodón de azúcar (lo que quedaba de la torta pagana), me dejé caer al piso. Repasé la conversación con Mace. *Yo* lo había besado a *él*. Le había rogado que se quedara conmigo. Cielos, que me hiciera el amor.

Quería ir a casa, acurrucarme en el sofá con *Jack* (no con Mace) y pedirle que me abrazara. Me volvería loca si no tenía algo normal pronto, algo que no tuviera nada que ver con mi realidad alocada.

Se me revolvió el estómago. Me incliné sobre el inodoro y volví a vomitar. Llorar no ayudaría. Debía salir de allí. Al diablo Mace y mi entrega a él. Podía irme, ir con el Jefe; él lo arreglaría todo. También podría matarme, pero eso sería mejor que echar de menos a Mace.

Me puse de pie y me enjuagué la boca. Después de beber varios sorbos de agua, me eché un poco en el rostro. Miré la ducha y luego mi ropa. Había llevado la misma remera y pantalones por lo que habían parecido días. Necesitaba quitarme la ropa, y lavarme el recuerdo de las manos y labios de Mace.

Me saqué todo y abrí la ducha. Estuvo caliente y lleno de vapor en segundos. En el interior, el agua me cubrió y calmó mis nervios y mis músculos doloridos. Me lavé, pero todo lo que me froté no alcanzaba para hacerme sentir limpia. La piel me hormigueaba como si sus manos continuaran sobre mí. Su caricia, su beso, su aroma... estaban por todo mi cuerpo. Apoyé la cabeza sobre los azulejos, cerré los ojos y pensé en casa... en Jack. ¿Y si nunca volvía a verlo? Comencé a llorar. *¿Qué pensaría él si jamás regresara a casa?*

Me quedé en la ducha hasta que el agua se enfrió. Cuando me paré frente al espejo, no reconocí a la chica que me miraba. El color de su piel era de un pálido enfermizo, y el pelo rojo no tenía brillo ni vida. Tenía moretones por todas partes y cicatrices. Giré un poco para ver mi espalda y me quedé boquiabierta ante mi reflejo demacrado ¡y la marca de Mace!

“Ella sigue siendo tú”, susurró la voz.

“Lo sé”.

No necesitaba que me lo recordaran todo. Respirando profundo, me limpié los ojos. No podía acostarme y aceptar ese infierno. Debía luchar.

Me incliné hacia el espejo para ver la marca con mayor claridad. Era un tatuaje rojo; una

enredadera con puntas, que encerraba el emblema de una serpiente. Estaba en el centro de la espalda, entre los omóplatos. Lo detestaba y detestaba lo que representaba.

El ruido de la puerta al cerrarse atrajo mi atención de vuelta al dormitorio. Me puse la bata que colgaba de la puerta. Cuando regresé a la habitación, seguía vacía, pero habían dejado una bandeja con comida sobre la cama. Los sabrosos aromas de un desayuno caliente me recordaron lo hambrienta que estaba. El hotdog salvador del día anterior era apenas un recuerdo. Y la horrible torta pagana tampoco estaba ya.

Con voracidad, devoré la comida antes de considerar lo que estaba comiendo. Por los pocos restos, descifré que mi desayuno tenía panceta, huevos, tostadas y jugo de naranja. Ya no importaba (considerando que no quedaba casi nada), pero la comida sabía normal. Ningún rastro de regaliz ni de almendras. Esperaba que significase que aquel día no sería una cachorrita loca de amor por Mace.

Después del desayuno, encontré ropa en una cómoda. Las opciones eran limitadas, pero me alegraba tener algo limpio para vestir. Me puse los pantalones capri y una remera sin mangas. Luego, me sequé el pelo con un secador.

Me puse los zapatos y me dirigí a la puerta; recordé que estaba con llave y que tenía un escudo protector cuando intenté girar el picaporte inmóvil. De todas maneras, necesitaba saber qué estaba sucediendo. No podría salir físicamente hasta que me lo permitieran, pero cualquier cosa que pudiera averiguar sobre ellos me ayudaría a escapar.

Me recosté en la cama y cerré los ojos para sacar mi presencia de mi cuerpo. Ahora que estaba descansada, fue sencillo. El escudo protector en la puerta tenía un brillo amarillo pero, a diferencia de la prisión en el sótano, que tenía escudos en todas las paredes, el piso y el cielorraso, aquel solo cubría la puerta. Pestañeeé para llegar al pasillo y me dirigí hacia la habitación principal en el primer piso.

Las puertas de los demás dormitorios estaban abiertas, por lo que pude ver qué hacían los hermanos: Cinnamon estaba sentada frente a un tocadiscos, acicalándose frente al espejo. Había recogido su pelo en un rodete desprolijo, similar al estilo que había adoptado en el jardín. Sage planchaba una corbata verde brillante. Reí. La corbata me recordaba al dashiki. Supuse que había olvidado empacarlo. Sorrel dormía.

Me detuve y giré sobre los talones para espiar a través de las puertas abiertas. Sorrel había estado inconsciente y ahora solo dormía. Sage planchaba una corbata verde, que no era uno de sus colores habituales y, a excepción del jardín, jamás había visto a Cinnamon con otro peinado que no fuera el pelo lacio.

¿Por qué el hechizo de Mace parecía afectarlos del mismo modo que el de Junior?

Unas voces que provenían de la sala de estar llamaron mi atención. Cuando me acerqué, oí a Mace y a la tía Mab hablar en pagano.

—Estoy de acuerdo: son muy malas noticias lo de Cinnamon, pero no es del todo tu culpa. No debería haberme presentado ante la chica tan pronto. Pero ¿el hechizo funciona? —consultó Mab.

Era el hechizo de Mab?

—Sí, pero pensé que habías dicho que los haría más cooperativos.

—Las habilidades de Claire tenían un efecto colateral involuntario. No podía usar el mismo hechizo —explicó Mab.

¿El mismo hechizo? ¿Existía un solo libro? ¿Cómo sabría ella qué hechizo había utilizado Junior?

—¿Sus habilidades? —El tono de Mace era entrecortado; eso me decía que estaba molesto.

—Nada sobre lo que debas preocuparte, cariño, y no es necesario preocuparse por los otros.

—Deben estar dispuestos a cooperar. Dijiste que era imprescindible.

—Sí, pero eso era antes.

—¿Antes?

—Sí, antes de que Claire se involucrara. Ella lo cambia todo.

*¿Yo? ¿Cómo cambio todo yo?*

—Todo —se burló Mace—. ¿Cómo?

—No te preocupes, querido sobrino. No es nada por lo que debas preocuparte.

—Pero ella me pertenece a mí ahora —afirmó, casi gimoteando.

Odiaba cómo sonaba aquello y deseé que no fuera verdad. Como queriendo reprimir una risa, Mab se llevó la mano a la boca.

—No me apegaría mucho, mi niño.

No me gustaba cómo sonaba eso.

Mace estaba decepcionado, pero no la desafió.

—Pregúntale por qué —sugerí y de inmediato quise darme una patada. Por un momento, me pareció que la comisura de la boca de Mab se curvaba hacia arriba. *Ah, sí, me oyó.*

Mace dudó. La sugerencia en mi tono de voz era claramente suficiente para animarlo, aunque no podía presentirme como Mab lo hacía.

—Mi padre no puede reclamarla —planteó Mace—; entonces, ¿por qué no puede ser mía?

*¿No puede reclamarme? ¿Por qué el Jefe no podía reclamarme?*

Mab sacudió la mano en el aire, como si estuviese espantando su pregunta.

—Hay algo más en tu cabeza, sobrino. ¿Qué es?

*No, no, no. Regresa a la pregunta anterior.*

Antes de que pudiera sugerírselo a Mace, él suspiró y continuó:

—Me contactó un aliado inesperado —comenzó a explicar con cuidado—. Pero el momento es demasiado fortuito para mi gusto.

Ella levantó las cejas.

—¿Un traidor? ¿En la organización de tu padre?

—Así parece —confirmó Mace—. Él afirma saber cosas del futuro.

—Eso es bastante sospechoso. —Hizo una pausa—. Pero no debemos descartar su utilidad.

—¿Qué quieres decir?

—Déjame que yo me preocupe por eso. Tú tienes otros asuntos que atender. ¿Ya contactaste a la herrera, como te sugerí?

Él se frotó la nuca.

—Lo hice, pero ella se rehúsa a hacer negocios conmigo.

—¿Cuál es su preocupación?

—El castigo, quizás. No estoy seguro. —Levantó un hombro—. Si tú...

—Eso no es posible, pero estoy segura de que podemos encontrar algo que ella quiera.

Mab miró en mi dirección. Me oculté detrás de la pared. Presentí su sonrisa ante mi intento de ocultarme. Dándome cuenta de que era ridículo, regresé a la habitación. Estaba claro que ella no tenía intención de decirle a Mace que estaba allí.

—¿Qué hay sobre la chica? —consultó ella—. ¿Está bien?

—Vivirá.

Mab entrecerró los ojos.

—Asegúrate de que sea así. En especial ahora que tenemos un traidor.

Él frunció el ceño, pero no dijo nada. Ufff, jamás obtendría información si era él quien hacía las preguntas.

—Debes ver a la herrera —propuso Mab—. Lleva a la chica, y ella hará negocios contigo.

Él necesitaba otro empujón:

—¿Por qué? Pregúntale por qué.

—¿Por qué? —dejó escapar, y luego cerró la boca de inmediato. Paseó la mirada por el espacio junto a mi presencia. Estaba mejorando en presentirme—. No confío en Claire. Ella no está siendo del todo honesta conmigo. Mis métodos de persuasión no han sido tan efectivos como me hubiera gustado.

Revoleé los ojos.

—Se refiere a que amenazarme y drogarme no funcionó.

Mab curvó los labios.

—Leí su mente, sobrino. No sabe más de lo que está diciéndote.

—Mentira —señalé.

Esa vez, Mab tuvo que toser para ocultar la risa, pero recuperó la compostura cuando habló Mace:

—Mentira. Estoy de acuerdo. No está diciéndome todo —contraargumentó Mace; luego se dio cuenta de a quién le hablaba—. Disculpa el exabrupto, tía. Es solo que... Pude ver que estaba ocultando algo.

Mab sonrió. Caminó hacia adelante y le tomó las manos.

—No te preocupes. Sigue con el plan. Todos jugarán su papel.

Él asintió. Increíble. Él le tomaría la palabra.

“Es la Reina Pagana”, me recordó la voz.

“Como sea”.

—Debo irme ahora. Tengo asuntos que atender. Lleva a la chica a ver a la herrera. Ella hará negocios contigo, pero no permitas que mate a la chica. —Mab me guiñó un ojo antes de desaparecer.



ESTABA MÁS QUE HARTA DE ESTAR EN LA HABITACIÓN CUANDO MACE POR FIN ABRIÓ LA PUERTA. Había pedido un auto una hora atrás, y había llegado. Vestía vaqueros y una remera negra. No era su estilo habitual. Él, por supuesto, lo lucía, pero se debía a que era perfecto. Estaba segura de que su cuerpo había sido la inspiración de innumerables estatuas de mármol a lo largo del tiempo. Al menos ese día no tenía la urgencia de arrojarme a sus brazos. Eso era una ventaja.

Me miró lascivamente con ojos posesivos. Un cálido hormigueo recorrió mi cuerpo mientras él acariciaba mi brazo con los dedos. Giré la cabeza. Él me sujetó el rostro para volver a mirarlo. Me besó para mantenerme en esa postura. Finalmente, desistí de intentar resistirme y abrí la boca para que él entrara. La culpa me nublaba la mente cada vez que él me tocaba. Reprimí las lágrimas. No lloraría. No por eso. Él terminó y apoyó la frente sobre la mía.

—Me perteneces —afirmó—. No importa lo que ella diga.

No quería pertenecerle a él ni al Jefe ni a Mab. Quería pertenecerle a Jack. El humor de Mace se ensombreció.

—Es tiempo de tu próximo castigo.

Mis ojos se abrieron aún más.

—¿Cuál fue el primero?

“La protección del Jefe”, me recordó la voz.

“Cierto”.

Ni siquiera podía pensar en eso sin agregar comillas mentales. Protección. En efecto.

—Debes librarte de tus tontas nociones humanas. Te quité la protección. Ahora te quitaré tu amor.

—¿Qué demonios se supone que significa eso? —Jack, no; no podía referirse a Jack—. No lo lastime. Por favor.

Mace sonrió ante el terror en mis ojos. Me acarició el rostro y me dio un beso rápido en los labios.

—Debemos apresurarnos. Hay mucho por hacer. —Tomó mi mano y me llevó con él.

El automóvil estaba esperando fuera de la cabaña. El conductor mantuvo la puerta abierta mientras Mace me arrojaba al asiento trasero. Me tomó de la barbilla y fijó la mirada en mí.

—Me perteneces. —No desvié la mirada. Esa no era mi mayor preocupación en ese momento. Lo que me asustaba era qué le haría a Jack—. Tenemos un recado que hacer, pero primero tengo algo que mostrarte.

*¿Mostrarme? ¿Se refería a la herrera, o ella era el recado?*

Unas líneas profundas se formaron en su frente cuando unió las cejas.

—Ya lo sabes —me acusó.

—Yo no...

—No me mientas, Claire. Puedo ver la verdad en tus ojos. Sabes adónde vamos... ¿Cómo? — Se acercó más, y quedamos nariz con nariz.

—Yo... yo los oí a usted y a Mab conversar.

Las venas del cuello se le marcaron.

—Cinnamon tenía razón. Estuviste en la habitación más temprano, cuando se suponía que estabas en el sótano. ¿Qué habilidad es esa?

—Es complicado, y no sé cómo funciona. —Me miró furioso—. Es algún tipo de proyección astral... supongo. No lo sé. Puedo ir a lugares, fuera de mi cuerpo. Mab puede presentirme; ella sabe que estuve allí.

—¿Por qué no lo evitó? —preguntó en pagano.

—¿Cómo diablos voy a saberlo? —respondí sin pensar. *Maldición.*

—Veo que mi padre te dio todos los beneficios corporativos. Lo siento, pero no podrás conservarlos. —Me giró la cabeza hacia la derecha. Apenas pude descifrar lo que decía, mientras susurraba algo en mi oído izquierdo. No había comprendido las palabras, pero creía que estaban en pagano. Después de mirarme a los ojos, rotó mi cabeza a la izquierda. Esa vez, oí perfectamente la traducción de “¿Puedes oírme ahora?” que susurró en mi oído derecho en pagano.

Entrecerró los ojos al mirarme. Vi el leve brillo en la profundidad violeta de sus ojos cuando se dio cuenta de que había comprendido.

—El oído derecho, entonces. —Mientras me sostenía la cabeza, cantó algunas palabras en idioma antiguo.

Intenté apartarme, pero su agarre me mantuvo inmóvil. Di un salto cuando él me golpeó la oreja derecha con la mano ahuecada. Una onda expansiva resonó en mi canal auditivo y creó un sonido agudo que me quemaba a medida que rebotaba en el tímpano. Grité y maldije a todo volumen. Clavé las uñas en los brazos de Mace. No fue hasta que el ruido en mi cabeza desapareció que el dolor agudo de las descargas eléctricas producidas por las pulseras me obligó a bajar las manos. Mace me empujó.

—No tendrás nada de mi padre —murmuró.

—Váyase al diablo. —Me apoyé en la puerta, paralizada por la conmoción derivada del dolor punzante en mi oído. No podía oír nada del lado derecho. El traductor había sido eliminado. Cerré

los ojos y salí de mi cuerpo. Mace me observaba. Estiró la mano y pasó los dedos por mi brazo. Mi cuerpo se tensó.

—Es hora —anunció.

¿Hora? Abrí los ojos y regresé a mi cuerpo.

—¿Hora de qué?

—Es hora de quitarte a tu amor.

—Por favor, no lastime a Jack. No se lo merece. No sabe nada sobre este mundo.

Mace rio tanto que su cuerpo se sacudió.

—Tal vez no lo quieras para cuando yo termine. —Fruncí el ceño—. Debes sufrir la pérdida. De lo contrario, no sería una lección muy buena. Aunque, una vez que se conozcan los hechos, quizás me agradezcas por haberte salvado.

—No haga esto. Ya me tiene. Déjelo en paz. Por favor. Se lo ruego.

—Me sorprende, de hecho, que te guste tanto; pensándolo bien, la mayoría de los sirvientes de mi padre hace bien su trabajo.

—¿Qué? —Jack era la única cosa normal en mi vida. Él no trabajaba para el Jefe—. Miente.

—¿De verdad crees que mi padre te permitiría elegir a tu novio? —inquirió con frialdad—. ¿Un tipo al azar a quien no pudiera controlar? —Me sujetó de la muñeca y encendió sin dolor la marca del Jefe—. Protegida por, ¿recuerdas?

Tiré del brazo.

—El Jefe no haría eso. —Incluso al decirlo, dudé de mis palabras—. Miente —señalé débilmente.

Su sonrisa se amplió.

—En serio no lo sabes —expresó con sorpresa fingida—. Ni siquiera sospechaste.

Oprimí los labios y me rehusé a jugar su retorcido juego. Jamás le creería. Sabía lo que Jack y yo teníamos. No era falso. El Jefe no...

—Ha estado guiando tu vida desde que naciste. ¿Crees que fue casualidad que jamás hayas sido adoptada, que siempre hayas permanecido en hogares de acogida? Él no podía arriesgarse a que consiguieras una familia que te amara.

Mace intentaba dar vuelta las cosas. Quería que pensara que todo lo que me había sucedido era culpa del diablo. Mace mentía. Ese infierno había comenzado cinco años atrás, y Jack no era parte de eso.

—Veo que no estás convencida, pero pronto lo estarás —afirmó Mace. El conductor dijo algo que ya no pude comprender—. Bien, casi llegamos.

Miré a mi alrededor, pero solo estábamos en una calle cualquiera, en el Inframundo.

Mace mentía. Debía estar mintiendo. Jack era real, no un demonio del Infierno contratado por el Jefe para ser mi novio. Observé el paisaje cambiante. Recorriamos una parte de la ciudad en la que jamás había estado. Mace se inclinó hacia adelante y le dijo algo al conductor. Unos minutos más tarde, este estacionó frente a un pub. El Brasero. Entró y sacó un demonio a la fuerza.

Di un grito ahogado. Me quedé boquiabierta.

—No —expresé. Giré la cabeza. Los ojos me ardían por las lágrimas. No quería ver la prueba de Mace.

Él me sujetó la cabeza con ambas manos y me obligó a mirar a Jack.

—Dije que te quitaría todo —señaló—. ¿Cómo voy hasta ahora?

Una sensación de hormigueo comenzó a recorrerme el pecho. Se me dificultó la respiración, y se me hizo un nudo fuerte en el estómago. Unos picos ardientes de dolor me atravesaron la parte derecha de la cabeza a medida que mi oído derecho se esforzaba por funcionar.

—Ese no es él. Es un truco.

Mace soltó una carcajada.

—Créeme, es él.

La pulsera en mi brazo derecho me dio un cosquilleo, pero no estaba tocando a nadie. Miré hacia abajo. Unos pequeños hilos de energía blanca chispeaban desde el metal.

—¿Qué demonios...? —Mace me soltó y miró mi muñeca—. Detente.

Sentí una fuerte presión en los ojos. Los hilos de corriente chisporrotearon alrededor de la pulsera como llamas ardientes.

—Detente —ordenó Mace—. Apágalo. —Me tomó la mano, pero la soltó enseguida.

Yo no había sentido la descarga esa vez, pero parecía que él sí. Entrecerrando los ojos, levanté la mano para utilizarla como arma.

Él levantó las suyas como para bloquearme pero, al mismo tiempo, temía tocarme. Me abalancé sobre él. Le golpeé el pecho con la mano. Él cerró la boca con fuerza; se negaba a gritar. Las pulseras le hacían lo que me habían estado haciendo a mí, y debía doler.

—¿Cómo se siente, maldito bastardo? —grité mientras mantenía la mano sobre su pecho. Advertí un destello de algo verde cuando lo miré a los ojos. Miré más de cerca y me di cuenta de que era un reflejo del brillo de mis propios ojos. Mi mano se deslizó a medida que el poder se agotaba. El brillo verde en mis ojos titiló y luego se apagó. Mi cuerpo se enfrió. Temblé y me sacudí mientras Mace me apartaba de él.

—Maldita perra —espetó frotándose el pecho—. Ahora es hombre muerto.

—No —le rogué entre dientes castañeteantes—. Lo siento. —No era cierto, pero no quería que lastimara a Jack—. No volveré a hacerlo. —No tenía idea de cómo lo había hecho, así que no sería una promesa difícil de cumplir.

Me di vuelta para mirar por la ventana. Estaba entumecida; temblaba como un drogadicto que necesitaba una dosis. Jack era... todo. Parecía ser mi Jack pero, con mi nueva habilidad, podía presentir que era un demonio. Cerré los ojos y salí de mi cuerpo.

Estaba en la acera. Parada junto a él. Quería acurrucarme en sus brazos y decirme a mí misma que todo estaría bien. Jack y el conductor estaban discutiendo. No podía comprender nada de lo que decían. Miré hacia atrás. Los vidrios del auto eran polarizados; él no podía verme.

—Te amo —expresé.

Jack giró hacia mí. El conductor le golpeó el hombro para llamar su atención. Discutieron durante un minuto más antes de que Jack fuera arrojado al interior del pub.

Abrí los ojos y me limpié algunas lágrimas. Aún me sentía temblorosa y agotada, pero ya no estaba tan fría. Mace estaba furioso, pero no envió al conductor al bar a buscar a Jack otra vez. Me hundí en el asiento mientras el auto se apartaba del cordón.

—Quiero un gracias —pidió Mace al romper el silencio.

—Gracias —expresé sin dudar.

Él rio.

—Oh, no, cariño. Se necesitará más que eso a cambio de su vida.

—¿Qué?

—Quiero que tú tengas sexo conmigo.

Tragué con fuerza para pasar el nudo en la garganta. ¿*Alli*? Observé al conductor.

—No puedo...

—Cálmate, Claire, aquí no. Quiero más lugar para moverme cuando por fin lo hagas. —Quise vomitar—. Por ahora, me conformaré con un beso, y asegúrate de ser sincera. Puedo darme cuenta.

Dudé. No querría que Jack besara a otra chica. Supuse que le buscaba la quinta pata al gato. Ya lo había besado una vez y lo habría hecho más si me hubiera dejado. Pero eso había sido mientras estaba drogada.

*Sí, supongo que eso no importa.*

—¿El conductor debe darse vuelta, Claire?

—No. —Respiré profundo, me mojé los labios secos y me deslicé hacia Mace.

Él se quedó quieto.

Cierto, se suponía que debía besarlo. Canalizando a la Claire drogada, loca de amor y sin nada que perder de la noche anterior, entrelacé las manos en su pelo y atraje sus labios a los míos. Introduje la lengua en su boca y tiré de su pelo con más fuerza de la necesaria.

Él gruñó y se movió para sujetarme. Lo empujé y regresé a mi lado del asiento. El fuego ardía en sus ojos al sentirse timado.

—Dijo que quería que fuera sincera. Bueno, eso es todo lo que su beso significó para mí.

—Lo harás mejor cuando estemos solos —gruñó— o perseguiré al demonio inútil al que crees amar y te obligaré a ver mientras le arranco el corazón, y créeme cuando digo que soy sincero.

Desvié la mirada. Podía ver la convicción en sus ojos. Por fortuna, Mace tomó su móvil y me ignoró el resto del camino. Apoyé la cabeza en la ventanilla, intentando ignorar el dolor punzante en el oído derecho.

El auto se detuvo frente a un edificio grande de ladrillos. Miré alrededor, pero no había mucho que ver. La tienda al otro lado vendía Harleys, y la que estaba junto al almacén vendía equipos de surf y de esquí. Un demonio salía de la tienda de Harleys. Cambió el cartel a “Cerrado” y cerró la puerta con llave. Aún era temprano, pero la pelea era esa noche. Todas las tiendas de la Ciudad Inferior estarían cerradas en pocas horas.

Mace me sacó del auto y me mantuvo sujeta del codo. Me guio hacia la entrada de la herrería. Un druida muy alto y muy ancho, de entre dos metros diez y dos metros cuarenta, golpeaba un trozo de metal. Después de unos golpes más de martillo, hundió el metal en un tanque de aceite. Sacó otra espada de la forja. Parecía para niños en su mano enorme. Era evidente que no tenía intención de ayudarnos.

La habitación estrecha estaba hecha de piedra. Unos ganchos grandes colgaban de las vigas de madera que corrían por el cielorraso. Mesas y bancos sólidos bordeaban las paredes. Dos yunques grandes bordeaban la enorme forja, que ocupaba más de dos metros cuadrados en el piso. Unas pilas de madera estaban amontonadas a lo largo de la pared trasera, y todo tenía olor a metal quemado. Había armas de todo tipo colgadas de las paredes. Materia prima y piezas a medio terminar estaban desparramadas por la habitación. Al menos era un desorden organizado.

—Dije que no —se oyó decir a una mujer desde la oficina a nuestra derecha.

Mace nos giró para mirarla. Ella no era para nada lo que yo había esperado. Era más pequeña que yo por, al menos, quince centímetros. Su estructura esbelta y pequeña parecía delicada... casi frágil. Tenía pelo largo y plateado, con mechones negros, dorados, rojos y marrones. No eran teñidos, sino naturales. Sorprendentemente, no era lo más extraño de su apariencia. Tenía ojos de diferente color, que no sería obvio si uno fuera marrón y el otro castaño claro, pero uno era rojo y el otro era azul brillante. Bajé la mirada cuando ella fijó sus ojos en mí.

—¿Estás segura de que no podemos llegar a algún tipo de acuerdo? —preguntó Mace. Ambos hablaban en mi idioma, pero no estaba segura de si era para mi beneficio. Ella no era demonio ni pagana ni druida. No sabía qué era, pero estaba claro que no tenían un idioma en común.

Ella observaba a Mace, pero pude advertir que no se veía impresionada. Su nariz hacia arriba reflejaba que tampoco le tenía miedo. Él no le importaba y no tenía interés en hacer negocios con

él.

Una gota de algo cayó sobre mi hombro. Miré. Sangre. Todo el lado derecho de mi cabeza estaba dormido, y no me había dado cuenta de que me sangraba la oreja. Me estremecí cuando ella limpió la gota de sangre y se llevó el dedo a la nariz para olerla. Luego, se lo lamió como si tuviera glaseado. Sus ojos se abrieron aún más y caminó a mi alrededor.

—¿Qué es ella? —preguntó la mujer—. ¿Un regalo?

Me acerqué más a Mace. Él rio. Lo ignoré. No quería que esa amante de la sangre, fuera lo que fuese, me clavara las garras.

—Es humana y no está a la venta.

—Humana... apenas —se burló.

—Lleva la marca del Rey Demonio —señaló Mace, como si eso lo explicara.

Él no tenía idea (tampoco yo), pero la herrera parecía saber algo.

—¿Por qué la trajiste aquí si no puedo quedármela?

—Ella me pertenece. Estoy aquí para ver si reconsideraste mi oferta.

—Interesante —opinó, contemplándome—. Tienes una nueva oferta, pero no es la chica. —Sonrió con suficiencia y dirigió su mirada fría hacia él—. Te daré lo que quieras por dos litros de su sangre.

—No —rechacé al recuperar el habla. El cuerpo humano tenía unos cinco litros y medio de sangre. Dos litros (unas cuatro veces la cantidad que se solía extraer en una donación) sería demasiado.

Mace me tocó el rostro, pasando el dedo por el costado de mi ojo derecho. Me observó.

—Interesante —expresó, como si hubiera visto algo inesperado. Volvió a mirar a la herrera y luego a mí—. De verdad, interesante —murmuró.

—¿Tenemos un trato?

—No —volví a decir; esa vez, con mayor firmeza.

Mace se apoderó de mí con su voluntad.

—Sí.

—Debe ser dada de manera voluntaria —planteó la herrera.

Sacudí la cabeza. Claro que no.

—Qué lástima. —Mace se acercó—. Esto por la vida de Jack.

Le sostuve la mirada por un momento. Me ofrecía la oportunidad de cambiar nuestro trato. Supuse que, si la pérdida excesiva de sangre no me mataba, al menos no tendría que dormir voluntariamente con Mace. No estaba segura de que fuera una situación de beneficio mutuo, pero era un mejor trato. Asentí una vez.

La herrera aplaudió.

—Genial. Sígueme.

Me detuve en seco cuando me guio hasta lo que parecía un sillón de dentista espantoso, sacado de un manicomio de 1920. El sillón tenía más correas que relleno. Mace me empujó hacia adelante. A regañadientes, me acomodé en el sillón e intenté no enloquecer cuando ella me sujetó con las correas.

Mace estaba parado lo suficientemente cerca como para tocarlo, pero estaba ocupado enviando mensajes en el móvil y no me prestaba atención. Podía oír a la mujer a un costado, pero no podía ver qué hacía hasta que llevó una mesilla rodante, como de hospital, y la colocó encima de mi cuerpo. Observé las agujas mientras ella colgaba las bolsas recolectoras de la silla.

Examinó mis dos brazos antes de decidir que utilizaría el izquierdo. Después de atar una cánula de goma alrededor de mi bíceps, golpeteó la cara interna del codo y eligió una aguja. Me

sonrió mientras la deslizaba en la vena más grande de mi brazo. Me levantó el párpado izquierdo y me mantuvo el ojo abierto. Abrí ambos cuando la vi levantar la segunda aguja. Estaba a segundos de hacer contacto cuando Mace la tomó de la muñeca.

—No. Dijiste que querías sangre, y no quiero que quede ciega. Elige otro lugar.

Una lágrima rodó por mi mejilla cuando me soltó.

—Oh, bien —aceptó y me guiñó un ojo—. Es tan protector...

De verdad esperaba que lo que había dicho fuera sarcástico porque no quería que ninguna loca de remate tuviera mi sangre. Su manera de tratar pacientes apestaba. Las cuatro agujas me dolían mientras me iban succionando la vida. Nunca me había gustado donar sangre pero, después de esa experiencia, estaba segura de que jamás volvería a donar de manera voluntaria.

Mace parecía despreocupado por la cantidad de sangre que abandonada mi cuerpo. En un momento, se retiró para atender una llamada y me dejó sola con la loca. La herrera se inclinó y me contempló. Me observó como si yo fuera una curiosidad científica.

—Él no tiene idea de lo que eres —me susurró, y una sonrisa malvada se dibujó en su rostro—. Pero yo sí.

—Dímelo —le rogué.

—Lo siento. —Sonrió—. Está prohibido.

*¿Prohibido?*

Un leve destello verde titiló en sus ojos. Un color que no había visto jamás, hasta ese mismo día, cuando mi propio brillo verde se había reflejado en los ojos de Mace.

—Tus ojos —señalé, pero mi tono de voz era débil.

—Una reliquia del tiempo —indicó, enigmática e imprecisa—. ¿Lo has visto antes?

Comencé a contarle lo ocurrido en el auto, pero no pude concentrarme lo suficiente para ordenar las palabras. Sin poder mantener los ojos abiertos, la oscuridad llegó rápido.

## CAPÍTULO 15

Cuando abrí los ojos, estaba acostada en una banca de madera, en medio de un inmenso jardín. Llevaba un vestido de noche blanco, que se sentía muy suave sobre mi piel. Estaba tranquila y relajada y en paz. El sol brillaba sobre mí, pero no hacía calor. El aire que me rozaba el rostro era templado, agradablemente fresco. Me senté en la banca. Había flores por todas partes. Eran hermosas con sus vibrantes rojos, amarillos y azules, que salpicaban el paisaje perfecto, pero no podía olerlas. ¿Era real? Algo me rozó.

Los latidos de mi corazón se oían más fuerte, y el pánico invadió mi cuerpo. Casi de inmediato, un silencio apacible me envolvió. Era como cuando había estado en el sótano de la cabaña. Cuando había pensado que estaba muriendo. Me puse de pie y giré lentamente. ¿Estaba muerta? No me sentía muerta.

—¿Dónde estoy? —pregunté a la nada.

Una vez más, la extraña esencia pasó junto a mí; era algo placentero, reconfortante y cálido. Giré, intentando determinar qué podía ser aquella presencia, pero no vi nada. Por tercera vez, pasó a mi lado; esa vez me tocó el hombro, y la serenidad que había sentido antes se multiplicó diez veces. Mi alma era ligera y libre, sin ninguna preocupación en el mundo. Di un paso hacia atrás. No quería que la otra presencia me tocara.

Ese lugar me asustaba y quería sentir miedo. Quería que mi corazón latiera más rápido y que me sudaran las manos. No quería que esa sensación de tranquilidad ocultara la verdad.

—Por favor, deténgase —le pedí a la nada.

Pero la presencia continuó yendo hacia mí. Retrocedí. Mis rodillas chocaron con la banca y me caí.

—No tengas miedo, Claire —dijo una voz armoniosa mientras el hombre más atractivo que jamás había visto aparecía frente a mí.

Su pelo castaño dorado y sus ojos dorados que brillaban como el fuego eran sorprendentes. Su cuerpo, esbelto y musculoso, era unos treinta centímetros más alto que yo. La línea marcada de su mandíbula y la barbilla esculpida le daban un aspecto rudo que hacían que su atractiva masculinidad se convirtiera en muy apetecible. Pero le faltaba emoción.

Sus movimientos eran muy precisos; su actitud, muy prudente, pero ni fría ni indiferente. Simplemente, no se sentía real. Era como si pudiera advertir que él me ocultaba su verdadero ser, aunque no podía presentir un velo.

—No te haré daño —afirmó extendiendo la mano.

Dudé.

—¿Qué es?

—No puedo hacerte daño. Lo prometo.

Aunque no había respondido mi pregunta, algo en su tono de voz me hizo querer confiar en él. Tomé su mano y, una vez más, me invadió la pacífica calidez que había sentido antes. Permaneció conmigo cuando me soltó.

—¿Dónde estoy?

—En un lugar seguro.

—¿Cómo llegué aquí? ¿Dónde está Mace?

Frunció el ceño, y sus rasgos se entristecieron.

—Sigues con él.

Giré de golpe. ¿Cómo podía seguir con Mace? *Oh, no.*

—¿Es un sueño? —No quería estar atrapada en la versión de Mace de mis pesadillas. Otra vez no.

El hombre estiró la mano y me tranquilizó. Su toque envió una nueva ola de paz sobre mí.

—No. Esto no es un sueño.

Me solté. A regañadientes, él me dejó alejarme.

—¿Estoy muriendo... estoy muerta?

—No —respondió él, pero desvió la mirada, como si yo pudiera captar alguna otra verdad en su alma.

Una ráfaga de terror me abrumó.

—¿Quién es usted?

Intentó tocarme otra vez. Retrocedí. Él no era seguro. ¿Por qué creía que lo era? Él era excesivamente inocuo, y eso comenzaba a ponerme nerviosa. No... Comenzaba a asustarme.

—No me toque.

—Te ayudará.

—No me importa. No lo haga.

Debía haber descifrado algo en mi expresión porque, antes de que yo pudiera correr, me tomó del brazo, y una pequeña descarga me atravesó. Su influencia tranquilizadora desapareció. Ya no me sentía segura. Desesperada, giré para intentar mirarlo.

—Detente —pidió y me sostuvo en mi lugar—. Debes dejarme entrar otra vez. —Su tono era estresado.

No podía verlo, pero las flores frente a mí estaban muertas. Los pétalos y tallos estaban marchitos y se cocinaban al sol. Me estremecí cuando el calor abandonó mi cuerpo. Al mirar hacia abajo, di un grito ahogado ante la mano que me sostenía. La piel estaba curtida y agrietada, como si la mano estuviera descomponiéndose... muy, muy lentamente.

—¿Qué es? ¿Por qué estoy aquí?

—Déjame entrar otra vez —rogó—. No tienes que verme de esta manera.

—¿De qué manera? ¿Como realmente es?

—Nadie me ve como soy. Soy un reflejo de su pasado.

—¿Qué significa eso?

—No tengo permitido explicarlo. Sin embargo, puedes ver mi versión atractiva si lo quieres.

—¿Por qué? ¿Qué me hace tan afortunada? —Las palabras se me atragantaron.

—Me has visto antes.

Mi ritmo cardíaco se aceleró.

—¿Cuándo?

No respondió.

—Debes dejarme entrar antes que me veas como estoy ahora.

Tenía miedo y tenía frío. El lugar era árido; todo estaba muerto o estaba muriendo. Tal como

imaginaba que él lo estaba haciendo. No quería ver esa versión de él, pero no sabía cómo dejarlo entrar.

—¿Por qué le importa cómo lo vea? ¿Por qué yo debería ser diferente?

—Dame permiso para estar cerca de ti. Para tocar tu piel —pidió, sin responder mi pregunta—. Revertirá el efecto que tu poder tuvo en mi hechizo.

—¿Cuál hechizo?

—El que te permite verme como era la primera vez que nos vimos. Por favor, es lo mejor que puedo ofrecerte.

Miré la mano que me sostenía el brazo. Estaba muriendo. No quería verlo de ese modo.

—No sé cómo dejarlo entrar.

—Solo piensa en eso. Siempre y cuando seas sincera, me verás como lo hiciste antes.

Cerré los ojos y pensé en cómo era antes. Una sensación, que era casi la misma que cuando los otros hechizos se revertían, me envolvió como si estuviera lanzando un hechizo sobre mí misma. De inmediato, la sensación tranquilizadora de su toque regresó.

Estaba de vuelta en el hermoso jardín, pero el frío no se fue. Él era un hombre atractivo otra vez. Capté un vistazo de su mano cuando intentaba ocultarla. La parte que había visto antes seguía vieja y resquebrajada.

—Gracias —expresó él.

—¿Por qué?

—Eres única. —Hizo una pausa—. Preferiría que siempre me vieras en esta forma.

Me froté los brazos mientras el frío me recorría.

—¿Por qué tengo frío?

—No tengas miedo. Regresarás pronto. Aún no llegó tu hora.

¿Mi hora de qué? Antes de que pudiera preguntar, la fatiga provocó que mis piernas cedieran. Él me sujetó cuando caí y me sostuvo en un cálido abrazo.

—Eres tan hermosa... —murmuró mientras me quedaba dormida.



CON UN GRITO AHOGADO, ABRÍ LOS OJOS. NO PODÍA MOVERME, PERO NO ERA PORQUE ALGO ME sostenía. Estaba débil y solo podía mover la cabeza. Una intravenosa estaba colocada en mi brazo derecho. La bolsa contenía un líquido verde transparente. La medicina me recorría, como si, de alguna manera, estuviera manteniéndome viva. Tenía una venda en el brazo izquierdo, donde la herrera me había extraído sangre. Un moretón corría a lo largo de la vena, y sentí la cinta que sujetaba la gasa en los otros tres lugares.

Una ola de adrenalina me recorrió cuando otra ola de medicina goteó por la intravenosa. Mi oído derecho, que no estaba vendado, parecía relleno con algodón. Me llegaban algunos sonidos, con una punzada de dolor cuando movía la mandíbula.

Mi atención se agudizó cuando reconocí las voces. La puerta de la habitación estaba abierta, pero me sentía demasiado débil para intentar escapar. Cerré los ojos y traté de salir de mi cuerpo. En el segundo intento, llevé mi presencia hasta la sala. Dolió, pero lo logré.

Encontré a los cuatrillizos en el salón principal. Discutían en mi idioma. Nunca se me había ocurrido que lo prefirieran antes que el pagano o el demonio. Claro que, si supieran que estaba escuchando, no dudarían en cambiar. Me quedé atrás, con la esperanza de que Cinnamon no me presintiera.

—Se puede hacer —insistió Mace.

—¿Vale la pena la ira de nuestro padre? —preguntó ella.

Sage y Sorrel se miraron entre sí. Sage ladeó la cabeza hacia Cinnamon, y Sorrel asintió. Sin duda estaban apoyando a su hermana.

—Suficiente —decidió Mace—. Tenemos el arma. Tenemos la oportunidad. Tengo garantías de que el plan tendrá éxito. Tendremos nuestra venganza.

—¿Garantías de quién? —inquirió Cinnamon.

—De alguien que vio el cadáver de Junior.

—¿Un vidente?

Mace sonrió, pero no mencionó la fuente. Los otros permanecieron en silencio por un momento; luego, habló Sorrel:

—Nosotros no comenzamos esto. Si estás seguro de que nuestro padre no se vengará, participaré.

Sage pareció sorprendido por el cambio de actitud de su hermano. Contempló a Mace. Tenía la mirada fija en Sorrel. Su mano estaba flexionada hacia el gemelo. ¿Estaba manipulándolo?

Estaba a punto de decirle algo a Sage, con la esperanza de que me oyera como había sucedido antes, cuando Mace habló.

—Él no tiene derecho a interferir —argumentó Mace—. No estamos haciendo nada que Junior no haya hecho cientos de veces. Es nuestro derecho obtener justicia.

Cinnamon observó a los otros. Quería venganza tanto como Mace, pero era más cautelosa. No quería enfadar a su padre.

Mace le tocó el brazo.

—Es nuestro derecho obtener justicia —repitió pero, esa vez, se aseguró de que Cinnamon lo escuchara.

Ella se echó hacia atrás. Seguía insistiendo con su sugerencia de manera implacable. Tal vez ella comenzaba a resistir su control. Movi6 el brazo y se frotó la cabeza como si le doliera. Al notar las miradas de los demás, se echó el pelo hacia atrás como si estuviera acicalándose. Mace concentró su atención en Sage. ¿Su control estaba declinando?

—Nos desquitaremos —anunció ella y frustró mis esperanzas de que se negara a ayudar—. Morirá en la lucha.

La sonrisa engreída de Mace me molestaba.

Ella se puso de pie y luego se detuvo. Su mirada se cruzó con la mía.

—Bueno, bueno, alguien despertó.

Abrí los ojos y regresé a la habitación. Sentía mis brazos y piernas como plomo. Un dolor agotador me golpeó. No podía ir a ningún lado. No me quedaba otra opción más que esperar mientras sus pasos se dirigían hacia mí.

Cinnamon entró a la habitación y me arrancó la intravenosa del brazo.

—No te mereces esto —rugió.

Grité por la conmoción y el dolor. Medio muerta, me quedé acostada y me reí de ella.

—Entonces, déjeme morir —la desafié.

—No es una amenaza —planteó Sage—. Mírala. Ni siquiera puede moverse.

Tenía razón, y todos lo sabían.

—Podemos jugar con ella después —sugirió Sorrel. Codeó a Mace y dijo algo en pagano. La mandíbula de Mace se tensó.

—Ella es mía.

—Bien, hermanito, es tuya, pero la pido primero cuando tú termines.

—Déjenos —gruñó Mace.

Cinnamon dijo algo en pagano; los gemelos rieron y la siguieron afuera. Mace ensanchó las fosas nasales. Olfateó el aire.

—Hueles a la Muerte. Deberías estar feliz de que te hayamos salvado a tiempo. Oí que es bastante horrible.

¿La Muerte? Giré la cabeza, pero no lo suficientemente rápido. Mace me sujetó la barbilla y me obligó a mirarlo.

—Imposible —señaló él. Su expresión era una mezcla de confusión y de ira—. ¿Cómo haces esto?

—No sé a qué se refiere —confesé.

—Tus ojos vieron a la Muerte.

—No. —Sacudí la cabeza—. No fue así.

Mace me apartó el pelo de los ojos para mirarme más de cerca. Claramente no estaba satisfecho con lo que veía; retrocedió y frunció el ceño.

—Cuando regrese —me dio un beso en la frente—, descubriremos qué te motiva. O tus ojos mienten, o tú lo haces. —Se puso de pie—. Los ojos nunca mienten, pero tampoco las parcas. Nadie ve a la Muerte y vive.



SOBRESALTADA, ME DESPERTÉ POR EL DOLOR CAUSADO POR ALGUIEN QUE COLOCABA UNA AGUJA EN mi brazo. Por un momento, me sentí desorientada, hasta que la voz en mi cabeza me recordó por qué estaba allí.

Me conmocionó ver a Lily parada junto a mí, colocando la nueva intravenosa.

—¿Qué estás haciendo?

—Salvando tu vida. Otra vez —respondió con claro desdén.

—¿Por qué?

—Mi ama me lo ordenó. Es todo lo que necesitas saber.

Su ama... la doble.

—¿Cómo supiste que yo no era tu ama? —Tenían que ser los ojos, pero quería que ella lo confirmara. No dijo una palabra. Bien, le daría una pista—. Los ojos no son los mismos.

Lily permaneció en silencio. No quería contarme nada, pero la manera en que fruncía los labios me hizo pensar que quería decir algo. Solo necesitaba presionarla más.

—No puedes cambiar las ventanas del alma, en especial si no tienes una —incité. Eso funcionó.

—Te arrepentirás cuando ella te tenga. Ha modificado sus planes para incluirte.

¿Modificado sus planes? ¿Cómo sabría Lily eso?

—¿Cuándo hablaste con ella? —No podría haber sido después de haber llegado a la cabaña. ¿O sí?

Como si considerara sus palabras, hizo una pausa antes de responder:

—Después de verte en el jardín.

Mentía, y no muy bien.

—Creíste que yo era ella en el jardín. No supiste que no era ella hasta que me viste en el departamento de Sage.

Ella desvió la mirada. Ajustó la intravenosa, lo que provocó una nueva ola de dolor.

—No sabes nada.

—Sé que no hablaste con ella después de verme en el jardín —presioné—. Tuviste que venir

directamente desde lo de Sage o no habrías estado aquí cuando yo llegué. Tuviste que haberla visto aquí. En esta casa.

Lily abrió la boca para decir algo, pero la cerró de inmediato.

—¿Fue Mab? —consulté. Ella dominó su expresión, pero demasiado bien—. No quería que tú te despertaras mientras ella hablaba conmigo —planteé observando a Lily—, pero podría haberte despertado mientras yo estaba ciega.

Mi mente había sido un revoltijo de confusión. Me había llevado varios minutos poner las piezas en su lugar. Mab bien podría haber hablado con ella durante ese tiempo. O después, cuando Mab había regresado a hablar con Mace.

—No sabes nada —espetó—. Ella te ató la lengua.

Sonreí a medida que algunas piezas se acomodaban. Solo una persona me había hechizado para mantenerme callada. Mab era la doble. Había manipulado a Junior y lo había convencido de dejar atrapados a los cuatrillizos. Eso explicaría cómo sabía exactamente qué hechizo había sido utilizado en ellos. Debió habérselo dado a Junior. Igual que le había dado el segundo hechizo a Mace.

Se había negado a ayudar a Mace a convencer a la herrera. No podía arriesgarse a que hubiera pruebas de que estaba involucrada. Mace no tenía idea de que ella había utilizado a Junior para ponerles una trampa. Ella había manipulado todo.

—Solo una persona me ató la lengua —señalé.

Lily frunció el ceño. Su mirada era fría y calculadora.

—Eres una favorita particular de ella; de lo contrario, yo te mataría —admitió al fin. Sonriendo, presionó una uña en el dobléz de mi brazo vendado; eso me dolió—. Ella te tendrá antes de que todo termine.

—Moriré antes de permitir que eso suceda.

Lily rio.

—Definitivamente desearás haber muerto antes de que ella termine contigo. —Sacó una llave del bolsillo y la colocó sobre la mesa de noche—. Esa llave te llevará al Inframundo. Después, estarás por tu cuenta.

—¿Por qué me ayudas?

—¿Quién dijo que lo hago? —preguntó y desapareció.

Mi mente se aceleraba a medida que esperaba que el líquido verde fluyera hacia mí. Mab era la doble, la que me había tendido la trampa. La que quería a Junior muerto y que los cuatrillizos lo mataran. Pero ¿por qué me había involucrado? ¿Era solo conveniente? ¿O, de alguna manera, sabía que me involucraría en este desastre? Como había dicho Lily, yo era una favorita particular. *Hurra.*

Diez minutos más tarde, cuando la bolsa se vació, me quité la cinta adhesiva e hice una mueca de dolor al sacar la aguja. Flexioné el brazo y examiné la llave. ¿Podía confiar en ella, o debería pedir un taxi?

“No tienes dinero”, me recordó la voz muy amablemente.

Cerré la mano sobre la llave, con la esperanza de que no fuera una especie de trampa. Me concentré en el reloj.

—Sácame de aquí.

El reloj me guió hacia el sótano, donde descubrí a Charles en el recinto. Estaba durmiendo... corrección: estaba muerto. Lily había atado bien los cabos.

El reloj me guió hasta la pared del fondo. Cuando la llave se acercó, el ladrillo que antes había brillado de azul, comenzó a hacerlo de nuevo. La llave emitió un silbido bajo cuando toqué

el ladrillo marcado y luego desapareció.

## CAPÍTULO 16

**E**l portal me llevó a una calle, donde todos se veían como salidos de un desfile de moda. Debía estar en Little Purgatory. Me sobresalté cuando la puerta del renombrado bar y parrilla Liebre Silvestre se abrió de golpe, y un demonio salió volando junto a mí.

El portero, un pagano tatuado del tamaño de un defensa, salió detrás. Sin ningún esfuerzo, levantó al demonio y lo arrojó contra la pared detrás de mí. La regla sobre invitaciones no se aplicaba con tanta rigidez fuera del Purgatorio, pero estaba claro que Liebre Silvestre tenía su propio conjunto de reglas, y ese tipo no tenía invitación. No me quedé para mirar más.

Estaba segura de que Mace no tenía idea de que me había escapado de la cabaña. Como aún faltaban dos días para que Johnny y su banda me acosaran por estar en el Inframundo, podía suponer (por lo menos por el momento) que nadie estaba buscándome.

Consideré mis opciones: podía ir con el Jefe o con Quaid y contarles lo que estaba sucediendo; bueno, no contarles porque el hechizo de Mab no me lo permitiría, pero podía guiarlos en la dirección correcta. Salir de la Ciudad Inferior y regresar a la empresa sería la parte difícil, ya que no tenía dinero. También estaba el asunto del traidor; alguien que había visto el cadáver de Junior. Y ese alguien trabajaba con Mace.

Omar era un vidente lo suficientemente poderoso como para haber visto el cuerpo, pero ¿de verdad traicionaría al Jefe? No podía imaginar que fuera el traidor, pero me había enviado a esta misión imposible. Debía saber lo que sucedería, pero había parecido sinceramente sorprendido por la muerte de Junior.

“Ese podría haber sido su plan”, sugirió la voz.

Sacudí la cabeza. No quería creer que Omar me había traicionado. De cualquier manera, necesitaba salir de Little Purgatory.

Tenía dos opciones: intentar salvar a Junior al advertirle o intentar llegar al Jefe o a Quaid y esperar que me creyeran. Los cuatrillizos corrían con ventaja, y Junior estaba en la Ciudad Inferior. Encontrarlo...

—¡Auch! —exclamé cuando alguien pasó a mi lado y me golpeó la mano, lo que activó las pulseras. Bien, objetivo nuevo: quitarme las pulseras. Luego, encontrar a Junior.

Salí de Little Purgatory y me dirigí al estadio. No estaba segura de dónde estaba. Por todos los brazaletes rojos y púrpura, era evidente que todos los que caminaban, en grupos de dos o más, iban a ver la pelea. Seguí a tres paganos, manteniendo una distancia prudente para que nadie advirtiera mi presencia. Llevaban brazaletes rojos: colores de los demonios. Los paganos no tenían su propio luchador ese año. Era un encuentro entre un druida y un demonio, y de ninguna manera los paganos apoyarían a un druida.

Avancé a zancadas hasta una calle lateral apenas abandoné los límites de Little Purgatory. La

Ciudad Inferior estaba diseñada en bloques, pero no era como si conociese bien el lugar. Las pocas veces que había estado allí, había tenido un chofer y mi móvil. Necesitaba orientarme, hacer un plan y quitarme las pulseras. Primero, intenté el enfoque más evidente y me concentré en el reloj.

—Quita las pulseras.

Nada ocurrió.

Examiné la zona. Había algunos comercios a lo largo de la cuadra, pero la mayoría de estos estaban cerrados. El reloj o mi poder eran buenos con las direcciones, pero no tenía idea de qué pedir. ¿Me llevaría a un comercio cerrado? Realmente no sabía bien cómo funcionaba todo, pero no me quedaba otra opción.

—Llévame a... —Hice una pausa. *¿Dónde me las podrían quitar?*—. Llévame...

—Con tu líder —bromeó un tipo que pasaba.

Estaba llamando la atención. Miré a mi alrededor, pero era el único que parecía notar mi presencia y no se había detenido a charlar. No, se dirigía a la tienda de empeños en la acera de enfrente.

Cuando abrió la puerta, el vidrio reflejó un cartel rojo, que colgaba bajo la marquesina. No lo había notado antes, pero era exactamente lo que buscaba: reparación de joyería. Perfecto.

Crucé la calle. Me vi en la vidriera y advertí que las vendas me daban una apariencia de haberme escapado de un hospital. También parecía que la mayoría de mis moretones había desaparecido. La piel alrededor de las muñecas seguía en carne viva, pero estaba mejorando. Me quité los vendajes y los arrojé al cubo de basura fuera del comercio. Así sería menos sospechosa. Al menos así lo esperaba.

Espié por la puerta de vidrio y observé el interior de la tienda. Había un demonio de mediana edad desaliñado detrás del mostrador. Tenía los brazos cruzados mientras observaba al tipo que había pasado junto a mí. El demonio respondió una pregunta, luego sacudió la cabeza, y jamás cambió su postura inaccesible. Un minuto después, el cliente se fue sin comprar nada, y yo entré antes de que se cerrara la puerta.

La tienda estaba mugrienta, pero bien iluminada. No había mucha seguridad: un par de espejos redondos y una cámara colocada detrás de la caja registradora. La tienda estaba vacía, excepto por mí, por lo que no era de sorprender que el demonio detrás del mostrador tuviera la mirada clavada en mí. Tenía la misma postura inaccesible que había tenido con el tipo anterior, algo que solía molestarme, pero no aquel día.

Me dirigí al final del mostrador que estaba más lejos de la cámara de seguridad. El demonio suspiró antes de caminar a regañadientes hasta donde estaba yo. Mantuve la cabeza baja y el rostro alejado del ojo de la cámara.

—¿Puedo ayudarla? —preguntó y volvió a adoptar su posición de brazos cruzados. Llevaba un brazalete rojo, por lo que era probable que quisiera cerrar temprano e ir a ver la pelea.

—¿Cuánto valen estas? —consulté estirando los brazos e ignorando su actitud.

Cinnamon las había llamado “esposas del Infierno”. Supuse que eso significaba algo. Esperaba que significase que *valían* algo.

—Bueno, eso depende —respondió con indiferencia—. ¿Por qué las lleva puestas?

Arqueé una ceja.

—¿Las quiere o no?

—Bueno —expresó mirando el reloj—, preferiría el reloj.

—De ninguna manera. —No podía quitarme el reloj pero, aun si pudiera, no lo cambiaría por nada en ese antro.

Él se encogió de hombros y luego frunció los labios.

—Supongo que tendré que conformarme con las pulseras, pero no estoy seguro de saber cómo quitarlas. —Habló hacia la parte trasera de la tienda—: Luke, ven aquí.

Me puse tensa cuando presentí que un druida provenía de la parte de atrás. Un minuto después, un druida delgado y frágil arrastró los pies y cruzó la cortina. Era muy anciano, con un problema en la pierna izquierda, que lo hacía cojear. No podía medir más de un metro cincuenta, si era que llegaba a eso, y su cabeza parecía demasiado grande para su cuerpo. Aunque llevaba un traje marrón barato, había una buena posibilidad de que no fuera uno de los hombres de Johnny.

—Sí, señor.

—¿Puedes quitar estas? —consultó el demonio.

Luke corrió una caja de madera hasta el mostrador y se paró sobre esta. Corrí las manos cuando él acercó las suyas. Capté el más leve brillo marrón en sus ojos cuando habló:

—No se preocupe, señorita. No le tocaré las manos.

Su sonrisa me tranquilizó. Estiré los brazos para que las examinara. Me tomó la muñeca derecha y acercó la pulsera para examinarla más de cerca. Bajó una de las lupas de joyero sobre sus lentes.

La cortina de la habitación trasera se movió, y eso desvió mi atención de Luke. El demonio dueño no estaba en la tienda. Estaba por cerrar los ojos para seguirlo cuando regresó un momento después. Buscó algo debajo del mostrador y luego miró por la vidriera.

Antes de que pudiera advertir que lo espiaba, desvié la mirada hacia el reflejo de uno de los espejos redondos. No me gustaba la manera en que miraba hacia la vidriera, ni el modo sospechoso en que sostenía lo que fuera que había sacado de debajo del mostrador, de lo que creía que era un arma.

Estaba demorando demasiado en quitarme las pulseras. Quería retirar la mano, pero Luke me agarraba con bastante fuerza para un hombre de su edad. Pasó un auto por la puerta. El dueño se movió y quedó a la vista la culata del arma que intentaba ocultar.

Debió haber llamado a alguien cuando había ido hacia la parte trasera. Su actitud casual fingida era inconsistente con su conducta inquieta. Esperaba a alguien. Estaba segura de eso. Quería escapar, pero soltarme del agarre de Luke no sería fácil ni silencioso.

—No parece que... —comencé a decir, pero las palabras se me atragantaron cuando se oyó un “clic”, y la primera pulsera cayó en la mano de Luke. La otra se aflojó, como si se hubiera destrabado. Me concentré en el reloj para enfocar mi poder—. Abre la otra pulsera —ordené.

—Emmm... —Luke continuaba examinando la pulsera que tenía en la mano.

Con el mismo “clic” de antes, la segunda pulsera cayó e hizo un fuerte ruido sobre el mostrador de vidrio. Observé la pulsera abierta y me di cuenta de qué examinaba Luke. Había varios caracteres antiguos y la marca de serpiente de Mace grabados en el interior de la pulsera.

Esperaba con ansias que él no reconociera la marca de Mace. Eché un vistazo al demonio. Estaba listo para abalanzarse. Luke me tomó de la muñeca antes de tener la oportunidad de escapar.

—Tenemos un problema —le avisó al demonio.

Justo cuando un auto frenó con un chirrido frente a la tienda, tiré del brazo. Miré hacia atrás y vi a dos matones de Johnny bajarse de un convertible verde lima. *Genial. No tengo tiempo para esto.*

El demonio me apuntó con el arma.

—Está marcada —explicó Luke señalándome con un dedo torcido.

—Él quiere matarme en persona —le expuse al dueño—. No valgo nada muerta.

Antes de que él pudiera reaccionar, salté sobre el mostrador y me abalancé sobre él. El demonio pasmado se movió para evitarme y tropezó. El arma se disparó cuando él cayó al suelo. No miré hacia atrás. Corrí a través de la cortina hacia la habitación trasera justo cuando sonó el timbre de la puerta principal.

—¡Está allí atrás! —gritó Luke.

Detecté una puerta lateral. Un balazo dio contra el marco de la puerta cuando salí al callejón. Sin bajar la velocidad, corrí a toda prisa por el callejón, pasando varias calles perpendiculares, antes de ocultarme detrás de un contenedor de basura para recuperar el aliento. Mi corazón latía acelerado. Cerré los ojos, respiré profundo varias veces y salí de mi cuerpo.

Podría haber pestañeado para llegar a la tienda de empeños, pero quería ver si los matones me seguían.

Volví a entrar a la tienda, un poco más aliviada porque no me había cruzado con los chicos de Johnny en el camino. El demonio estaba examinando las pulseras.

—¿Debemos llamar? —inquirió Luke.

—Ya llamé a la gente de Johnny. Será mejor que dejemos que ellos se encarguen.

—¿Qué haremos con las pulseras?

El demonio se puso visiblemente tenso.

—Destruyelas. No necesito ninguno de los problemas de Mace.

—Pero valen una fortuna. Son esposas del Infierno auténticas.

—Sí, y solo son buenas para encontrarla a ella o para que él te encuentre si te las quedas. Dije que las destruyeras; a menos que quieras explicar por qué las quitaste. —El demonio levantó las cejas al amenazar a Luke.

Debería haberme llevado las pulseras para destruirlas yo misma, pero era demasiado tarde. Unas voces ásperas provinieron de la parte trasera. El demonio le entregó las pulseras a Luke.

—Deshazte de esto.

Luke guardó las pulseras en un bolsillo, tomó su abrigo y sombrero, y salió por la puerta principal. El timbre sonó cuando los matones cruzaron la cortina.

—¿Por qué estaba ella aquí? —indagó el hombre más alto sin ningún preámbulo.

—Estaba interesada en este adorable artículo —respondió el demonio y sostuvo en alto un broche que había estado en la vitrina.

El matón alto lo miró a los ojos. El más bajo observó la tienda.

—¿Dónde está el anciano?

—Ya se fue por hoy —respondió el demonio con cautela. No lo culpaba: nadie quería ponerse a Johnny en contra—. Miren, los llamé a ustedes primero. Podría haber llamado a la gente del Jefe.

—Esto es una pérdida de tiempo —señaló el hombre más bajo. El alto asintió.

Me relajé cuando los dos hombres se subieron al auto y se alejaron. Las pulseras ya no estaban, y los chicos de Johnny me habían perdido el rastro. Estaba por abrir los ojos cuando el demonio tomó el teléfono. Aguardé un momento para ver si había cambiado de opinión sobre llamar a Mace. Dudaba de que llamara al Jefe a esa altura.

—Sí, no me conoce, pero tengo información que le podría interesar —indicó el demonio. Se quedó en silencio por un momento—. La chica estuvo aquí. Les avisé a los chicos de Johnny, pero fue antes de descubrir que estaba marcada por Mace. —Otra pausa—. Solo pensé que le gustaría saberlo.

Cortó.

—¿A quién llamaste? —pregunté. ¿Habría sido al Jefe? Di un grito ahogado. ¿O a Mab?

Él abrió la boca como para decir algo y luego la cerró. Por un segundo, creí que me había visto, pero sonó el timbre de la puerta detrás de mí. Se cruzó de brazos y observó al cliente nuevo. Abrí los ojos para regresar al callejón y me concentré en el reloj.

—Debo encontrar a Junior.



ME FROTÉ LOS BRAZOS. LOS PANTALONES CAPRI Y LA REMERA SIN MANGAS ESTABAN BIEN PARA Gran Caimán, pero el sol se ocultaría pronto en el Inframundo, y la temperatura bajaba rápidamente.

Había una multitud a ambos lados de la calle; eso hacía que el tipo que caminaba en sentido contrario se destacara como sapo de otro pozo. Me conmocionó reconocer a Omar a medida que la estela de peatones se acercaba.

Yo quería respuestas. Él debía saber la verdad. ¿Por qué no me habría dicho que el Jefe no era dueño de mi alma? Estaba a punto de gritar su nombre cuando me detuve. ¿Y si él era el traidor de Mace? No podía arriesgarme, no cuando había otro modo.

Miré a mi alrededor y luego me oculté en el callejón más cercano. Era un callejón sin salida, pero, detrás, no había nada donde esconderse. Caminé de costado hacia la pared que quedaba a pocos metros de la calle principal y cerré los ojos.

Pestañeeé para llegar al otro lado de la calle, justo detrás de Omar. Su andar apresurado en contra de la corriente estaba molestando a unos cuantos. Su actitud frustrada no colaboraba.

—Muévete —le rugió a un fanático de la pelea.

El fanático era por lo menos treinta centímetros más alto que Omar. Llevaba un brazalete rojo sobre su espectacular chaqueta de cuero. Sus ojos brillaron de rojo cuando los fijó sobre Omar, quien vestía su típico atuendo de profesor de Química de escuela secundaria, que no podía ser menos intimidatorio. El fanático infló el pecho hasta que Omar se detuvo, ladeó la cabeza y lo miró con furia.

El rostro del fanático palideció.

—Lo siento, hombre —se disculpó antes de bajar de la acera y caminar hacia la otra. Se oyó la bocina de un auto, pero el tipo ni miró. Siguió avanzando, aferrado a una mujer, que seguía mirando hacia atrás, como si alguien los siguiera.

Después de eso, todos se mantuvieron alejados de Omar. Yo también mantuve mi distancia. No quería arriesgarme a que pudiera presentirme.

Omar aceleró el paso. Caminó por otra calle lateral; cortó por otro paso principal antes de terminar en una avenida que yo conocía. Se dirigía directamente a la herrería.

No golpeó; simplemente, entró. Entré después de él. La herrera estaba sola, caminando de un lado al otro. El gigante no estaba, y la acera frente a la tienda estaba desierta. Se sobresaltó cuando Omar habló. Hablaba en idioma antiguo. No comprendí pero, por su comunicación no verbal, podía ver que algo andaba mal.

Se frotó la nuca e hizo un gesto hacia la oficina. Las únicas palabras que pude captar fueron el nombre de Mace y el mío. La conversación se oía muy extranjera. Era la primera vez que había oído una conversación completa en antiguo por personas que hablaban tan fluido que lo hacían parecer natural.

Ella se sobresaltó otra vez cuando alguien golpeó la puerta. Hizo una seña a Omar para que aguardara en la habitación trasera. Me moví con él. Hasta el momento, no me había presentado.

—Adelante —invitó la herrera en mi idioma.

Espié desde la habitación trasera. Wylan James hizo una leve reverencia a la herrera y dijo algo que no comprendí.

—No hables en antiguo, por favor —le pidió ella—. Puedes comprenderlo, pero no puedes hablarlo como corresponde, viejo. Me niego a oír cómo lo destrozas.

La herrera ya no estaba nerviosa. Se sentía tan fuerte y segura como cuando Mace y yo habíamos estado allí, más temprano.

—Como desee, mi señora —accedió en mi idioma.

—¿Por qué estás aquí?

—La sangre —respondió él—. El vidente la ha visto. Desea que usted confirme su autenticidad.

—No eres el primero en llegar, pero te diré lo que les dije a los demás: no hay sangre.

James se cruzó de brazos.

—Me contactaron más de una docena. ¿Cómo pueden estar todos equivocados?

—No sabía que eras tan influyente entre ellos —comentó sin rodeos.

—Me contactaron cuando vieron que yo planeaba venir aquí. Querían asegurarse de que supiera cuántos habían visto la verdad.

—Esta no es la primera vez que se han equivocado —planteó ella; se llevó las manos detrás de la espalda y sonrió con expresión de inocencia.

—Pero esta sería la primera vez que tantos se equivocan sobre la sangre. No podrá ocultar la verdad por siempre.

La sonrisa de ella desapareció. Era evidente que la actitud de inocencia no funcionaba con él.

—Ya puedes irte. —Su tono era cortante y frío—. No regreses. Ya no serás bienvenido.

James frunció el ceño, pero hizo una reverencia amable antes de irse.

—No será el último en venir por lo de la sangre —señaló Omar al salir de la habitación trasera.

La herrera respondió en antiguo.

—¿Estás bien? —preguntó una voz tan cerca de mí que podía oler la cerveza en su aliento.

Abrí los ojos cuando alguien me tocó el hombro. Dos druidas estaban parados frente a mí. El que me tocó repitió:

—¿Estás bien? —El compañero echó un vistazo a la calle y se pasó la mano por la boca.

Me aparté para soltarme.

—Estoy bien —contesté. Pasé junto a los druidas y me dirigí hacia el estadio. Miré hacia atrás un momento después, pero no me seguían.

Caminé algunas cuerdas más antes de disminuir la velocidad. Estaba demasiado lejos de la herrería como para regresar. Estaba claro que Omar era más consciente de mi situación de lo que yo pensaba, pero ya no creía que fuera el traidor de Mace. No sabía nada sobre Mace. Había ido a ver a la herrera por la sangre... *mi sangre*. Wylan James también había ido.

“¿Eres tú? ¿Tú nos salvarás?”. La voz me recordó lo que James había dicho.

La tienda de sándwiches me vino a la cabeza. Lo recordé. No podía creer que yo era la elegida, pero ¿qué significaba? Estaba demasiado cerca del estadio para renunciar a mi plan de evitar que los cuatrillizos mataran a Junior. Mi sangre era otro tema. Algo con lo que debería lidiar más tarde.

Iba bien de tiempo, hasta que la multitud creció tanto que apenas había espacio para estar de pie. Aún me quedaban seis cuerdas para llegar al estadio.

El sol poniente hacía que el día se volviera más oscuro y frío. Miraba el reloj una y otra vez con la esperanza de que me llevara por una calle menos transitada, pero no tuve suerte. Me dirigía

directo al Grand Hotel, donde todo el que fuera importante se hospedaría y donde encontraría a Junior.

Las calles estaban bloqueadas. Había gente por todas partes. Estaba lo suficientemente cerca como para comenzar a preocuparme por cómo entraría. Junior tendría guardias en el elevador, y yo no estaba vestida para el evento. No podría convencer a nadie de entrar con tan solo unos pantalones capri y una remera sin mangas. Esperaba que el reloj conociera una entrada menos directa.

Bajé del cordón y estaba a punto de cruzar, cuando una banda de fanáticos de Densmore se metió entre la multitud.

—¡Densmore! ¡Densmore! —gritaban los fanáticos druidas con el brazalete púrpura.

En pocos segundos, la multitud se transformó en un espectáculo espontáneo de animadores, y quedé relegada a un costado. Esperé a que el grupo pasara mientras descansaba. Me miré en una vidriera. Mis moretones se habían curado, y las muñecas casi no tenían marcas. Solo quedaba una leve línea roja. El ojo negro había desaparecido al fin. También el dolor físico. Considerando todo, me sentía bastante bien... mejor que hacía días.

La banda de fanáticos de Densmore estaba disminuyendo. Me moví para incorporarme al flujo de personas cuando una voz conocida llamó mi atención. Me escabullí entre las sombras. Mi corazón se aceleró mientras buscaba al dueño de la voz. Mis ojos se llenaron de lágrimas, pero me negaba a llorar. La voz se oía más alto. No podía comprender lo que decía, pero era él. Jack. Habría reconocido su voz en cualquier parte.

Contemplando la multitud, al fin lo encontré. Un grupo de demonios jóvenes caminaban en mi dirección. Mi humano atractivo, musculoso y de pelo oscuro, con ojos azul cielo, paseaba con sus amigos. Dije: "... humano" porque así era como aún lo veía yo. Llevaba sus vaqueros azules más sensuales, esos que le quedaban tan bien en las caderas que me daban ganas de hacerle el amor cuando los tenía puestos. Su estilo de chico malo estadounidense se completaba con una remera blanca y una chaqueta de cuero muy usada (la que tenía unas tiras blancas a lo largo de los brazos y un desgaste de haber pasado por todo, que me hacía agua la boca). Bueno, tal vez le había arrancado esos vaqueros un par de veces y me había ocupado de su cuerpo sensual mientras aún tenía puesta la chaqueta. Yo era la novia. Yo tenía derechos.

Todo en tiempo pasado.

Reprimí las lágrimas; me negaba a llorar. Él no encajaba con los otros demonios, pero era la única que pensaba eso. Todos los demás verían su verdadero ser. Me pregunté qué rasgos demoníacos tendría. ¿Se parecería a mi Jack, o sus rasgos serían demasiado angulosos e intensos? Su velo era particularmente fuerte, algo muy poco natural, lo que probablemente era cortesía del Jefe. Una de las chicas se dirigió hacia atrás para caminar junto a él; le pasó el brazo por encima de los hombros y le susurró algo al oído.

—Esa bruja —refunfuñé por lo bajo. Di un paso hacia adelante y me detuve cuando él sonrió. Era su sonrisa incómoda. La que mostraba cuando alguien decía algo que lo avergonzaba.

Su velo parpadeó. Cambié de opinión y bajé la mirada. No quería ver al verdadero Jack. Quería a mi Jack. Quería enfrentarlo. Preguntarle por qué lo había hecho. Quería saber si le importaba algo, pero ya sabía la respuesta. Solo que no quería admitirlo.

Aguardé a que las voces se alejaran y volví a buscarlo. La misma chica estaba parada junto a él. Él se encogió de hombros, y el brazo de ella cayó. Ella se acercó a otro demonio y le rodeó los hombros. Jack estaba caminando solo; seguía con el grupo, pero no tan cerca.

"Llegó temprano a casa", susurró la voz.

"Sí, porque la pelea se canceló".

“Llegó a casa antes de que la pelea comenzara”.

Recordé el sábado por la noche. Había llegado a casa con una película que planeábamos alquilar y un tarro de mi helado favorito. Esa había sido la noche en que él había estado diferente. Me había dicho que me amaba. Ya lo había hecho en otras ocasiones, pero esa vez se había sentido distinto. No podía explicarlo, pero yo sabía que era sincero. Más lágrimas se derramaron por mis mejillas.

Pensar en aquella noche me trajo una ola de emociones. Eso no era solo un empleo para él. Quizás al principio, pero ya no. Quería estar conmigo. No estaba equivocada, y nada de lo que dijera Mace me convencería de lo contrario.

Quería correr hacia Jack, ir a casa con él, estar con él, pero no podía. La yo de esa noche perfecta ya estaba en casa. No podía cambiar eso sin cambiar todo. Debía salvar a Junior si quería algo de esa vida de regreso. Si no lo salvaba, esa vida se terminaba.

Miré el reloj, que seguía apuntando hacia el hotel. El camino ya estaba despejado. En la distancia, aún podía oír a los druidas cantar:

—¡Densmore! ¡Densmore!

Perdí de vista a Jack a medida que se alejaba del estadio. Iba a casa. Mi corazón quería seguirlo, pero mi cabeza ganaría la pelea.

Debía salvar a Junior (y salvarme a mí misma) primero.

## CAPÍTULO 17

**L**a recepción del hotel estaba abarrotada, pero eso no logró ocultarme. Con mi ropa de uso diario, sobresalía en un ambiente lleno de ropa de diseñador y de recogidos elaborados. Me oculté detrás de una planta grande cuando vi a Jenny, la de la oficina. Ella había sido quien había divulgado rumores sobre Junior y yo.

“No son rumores si son verdaderos”, señaló la voz.

Ignoré esa voz, subconsciente o lo que fuera que fuese esa cosa en mi cabeza. Comenzaba a sacarme de las casillas.

“Solo porque sabes que tengo razón”.

“¿Por qué de repente te convertiste en una muñeca parlanchina?”

Sabía que me arrepentiría de haber realizado aquel hechizo. Revoleé los ojos cuando la voz no respondió. ¿No debería mi subconsciente estar de mi lado?

Necesitaba una manera de llegar al último piso y no estaba segura de cómo lo lograría sin ser vista. Había un solo ascensor, y dos de los guardaespaldas de Junior hacían guardia frente a este.

Jenny se apartó de un grupo de personas al que yo no conocía y se acercó a los guardias de Junior. Ella se echó el pelo hacia atrás y sonrió. Ellos la ignoraron. Mordiéndose el labio inferior, echó un vistazo nervioso al grupo que la esperaba.

Frunció los labios y cerró los puños. Se volvió hacia los guardias y estiró una mano, pero la retiró de inmediato cuando el guardia de la derecha le gruñó.

El intento desastroso de la administrativa de Finanzas por acceder al piso de Junior sería divertido de observar si no tuviera nada mejor que hacer, pero necesitaba encontrar a Junior.

Verifiqué el reloj. Señalaba hacia el restaurante, no hacia los ascensores. Considerando mi ropa, no creía que tuviera mucha más suerte para llegar a la cocina y encontrar un ascensor de servicio.

Sus guardias podrían creerme si decía que venía en misión oficial. Por otra parte, Junior odiaba a su padre. Estaba segura de que los guardias tenían orden de no recibirme solo para enfurecer al Jefe. Además, Jenny seguía intentando pasar. Si iba ahora hacia allí, ella me vería.

La cocina era mi única opción. Tal vez el personal del hotel estaría demasiado ocupado para que le importara. Esperé un momento a que Jenny regresara con sus amigos; luego, salí de mi escondite detrás de la planta cuando una figura enorme me bloqueó el camino. Di un grito ahogado cuando me tomó del codo y me jaló hacia adelante para besarme.

A diferencia del beso de Mace, la técnica de Junior era más similar a la completa sofocación. Me asfixiaba al invadir mi boca con su lengua ansiosa. Volví a dar un grito ahogado por la falta de aire cuando él me soltó.

Junior dijo algo que no pude comprender. Deslizó la mano por mi pelo y me dio otro beso en

los labios. Empujé su pecho. Me tenía agarrada con tanta fuerza que no podía moverme. Comenzó a decir algo más.

—En demonio, no —pedí sin aliento, debido al beso y al abrazo de oso.

—No creí que vinieras. Dijiste que no vendrías. —Tiró de mi pelo en broma con la mano libre.

—Debo hablar con usted —señalé.

—Podemos hablar cuando llegemos arriba. —Miró mi vestimenta—. Necesitas algo mejor que ponerte. —Dijo algo en demonio a uno de los muchachos.

Junior me hizo dar vuelta y apoyó el brazo sobre mis hombros para mantenerme sujeta a su lado. Jenny quedó boquiabierta cuando pasamos junto a ella. Ya podía ver el júbilo en sus ojos ante la historia que podría contar el lunes... solo que recién ahora yo sabía que era verdad. Probablemente ya estuviera tuiteando lo que había visto.

Para cuando las puertas del ascensor se abrieron al fin, sentía que las paredes se me venían encima, y ya quería salir. Junior se apresuró a llevarnos a su suite. Los demás se dirigieron a otra.

Junior llevaba el esmoquin, excepto por la corbata. El último botón de la camisa estaba desabrochado, lo que le daba una onda peligrosamente sensual. La tela era tan lujosa que se ajustaba a su cuerpo a la perfección. Estaba claro que no era de alquiler.

No quería quedarme sola con él. Me aparté una vez que estuvimos dentro de la suite elegante. Como si no quisiera soltarme, mantuvo sus manos apenas sobre mí. Me apresuré a ir hasta el bar.

—¿Quiere un trago?

—Claro —aceptó sonriendo.

—¿Qué le gustaría?

—Lo de siempre.

Genial; no tenía idea de que bebía habitualmente. Contemplé la selección. El bar estaba repleto. Estaba por preguntarle cuando descubrí que solo una botella estaba abierta. Levanté el whisky Macallan 1926 y le serví.

Él tomó el vaso con una mano y mi muñeca con la otra. Nos bajó a ambos al sofá y abandonó el vaso sobre la mesa. Sus fríos ojos color bermellón se fijaron en los míos. Cuando me moví para levantarme, me detuvo. Sus manos estaban por todo mi cuerpo. Se acercó para besarme. Le puse la mano sobre el pecho.

—Debo hablar con usted —le pedí mientras lo mantenía a raya—. Los cuatrillizos intentan asesinarlo.

Enderezó los codos y me apartó haciendo palanca. Me tomó la barbilla con el pulgar y el índice y me sacudió la cabeza de manera juguetona.

—Lo sé. Estoy ocupándome del asunto. —Me acarició el labio inferior con el pulgar mientras se mojaba el suyo.

—No, no comprende —señalé, y su mirada volvió a encontrar la mía—. Están fuera de la trampa que les puso. Están aquí esta noche para matarlo.

Torció los labios y luego sonrió.

—Eso es imposible.

—No, es la...

Oprimió los labios contra los míos antes de que pudiera discutirle. Giré la cabeza. Resuelto, él comenzó a besarme la mandíbula y bajó por el cuello. Mi cuerpo se relajó y permitió que el peso de él se acomodara sobre mí. Di un grito ahogado cuando su mano alcanzó el borde de mi remera y deslizó los dedos por debajo para tocar mi piel. Era evidente que “Junior, el novio” estaba con ganas. Intenté no ponerme tensa. Necesitaba que me escuchara.

—Hablo en serio; debe escucharme. Dejarlos atrapados quizás no fue el mejor plan.

—Estabas de acuerdo la semana pasada —planteó él mientras continuaba su exploración sensual por mi cuello.

*Sí, probablemente, la semana anterior te estaba llevando por las...*

—Ah, no, todavía no. —Le aparté las manos de mis pantalones—. Se lo juro: están sueltos y vienen a por usted.

Riendo, me quitó la mano. Entré en pánico y empujé su pecho. El demonio poderoso y fuerte sobre mí no se movería. Mi visión se nubló cuando se cernió sobre mí.



ME DESPERTÉ DESNUDA EN EL PISO DEL BAÑO.

*¿Qué sucedió?*

La voz estaba en silencio. Me levanté del suelo e hice una mueca cuando un dolor me recorrió la cadera. El piso estaba cubierto de agua. Los pantalones capri y la remera sin mangas estaban arrugados y mojados en el suelo.

“Junior”, susurró la voz.

Recordaba haber estado con él en la sala de estar. Sus manos estaban por todo mi cuerpo. Me froté el estómago, donde él me había acariciado. En un abrir y cerrar de ojos, dos imágenes vinieron a mi cabeza: la primera fue de Junior y de mí en el sofá de la sala, que más o menos recordaba. En esa imagen, él estaba encima de mí, besándome. No era exactamente como lo recordaba. La segunda fue de la Muerte. Sus ojos dorados estaban afligidos y su rostro, pálido.

Me sentí mareada. Cerré los ojos y me aferré a la pileta para no caerme. La voz permaneció en silencio. ¿Por qué no podía recordar? Oprimí suavemente el bulto en la parte trasera de mi cabeza. Tenía los pies mojados. Me toqué la cadera, que estaba dolorida. Había una marca roja. ¿Me había resbalado?

Recordé haber subido en el ascensor. Le había contado a Junior sobre los cuatrillizos, pero él no me había creído. Eso era todo. Me desperté en el baño con dolor de cabeza y, según el reloj, con al menos treinta minutos de tiempo perdido. ¿Me había desmayado después de haberme resbalado con el agua? Volví a tocarme la parte trasera de la cabeza. No sentía sangre. *¿Qué sucedió, maldición?*

Me sobresaltaron unos golpes en la puerta.

—¿Por qué tardas tanto? —inquirió Junior.

—Ducha —respondí sin aliento.

—Apresúrate.

Me di una ducha con la esperanza de que ayudara a aclarar mi cabeza. No lo hizo. Las imágenes eran mi único recuerdo de la última media hora, y no me gustaba lo que representaban. Había besado a Junior... ¿Había hecho algo más? ¿Por qué la Muerte se veía tan triste?

Me esperaba un vestido sobre la cama. Era hermoso, aunque el azul marino no era mi mejor color. Estaba muy cansada. Quería meterme en la cama, no en un vestido. Mi ropa mojada era otro misterio de la media hora perdida; eso hacía que el vestido fuera mi única opción.

Estaba a medio vestir cuando el teléfono de la habitación me sobresaltó. Levanté la punta del edredón y vi que la luz del teléfono titilaba. Junior atendió desde la otra habitación. Esperé a que él cortara y luego levanté el tubo.

Primero, llamé a la oficina, pero nadie respondió. Luego, marqué el móvil del Jefe. Se suponía que no debía usarlo, pero eso definitivamente era una emergencia. Tampoco respondió. Estaba por

dejar un mensaje cuando una chica demonio del séquito de Junior entró... sin golpear. Corté sin dejar mensaje. Me subí el vestido de un tirón para cubrir mi desnudez. A ella no pareció molestarle.

Era menuda, casi unos treinta centímetros más baja que yo, aun con sus tacos de diez centímetros, lo que significaba que mediría alrededor de un metro cuarenta descalza. El pelo rubio claro era poco usual para un demonio. Me miró de arriba abajo con desdén y, obviamente, me encontraba deficiente.

—Bien, sabes vestirte sola. —Dejó una caja de zapatos sobre la cama y giró sobre los tacones para irse.

—Oye —me apresuré a decir. Ella suspiró y se volvió hacia mí—. ¿Has visto a los cuatrillizos esta noche?

Entrecerró los ojos con escepticismo.

—¿Por qué?

—Tengo un mensaje para Cinnamon. ¿Los viste? ¿O viste al Jefe?

—Sabes tan bien como todos los demás que él nunca viene a la Noche de Pelea.

—¿Puedes hacerle llegar un mensaje?

Me miró furiosa por un instante, con la boca cerrada. Luego, recuperó la voz y la actitud indignada.

—Tú eres su asistente —espetó. Como si yo quisiera el empleo.

—Claro. —Ella no sería de ayuda, pero no quería que me dejara a solas con Junior—. ¿Quién crees que ganará?

—Wagner, por supuesto. —Resoplé. *Desde luego*. Ella levantó las cejas—. Wagner está invicto.

Comencé a decir: “No ganará esta noche”, pero se me cerró la garganta y me cortó las palabras. Sus ojos se abrieron aún más. Interpretando mi comienzo en falso como algo más de lo que realmente era, me susurró en tono conspiratorio:

—¿Está arreglada?

Quise decir: “No”, pero no pude. La pelea estaba arreglada. Lo sabía del futuro. Maldición. Ni siquiera podía mover la cabeza. Ella decidió que eso significaba que la pelea estaba arreglada. Salió corriendo de la habitación antes de que pudiera detenerla.

*Genial. Johnny tenía razón*. Acababa de comenzar la mayor debacle de apuestas en la historia del Inframundo. Todo lo que pensaba que no estaba relacionado conmigo. El rumor de Jenny, las apuestas... Todo había sido causado por mí. Todos esos sucesos estaban ocurriendo de nuevo.

Pensé en Junior. Él no había muerto en la pelea. Quizás podía salvarlo ahora, pero tal vez eso era porque se suponía que yo... Solo para que muriera más tarde, en la empresa. Volví a pensar en el teléfono. Podía llamar a Quaid. Él tendría que atender. Fui a levantar el tubo justo cuando Junior abrió la puerta.

—Es hora de irnos —anunció, apoyado sobre el marco de la puerta.

Alejé la mano del teléfono. Levanté la tapa de la caja de zapatos y encontré los tacones de plataforma más altos y absurdos posible. Dejaban mal parados a los “rascacielos” de diez centímetros que llevaba puestos la chica demonio del séquito de Junior.

No podría caminar con esos, mucho menos correr si era necesario. Miré hacia abajo. Mis zapatillas estaban en el piso, junto a la cama. Por fortuna, no estaban mojadas en el baño.

—Enseguida salgo —indiqué. Los ojos de Junior se oscurecieron. Sus labios formaron una línea recta—. Debo ponerme los zapatos. Enseguida voy.

Él suspiró y regresó a la sala.

—Estás tardando demasiado. Quisiera llegar esta noche —expresó por encima del hombro.

Arrojé los zapatos a un lado y me puse las zapatillas completamente inapropiadas. Me concentré en el reloj y susurré:

—No dejes que Junior note los zapatos.

Junior me envolvió con sus fuertes brazos cuando me acerqué. Otra vez me sentí asfixiada y atrapada por su abrazo.

—Estás hermosa —me susurró al oído y me dejó besos suaves en el cuello.

Yo estaba temblando.

—¿Tienes frío? —preguntó.

—No. —*Estoy nerviosa y no quiero quedarme a solas con usted*—. Debe tener cuidado con los cuatrillizos —advertí, intentando otra vez lograr que él reconociera el peligro.

Me abrazó más y me palmeó la parte trasera de la cabeza. Sin querer, eso me provocó una punzada de dolor.

—Deja de preocuparte por los cuatrillizos. No están en condiciones de lastimarme.

—Está equivocado —susurré—. Están libres.

Él se puso tenso, pero no de miedo. Retorcó su mano en mi pelo y me jaló la cabeza hacia atrás.

—Dije que no te preocuparas.

Apretó los labios en una sonrisa tensa.

—De acuerdo, lo siento —acepté y le aparté la mano de mi pelo y del bulto en mi cabeza—.

Vamos.

El estadio estaba abarrotado, y se oía el bullicio de voces entusiasmadas. Entramos por la grada media y nos dirigimos a la baja. Había otras dos gradas por encima de nosotros, llenas de fanáticos de las peleas.

Me sentía ansiosa por dónde estarían los cuatrillizos y por presentir tantos velos en un solo lugar. Por lo general, el Inframundo era una zona libre de velos, pero se había vuelto una práctica común en la Noche de Pelea; era la única noche en la que demonios, paganos y druidas llevaban a sus mascotas humanas a la Ciudad Inferior. La mayoría de los humanos parecía deslumbrada. No recordarían mucho de lo que vieran pero, en los últimos años, llevar a un humano se había convertido en algo muy popular, así que casi todos lo hacían.

Las mariposas en mi estómago eran más perceptibles esa noche. La cantidad de velos era impactante, pero presentir velos se había vuelto más automático desde mi visita al Purgatorio que, en realidad, había disminuido la sensación inquieta de presentirlos uno por vez.

La pelea solía atraer una multitud pero, ese año, era la más concurrida. No había habido una pelea entre un demonio y un druida en más de cien años. Toda la élite estaba vestida de gala. Al menos eso significaba que no sobresalía con el vestido de fiesta color azul. Noté algunas miradas desorientadas sobre mi calzado. Por fortuna, Junior no era uno de los que miraban.

Mantuve los ojos abiertos en busca de los cuatrillizos. Lamentablemente, más de un corredor de apuestas advirtió mi presencia. Llegué a oír a varios apostadores poner dinero en que Wagner no ganaba. La seguidora de Junior había estado ocupada.

Había seguridad por todas partes. Tenían una actitud de “No tomar prisioneros”. La acción era rápida e inmediata cuando alguien se pasaba de la raya. Más de un fanático ebrio fue apartado. Parecía imposible que cualquier clase de disturbio pudiera descontrolarse con esos tipos en todas partes, pero algo iba a suceder. Solo que no sabía qué ni cuándo. Continué observando la multitud y noté la presencia de algunas personas de la oficina, pero ellas no me vieron.

Junior me mantenía cerca, pero me sentía más una rehén que una novia. Nuestros asientos

estaban justo en el centro, en la primera fila de lo que supuse que era el mejor costado; equivalía a presa fácil. Continué contemplando la multitud. Comencé a alejarme cuando advertí a Quaid.

Junior me sentó en el asiento junto a él. Me tomó de la nuca y apretó con fuerza.

—Los ojos sobre mí, no sobre otros tipos.

—Es solo Quaid —me apresuré a decir.

—Me importa un comino. Estás aquí conmigo —rugió.

¿*Celoso yo?* Sonreí y le di un beso corto en la mejilla.

—Estoy aquí con usted.

Él sonrió y me besó bien. Quería alejarme de él, en especial cuando estaba en modo imbécil alfa macho, posesivo y controlador, pero él no sabía en qué peligro estaba. No podía dejarlo para que Mace lo liquidara.

Su atención se desvió cuando el demonio detrás de mí derramó la mitad de su bebida en mi espalda. Los ojos de Junior brillaron en rojo. Arrojó al tipo de vuelta a su asiento.

—Siéntate —ordenó.

Con Junior distraído, volví a observar la multitud. Él no había muerto allí, pero aún no sabía si ese era el futuro que debía evitar o si mi presencia ya cambiaba las cosas. Tal vez debían dispararle en aquel lugar... Ciertamente, le habían disparado. El arma que Mace había conseguido de la herrera debió haber sido una pistola. Se necesitaba un arma especial para matar a un descendiente del Infierno, ¿verdad? Al menos ahora tenía una idea de lo que debía buscar. El agujero de bala era demasiado pequeño para ser de un rifle. Necesitarían acercarse.

La multitud detrás de nosotros vibraba con gritos alborotados y ovaciones. Las palabras rebotaban a nuestro alrededor como cánticos. La mayoría estaba borracha. La masa de fanáticos estaba mezclada: había tantos brazaletes púrpura como rojos.

Eché un vistazo a la multitud más cercana. Alguien que se parecía a Sage venía hacia nosotros, pero me di cuenta de que no era él cuando se acercó más. Seguí cambiando el foco de aquí para allá, pero salté del asiento cuando el tipo detrás de mí vació sobre mi espalda lo que le quedaba de ron y gaseosa. Al menos no era cerveza.

—Oye, imbécil —gritó Junior—. No te lo diré otra vez: ten cuidado con lo que haces.

El tipo resopló, como si se hubiera ofendido porque Junior lo había llamado “imbécil”.

—¿Ah, sí? —farfulló. Estaba tan ebrio que no parecía tener idea de a quién le hablaba—. ¿Qué harás al respecto, hada madrina?

*Oh, maldición.* Eso iba de mal en peor. Busqué alguno de los guardias de seguridad. Junior estaba por arrancarle la cabeza a ese tipo. Un minuto atrás, el lugar estaba plagado de ellos; ahora ese idiota sería asesinado porque estaban todos en su descanso.

Apoyé la mano sobre el brazo de Junior, intentando atraer su atención. Como si Mace estuviera cerca, sentí un hormigueo en la marca de mi espalda. Se me cortó la respiración cuando lo vi caminar por el corredor más alejado. Sus ojos violeta brillaron con ira cuando encontraron los míos. Con los labios apretados en línea recta, buscó entre la multitud por un instante. Sage se aproximaba por un corredor más cerca de nosotros. Mace, con los dientes apretados y con el rostro oscurecido por la furia, ladeó la cabeza en mi dirección. Los otros no debían estar muy lejos.

Mirando a mi alrededor, advertí la presencia de otro fanático ebrio, a punto de cometer la estupidez de unirse a la discusión de Junior.

—Oye —lo llamé para atraer su atención—. Ese tipo —señalé a Sage— dijo que pareces un druida.

Los ojos del hombre brillaron en rojo, y curvó el labio en un gruñido. Fue a toda velocidad

hacia Sage y lo arrojó al suelo. Estaba lanzándole puñetazos antes de que Sage supiera qué había sucedido. Un minuto más tarde, el tipo volaba por el aire cuando Sage lo arrojó como si no pesara nada. Los otros fanáticos alocados en nuestra sección prestaron atención cuando el demonio subió al cuadrilátero.

—Ese tipo dijo que Wagnerapestaba —grité a la multitud para llevar la atención hacia Sage.

No todos atacaron. Algunos sabrían quién era, y los druidas estaban de acuerdo con su supuesta opinión sobre Wagner. Pero suficientes no tenían ni idea de lo peligroso que era, y se metieron en los disturbios. Sage terminó de nuevo en el piso antes de poder levantarse. Cinnamon se había reunido con Mace, y ambos intentaban mantenerse apartados de la refriega que, rápidamente, estaba convirtiéndose en una batalla campal.

Los ojos de Mace estaban clavados en los míos. Se habían aclarado. Levantó una mano; supuse que era para lanzar su voluntad sobre mí, pero perdió la concentración cuando Cinnamon lo sacó de un tirón de entre la multitud. Me miró con furia una vez más antes de permitir que ella se lo llevara.

Tiré del brazo de Junior. Él no se movió. Seguía discutiendo con el primer fanático ebrio, de quien yo no podía creer que aún no estuviera muerto.

Sorrel corrió hacia la multitud y apartó gente en un intento por llegar a Sage. Junior no vio a ninguno de los gemelos. La pelea estaba extendiéndose. El estadio entero pronto estaría involucrado.

Sorrel ayudó a Sage a levantarse. No miraron atrás mientras ambos escapaban. Junior no moriría aquella noche.

“Tampoco murió la primera vez”, me recordó la voz.

“Lo sé”.

Lo que no sabía era qué significaba realmente. No podía quedarme con Junior hasta el lunes. Con la amenaza inmediata neutralizada, tuve que pasar al plan B: debía llegar hasta Quaid o hasta el Jefe. Ellos podrían resolver todo esto antes de que se convirtiera en un problema.

Me escabullí de Junior. Mantuve mi mirada sobre él, esperando que me sujetara del brazo y me arrastrara de nuevo a su lado. Por fortuna, estaba demasiado ocupado observando el caos para darse cuenta de que yo estaba yéndome.

Corrí entre la multitud, intentando no tropezar con nadie. Me alegraba no tener los tacones puestos. Los de seguridad me pasaron a toda velocidad cuando llegué a las escaleras.

—¿Dónde está el equipo de Marco? —graznó el walkie-talkie de un guardia.

—Su atención, por favor —resonó la voz del presentador por el altoparlante—. Tomen asiento.

—Será un baño de sangre si cancelan —opinó alguien cercano.

La señal roja de salida sobre la puerta brillaba en contraposición al estadio a oscuras. Solo quedaban unos pocos escalones por subir. Cambié de dirección para esquivar a una mujer que se levantaba de su asiento y me topé con un hombre que llevaba un sombrero fedora. *Oh, no*. Era uno de los corredores al que había visto tomando apuestas más temprano. No esperé a que descubriera quién era yo. Me largué de ahí y seguí moviéndome.

Eché un vistazo hacia atrás cuando un silbido muy fuerte perforó el ruido. El hombre del sombrero me señalaba. Maldición, el corredor de Johnny se dio cuenta de quién era yo y sabía que había una orden vigente de entregarme si alguna vez estaba sola en la Ciudad Inferior.

El sonido de la multitud estaba aumentando, poniéndose más furioso. El rumor sobre que la pelea se cancelaría ya se había extendido. El presentador vociferó: “Lamentablemente”, pero eso fue todo lo que oí.

La multitud estaba de pie, gritando: “Pelea, pelea, pelea”.

Pateé algo sin querer. Era una gorra. La levanté y me la puse. Atravesé las puertas de salida hacia el vestíbulo principal. Las puertas se cerraron detrás de mí y bloquearon la mayor parte del ruido. Me concentré en el reloj.

—¿Hacia dónde?

Las agujas apuntaron hacia un pasillo sin salida. Dudé por un minuto, hasta que otro silbido fuerte sonó al otro lado de la puerta cerrada.

Giré todas las manijas mientras recorría el pasillo. La cuarta puerta estaba abierta. Me oculté en el interior cuando la puerta del estadio se abrió de par en par. Cerré los ojos y envié mi presencia de vuelta al pasillo.

El hombre del sombrero acababa de cruzar el umbral. Otro hombre fornido estaba con él. Dejó que las puertas se cerraran para dejar atrás el ruido.

—¿Adónde se fue?

El del sombrero sacudió la cabeza.

—Tan solo desapareció.

El otro hombre miró directamente a mi presencia, pero no pudo verme.

—No fue hacia allí —planteó el del sombrero—. Es un camino sin salida.

—Bueno, no pudo haber desaparecido —argumentó el otro hombre.

El del sombrero sacó el móvil.

—Vinnie acaba de mandarme un mensaje. No cancelarán la pelea.

—Qué bueno porque tomamos demasiadas apuestas de “Wagner no ganará” como para que la pelea se cancele.

—En eso tienes razón.

—Enviaré un mensaje a la Central —indicó, como si esos tipos fueran policías de verdad—. Avisaré que ha sido detectada.

—Sí, ella puede ser problema de otro esta noche. Vamos.

Después de un último vistazo al pasillo vacío, ambos regresaron al estadio.

Esperé a que las puertas se cerraran y luego abrí los ojos. Los cuadrilleros podrían volver a intentarlo esa noche si no cancelaban la pelea. Miré a mi alrededor. Estaba en una sala llena de computadoras, similar a la sala de servidores de la oficina. Esta no era de alta tecnología como aquella y, definitivamente, le faltaba seguridad.

Todos los servidores tenían etiquetas. Algunas estaban curvadas hacia arriba en una punta. Una decía “Marcador” y otra, “Boletos”. Solo una había sido arreglada con cinta una decena de veces. Sonreí cuando leí la etiqueta: “No apagar o será despedido”.

Metí la mano en la parte trasera de la computadora y tiré del enchufe. La computadora se apagó de inmediato; eso causó una reacción en cadena en todas las computadoras de la sala. Una a una fueron apagándose.

Abandoné la sala de servidores y regresé al vestíbulo. Se oyó un repiqueteo de pasos bajar por una escalera a la derecha, justo antes de que dos hombres salieran de repente por una puerta a pocos metros delante de mí. El cartel encima de la puerta decía: “Cabina de control” y tenía una flecha que apuntaba hacia arriba.

Los hombres pasaron corriendo a mi lado, sin siquiera prestarme atención.

—Oh, maldición —se quejó el primer tipo.

—Hora de irse —le dije al reloj. Las agujas giraron y apuntaron hacia la salida más cercana.

Dos segundos más tarde, el edificio se cerró: se apagaron todas las luces, y se acallaron todos los sonidos. Las puertas principales del estadio se abrieron de par en par. Se oyeron unos gritos

ahogados y breves rumores de pánico hasta que se encendieron las luces de emergencia. Luego, se desató un infierno. No me quedé a ver el caos. Necesitaba salir de allí y regresar a la empresa. Era hora de ver al Jefe.

Llegué a la calle antes de que alguien saliera del estadio. Sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que una muchedumbre se abriera paso por las puertas de vidrio. Se oyeron rajaduras y estruendos, ya que más de una hoja se hizo añicos. El diario no había mencionado nada sobre una gran cantidad de bajas. Esperaba que todos hubieran salido ilesos. Me apresuré a cruzar la calle y busqué un taxi. Una vez que regresara a la oficina, el gerente de la flota de autos pagaría la tarifa del taxi.

“El Jefe no está en la oficina”, señaló la voz.

—¿Qué? —pregunté, pero luego recordé que hablaba conmigo misma. Me detuve por un momento. Miré el reloj. Eran pasadas las seis de un sábado por la tarde, pero él siempre se quedaba hasta tarde.

“Si no está en la oficina, sabelotodo, ¿dónde está?”

Hubo una pausa.

“El hotel Lux”, respondió la voz.

Lo recordé. Tenía una reunión fija el primer sábado de cada mes en el Lux. Estaba en su calendario. Podía ver la imagen en mi cabeza, clara como el día. Eché un vistazo al reloj.

—Llévame al Lux.

## CAPÍTULO 18

**I**ba adelantada a los fanáticos de la pelea que iban a pie; caminaba sola por calles prácticamente desiertas. Casi todos los comercios estaban cerrados. Nadie podía competir con la Noche de Pelea. Unos pocos bares tenían carteles en la puerta que decían: “Abierto después de la Pelea” pero, al igual que todo lo demás, aún estaban cerrados.

Estaba temblando. El vestido de fiesta no me abrigaba. También estaba cansada y hambrienta. Al menos no me dolían los pies. Continué andando por otros veinte minutos antes de ver, al fin, algunas señales de vida. El Lux estaba lleno de actividad. Había varios automovilistas esperando por un aparcacoches, y más de unos cuantos tocaban bocina. Con la cancelación inesperada, al hotel le faltaba personal. Todos estaban peleando, y nadie estaba feliz.

Mantuve un ojo en el reloj. Esperaba que las agujas me llevaran a la recepción pero, en su lugar, me dirigieron hacia un callejón oscuro a un costado del hotel. Dudé por un momento, pero el reloj no me había dirigido mal hasta ese entonces. La esfera se encendió cuando abandoné la acera principal; varias puertas tenían luces por encima, lo que daba suficiente iluminación como para que yo no me tropezara con escombros.

Seguí las indicaciones del reloj hacia un pórtico. A medida que me acercaba, podía ver claramente los tres o cuatro escalones que daban a una puerta desgastada. Bajé la escalera e intenté abrir la puerta. La manija no giró pero, por la sombra que daba la luz, era evidente que la conexión no estaba al mismo nivel.

Tiré de la manija. La puerta cedió unos centímetros y retrocedí para poder entrar. La parte superior de la puerta sobresalía más que la inferior. Tomé la manija con la mano izquierda y jalé de la parte superior de la puerta con la derecha. Con un movimiento firme hacia adelante y hacia atrás, logré aflojar la puerta. Atravesé algunas telarañas hacia una habitación abarrotada, que había quedado en el olvido. La única luz provenía de debajo de una puerta al otro lado.

Me golpeé dos veces la rodilla a medida que me abría camino. Cerré los ojos y salí de mi cuerpo. Pestañeeé para llegar al pasillo. Una docena de carros de limpieza estaban alineados a un lado del corredor. Estaban ubicados entre pequeños armarios que corrían a lo largo del pasillo. Abrí los ojos cuando no vi nada ni a nadie.

Apoyé la oreja sobre la puerta; una última verificación antes de salir. El reloj señaló hacia la derecha. Apenas había avanzado un poco cuando oí pasos acercarse. Me oculté en uno de los armarios y cerré la puerta. Una puerta chirrió cerca de mí, sonido seguido por alguien que arrastraba una cubeta rechinante con rueditas y su trapeador. Eché un vistazo al armario, con la esperanza de que no necesitaran nada de allí. Estaba oscuro, pero la luz que provenía de debajo de la puerta iluminaba pilas de telas. Pasé la mano por algunas. Eran demasiado desparejas para ser sábanas. Uniformes, supuse. Oí mientras pasaba el balde chirriante; luego esperé a que el

sonido fuera tan leve que apenas pudiera oírlo.

Tenía la mano sobre la manija cuando se me ocurrió que me vería mucho menos sospechosa con uno de esos uniformes. El vestido azul no abrigaba y se destacaría entre el personal. Necesitaba integrarme. Hice una pausa por un instante para asegurarme de que todo estaba en silencio; luego, encendí la luz. Rápidamente, inspeccioné los atuendos y seleccioné un conjunto de mono de mantenimiento, principalmente porque sería más abrigado que un uniforme de mucama y porque no creía que un huésped se detuviera a pedirle ayuda a alguien de mantenimiento.

Me quité el vestido y lo oculté detrás de una pila de uniformes doblados. Luego, me puse el mono y oculté el pelo bajo la gorra de béisbol que había encontrado en el estadio. Necesitaba mantener un perfil bajo, y esperaba que eso sirviera.

Apagué la luz y cerré los ojos. El pasillo seguía despejado. Salí del armario, pero me quedé paralizada cuando me di cuenta de que uno de los carros del frente se movía. Al principio, no vi a nadie, pero luego advertí la parte superior de una cabeza. Una mucama estaba agachada, recargando su carro con botellitas de champú y de acondicionador. Noté que su tarjeta de acceso estaba en la parte superior del carro. Sin hacer ruido, cerré la puerta del armario de uniformes y caminé por el pasillo. Sin detenerme ni hacer ruido, robé la tarjeta de acceso.

Verifiqué el reloj y seguí su indicación hasta un ascensor de servicio. Cuando oprimí el botón, las puertas se abrieron de inmediato. El Lux era un hotel grande. Tenía cuarenta y tres pisos para elegir, y no tenía idea de por dónde comenzar. Revisar cada piso no era una opción. Me concentré en el reloj, pero no hizo nada.

—¿Cuál? —consulté al fin, pero nada.

Vi la puerta hacia las escaleras. De verdad esperaba que el reloj no pretendiese que subiera las escaleras. Volví a concentrarme y, esa vez, la aguja señaló la botonera. Me acerqué, y las agujas comenzaron a girar; luego, disminuyeron la velocidad a medida que pasaba cada botón. El minuterero señalaba hacia afuera, hasta que llegué al trece. Ignorando la ironía, pasé la tarjeta de acceso y oprimí el botón circular.

Solo tomó unos segundos para que el ascensor llegara al piso trece. Seguí las indicaciones del reloj, que me hizo detenerme en la habitación 1313. Si no hubiera estado tan cansada, me habría reído.

Mi viaje estaba por terminar. El Jefe se encargaría de la situación. Llamaría a Quaid. Ellos resolverían todo. Junior no moriría. Yo no pertenecería a Mace. Podría volver a mi vida espantosa. Una que sería más espantosa sin Jack.

Descarté esos pensamientos. Tenía sentimientos encontrados respecto de su verdadera identidad, pero sabía que él me amaba. Eso no era solo un empleo para él. Pero ¿el Jefe me dejaría quedarme con él? Si nunca me había querido ver feliz (algo en lo que creía), utilizaría esto como una excusa para quitarme a Jack.

Enderecé los hombros. No podía mostrarle ninguna debilidad al Jefe. No era conocido por su paciencia, y estaba segura de que estaría terriblemente furioso porque le interrumpiría la reunión.

Estaba por pasar la tarjeta de acceso, pero enseguida decidí que era mejor golpear.

—Sí... —respondió una voz de *mujer*.

—Mantenimiento —respondí, manteniendo la cabeza baja para que no viera mi rostro por la mirilla.

—Un momento, por favor.

Unos segundos más tarde, una mujer alta vestida de blanco abrió la puerta. Llevaba un sombrero grande, envuelto en un velo, que la hacía parecer una apicultora. Su perfume tenía un aroma ligero y dulce. Me recordaba a alguien, pero no podía recordar a quién y, extrañamente, la

voz no me ayudó. No era la persona que esperaba encontrar en la habitación del Jefe. Por un momento, me quedé sin palabras.

—¿Sí? —preguntó al fin.

—Emmm...—balbuceé al recuperar el habla—. Estoy buscando a... Conrad... Bosh. —Supuse que ella lo conocía por su nombre humano, pero no estaba segura de por qué se me había ocurrido eso.

Ella rio por lo bajo.

—Lo siento, acaba de irse.

Bajé los hombros. Estaba muy cansada. Quería (necesitaba) encontrarlo. No duraría mucho más tiempo a ese ritmo.

—¿Estás bien? —inquirió ella—. Te ves enferma.

Levanté la cabeza.

—Estoy bien —mentí—. Es solo que no comí mucho hoy. —Su perfume me era tan familiar... Debió haber estado en la oficina. Aunque creía que hubiese recordado a una mujer de blanco y con velo—. Realmente, necesito encontrarlo.

—Aguarda aquí —me pidió.

Corrió hacia el interior de la habitación y regresó con dos panecillos y una botella de jugo de naranja. Sacudí la cabeza, pero habría dado casi lo que fuera por esos panecillos. Ella los sostuvo frente a mí.

—Están fríos ahora, pero te ves como si los necesitaras.

Estaba muriéndome de hambre. Los tomé.

—Gracias, señorita...

—Encontrarás *al Jefe* abajo, en el teatro, pero no está solo. Deberás esperar a que termine —explicó.

Yo seguía con la boca abierta cuando ella cerró la puerta. Lo había llamado “el Jefe”, no “Conrad”. ¿Quién era ella? Ahora no. No importaba. Me dirigí al ascensor.

En el camino, me llevé el primer panecillo a la boca y lo comí de dos bocados. Estaba comiendo el segundo cuando abrí la botella de jugo y bebí un trago. Había terminado el segundo panecillo para cuando el ascensor llegó a mi piso.

No estaba vacío cuando se abrió. Una anciana con uniforme de mucama, con el pelo negro azabache tan oscuro que debía ser teñido, ya estaba adentro. Su expresión era cálida y amigable, pero había algo de frialdad en sus ojos. Decidí que era mejor no quedarme mirándola. No necesitaba que alguien me pidiera ver mi tarjeta de acceso.

—¿Subes, cariño? —preguntó.

Entré con cuidado al ascensor, y la puerta se cerró detrás de mí. Examiné los botones; no estaba segura de cómo averiguaría cuál debía oprimir para ir al teatro. No podía utilizar el reloj sin hacer que la mucama sospechara.

—¿Necesitas ayuda, cariño?

Sonreí.

—¿En qué piso está el teatro?

—Tercero, pero puedes entrar sin hacer ruido por el balcón del cuarto. —Su tono era suave y despreocupado, nada como lo que esperaría de una anciana. Había algo siniestramente familiar en ella, pero decidí que era mejor dejar de pensar en ella y seguir con la tarea que tenía entre manos. El botón del tercero ya estaba oprimido. Pasé la tarjeta y oprimí el cuarto. Luego, me desplazé hacia la pared trasera.

Otra empleada subió y bajó antes de que llegáramos al cuarto piso. Volví a mirar a la anciana.

Ella guiñó un ojo y señaló hacia la derecha mientras la puerta del ascensor se cerraba. Me corrió un escalofrío por la espalda. No estaba segura de qué había en esa mujer, pero esperaba no volver a encontrarla.

Seguí por el corredor hasta una puerta pequeña empotrada en un rincón. Ignorando el cartel que decía: “Solo empleados”, abrí la puerta sin hacer ruido y me encontré en un vestíbulo estrecho detrás de los palcos del teatro. Los invitados usarían ese corredor para entrar en su palco; sin embargo, tendrían que subir por la escalera desde la puerta principal en el tercer piso, no escabullirse por la parte trasera.

Podía oír voces, pero no con claridad. Me agaché y entré al palco más cercano. Espié por la barandilla, y me conmocionó ver a los dos hombres que más habían impactado mi vida. El Jefe estaba allí parado, con las manos en los bolsillos. Su traje estaba tan impecable como siempre, aunque un poquito arrugado; el pelo seguía mojado por la ducha. El otro hombre era alguien a quien no creí volver a ver: el señor Harrison, mi antiguo trabajador social. Estaba como lo recordaba: aburrido y promedio, pero no tan mal pagado. Su traje era claramente mejor que el de sus días como mi trabajador social.

Antes de que pudiera asimilar la presencia de esos dos hombres, se abrieron las puertas de detrás del teatro. Volví a agacharme para asegurarme de que nadie me viera.

—Buenas noches, hermana —saludó el Jefe.

¡Hermana!

—Sí, hermana, es bueno verte tan bien —acotó el señor Harrison.

Volví a espiar por encima de la barandilla. ¿A quién llamaban “hermana” los dos?

Mi corazón dio un salto. Mab. Se deslizó por el pasillo hacia ellos; el delicado vestido cubría su cuerpo escultural como si ella fuera un ángel etéreo. Un escalofrío me recorrió mientras la observaba. No podía creer cuán equivocada estaba sobre su conexión con los cuatrillizos. No era la hermana de su madre pagana. Estaba emparentada con su padre, el Jefe.

¿El Rey Demonio y la Reina Pagana eran hermanos? Y el señor Harrison, ¿cómo encajaba? *Oh, cielos, no.* No podía ser el Rey Druida. ¿Cómo era eso posible? Había confiado en tan pocas personas en mi vida que podía contarlas con los dedos de una mano. Tres dedos: Jack, Omar y el señor Harrison.

Supuse que no debía sorprenderme haber sido engañada en todo. Mi novio era, en realidad, un sirviente del Rey Demonio; mi trabajador social era, muy probablemente, el propio Rey Druida; y Omar sabía más que yo sobre mí y sobre mi sangre.

Me oculté cuando Mab echó un vistazo hacia el palco donde me ocultaba. Había presentado mi presencia con facilidad. Estaba segura de que ella sabía que yo estaba allí en carne y hueso. Pensé en escabullirme del mismo modo en que había entrado, pero necesitaba ver al Jefe. Lidiaría con los efectos colaterales si ella decidía delatarme. Se me acababan las opciones, y era evidente que allí sucedía algo más de lo que yo sabía.

—Hermanos, es bueno verlos a ambos tan pronto.

De acuerdo, no me delataría. Me arriesgué y espí por encima de la barandilla. Mab miró al Jefe.

—¿Cómo están tus hijos?

—Tú fuiste quien convocó la reunión, hermana —señaló el Jefe entre dientes. Estaba claro que lo enfurecía estar allí. Y, por lo que parecía con la mujer que estaba en su habitación, me imaginaba lo que había interrumpido aquella reunión—. Supuse que tú serías quien me lo diría —agregó.

—No convoqué esta reunión para hablar sobre tus hijos —respondió ella—. Solo estaba

siendo amable. Vine a hablar sobre la chica.

Los labios de Mab se curvaron en una sonrisa cruel. *Oh, demonios. Hablaba de mí.*

El Jefe sacó las manos de los bolsillos y las entrelazó al frente. Entrecerró los ojos. Luego miró al señor Harrison.

—¿Cuál es tu reclamo esta vez? —indagó el señor Harrison.

*¿Esta vez?*

—Entró a mi reino sin invitación.

El señor Harrison y el Jefe se miraron, pero no dijeron nada. La sonrisa segura de Mab no desapareció. El Jefe se paró más derecho.

—¿Cuándo?

—El tiempo no siempre es lo que parece —contestó con expresión engreída.

Revoleé los ojos. El yo de ese momento no había entrado al Purgatorio todavía. Quizás el Jefe lo sabría.

—¿Por qué? —inquirió él.

O tal vez no.

—Algo relacionado con tus cuatrillizos, sospecho. Es tan difícil hacer un seguimiento...

—¿Tenía intención de entrar a tu reino?

Mab sacudió su delgada mano, como para desestimar la pregunta.

—Ambos sabemos que eso no es relevante. Las reglas son claras. Puedo reclamarla por haber roto la regla y haber entrado a mi reino, si así lo deseo.

¿Cuál regla? ¿La regla sobre entrar sin invitación? Pero eso le permitiría matarme, ¿verdad? ¿Había otra regla que yo desconocía? ¿Una regla que le daba el derecho de reclamarme?

El rostro del Jefe se endureció. No parecía contento con las respuestas de ella. Aunque no me parecía que estuviera poniendo mucha resistencia.

—Harry —expresó ella y luego hizo una pausa.

Harry... El señor Harrison era Harry... el Padrino. Lo había olvidado. El Rey Druida era el Padrino.

—Qué nombre divertido que usas estos días, hermano —continuó Mab—. Tú podrás confirmar mi derecho sobre la chica.

El señor Harrison observó al Jefe y se encogió de hombros.

—Puede reclamarla... si la quiere. —Levantó una ceja hacia Mab—. Mira quién habla. No has cambiado tu nombre desde que Shakespeare lo utilizó en una de sus obras. Y el pelo oscuro nunca te ha favorecido mucho.

Ella rio.

—Lo clásico sigue siendo mejor que “Harry”, Harry. Soy pagana sin importar el color de mi pelo; siempre estoy favorecida.

¡Oh, por todos los cielos!, esas eran las personas que estaban arruinando mi vida... discutiendo como niños.

El Jefe interrumpió, dirigiéndose a Mab:

—¿Por qué la quieres? No es diferente al resto.

Allí estaba el protector al que siempre había conocido: me alegraba saber que al menos una persona no pensaba que yo era especial.

Mab le sonrió.

—Ella es tu debilidad, hermano.

El rostro del Jefe se oscureció por la ira.

—Para nada —gruñó.

Los labios de Mab se curvaron en una sonrisa malvada.

—Y todos sabemos que es diferente al resto.

*¿Quién era el resto?*

—No puedes controlar el destino por controlarla a ella —agregó el señor Harrison.

Mab lo ignoró y se concentró en el Jefe.

—Hay alguien que estará triste si la pierdes. Dime, hermano, ¿ella sigue en el hotel, o ya la enviaste de regreso?

Los ojos de él brillaron en rojo; la miró furioso, mostrando los dientes.

—Ese trato ya se hizo —afirmó él—. No hablaremos más del tema.

—Podrá haber sido un error —intervino el señor Harrison, colocándose entre ellos—, pero Melinda está prohibida. ¿Qué quieres realmente?

Dejé de escuchar después de “Melinda”. Hablaban sobre ella... mi madre. Me dejé caer en el piso, con la espalda contra el palco.

“El perfume”, señaló la voz.

Las imágenes rondaron mi cabeza. Imágenes de una silueta borrosa rodeada de una fragancia suave y hermosa. ¿Cómo podría haberme olvidado?

La apicultora angelical (la mujer de la 1313) era mi madre. La única persona que me había amado.

Sin importarme si me oían, salí corriendo del palco. Corrí por el pasillo hacia el ascensor de servicio. Pareció una eternidad lo que tardé en llegar al piso trece. Casi choqué con una mucama al salir del ascensor a toda prisa. La esquivé y me dirigí a la habitación. Doblé la esquina y me detuve en seco.

Mace estaba parado frente a la puerta de la 1313, escribiendo en su móvil.

—No —susurré.

Él levantó la cabeza. Sonriendo, guardó el teléfono en el bolsillo. Curvó la boca de un lado.

—Todo —indicó; levantó una ceja con satisfacción engreída y señaló la habitación con la cabeza.

*No, no, no.* Sacudí la cabeza. Él no podía tenerla. No a ella. La furia creció en mí. Se encendió un fuego en la base de mi estómago. Quería matarlo.

Una sensación de hormigueo comenzó en mi muñeca. Se me contrajo el pecho, y me costaba respirar. Tenía varios nudos en el estómago, y una presión caliente se acumuló en mis ojos. Volvía a suceder. Era similar al dolor que había sentido cuando me había mostrado que Jack era un demonio.

Unas pequeñas chispas de corriente surgieron del reloj. Unos hilos de electricidad rondaban la malla. Era una acción idéntica a lo que había pasado con la pulsera.

Mace abrió más los ojos a medida que la presión aumentaba en mis ojos. Supuse que estaban brillando en verde otra vez, pero no tenía forma de saber.

“El carro es nuevo”, planteó la voz.

*¿Qué?* Miré por encima de él. Había un carro de mucama fuera de la habitación de mi madre. Había estado vestida y lista para salir. La mucama estaba limpiando; mi madre se había ido. Gracias a Dios. Mace no la tenía.

La presión disminuyó, y las chispas desaparecieron. Su mirada siguió la mía hacia el carro. Él se encogió de hombros.

—La próxima vez.

Jamás se la llevaría. El Jefe no lo permitiría.

—Necesito una salida —le pedí al reloj, aunque no creía que tuviera ese poder. Ahora estaba

segura de que el poder procedía del interior, pero no tenía idea de cómo utilizarlo. La Guardiania había dicho que estaba atada a Invierno pero, de alguna manera, el reloj me permitía canalizar mi poder... por loco que eso sonara. Noté las cortinas que se movían antes de sentir el aire frío en el rostro.

“Morirás”, advirtió la voz.

“Eso no suena a un recuerdo. ¿Qué eres en realidad?”.

La voz se quedó callada.

No había notado la ventana hasta que había pedido una salida. Tal vez tenía demasiada fe en mi poder. Tal vez quería otra reunión con la Muerte. Volví a mirar la ventana, pero me di vuelta cuando Mace habló:

—¿Aprendiste a volar, Claire? —preguntó, y sus labios se curvaron en esa mueca preciosa.

Arqué una ceja.

—Estoy por averiguarlo.

Giré sobre los talones y corrí. No regresaría a su cuidado. Moriría antes de permitir que eso sucediera. Ya se había llevado todo: Jack. No quedaba nada si no podía tener mi libertad. Fuera el piso trece o no, no tenía nada que perder.

—No dejes que muera —le pedí al reloj cuando el aire frío me dio en el rostro.

## CAPÍTULO 19

**M**e lancé por la ventana como si estuviera saltando por un aro de fuego. Abrí los brazos después de haber pasado el alféizar. Por un segundo, caí en picada sobre una de las calles más concurridas del Inframundo. Estaba libre.

En ese momento, no me importaba lo que sucediera, pero la magia no siempre funcionaba como uno esperaba, y supuse que el destino sí tenía planes más importantes para mí.

No había sido muy específica con mis instrucciones. “No dejes que muera y dame un aterrizaje suave” fue lo que debería haber dicho. En su lugar, en un abrir y cerrar de ojos, estaba derrapando (primero con los brazos) sobre el techo del edificio de enfrente. Me alegré de haber elegido el mono de mantenimiento porque, de lo contrario, habría tenido moretones y cortes por todo el cuerpo. En su lugar, terminé con un codo lastimado y dos rodillas raspadas. Podría haber sido peor.

Me puse de pie con piernas tambaleantes. Fui hasta el borde y miré. No podía creer que el salto había funcionado. Por un instante, pensé que el señor Harrison estaba parado en la calle, frente al hotel pero, quienquiera que hubiera sido, desapareció antes de poder estar segura. Levanté la mirada hacia la ventana de enfrente y vi a Mace. La conmoción y la furia le pusieron el rostro de color rojo.

—No puedes ocultarte de mí —articuló él, sacando una de las esposas del Infierno del bolsillo.

—¿Ah, no? —lo desafié—. Obsérveme. —Chasquéé los dedos y susurré: “Ocúltame” al reloj.

La cabeza me daba vueltas, así que cerré los ojos para quitarme el mareo. Mi presencia salió de mi cuerpo. Ignoré la fatiga y recé para que mi poder me ocultara.

Me quedé observando mi cuerpo. *Por favor, que funcione.* Respiré aliviada cuando comencé a desaparecer. Un momento estaba allí y, al siguiente, desaparecí.

—No —articuló Mace, asombrado.

Como si el calor abandonara mi cuerpo, sentí frío y comencé a temblar. Me costaba respirar y observé horrorizada que mi escudo comenzaba a fallar. Empecé a titilar hasta hacerme visible, y no había nada que pudiera hacer para impedirlo.

Abrí los ojos justo cuando caía de rodillas, y luego me desmayé.



ESTABA DOLORIDA. ESTABA LASTIMADA. APENAS PODÍA MOVERME. NO ESTABA MUERTA. ME SENTÍA demasiado miserable como para estar muerta. Exhausta, agotada física y mentalmente, pero no muerta. La muerte habría sido más fácil.

Mi madre. La había visto... o algo así. Lo había llamado “el Jefe”, no “Conrad”. ¿Eso significaba algo? ¿Yo significaba algo?

“Ella te dio de comer”, señaló la voz.

Recordé los panecillos y el jugo de naranja. La voz volvía a ser útil. Mi estómago rugió. Ella no me había dicho quién era. Había ocultado su identidad. ¿Todas las reuniones del primer sábado de mes eran con ella en el hotel?

“No lo hagas —pensé antes de que la voz pudiera decir algo—. No hay nada más que recordar”.

Abrí los ojos. La habitación estaba oscura, pero no por completo. No logré sentarme en los dos primeros intentos. Al tercero, respiré profundo varias veces y luego colgué las piernas del ladrillo que llamaban “catre”. Volví a cerrar los ojos para no desmayarme ni vomitar por la habitación que me daba vueltas. Estaba tan cansada y exhausta que mis músculos temblaban por el esfuerzo. Después de unos minutos, mi respiración se tranquilizó. Abrí los ojos otra vez.

Estaba apoyada sobre los barrotes de la celda. Supuse que mis días de elegir mi propia habitación se habían terminado. Cuando mis ojos se ajustaron, me di cuenta de que ya no llevaba el mono de mantenimiento. Alguien me había lavado y me había cambiado la ropa. Tenía una remera y pantalones verdes sueltos: uniforme de hospital o de prisión; una de dos. Revisé lo demás. Ni zapatos, ni medias... ¡ni reloj!

Observé la muñeca desnuda. Había deseado quitarme el reloj durante más de cinco años. Ahora que ya no estaba lo quería de regreso. ¿Cómo diablos me lo habían quitado ellos? Estaba segura de que nadie, excepto quizás el Jefe, podía quitármelo. ¿Y quiénes eran ellos? ¿Mace? Me había visto en el techo. Esa debía ser otras de sus prisiones. Había mucho silencio. Estaba aislada y sola, como si me hubiesen dejado allí para morir. Si eso era obra de Mace, estaba segura de que no tendría tanta suerte.

A diferencia del sótano en la cabaña, esa habitación se asemejaba a una verdadera prisión. La habitación de cemento tenía cuatro celdas idénticas, sin ninguna separación entre sí. Los barrotes sobre los que estaba apoyada eran los que separaban la celda de al lado. Las paredes fuera de las celdas estaban vacías; eran de cemento sin pintar, lo que hacía que el ambiente fuera frío. Unas escaleras subían hasta perderse de vista, pero eso era todo: sin puertas ni ventanas.

Las otras celdas estaban vacías. Había una manta arrugada en el piso, y el catre estaba un poco torcido en la celda de la otra punta. La habitación también tenía un leve olor almizcleño y sudoroso, como si alguien hubiera pasado tiempo allí hacía poco. Era bueno saber que era una prisión activa.

Cerré los ojos para salir de mi cuerpo, pero nada sucedió. No había ni una chispa de poder. Nada que me hiciera pensar que tan siquiera era posible. No estaba segura de haberme sentido alguna vez tan humana como en ese momento. Era curioso cómo no me gustaba.

Me incorporé con esfuerzo, lejos de los barrotes. Quería ponerme de pie, asegurarme de que la puerta estaba cerrada con llave pero, de la manera en que me sentía, tuve suerte de poder sentarme por mis propios medios. Ponerse de pie no sería posible.

Había una pequeña caja junto al catre. Una nota estaba apoyada contra un cartón de algo. Había visto esa clase de contenedores antes, en bebidas energizantes proteicas, pero esa, con un diseño azul y rojo intenso, no me resultaba familiar. Con esfuerzo, levanté la nota: “Toma esto; necesitarás la fuerza”.

*Sí, claro.* Con mi suerte, eso me achicaría como a Alicia en el País de las Maravillas. *No, gracias.*

“Podrías pasar por los barrotes si tuviera ese efecto”, planteó la voz.

“Qué simpática. —Revoleé los ojos—. Deja de hablarme”.

Se me cayó la nota de la mano y terminó boca abajo sobre el catre. Ese lado decía: “No te recuperarás del todo sin eso”. Intenté reír, pero era un intento patético al ver que apenas podía mantener los ojos abiertos.

Después de unos cinco minutos, cuando estar sentada se convertía en un problema, tomé el cartón y leí la etiqueta: “Berry Blast”. No sonaba muy apetitosa, y los dibujos grandes en azul y rojo, que quizás suponían ser un arándano y una fresa, se veían extraños. La comida no debería verse como arte expresionista. Abrí la tapa y olí; no pude cerrarla lo suficientemente rápido. Oía horrible. Cuando estiré el brazo para colocarlo de vuelta en la caja, mi estómago rugió. Estaba muerta de hambre, pero no estaba segura de que Berry Blast fuera la solución. Claro que era la única opción. Reabré el cartón, me tapé la nariz y bebí.

*Para que quede claro, Berry Blast apesta.* Volví a enroscar la tapa y coloqué el cartón en la caja. No había nada de instantáneo en Berry Blast, y tratar de incorporarme no estaba logrando mucho. Me recosté en el catre y cerré los ojos.

Mi estómago se revolvió, pero no vomité. Sin embargo, tuve la necesidad urgente de ponerme de pie, algo que consideré imposible dado lo cansada y agotada que estaba. Me preparé para el esfuerzo de colgar las piernas al costado del catre. Me sorprendí cuando el movimiento prácticamente me hizo poner de pie. Me sujeté de los barrotes para mantener el equilibrio. Me sentí mareada por el movimiento brusco, pero podía estar parada por cuenta propia.

*¡Cielo santo, Berry Blast es una maravilla!*

Caminé alrededor de la celda con una continua inquietud en las entrañas. El corazón me martilleaba, las manos me temblaban. Acostarme no era una opción. Debía seguir moviéndome. Era como un subidón de cafeína, multiplicado por diez. Quería trepar por las paredes... literalmente. Era evidente que había subestimado el poder de Berry Blast.

Revisé la puerta de la celda por enésima vez. Seguía cerrada con llave. Intenté salir de mi cuerpo, ya que había recuperado la energía y no me sentía como muerta, pero estaba demasiado excitada para mantener los ojos cerrados. Dejé de intentar cuando noté que cada centímetro cuadrado de las paredes de cemento estaba cubierto por jeroglíficos invisibles. No los podía ver, pero el brillo verde era cristalino para mi presencia. Como el sótano en la cabaña de Mace, ese lugar estaba protegido para mantener a las personas en el interior. Los barrotes estaban de adorno.

Después de treinta minutos de caminata, la puerta ubicada al final de la escalera se abrió. Entrecerré los ojos cuando se encendieron las luces, pero se adaptaron con rapidez. Los escalones de madera rechinaron bajo el peso de quien bajara. Mi corazón latía con fuerza. Estaba segura de que Mace estaba listo para castigarme por haberme ido sin permiso y por haber arruinado su intento de asesinar a Junior. Esperaba sentir el hormigueo en su marca, pero no pasó nada. Bajó la escalera hasta quedar a la vista.

Solo que no era Mace.

Era el señor Harrison... Harry... el Padrino... el Rey Druida.

Él había sido mi protector cuando era niña. Ahora había un destello ámbar en sus ojos, pero esa era la única diferencia. Tenía la misma cantidad de pelo canoso que antes, aunque nunca creí que le quedara bien. Estaba exactamente como lo recordaba: más alto que el promedio, con un rostro insulso y pelo castaño claro. Un druida.

*El druida, supuse.*

Claro que, en realidad, jamás había conocido al hombre que tenía frente a mí. No existía el señor Harrison.

Me miró fijo, pero no habló de inmediato. Supuse que no sabía qué decir. No sabía que yo ya

sabía quién era... quién era en realidad.

Nos quedamos mirándonos. Había confiado en ese hombre. Había sido la única persona a la que había considerado contactar cuando el Jefe me había llevado, pero no había podido hacerle eso. El Jefe había dejado las reglas muy en claro. Nadie podía saber para quién trabajaba realmente. Lo que ahora apestaba era que estaba segura de que el señor Harrison siempre había sabido lo que había pasado. Demonios, quizás había hecho que sus hombres me recogieran y me entregaran al Jefe.

Al menos ya tenía mi respuesta sobre por qué él no había estado cinco años atrás; por qué no había entrado cabalgando en su caballo blanco para salvar el día. Reprimí las lágrimas que amenazaban con salir. El señor Harrison se puso serio.

—Claire... Hay mucho que no comprendes.

—Harry. —Ladeé la cabeza—. No le molesta si lo llamo “Harry”, ¿verdad? ¿O debería mantener la formalidad? ¿Señor Harrison? “Rey druida” parece un poco arrogante, pero bueno, lo que usted prefiera.

Él sonrió.

—“Harry” está bien.

—Entonces, ¿alguien llamó a la Policía? ¿Vino a salvarme otra vez? —pregunté con sarcasmo.

—Claire...

Levanté una mano.

—No lo haga. —No quería oír sus excusas—. Debo hablar con el Rey Demonio. ¿Puede llevarme con él?

Él desvió la mirada. Frunciendo el ceño, respondió:

—Ya no le perteneces.

—¿Ya no? ¿Alguna vez le pertenecí? ¿Qué reclamó él cuando usted me entregó a los dieciséis? ¿Le dio algún comprobante? ¿Le dio ella algún comprobante? ¿Soy algún premio que ustedes coleccionan y se pasan entre sí? ¿Es turno de ella?

Él abrió la boca y luego la cerró. Volvió a abrirla.

—Claire, tú eres... —Hizo una pausa.

—¿Diferente del resto?

Levantó las cejas; luego las bajó como si estuviera considerando algo. Unos segundos después, continuó:

—¿Estabas allí? ¿En la reunión?

—Sí.

—¿Cómo? Deberíamos haberte presentado. ¿Y cómo nos comprendiste?

No tenía motivo para ocultar la verdad. Sospechaba que Mab lo había hecho posible, pero no tenía pruebas. Me encogí de hombros.

—No tengo idea, y los oí en mi idioma.

Él entrecerró los ojos como si no me creyera. Un momento después, desvió la mirada.

—Interesante —expresó al fin—. Ella quería que nos escucharas, pero ¿por qué?

—Quién demonios sabe. Es su hermana. ¿Por qué no se lo pregunta? —Sus labios se curvaron en una sonrisa divertida—. ¿Cómo pudo hacerme esto? Entregarme a ella. O a él. Incluso mantenerme aquí. ¿Qué hay de diferente en mí que debo pertenecerle a uno de ustedes?

—Mab está usándote para conseguir lo que quiere de nuestro hermano. Te devolverá una vez que lo logre.

Harry mentía. No podía saber lo que haría Mab. Ella no tendría razón para devolverme. Según ella, ese no era su primer reclamo. Era evidente que me quería a mí, pero ¿por qué?

—Eso no lo sabe, y ni siquiera pienso que usted lo crea. —Lo puse en evidencia—. Claro que ¿a quién engaño? ¿Por qué al Rey Druida, el más temido de la familia real, le importaría?

Harry hizo una mueca.

—Él te salvará si puede.

—Claaaro —pronuncié lentamente—. No me recrimine si no lo doy por sentado.

—Claire...

—Así que ya está. ¿Me entregará a Mab y esperará que ella pierda interés o que el Jefe me salve?

—Es la ley.

—La ley. Increíble.

—Claire...

—De acuerdo, está bien la ley —repetí dibujando comillas en el aire—. No entiendo por qué tuvo que hacerlo usted. ¿Por qué no dejarme salir de aquí? Que me encuentre ella por su cuenta.

—Porque él no te trajo aquí. —La voz de Mace provenía de arriba y sentí el hormigueo de proximidad en su marca.

Me alejé de la puerta de la celda y casi me tropecé con la caja.

—Hola, tío —saludó Mace al llegar al sótano—. ¿Ya se encuentra bien como para viajar?

Harry oprimió los labios brevemente antes de responder:

—Sí.

Mace parecía calmado, pero no tenía control de la situación. Yo había evitado que matara a Junior. Había fracasado por culpa mía, y Mab no parecía el tipo de persona a la que le gustaban los fracasos.

—Gracias, tío —expresó Mace y asintió en dirección a Harry.

Harry inclinó la cabeza.

—Aguarde —dije antes de que él pudiera irse—. No puede dejarme aquí con él.

Harry me observó, pero le habló a Mace.

—Como sabes, sobrino, no tengo ningún derecho, pero debo recordarte que mi hermana espera que su propiedad sea devuelta sin ningún daño.

Mace forzó una sonrisa tensa.

—Es cierto, tío. No tienes ningún derecho. Gracias otra vez por la hospitalidad al permitirme utilizar tu residencia.

—Por supuesto, sobrino. —Las fosas nasales de Harry se ensancharon. Sus fríos ojos oscuros brillaron con su poder.

Mace inclinó la cabeza y la mantuvo hacia abajo.

—Gracias, señor —expresó y, esa vez, fue con sinceridad—. Agradezco tu consejo. No dañaré la propiedad de la tía Mab. Lo juro.

Sin decir más, Harry se dio vuelta para irse. El rechinar de las escaleras hizo eco mientras abandonaba el sótano y me dejaba a solas con Mace. Este estaba furioso cuando me enfrentó. No me serviría de mucho, pero me quedé contra la pared trasera de la celda, tan lejos de la puerta y de los barrotes como fuera posible.

Él me sujetó con su voluntad y me atrajo a la puerta. Una expresión helada endureció su rostro, y la sonrisa falsa no llegó a sus ojos. Extendiendo la mano por entre los barrotes, me acarició la mejilla.

—No deberías haber interferido.

Me tomó el rostro cuando intenté desviar la mirada y me observó. Un momento después, su rostro cambió. Tal vez vio algo en mi mirada; algo que hizo llegar una sonrisa a sus ojos. Deslizó

la mano hacia mi nuca y me apretó contra los barrotes; luego, colocó la otra mano en mi estómago.

—Disfrutaré quitándote esto —señaló con una sonrisa malvada.

Bajé la mirada hasta su mano, observando cómo cubría mi panza.

—No. Miente.

Cantó algunas palabras en demonio, según me pareció, y un dolor ardiente me atravesó a la mitad. Mientras la energía fluía, bailaba en mi interior hasta que se fundió con algo en lo profundo de mi abdomen. Grité cuando envolvió la pequeña bolita interior.

Caí al piso cuando él me soltó y me hice un ovillo. Me vibraba el estómago como si me hubiera dado un puñetazo, pero era peor que eso. Me envolví la cintura con las manos y me obligué a dejar de temblar.

—No tendrás nada de él. No a menos que yo lo permita.

No podía estar embarazada pero, si lo estaba, ¿me lo acababa de quitar?

—Bastardo. No le creo. Y olvídense de matar a Junior. Vi a Quaid en la pelea. Ahora jamás llegará a él.

La sonrisa de superioridad de Mace desapareció. Técnicamente, todo lo que había dicho era verdad. Había visto a Quaid en la pelea, excepto que no había tenido la oportunidad de hablar con él. Unos segundos después, Mace soltaba carcajadas.

—Eso es bueno, Claire —indicó sofocando la risa—. Algo de eso incluso es verdad pero, a diferencia del bebé, por el que deberás aguardar unas semanas para confirmarlo, puedo demostrarte lo equivocada que estás ahora respecto de Quaid. Sin perder la diversión, sacó el móvil y escribió algunas palabras; luego, volvió a guardarlo en el bolsillo.

Ignorándolo, me miré el estómago. Él había dicho que llevaría algunas semanas confirmar el embarazo, lo que significaba que no había quitado al bebé... si era real. Me puse de pie. El dolor había disminuido, pero aún podía sentir un nudo en el estómago.

Oí movimiento en la parte superior de la escalera. Se oyeron pisadas fuertes que bajaban con rapidez. Me quedé boquiabierta.

—Fue una buena mentira, Claire —mencionó Mace, y se dio vuelta para mirar a nuestro invitado—. Dime qué parte fue realmente verdad.

Me quedé con la boca abierta frente al último hombre del que creía que podría traicionar al Jefe. Quaid, su mano derecha, entró caminando como si fuera el dueño del lugar.

—¿Por qué? —le rugí.

—Te ves terrible, Claire —opinó Quaid, con una mueca más que con una sonrisa. Antes se había visto como uno de los del equipo de seguridad de la pelea. Ahora estaba vestido con traje y camisa negros, y su pelo corto y oscuro tenía un corte perfectamente militar: su estilo habitual de oficina.

—¿Por qué?

Bajó un extremo de la boca, lo que dejó una sonrisa torcida.

—Tengo mis razones. Solo digamos que se lo tenía merecido.

—Al parecer —intervino Mace—, Junior mató a su amada. Mil años atrás, creo que dijiste.

Quaid lo miró con el ceño fruncido. Todo rastro de humor había desaparecido.

—Tenía mis dudas, por supuesto, pero otros estaban convencidos. No es que tú...

—Quitó a la seguridad del camino —interrumpió Quaid—. Es lo que acordamos que haría yo. Tuviste tu oportunidad y lo arruinaste. El vidente que vino a mí no me dijo dónde había visto el cuerpo, sino solo que había visto a Junior muerto.

¿Cómo?

—¿Cuál vidente?

—No el que tú conoces.

—No es el... —Me aclaré la garganta cuando el hechizo no me permitió decir que no era el único al que conocía.

—¿Qué te sucede? —inquirió Quaid.

—Hace mucho eso —respondió Mace por mí. Quaid resopló—. ¿Qué es lo gracioso?

—Nada. ¿Es todo lo que necesitas? Tengo cosas que hacer.

—Estás en esto hasta el final. Nos acompañarás a ver a la tía Mab. —Sacudiendo la cabeza, Quaid comenzó a decir algo—. No es un pedido. La reina lo ordenó.

Quaid me miró furioso, como si yo tuviese algo que ver con sus problemas.

—Esto es cosa tuya, hombre rudo —le recriminé. Él era quien iba contra el Jefe.

—Vete —le espetó Quaid a Mace—. Quiero hablar con Claire a solas.

—No.

—¿Por qué? ¿Temes que me ruegue... que la salve?

—¿Es mía! —gritó Mace—. Mi influencia aquí es limitada, pero tendré el control completo en el Purgatorio.

Control completo. ¿Qué diablos significaba eso?

La mandíbula de Quaid se tensó.

—Ella me juró lealtad a mí. Un lazo con una pagana mediante torta pagana es casi imposible de romper.

Quaid me observó.

—Tenía la impresión de que le pertenecía a Mab ahora.

El cuello de Mace se tensó.

—Me la dará como obsequio —explicó con seguridad.

Quaid no ocultó las ganas de reír. Mace era un tonto. No tenía idea de por qué exactamente, pero Mab nunca me entregaría. Miró a Quaid con el ceño fruncido.

—Caminas por la cuerda floja —gruñó—. Si mi padre supiera...

—Si tu padre supiera que intentas matar a Junior —interrumpió Quaid—, no estaría contento.

—No deberías apresurarte a pensar que gozas de la aceptación de Mab.

—Te sugeriría que sigieras tu propio consejo. —El tono de Quaid era engreído.

Mace permaneció en silencio por un momento, pero la ira en sus ojos era evidente. No creía que Quaid hubiera sido tan engreído si fuera un demonio corriente. Su tamaño era impresionante, pero los descendientes del Infierno eran más poderosos que los demonios. Quaid, sin embargo, estaba protegido de la venganza de los descendientes por hechizos muy poderosos creados por el Jefe. De lo contrario, no habría sido muy efectivo.

Mace no tuvo más remedio que ceder.

—Habla todo lo que quieras. Ella será mía. —Me miró con desdén antes de abandonar el sótano.

Quaid se quedó, aunque yo no tenía idea de qué quería hablar.

—¿Por qué está aquí? No creo esa historia sobre su amada, como no la cree Mace.

Quaid se encogió de hombros.

—Tengo mis razones.

—Bien por usted. Ahora, si no va a sacarme de aquí, váyase. No estoy de humor.

Me recosté en el catre, estiré las piernas y cerré los ojos. Lo observé con mi presencia. Él giró para mirar la escalera y levantó la mano como si fuera a abrir la puerta. La bajó sacudiendo la cabeza.

—¿Para cuál demonio trabaja en realidad? —le pregunté, con la esperanza de hacerlo hablar

como había hecho con Mace. Él no pareció darse cuenta.

Se dio vuelta para abandonar el sótano e hizo una pausa antes de llegar a la escalera.

—Lo que sucedió debe suceder —murmuró; luego subió y se fue.

¿Qué demonios fue eso?

## CAPÍTULO 20

— Claire... —llamó una voz de mujer, pero no parecía provenir de una persona. Sonaba etérea, si lo etéreo tuviese un tono de voz—. Claire... —llamó otra vez y, entonces, abrí los ojos.

Ya no estaba en la celda del sótano. Flotaba, sin peso. Además de la voz, no había ruidos en ese lugar, solo olas de luz brillante que atravesaban la oscuridad.

—¿Quién está allí? —pregunté.

La presión de la luz me pesaba como si hubiera salido de una habitación con aire acondicionado a un día de verano caluroso y húmedo. Pero la temperatura no estaba alta. No era más que una nada vacía e insustancial en la que flotar.

—Una amiga —respondió la mujer.

—¿Dónde estamos? ¿Quién eres tú?

Oí una pequeña risa.

—En algún lugar de tu cabeza, supongo.

¿Qué?

—¿Quién eres?

—Ya no me permites hablar. Me siento sola.

¿Era la voz? Respiré profundo para tranquilizarme.

—De acuerdo; para que quede claro: ¿tú eres la voz?

—Tengo un nombre.

—No es cierto. Eres mi subconsciente, que fue hechizado para que no me permita olvidar. No tienes un nombre. —Hice una pausa por un instante y agregué—: solo los locos les ponen nombre a las voces en su cabeza.

—Soy Jayne.

—No te llamaré “Jayne”... No puedo creer que mi voz interior crea que tiene un nombre.

—No soy el resultado del hechizo, pero el hechizo sí me liberó. No estás loca.

—Claro, la voz en mi cabeza me asegura que no estoy loca. —Me froté los ojos—. Esto es una pesadilla, y debo despertarme.

—Debía decirte algo, pero no estabas escuchando —me regañó la voz—. Esto es lo único que se me ocurrió para llamar tu atención.

*Si dejo de escuchar, ¿desaparecerá?*

—No.

*Ufff. La voz puede leer mi mente.*

—Bien, ¿qué?

—No debes comer ni beber nada mientras estés en el Purgatorio.

—¿Por qué no?

—Le dará demasiado control.

—¿A quién? ¿A Mab? —Pero, en lugar de obtener una respuesta, comencé a alejarme de la oscuridad. Luché por quedarme en el vacío, pero nada funcionaba—. ¡Espera! —grité.

—¿Por qué? —indagó Harry.

Abrí los ojos de golpe. Estaba parado junto a la celda, observándome. Me senté en el catre y coloqué las piernas de costado. Debí haberme quedado dormida después de que Quaid se había ido.

—Nada, solo una pesadilla —contesté. Era eso, o de verdad había una voz en mi cabeza llamada “Jayne”.

Había un nuevo cartón de batido de poder en la caja. Hubiese preferido comida de verdad, pero otra ayuda para sanar no vendría mal. Los efectos fueron más inmediatos esa vez. Los sentí antes de terminar la mitad del contenedor.

—Mace... los cuatrillizos... intentan asesinar a Junior —le conté antes de que alguien pudiera volver a interrumpirnos. No podía darle los detalles, pero podía decirle lo que planeaban. La expresión de Harry no cambió—. Supongo que no es su problema —agregué. Ninguna reacción. Sacudí la cabeza.

—No intentes ese salto de nuevo —me advirtió—. Tal vez no esté allí para salvarte la próxima vez.

Lo miré furiosa. Había sido él fuera del hotel, y ahora quería gratitud.

—No finja que le importa. No le pedí que me salvara esta vez.

Su cuerpo se puso tenso, y sus ojos brillaron con un malvado color ámbar. Aún lo veía como al señor Harrison; eso era estúpido. Era el Rey Druida, y haría bien en recordarlo.

Él respiró profundo.

—Pensé que tal vez querrías esto de vuelta antes de irte. —Sostuvo el reloj en alto.

¡Mi reloj! Me levanté del catre y caminé hasta la puerta. Él lo retiró.

—No lo utilices en presencia de Mab. Lo presentará y te lo quitará. —Volvió a extender el brazo.

—De acuerdo. —Tomé el reloj y me lo puse. Se transformó en un reloj de dama negro, de estilo militar. Muy funcional... práctico... algo que combinaba a la perfección con mi típico uniforme de prisión. Había querido quitármelo durante años, y en ese momento me aliviaba tenerlo de regreso—. ¿Cómo me lo quitó?

—Es uno de los míos —explicó—. Lo creé para ti.

¿Lo creó para mí?

—Pero me lo dieron en la empresa.

Él arqueó una ceja.

—¿Estás segura sobre eso?

Pensé en el día cuando me habían secuestrado en la calle. Si había sido la banda (los muchachos de Harry), podrían habérmelo colocado antes de entregarme al Jefe. Podría haberlo llevado puesto al llegar. Había estado inconsciente. Quién sabe cuándo lo había recibido en realidad.

—Bien, de acuerdo. No sé cuándo lo recibí, pero ¿por qué lo quitó?

—El reloj te permite acceder a tu poder. Cuando saltaste, utilizaste demasiado y casi mueres —explicó—. Tuve que quitarlo para que pudieras sanar.

—La Guardiania dijo que era mi poder...

—¿La Guardiania? —La expresión de Harry se endureció—. ¿Hablaste con la Guardiania?

¿Cuándo?

—¿Por qué le importa?

Repasé en mi cabeza la conversación con la Guardiania. Ella había hablado de las estaciones. Yo había decidido que el Jefe era Verano. Harry era su opuesto, ¿verdad? ¿Significaba eso que Harry era Invierno? Ella no había especificado el sexo de Invierno, pero Otoño (el misterioso cuarto reino) era mujer, y Primavera, hombre. Mab no estaba oculta, así que no podía ser Otoño ni podía ser Primavera. Tenía que ser Invierno... lo que significaba que Harry debía ser Primavera.

¿La mascota de Harry? Solté una risa sardónica. Mejor que la de Mab, supuse.

—¿Usted es Primavera? —Él frunció el ceño. Los hombros relajados se pusieron rígidos—. Eso tiene mucho sentido —murmuré, más para mí que para él—. En serio me van pasando. Primero usted, después él, ahora ella.

—No conoces todos los hechos —planteó.

—¿Usted la dejó atrapada en el espejo? —Él se quedó quieto de una manera poco natural. Tomé eso como un sí—. Me llamó su “mascota”.

—No significa nada.

Resoplé y volví a sentarme en el catre.

—Claro.

Después de una larga pausa, él suspiró y se frotó la frente. Tenía los ojos cerrados. Arrepentimiento o pena. ¿Me importaba? Cuando abrió los ojos, la mirada más suave del señor Harrison cruzó la mía.

—El poder es tuyo, Claire, pero...

—Estoy atada a Invierno... Sí, recibí el comunicado. La vida apesta. —La sangre de Invierno rompería la maldición. ¿Lo sabría él?

—No hables de cosas que no comprendes —me advirtió.

Estaba harta de esta porquería críptica.

—Entonces, explíquelo. Hágame comprender.

Harry frunció los labios.

—Eres especial...

—¡Especial! —chillé mirándolo furiosa—. ¡Le pido que me explique, y me dice que soy especial! ¿Qué soy en realidad?

—Eres única.

—Condenadamente increíble. —Sacudí la cabeza—. Cambia “especial” por “única”. Aleluya, ahora estoy consiguiendo respuestas—. Él se frotó la nuca. No lo liberaría tan fácilmente. Quería respuestas verdaderas—. Hay algo diferente en mi sangre —indiqué. Él se quedó quieto, pero permaneció en silencio—. Los videntes están al tanto —continué, pero él siguió sin decir nada—. ¿Qué soy? ¿Qué saben ellos?

Él se quedó allí de pie, impávido. Ese no era el hombre que yo conocía. El hombre que había conocido de pequeña me habría contestado. Me habría explicado... como siempre, cuando había tenido preguntas.

Exhalé, pensando en la Guardiania. Ella lo había hecho parecer como si todos estuvieran involucrados en lo que yo era o en lo que me había convertido: no humana.

—Mascota de Primavera. Atada a Invierno. Protegida por Verano. Fastidiada por Otoño —murmuré.

Harry inspiró profundo. Sus fosas nasales estaban ensanchadas. Toda la pasividad había desaparecido. Jamás lo había visto así de furioso.

—Hablas de cuentos de hadas y de mitos —gruñó.

—¿Otoño es un cuento de hadas? —pregunté—. Debo haberme perdido esa parte en su libro. Los ojos de Harry brillaron de color ámbar.

—No sigas hablando de eso.

—Entonces, explíqueme qué me hace especial. ¿Por qué laGuardiana está atrapada y los videntes están tan interesados en mi sangre que buscan pruebas de su existencia?

Harry se dio vuelta, con los labios apretados, como si se contuviera de decir algo.

—Ni siquiera soy humana, ¿verdad?

Él cerró los ojos y se apretó el puente de la nariz. Un minuto después, se encaminó a la puerta.

—Señor Harrison, por favor, dígame. Ayúdeme a comprender. —Me puse de pie y corrí hasta los barrotes—. Confié en usted alguna vez. Al menos explíqueme por qué me quiere Mab. ¿Qué significa que le pertenezco? ¿Cómo es que este es el segundo reclamo? No puede ser todo tan condenadamente sagrado.

Él tenía el ceño fruncido cuando me miró de frente. Respiró profundo.

—Naciste con magia, lo que le dio a Mab el derecho de reclamarte al nacer.

Levanté las cejas de golpe. ¿Nací con magia? ¿Reclamada al nacer?

—¿Cómo puede ella hacer eso?

Harry suspiró.

—Es nuestra ley. Es para mantener el equilibrio y para evitar que la magia quede en manos de los humanos.

—¿Qué clase de...?

—No debatiremos sus méritos —me interrumpió.

—De acuerdo... Entonces, ¿por qué no me llevó en aquel momento? ¿Quería algo más a cambio? —Debió haber conseguido algo para dejarme en paz. Aunque, si la regla era mantener el equilibrio, parecía extraño que ella tuviera opciones.

—Qué va —murmuró y se pasó la mano por el pelo—. Nada tan simple, me temo.

—¿Qué sucedió?

—Se cerraron tratos. Se hicieron sacrificios. Se te perdonó tu destino.

—¿Sacrificios? —inquirí, pensando en lo que los humanos sabían sobre los druidas, pero Mab no era druida, y yo estaba bastante segura de que la tendencia druida a los sacrificios era una leyenda urbana. Aparté esos pensamientos de la cabeza—. ¿Por qué ahora?

—Rompió las reglas —respondió él, pero no dio detalles.

—¿Cuáles reglas?

—Regresaste al Purgatorio... sin invitación.

—¿Qué? ¿Es todo? ¿Así sin más puede reclamarme?

—Sí.

—¿Cómo se suponía que debía conocer esa regla?

Harry se quedó mirándome como si yo no estuviese viendo lo obvio.

—Se te entregó un libro.

—El libro de cuentos... el que nunca se perdía —se me ocurrió—. Esa era mi advertencia.

Él asintió. *Increíble*. Mi vida dependía de un libro al que no sabía que debía prestar atención. Reí y sacudí la cabeza. *Condenadamente increíble*—. La próxima vez, que sea una lista. Ya sabe, algo así como “Cosas por evitar”. La número uno es mantenerse alejada del Purgatorio para que la hermana psicótica de tu antiguo trabajador social no arrastre tu trasero a su reino para torturarte y mutilarte. Algo simple como eso. Como si hubiese tomado nota mental de mi pedido, inclinó la cabeza. Lo miré boquiabierto, aunque no estaba segura de por qué me sorprendía su actitud—. Entonces, ese fue el trato: no romper la regla. ¿Cuál fue el sacrificio?

—Tu madre —contestó.

¿Cómo?

—Ella murió al darme a luz. ¿A eso se refiere con lo del sacrificio?

—No.

—¿Qué le sucedió a ella? —Harry parecía reacio a contarme—. No puede lanzar la bomba y luego rehusarse a decírmelo. —Bajó la mirada—. Cuénteme. ¡Por favor!

Harry soltó un suspiro de exasperación.

—Naciste con tu poder y, al igual que los demás, Mab te llevó a vivir a su reino. Para ser una pagana.

—¿Me llevó? ¿Cómo exactamente?

—Moriste.

—¿Eh? —Me ahogué por un instante, sin poder llenar los pulmones de aire—. Si morí... ¿Cómo...? —No sabía cómo hacer la pregunta correcta.

—Mi hermano —señaló Harry—. Te robó de la Muerte y te regresó con Melinda. —La Muerte... Allí fue donde lo había visto la primera vez. Cuando era inocente. Harry continuó—: Mab se vengó matando a tu madre, pero no terminó allí. —Se me llenaron los ojos de lágrimas. Mi madre fue el sacrificio—. Las cosas se salieron de control —siguió explicando—: Me vi obligado a intervenir y resolver el problema para evitar una guerra. Obligué a mis hermanos a comprometerse y a detener las riñas infantiles por una pequeña humana.

Ignorando su comentario evidente sobre mi insignificancia, pregunté:

—¿El Jefe luchaba porque amaba a mi madre?

—Al parecer, sí.

—¿Habría ido a la guerra por ella?

—Sí.

—¿Ella lo amaba? —Parte de mí quería que Mace estuviese equivocado.

—Mucho. Aún lo ama.

Pensé en la apicultora angelical.

—¿Él es mi padre? —susurré, temiendo que la respuesta fuera positiva.

—Mab no podría haberte reclamado si hubieras sido de él —contestó Harry.

Sus palabras me dieron algo de alivio, aunque hubiese preferido oír un simple no.

—¿Qué obtuvo Mab? Jamás se habría ido con las manos vacías.

—Te habría conseguido a ti si no hubiese matado a tu madre. En su lugar, se le dio el derecho a reclamarte en el futuro si rompías las reglas al regresar al Purgatorio sin invitación.

—¿Por qué mi madre se ocultó de mí en el hotel? No la habría reconocido. Si puede visitar el hotel...

Harry levantó la mano para interrumpirme.

—Se oculta de todos. Mab le quitó su belleza antes de matarla, y no tiene permitido contactarte.

—¿Parte de la tregua? —Él asintió—. Entonces, morí. Es bueno saberlo —comenté, tratando de apartar los pensamientos de mi madre—. Pero eso no explica lo de la sangre.

—Tu poder está en tu sangre. Tu sangre es única. Es todo lo que puedo decir.

—¿Es por eso que Mab ató mis poderes?

—Ató tus poderes para hacerte humana. Fue su concesión por haberte perdido.

—¿Cambié las cosas cuando entré al Purgatorio? Mis poderes comenzaron a regresar. ¿Por eso era que estaba prohibido?

—Una de las razones.

—¿Pero la atadura no está rota?

—No, solo debilitada. El reloj te permite acceder a parte del poder, pero el viaje al Purgatorio aumentó la grieta. Puede continuar expandiéndose con el tiempo, pero jamás será rota. Parte de ti siempre será humana.

Pensé en las palabras de la Guardiana. Ella había dicho: “La sangre de Invierno romperá la maldición”.

Si la atadura era la maldición que, según Harry, no podía romperse, ¿cómo cambiaría eso la sangre de Mab? ¿Y por qué Harry no sabría que la sangre de ella tendría ese efecto? Claro que yo no tenía idea de cómo conseguiría algo de su sangre ni de qué debería hacer con esta cuando la obtuviera.

—Los videntes saben sobre mi sangre —le recordé—. La herrera me sacó muchísima.

Harry frunció el ceño.

—No deberían haberle permitido que sacara ni una gota. —Me encogí de hombros. ¿Qué esperaba que hiciera?—. ¿La diste de manera voluntaria?

—Emmm... Es complicado.

Él exhaló un suspiro de frustración. No me importaba si estaba enfadado. No estaba dispuesta a dejar que Jack muriera. Harry se dio vuelta para irse.

—Aguarde. ¿Por qué es tan importante?

Él se detuvo. Miró hacia atrás.

—Está prohibido hablar del tema. No sigas hablando de eso.

¿Prohibido? Harry movió los hombros. Estaba yéndose.

—¿Observarme fue su trabajo cuando era pequeña? —Él se pasó las manos por el pelo—. ¿Fue su trabajo salvarme de la Guardiana? Recuerdo que me salvaba mucho. —Estudié mis manos; no quería mirarlo—. Pero, en realidad, nunca me ayudó. —Siempre había enviado a la Policía, me había rescatado de la más reciente mala situación en una familia de acogida, pero jamás me había dado una vida mejor—. ¿Ayudarme también estaba prohibido? —Miré hacia arriba.

Él se frotó la frente y abrió la boca, como si fuera a decir algo. Vi una breve expresión de dolor en él antes de que se diera vuelta y se dirigiera a las escaleras.

—Supongo que de verdad es el Rey Druida... el monstruo, no el santo. ¿Creyó que esta apariencia sería más llevadera para mí? No lo es. Hubiera preferido morir creyendo que el señor Harrison era real. —Abruptamente, como si mis palabras lo hubiesen golpeado, se detuvo, pero no se dio vuelta. Unos segundos después, continuó subiendo las escaleras y salió por la puerta. Maldición. Más preguntas; ninguna respuesta. Comencé a caminar de un lado al otro. La energía de la bebida estaba poniéndome inquieta. Quería salir de ese agujero. Retrocedí hasta la pared cuando la puerta del sótano se abrió. Era Quaid. Estaba solo. Le pregunté—: ¿Por qué está aquí?

—Porque Harry está de mal humor —contestó.

—No, imbécil, ¿por qué está aquí, ayudándolos?

Él miró hacia la escalera.

—¿Por qué te importa?

—Guau. —Levanté las cejas—. En primer lugar, consideremos quién está de cada lado de los barrotes. Y, si va a traicionar al Jefe y a ayudarlos, ¿qué motivo tendría para mentirle a Mace?

La sonrisa de Quaid desapareció.

—No mentí.

—Si él no creyó su historia de amor, fue una mentira.

—Él no puede leerme. Eso lo enfurece, así que insiste en que debo estar mintiendo.

—Como sea. —Quaid miró su reloj—. ¿Qué? ¿Llega tarde a una reunión?

Ignorándome, sacó el móvil y escribió varios mensajes, algo que le había visto hacer más de una vez en la oficina. Miré mi propio reloj.

—¿Qué día es hoy?

—Lunes —respondió Quaid sin dejar de mirar su móvil.

—¡Lunes! —Había perdido un día completo. ¿Había estado tan exhausta?

Quaid dejó lo que estaba haciendo y guardó el teléfono en el bolsillo cuando la puerta ubicada al final de la escalera se abrió. Sentí el hormigueo de su aproximación en mi marca antes de verlo.

Mace no parecía feliz de que Quaid estuviera conmigo. Su mirada iba de uno a otro.

—Creí haberte dicho que me esperaras arriba —planteó mirando furioso a Quaid.

Quaid resopló. Era evidente que no tenía ningún respeto por él.

—¡Vete! —ordenó Mace.

Quaid le mostró una sonrisa tensa y luego me echó un vistazo antes de irse.

—¿Qué estaban haciendo tú y él? —consultó Mace, mientras su mirada me mantenía en mi lugar.

—Haciendo... nada. Hablábamos sobre lo idiota que es usted.

Sus fosas nasales se ensancharon. Utilizando su voluntad, me obligó a pararme y a caminar hacia él. Se concentró en mi estómago mientras me acercaba. Sus dedos se doblaron como garras.

—Me llevaré esto ahora. Quizás eso te ayude a comprender cuál es tu lugar.

Luché por resistirme a su atracción.

—Déjeme en paz, maldito. No lo toque.

Mace sonrió; su voluntad dominaba mi lucha. Me abracé la panza. Él envió una ola de energía por mi cuerpo. Al igual que antes, se sintió como si la energía rebotara por todo mi cuerpo, hasta que encontró el nudo en mi estómago.

Inspiré profundo.

—Por favor, no lo haga. —Ahora estaba rogando.

—¿Aún lo quieres? ¿Sabiendo lo que sabes sobre Jack? Es un demonio, Claire. Te mintió. Solo hacía su trabajo.

Cada palabra me llegó como un golpe. Desvié la mirada. No quería que él viera la verdad. La verdad sobre Jack y sobre lo que había sentido (lo que aún sentía) por él. La voluntad de Mace me envolvió y me obligó a mirarlo.

—Todavía lo quieres. Y también tendrías su hijo demonio. —Cantó algo en antiguo.

La energía se fusionó en una punzada aguda de dolor en mis entrañas. Chillé un grito estridente.

—No, por favor, deténgase. Haré lo que quiera.

Él hizo disminuir el dolor a una punzada leve.

—¿Cualquier cosa?

—Sí —susurré.

Sus ojos brillaron, y curvó los labios en una sonrisa malvada.

—¿Matarías a Junior por mí?

Di un grito ahogado. *Oh, cielos... ¿Maté a Junior?* Se me secó la boca. Luché por liberarme, pero su voluntad se intensificó. Las náuseas subieron a mi garganta. *No, no pude haberlo hecho. No lo habría hecho.* Mace me aferró la barbilla y me miró a los ojos.

—Te ves culpable —gruñó—. Pero Junior no está muerto aún.

Quise desviar la mirada. Una mueca torció sus labios.

—Es claro que estás dispuesta a hacerlo.

Su seguridad petulante me asustó. Él no entendía por qué era culpable; todavía no había matado a Junior, pero había visto el video. Él había mencionado mi nombre justo antes de recibir el disparo. Podría haber sido yo. Las lágrimas se acumularon mientras lloraba por la familia que no tendría. Aun si Mace me permitía quedarme con el bebé, no me liberaría. Jamás tendría una vida normal. Él se aseguraría de eso. Me observó. Frunció el ceño en señal de confusión, pero él tenía el poder y lo sabía.

—¿Estás lista para obedecerme ahora?

Me estremecí cuando él movió de nuevo la mano hacia mi estómago. No intentó lastimarme, pero la amenaza estaba implícita.

—Tal vez, si eres buena —planteó mientras me apartaba el pelo del rostro—, te dejaré criar al pequeño bastardo.

—Váyase al diablo —espeté, intentando reprimir las lágrimas.

Él abrió la puerta de la celda. Continuó como si yo no hubiese dicho nada:

—Debo entregarte a Mab, pero espero que me permita quedarme contigo. —Intenté recomponer mis emociones. No quería que supiera lo que pensaba de su plan. Era un tonto por pensar que ella le dejaría tener lo que quisiera. Me apretó el brazo al sacarme del sótano—. ¿Comprendes?

—Sí.

—Bien.

Una vez arriba, me arrojó hacia Quaid. No volví a ver a Harry al salir de la casa. Un auto nos esperaba en la puerta. Quaid me empujó a la parte trasera del vehículo. Cinnamon y los gemelos ya estaban allí. Ninguno advirtió mi presencia; no me molestó. Parte de mí quería advertirles, pero la otra parte sabía que era inútil, así que decidí quedarme callada. Cinnamon seguía teniendo el pelo recogido, y Sage llevaba la corbata verde que le había visto planchar en la cabaña. Él y Sorrel se veían un poco machacados, pero a ninguno parecía importarle (¿o tal vez no lo recordaban?) que yo había provocado que los fanáticos locos los atacaran.

—¿Por qué tenemos que ir todos? —consultó Cinnamon con el ceño fruncido.

—La tía Mab lo solicitó —respondió Sage.

—Solicitó... Más bien lo ordenó —se burló.

—Ella no puede darle órdenes. Debería haberse negado —señalé mientras Mace se ubicaba en el asiento.

Cinnamon frunció los labios, y sus cejas formaron una línea. ¿Ni siquiera había considerado negarse? Comencé a decirlo cuando Mace intervino:

—Suficiente. —Me miró la panza. Desvié la mirada. Desafiarlo en ese momento no era una opción. Él se reclinó en el asiento y colocó la mano sobre el brazo de Cinnamon—. Es solo un pedido de visita.

El rostro de ella se relajó al asentir.

—Tienes razón, por supuesto. —Seguía atrapada por el hechizo y confiaba en él.

Supe cuando cruzamos al Purgatorio. Habíamos conducido por lo que parecía un callejón sin salida en el Inframundo y terminamos en un bosque cubierto de hielo, en el medio de la nada. Esa vez no tuve ninguna reacción negativa al umbral, pero me pregunté cuán peligroso era realmente el portal. Mab había dicho que no era seguro viajar de manera directa entre la Tierra y los reinos, pero viajar entre el Inframundo y los reinos era más estable. En realidad, había dicho que no era seguro para humanos, así que, tal vez, ya no tenía que preocuparme tanto por eso. Eso si alguna vez llegaba a salir, claro.

Las ruedas de la limusina crujieron sobre el hielo y la nieve mientras viajábamos hacia el

castillo. Mi estómago estaba lleno de hormigas, no de mariposas. Eso hubiera sido demasiado tranquilo para lo que estaba sucediendo en la base de mi panza. Solo esperaba que no me diera hambre muy pronto.

Un frío polar me recorrió al bajar del auto. La ropa limpia que me habían dado en lo de Harry no había incluido un par de zapatos. Estaba congelándome.

Quaid me guio hasta las puertas grandes de un castillo enorme. La estructura de piedra era tan alta y extensa que hacía parecer pequeño el bosque que la rodeaba. Me estremecí cuando caí en la cuenta de dónde estábamos, y no fue por el permafrost bajo mis pies descalzos: el castillo de Mab. Su reclamo había sido concedido. Estaba en el Purgatorio... tal vez para siempre. El miedo a lo que ella podría hacerme (lo que ya le había hecho a mi madre) regresó de repente.

Temblando, seguí a Quaid hasta el vestíbulo principal. La temperatura interior no era muy diferente del frío glacial en el exterior pero, al menos, habíamos dejado atrás el viento penetrante. Estaba congelada hasta los huesos, y la ropa no me daba nada de calor. Podía haber sido mi imaginación o el hecho de haber caminado sobre hielo afuera, pero el piso de piedra tenía una calidez que no esperaba; no ayudaba mucho pero, al menos, no me preocupaba perder algún dedo por congelación.

Mab estaba sentada en un trono alto, observándonos mientras nos acercábamos. Los cuatrillizos y Quaid se inclinaron al saludarla. Quaid me empujó al piso. Ella se acercó adonde yo estaba arrodillada. La temperatura a mi alrededor bajaba más a medida que ella se aproximaba.

Como si fuera la primera vez que nos veíamos, me echó la cabeza hacia atrás y me estudió.

—Oh, miren —expresó con regocijo—. Me trajeron un juguete nuevo.

Tragué un sabor amargo. Ella me hizo ponerme de pie. Los otros se enderezaron, pero ella los ignoró. Sus ojos eran tan azules que eran casi negros.

—Debes estar congelándote, querida. Déjame buscarte una bebida caliente.

Mace se puso tenso a mi lado, pero no dijo nada. Yo no tenía intención de comer ni beber nada. Recordé la advertencia de Jayne... No podía creer que estuviera dándole un nombre a la voz.

—No, gracias —rechacé, antes de que Mab tuviera oportunidad de llamar a un sirviente.

—Puedo ver que tienes frío. ¿No te gustaría algo que te caliente?

—No, gracias. Estoy bien.

Su rostro angelical ocultaba su verdadera maldad, pero su coraza comenzaba a romperse. Unas líneas finas aparecieron alrededor de su boca cuando sus labios formaron una sonrisa torcida. No había esperado que yo la rechazara. Sin hacer ni un gesto, me envolvió con su voluntad con tanta fuerza que apenas podía respirar. Me levantó unos centímetros del piso hasta quedar a su altura.

—Debo insistir.

Mace no había podido obligarme a comer la torta pagana en la cabaña; debía comerla de manera voluntaria. Supuse que las mismas reglas se aplicaban a ella.

—Dudo de que tenga el efecto deseado si me obliga. —Mi tono de voz era tenso. Apenas tenía suficiente aire para expresar las palabras.

Ella aumentó su poder; me sofocaba. Se acercó más, y quedamos casi nariz con nariz. Me ardían los pulmones por la falta de oxígeno.

—No estás en posición de negarte —expresó en un tono más bajo.

Se me caían los párpados. Estaba probando muy bien su punto. Sonrió y luego me arrojó al piso. Respiré agitadamente, aspirando aire lo más rápido posible. Aún intentaba regular la respiración cuando Quaid me puso de pie.

—Estoy segura de que algo de tiempo sola mejorará tu actitud. —Tenía un brillo malvado en

los ojos. Sacudió la mano en un gesto despectivo—. Llévela a Las Profundidades.

Dos de sus guardias, cuya presencia no había notado antes, llegaron por detrás del trono.

—Alto —ordenó Mace antes de que yo pudiera retroceder. Como si estuviese pegada al suelo, sin un deseo real de moverme, estaba atrapada. Mace me había ordenado detenerme (una simple orden) y ahora no podía moverme. *Oh, cielos. Control completo. ¿Era eso lo que significaba?* Él inclinó la cabeza y apoyó una rodilla en el suelo—. ¿Podemos hablar primero, tía, antes de que la envíes lejos?

Levantó la mirada; tenía los ojos grandes (esperanzados), pero yo sabía que no había manera de que ella le diera lo que él quería. Mab tenía una mirada engreída de indiferencia, pero todo lo que yo pude ver en sus ojos fue muerte. Me quería dispuesta. Al parecer, lo que fuera que me aguardara en Las Profundidades lograría eso. Ella sonrió.

—Ella irá a Las Profundidades mientras hablamos.

Ya sin arrogancia, la mirada abatida de él encontró la mía.

—Ve con ellos —indicó en voz baja.

Sin ningún esfuerzo consciente, caminé hacia los guardias. Quería correr, pero mi cuerpo no obedecería. No cuando Mace daba una orden en el Purgatorio. El control completo era una porquería.

—Ya tienen sus órdenes —les gritó Mab a los guardias—. A Las Profundidades con ella.

Los hombres me llevaron desde el vestíbulo principal por una serie de corredores hasta la parte trasera del castillo; luego, recorrimos otro largo pasillo y una escalera en espiral que parecía no tener fin. Bajamos y bajamos, hasta que por fin terminó tan en lo profundo que parecía una tumba. Mi pulso se aceleró cuando llegamos al final. Una sola puerta oscura estaba frente a nosotros.

## CAPÍTULO 21

**E**n China, se decía que el nombre del desierto Taklamakán significaba: “Entra y nunca saldrás”. *Las Profundidades*, como Mab llamaba al lugar, no se parecía en nada a los sueños en los que Mace me dejaba atrapada ni a las pesadillas controladas por la Guardiania. Las Profundidades, como resultó ser, era un mundo en sí mismo, un Taklamakán infinito, diseñado por Mab para que cualquiera se volviese loco.

No había ningún padre de acogida malvado ni un descendiente sociópata para atormentarme. No había nada. Nada más que yo y el viento o la lluvia, o la nieve, o el sol abrasador de verano en un desierto vasto e infinito. Tan abrasador que la boca se secaba por falta de agua, y los labios se agrietaban y sangraban. Eso era Las Profundidades, el infinito infierno de nada que continuaba durante días, semanas, y luego años.

Caminé sin rumbo fijo. No había nada que buscar, ni hacer, ni ver. Al principio, pensé que el aislamiento desolado me haría olvidar y enloquecer, pero el hechizo que había hecho lo hacía imposible. No había oído más a la voz, pero una serie de imágenes (la película de mi vida) pasaban una y otra vez por mi cabeza sin parar. No podía olvidar... nada. Eso podría enloquecerme más rápido que si estuviera perdiendo los recuerdos.

El tiempo en ese lugar era diferente. Los días pasaban como marcas en una regla. Los observé convertirse en semanas y, luego, en meses. Adelante y atrás, fin y comienzo, como si pudiera controlar el tiempo de alguna manera. Quizás en ese infierno podía.

Tropecé con una piedra y caí al suelo, pero me levanté rápido. Descansar no era una opción. Ni dormir, ni sentarme, ni detenerme. Los elementos atacarían si lo hacía. Terminaría en el medio de una tormenta feroz o de un viento polar.

Gruñí cuando se levantó viento. No me había levantado lo suficientemente rápido. La tierra comenzó a arremolinarse. Se venía una tormenta de arena. Corrí, intentando adelantarme al vendaval (intentando apartarme de su camino), pero era demasiado tarde. Un viento embravecido me golpeó y me arrojó al suelo. Después de haber pasado varias veces por lo mismo, frustrada, grité:

—¡Alto!

Al instante, todo se detuvo. Me esforcé por ponerme de pie y miré a mi alrededor. Estaba en medio de la tormenta, pero no se movía. Millones de minúsculos granos de arena estaban suspendidos en el aire. Sorprendente. Giré en todas direcciones con la boca abierta ante el caos contenido. Poder puro, suspendido en el tiempo. Era hermoso.

Un momento después, algo me golpeó en la mejilla con un pinchazo agudo. Luego otro... La arena. Mientras estudiaba las partículas suspendidas, estas se movían, vibraban un poco antes de volar en su trayectoria original.

Tenía algo de control, pero no el suficiente. Di vueltas, buscando la mejor salida. Un pequeño parche de cielo azul me llamaba. Corrí hacia el claro mientras la tormenta volvía a rugir, y la arena giraba más y más rápido. Se hacía más difícil ver. Continué, seguí corriendo hacia la luz azul brillante.

—Más rápido —les grité a mis piernas.

Sin ninguna advertencia, el tiempo avanzó y ya no estaba en el desierto. En su lugar, estaba en la tundra congelada, y la tormenta ya había pasado. Invierno, otra vez.

—Cuatro meses —señalé, sabiendo que ese era el tiempo que había transcurrido. Era extraño cómo podía presentir el tiempo allí. Podía verlo como si tuviera una línea de tiempo dibujada frente a mí. Claro que no creía que fuera tiempo real. Tiempo como en los sueños, tal vez. No estaba completamente segura.

Caminé durante otros dos días, haciendo comentarios sobre el tiempo (hablando conmigo misma), deseando que la voz volviera a hablar.

—Jayne —llamé dudosa. Estaba tan privada de interacción que agradecería su conversación con gusto. Ella permaneció en silencio—. Por favor, habla conmigo.

—Por fin —soltó ella en un tono exasperado—. ¿Se te ocurrió que debías darme permiso para hablar?

—Emmm... —No estaba segura de qué decir—. No me había dado cuenta.

—Bien, estás perdonada.

*Estoy perdiendo la cabeza.*

—No estás volviéndote loca —afirmó ella.

—Estoy aquí hace siete años o dos meses o dos segundos, dependiendo de cómo quieras mirarlo. Estoy cansada. No puedo dormir ni descansar. Estuve mirando mi vida sin parar, en forma de película, y no sabía cómo diablos salir de aquí ni cuándo terminaría esto. Así que, sí, estoy bastante segura de que estoy volviéndome loca.

—Podrías apagarla.

La película ya parecía la vida de otra persona, pero no podía apagarla.

—No tengo idea de cuánto tiempo estaré aquí. Si la apago, podría terminar olvidando mi propio nombre. Eso no es una mejor opción.

—Solo una sugerencia.

—Estás hablando conmigo ahora. Tal vez ya incliné la balanza de la locura. —La voz permaneció en silencio—. Está bien, digamos que no estoy loca. ¿Qué eres? ¿Quién eres? —pregunté, dándome cuenta de que no tenía idea de cómo hacer la pregunta correcta.

—Soy Jayne —respondió, como si eso lo explicara.

Quise darme la cabeza contra una pared.

—Bueno, Jayne, ¿qué demonios significa eso con exactitud? —Ella no dijo nada. Suspiré—. ¿Dónde estás?

—Atrapada dentro de ti, de alguna manera, no lo sé —admitió.

—¿Siempre estuviste ahí, solo que en silencio? Lo que es escalofriante, por cierto, si fue así.

—No. Solo recobré la conciencia después de que entraste al Purgatorio la primera vez. Decidí utilizar el hechizo que habías hecho como una manera de hablarte.

—¿Y por qué te callaste?

—Tú me lo ordenaste y, por alguna razón, no pude hablarte después de eso.

Lo pensé por un minuto. ¿Mis palabras tenían tanto poder? ¿Era como las sugerencias que les había hecho a Mace y a Sage?

—Sí, creo que sí —comentó Jayne.

—Claro, puedes oír todo lo que pienso. —Ella se quedó callada—. Creo que debemos superar estos secretos. En especial si yo no conozco ninguno tuyo.

—Yo misma no lo comprendo bien, pero es como si yo fuera tú, aunque no tengo control de tu cuerpo.

*¿Doble personalidad?*

—No, no es eso —respondió rápido.

—¿Cómo lo sabes? —Eso explicaría algunas cosas, ¿no? Lo había visto en un especial de televisión.

—No, mira: sé que tengo recuerdos que no son de tu vida. No puedo acceder a todos ellos, pero sé que están allí. Y no tengo la habilidad de controlar tu cuerpo. Si fuera una personalidad alternativa, podría hacer eso, y no podríamos tener una conversación.

Me dolía el corazón de solo pensarlo.

—Cuidado —advirtió, antes de que tropezara con otra roca.

Estaba tan cansada que solo quería sentarme por un minuto y no hacer nada.

—¿Tal vez deberíamos intentar salir?

—Me encantaría. ¿Tienes alguna idea?

—¿Podemos dejar que la tormenta nos mate?

—Esa es una idea interesante, pero ¿qué sucede si no funciona? Ella puede estar planeando dejarnos aquí abajo para siempre.

—Lo dudo. ¿Cuál sería la diversión?

—Supongo que te refieres a su diversión, ya que no tendría la gratificación de jugar con nosotros a diario.

—Sí, por supuesto.

No sabía qué responder a eso. Desafortunadamente, estaba segura de que ella tenía razón.

—Podrías volver a intentar detener las cosas.

—¿De qué servirá? No duró mucho la primera vez.

—Quizás intentar avanzar el tiempo.

—Sí y, a veces, el tiempo retrocede. Además, no sabemos si eso nos ayudará a salir.

—De acuerdo, esto no nos lleva a ninguna parte. ¿Hablares sobre el verdadero problema, entonces?

Resoplé.

—¿Cuál?

—El bebé. Jack y Junior. No actúes como si yo no supiera lo que piensas.

—No sé qué pensar al respecto. Si es real, y Mace me lo quita...

—Si el bebé es real y es de Junior, ¿lo querrás?

Había estado ignorando mi preocupación por lo que había sucedido realmente con “Junior, el novio” en su habitación de hotel y por si el bebé podía ser suyo o no. Mace no lo había presentado hasta después de haber regresado de la Noche de Pelea, pero tal vez no significaba nada.

—¿Tú sabes qué sucedió de verdad? —inquirí.

—No, solo sé lo que tú sabes.

Eso no ayudaba para nada.

—Sí, y yo estaba en esa habitación de hotel, a solas con él, fingiendo ser su novia. No recuerdo qué sucedió realmente.

—La Muerte estaba allí.

—El piso del baño estaba mojado —agregué.

—Podrías haber resbalado, caído y golpeado tu cabeza.

*¿Eso fue antes o después de haber dejado que Junior me llevara a la cama?*

—Creo que Jack lo entendería si lo hubieras hecho. —Me limpié una lágrima—. Junior es un hombre fornido —planteó—. Podría haberte lastimado si te hubieses resistido.

—Entonces, ¿por qué no lo recuerdo?

Ella se quedó callada.

Comencé a correr. De qué no estaba segura. Contemplé el vasto desierto ante mí, considerando el tiempo mientras corría. Imaginé que las estaciones pasaban frente a mis ojos. Y así lo hicieron.

Sin saber cómo lo había hecho, el invierno se transformó en primavera, y esta en verano, y este en otoño. Las estaciones pasaban en un círculo continuo mientras corría por el desierto, pensando en la siguiente estación.



—SIETE AÑOS —ANUNCIÓ JAYNE, COMO SI YO NO PUDIERA PRESENTIR EL PASO DEL TIEMPO.

Había descubierto cómo acelerarlo. Cuatro o cinco veces más rápido de lo normal, pero aún no se veía el final. Había estado en Las Profundidades durante casi cien años. Debido a mi habilidad para manipular el tiempo, se sentía como si fueran apenas siete años, pero hasta eso era una eternidad. Mi cuerpo se movía en piloto automático, y mi mente era un flujo constante de conversaciones con Jayne y de transmisiones en vivo de mis recuerdos, transformados en una serie melodramática. Bajé la mirada hacia mis manos y me detuve.

—Estamos envejeciendo —comenté al ver los signos de la edad frente a mí.

—No. Sigue moviéndote —pidió ella—. El tiempo no avanza en el exterior.

—No lo sabemos.

—Sí, lo sabemos. No hay modo de que esto sea real. Y deja de pensar en la eternidad; saldremos de aquí.

—Algo saldrá, pero ya no sé si seré yo. —Ella se quedó callada—. Tengo hambre —murmuré.

—Lo sé. Desearía que dejaras de pensar en eso —me reprendió.

—No es como antes. De verdad tengo hambre. Hace meses que estoy hambrienta.

—No podemos comer nada.

—Lo sé.

—Sé lo que piensas; detente. No podemos permitirle a ella que tenga ese poder sobre nosotras. Mace ya es suficientemente malo. Sabes lo que nos hizo. Control completo. Moriremos de hambre antes de darle eso a ella.

—Lo sé —espeté.

El tiempo comenzó a moverse más rápido. Las estaciones pasaban con tanta prisa que provocaban mareos.

—Suficiente —ordenó ella.

—No haré esto.

—Basta.

—No sé si pueda... Se viene la tormenta.

—Comienza a correr.

—No servirá de nada.

Me senté y luego me acosté en el suelo. Mis manos se habían marchitado con el paso de los años. Ahora estaban viejas y arrugadas. El reloj estaba llegando a los cien. Quería que todo terminara.

—No te rindas —pidió Jayne.

Yo estaba lista para morir. El viento comenzó a rugir. El polvo y la arena comenzaron a arremolinarse. Los escarabajos salieron de la tierra junto a mí. No había visto otro ser viviente durante un siglo, y ahora había unos espeluznantes insectos carnívoros a punto de atacarme. Al menos esperaba que eso significase que el infierno estaba terminando.

En segundos, los escarabajos se movieron en manada sobre mí y me envolvieron. Comían mi carne sin descanso. Mab estaría decepcionada porque no gritaba, pero había aprendido a ignorar el dolor percibido de ese lugar hacía mucho tiempo.

Mi cuerpo era un caparazón para cuando se desató la tormenta. Me arrancó los insectos antes de que la arena terminara el trabajo de quitarme la carne. En minutos, mis huesos quedaron expuestos a los elementos y, poco a poco, fueron pulverizados por los escombros. Estuve consciente durante todo el proceso, hasta que la última parte de mi cuerpo quedó convertida en polvo y voló con el viento.

Eso era Las Profundidades.



ME SENTÉ DE GOLPE CON UNA FUERTE INHALACIÓN DE AIRE. ME LEVANTÉ DEL BLOQUE DE PIEDRA Y corrí hacia una bandeja en el medio de la habitación. Rebasaba de frutas tan deliciosas que no parecían reales.

Se me hizo agua la boca, deseosa de comer todo lo que tenía frente a mí. Bananas maduras, frutillas tiernas, melocotones succulentos y manzanas jugosas me llamaban. Podía oler su aroma embriagador. Tomé una manzana. La cáscara brillaba con gotas de humedad. Ya podía saborear la dulzura crujiente mientras acercaba la fruta a mi boca.

“¡Detente!”, gritó Jayne.

—¿Qué? —pregunté, bajando la manzana justo cuando una gota de agua cayó en mi barbilla.

“¿Estás loca? Deja eso, ahora”.

Como si me quemara, arrojé la manzana y me sequé las manos.

—No estaba pensando. Lo siento.

“Deja de hablarme en voz alta. ¿Quieres que los guardias de afuera nos oigan?”.

—Lo siento —expresé. Luego: “Lo siento”.

El aroma a la comida me agitaba el estómago.

“Aléjate de la comida. Ve a revisar la puerta”.

Era una puerta grande de madera al frente de la habitación. Corrí hacia allí.

“Deberíamos verificar con nuestra presencia”, continuó.

“Lo sé. No nació ayer. Y, antes de que digas algo, sí, estoy bien”.

No estaba segura de cuán cierto era eso, pero no intentaría comer nada más. La película había terminado, pero la vida que había mostrado ya no la sentía propia. Cerré los ojos y pensé en el vestíbulo principal. Aparecí allí al instante.

Cinnamon, Sage y Sorrel estaban sentados solos, con la mirada perdida. Cinnamon giró lentamente la cabeza hacia mí y, aunque sus labios no se movieron, me dijo: “Aguarda”. Su rostro se puso tenso. Cerró los ojos y continuó con más claridad:

“No dejaré que Mab te presienta, pero no podré ocultarte por mucho tiempo”.

“¿Por qué?”.

“Me deberás una”.

Resoplé.

“Técnicamente, usted ya me debe una”.

“Deja de discutir —me reprendió Jayne—. No puede ocultarte para siempre”.

“Bien, le deberé un favor”.

Con cuidado, entré a la habitación. Mab y Mace hablaban al otro extremo, pero no podía comprender lo que decían. Miré a Cinnamon.

“No puedo entenderles. —Cuando no hizo ninguna sugerencia para resolver mi problema, agregué—: Mace destruyó el traductor”.

Ella suspiró.

“No puede destruir algo que uno de los tres creó. Lo apagó. Vuelve a encenderlo”.

¿Podría ser tan sencillo?

—Arregla el traductor —susurré.

“¿Cómo voy a hacer eso?”, inquirió Jayne.

“No hablo contigo. Le hablo al reloj”.

“Tú eres el reloj”.

“Lo sé pero, como no conozco otra manera de acceder a mi poder, se lo pido al reloj”.

“¿Con quién hablas?”, indagó Cinnamon.

“No es asunto suyo”, afirmó Jayne.

Sentí un pop en el oído, y pude oír a Mace y a Mab.

“Silencio, las dos”.

Mace estaba rogándole a Mab, casi lloriqueando.

—La traeré de regreso en cuanto haya completado la tarea. Debes dejarme terminarla.

“Quiere que matemos a Junior”, señaló Jayne.

La hice callar.

—¿Y si vuelves a fallar?

—No lo haré. Regresaremos antes del atardecer.

Los ojos de ella brillaron.

—¿Lo prometes?

Él dudó. Bajó la mirada y cerró los puños; era evidente que no quería hacer ese juramento. Los otros seguían sentados en silencio, junto a la pared. El ceño de Cinnamon estaba fruncido y sus labios apretados con fuerza, pero él no pareció notarlo. Regresó su atención hacia Mab y asintió.

—Prometo que la regresaremos antes de la puesta del sol. Tienes mi palabra.

Los labios de Mab se curvaron hacia arriba; al parecer, estaba tan feliz con los términos como Mace estaba infeliz. No discutieron las consecuencias en el caso de que él no regresara a tiempo pero, considerando lo encantada que ella parecía estar ante la idea del fracaso de él, estaba segura de que él no fallaría.

—¿Qué hay sobre Quaid? —preguntó Mace—. ¿Qué planes tienes para él?

Mab se enderezó y se sentó más erguida.

—¿Cumplió con su parte en la pelea?

—Sí, redirigió el equipo de seguridad asignado al sector de Junior hacia otra ubicación. Habríamos tenido éxito si Claire no hubiese estado con Junior.

—Bien —aceptó Mab; al parecer, estaba conforme con la cooperación de Quaid—. El será mi invitado aquí, en el castillo. Regresarás sin él.

Mace se frotó la nuca.

—Pero podría necesitar su ayuda para entrar a la empresa.

Mab sacudió la mano en el aire, como haciendo caso omiso de la preocupación.

—Usa a la chica.

Las cejas de Mace se unieron al frente.

—Tal vez no recuerde cómo hacerlo —planteó en voz baja.

Una sonrisa malvada se dibujó en el rostro de Mab.

“Esa bruja desalmada —comentó Jayne—... Cree que Las Profundidades nos quebrantó”.

No estuve de acuerdo ni en desacuerdo. En mi opinión, el jurado aún deliberaba sobre si estaba quebrantada o no.

—Su sangre te hará entrar —explicó Mab.

“Mi sangre. Hablará sobre mi sangre”.

Me acerqué.

“Está prohibido hablar al respecto. ¿Recuerdas?”.

Volví a callarla.

—¿Su sangre? —repitió Mace—. ¿Por qué es tan especial? ¿Por qué la herrera la quería?

Los ojos de Mab se desenfocaron. Se tocó el dije del collar, y una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

“Es un bonito dije, ¿verdad?”, comentó Jayne al pasar.

El dije era una antigüedad de plata con un rubí en el centro y unas líneas negras que irradiaban hacia todos lados. Al igual que todas las demás cosas que le había visto usar a Mab, esa era una joya preciosa, pero nada como para merecer tanto elogio.

“Sí, es linda. Concéntrate e ignora los objetos brillantes”.

—¿Tía? ¿Está todo bien?

Me concentré en él:

—Pídale que le cuente sobre su hermana.

“¿Qué haces?”, inquirió Jayne.

“Quiero oírla decir que es un mito”.

Mace sacudió la cabeza como para despejarla.

—Emmm... Cuéntame sobre ella. Sobre tu hermana.

Mab entrecerró los ojos. Dibujó un arco grande con la mano hacia los demás y ordenó:

—Silencio. —Se movió tan rápido que pareció haber desaparecido, y luego reapareció frente a él. Lo levantó del cuello y rugió—: Hablas de cosas que no deberías saber. —Mab revisó la habitación como si alguien pudiera estar escuchando.

“Maldición, nos está cazando. Cinnamon, ¿puede ella presentirnos?”.

Cinnamon permaneció en silencio.

Mace colocó la mano sobre la que le rodeaba el cuello.

—Lo siento. No quise molestarte —resolló en un tono apenas más elevado que un susurro.

Ella lo bajó al piso. Sonriendo, le cubrió la mejilla con una mano y lo acarició suavemente con el pulgar.

—No me molestaste, mi querido. Es muy raro que pueda hablar de esas cosas. Y no quiero que los demás oigan.

—Por supuesto —señaló él con voz temblorosa.

Mab regresó al trono. Él se levantó y se pasó la mano por el pelo, nervioso, como si eso pudiera calmar sus nervios.

—En primer lugar —planteó ella—, ¿cuánta sangre sacó la herrera?

—Mucha —admitió él—. Claire casi muere.

—¿Casi?

—Es obvio que no murió —agregó rápidamente.

—Me ocuparé de la herrera —indicó ella. Él frunció el ceño—. No te preocupes, no lo

asociarán contigo.

—Como quieras —expresó él.

Ella volvió a tocar el dije.

—¿Has oído hablar del cuarto reino, sobrino?

Mace sonrió.

—Sí, por supuesto, en cuentos de fantasía.

“Eso fue lo que dijo Harry”, me recordó Jayne.

—¿Y si te dijera que fue real?

Mace sonrió, sacudiendo levemente la cabeza.

—Es imposible. No te creería.

Los labios de Mab dibujaron una línea recta.

—¿Por qué?

Él movió el pie derecho hacia atrás, como si fuera a girar y a huir. Ella observó el movimiento. Él se quedó quieto y luego apoyó una rodilla en el piso.

—Discúlpame por haber dudado de ti, tía pero, para creer que el cuarto reino fue real, tendría que creer en su destino.

—¿Te resulta imposible de creer?

—¿Que un reino fuera destruido? Esperaría que sí —respondió Mace con las cejas más juntas—. ¿Estoy equivocado?

—Estás equivocado.

Él cerró la boca. Vi su nuez de Adán subir y bajar mientras tragaba saliva.

“Fue destruido”.

“¡No!”, exclamó Jayne.

“¿Qué pensaste? ¿Que lo habían abandonado?”.

“No lo sé. Nada. Estoy portándome como una tonta. Tienes razón. Habrá sido destruido”.

Ignoré la locura de Jayne y me concentré en Mace.

—Los libros hablan de una gran guerra —señaló Mace—. Mencionan que se destruyó el tiempo, y los reinos se dividieron. ¿Es todo verdad?

—Sí —contestó Mab.

Volví a concentrarme en él:

—La hermana gobernaba ese reino.

Él repitió como un loro:

—¿Tu hermana gobernaba ese reino?

Ella frotó el dije entre los dedos.

—Era mi gemela. ¿Cómo sabías sobre esto para preguntar por ella?

—No lo sé. —Su rostro mostraba confusión.

Volvió a revisar la habitación, pero no pareció presentir nada.

—El cuarto reino era real. Estaba gobernado por mi hermana y fue destruido hace diez milenios por tu padre, por Harry y por mí misma.

Jayne dio un grito ahogado. Mab se tocó el rabillo del ojo con el dedo.

“¿Qué sucede contigo? —No hubo respuesta—. Jayne, ¿qué sucede?”.

“Lo siento —respondió—. ¿Está secándose una lágrima?”.

“Así parece —contesté—. ¿Qué te sucede?”.

“No es nada, pero hay algo acerca de ese dije. Está despertando recuerdos”.

“¿Recuerdos?”.

“Habla sobre eso más tarde”.

—¿Cómo es que no lo sabemos? —preguntó Mace, lo que volvió a atraer mi atención hacia ellos—. ¿Por qué se cree que es un mito?

Mab estiró las manos y le hizo señas para que se acercara. Él se quedó parado por un instante, dubitativo, antes de caminar hacia ella. Mab le tomó las manos y luego le tocó apenas el rostro para que levantara la mirada hacia ella.

—Está prohibido hablar al respecto, pero volver a ver a Claire me recordó a mi hermana.

“¿Alguna idea sobre eso?”.

“No”, respondió Jayne.

—¿Claire? —Mace frunció el ceño—. ¿Cómo es que ella te recuerda a tu hermana?

—Su sangre es la misma.

Mi sangre. ¿Por eso es especial? Eso explicaría por qué estaba prohibido hablar sobre eso. Si estaba prohibido hablar sobre el cuarto reino, estaba prohibido hablar sobre mi sangre.

“Pero ¿por qué está prohibido?”, inquirió Jayne.

Me encogí de hombros.

—¿Claire tiene sangre del cuarto reino? —indagó Mace—. ¿Cómo lo sabía la herrera?

—La herrera puede presentir la sangre en otros —explicó Mab.

*Por eso ambas tenemos ojos que brillan de color verde.* ¿Eso nos emparentaba místicamente? ¿Había otros que tenían el brillo verde? Supuse que no importaba. No era como si todos los demonios estuvieran emparentados.

—¿Cómo? —preguntó Mace.

—No quedan muchos con esa sangre. Ella es hija de todos los reinos, lo que la hace impredecible y difícil de controlar. Pero eso no es asunto tuyo.

—La madre de Claire era humana. Si no quedan muchos, ¿quién es el padre?

Avancé un paso más.

“No, podría presentirte. Y sabes que no se lo dirá a él”, señaló Jayne.

“No lo sabes. Podría hacerlo”.

Mab le palmeó la mejilla.

—Claire tiene sangre del cuarto reino, pero no es una de los Caídos.

—¿Los Caídos?

—Así llamamos a los del cuarto reino —explicó—. Debido a eso, el origen de Claire es desconocido.

“¿Qué?”, preguntamos Jayne y yo al unísono.

Mace levantó las cejas.

—¿Cómo puede ser que no sepas?

—Es complicado —afirmó Mab y le soltó el rostro. Él dio un paso atrás y se pasó la mano por el pelo.

—¿Mi padre lo sabe?

Ella miró a los otros. Continuaban en silencio.

—Claire es muy especial.

“No creo que pueda soportar otra conversación sobre ‘Claire es especial’”, protestó Jayne.

“Tampoco yo”.

Mace frunció la nariz.

—Todos la tratan con favoritismo. ¿Por qué?

Los labios de ella dibujaron una sonrisa torcida.

—No es favoritismo, mi querido. Es el destino.

Él levantó una ceja.

—¿Destino?

—Existe un antiguo presagio.

—¿Te refieres a una premonición? ¿Una profecía? —inquirió él con los ojos bien abiertos.

“Oh, esto será bueno”, opinó Jayne.

La ignoré. Mab no estaría habladora por mucho más tiempo, y seguro que jamás me lo contaría.

Él dio un paso atrás cuando ella se puso de pie. Mab dio una vuelta alrededor de él y se paró de espaldas a Cinnamon y a los mellizos. Ladeó apenas la cabeza, miró a un costado por un instante y luego volvió a mirar a Mace. Como si tomara una decisión, fijó la vista en él.

—Un gran místico del cuarto reino profetizó sobre una Mensajera, que corregiría lo que perdieron los Antiguos. Ella sería de origen humano, con linaje de otro mundo, y tendría la sangre de los Caídos. Tendría el poder de ver la verdad y restauraría el tiempo en todos los reinos.

“Maldición. ¿El Jefe y Harry también creían esto?”

“¿Y cuál de los dos es tu padre?”, inquirió Jayne.

“Un problema jodido a la vez, por favor”.

—¿Linaje de otro mundo? —preguntó Mace—. ¿Mi padre es su padre? —Hizo una mueca—. ¿Es una de nosotros?

—¡No quiero ser una de ustedes! —le grité. Él miró en mi dirección pero, por fortuna, Mab no se dio cuenta. Lo que fuera que Cinnamon estaba haciendo para evitar que ella me presintiera también debía evitar que me oyese.

“Cálmate —sugirió Jayne—. Los guardias podrían oírte”.

—Nadie lo sabe con seguridad, pero las acciones de él no siempre dejaron en claro sus sentimientos. No la declaró suya en público.

“Eso es lo que creen los videntes. Creen que soy la Mensajera”.

“Así parece —acordó Jayne—. James te llamó ‘la Mensajera’”.

Lo recordé. Él había intentado contarme sobre el presagio, pero no quise escuchar. Pensé que estaba loco.

Mace se cruzó de brazos.

—¿Todos ustedes creen que Claire es la Mensajera?

—Es la mejor opción, aunque no es posible confirmarlo.

*¿Porque no saben quién es mi padre? ¿Cómo puede ser que no lo sepan?*

—Entonces, ¿mi padre podría ser su padre?

Mab sonrió.

—Te olvidas de algo: hay tres contendientes para padre de otro mundo, si ella es la Mensajera, por supuesto. Pero dudo de que Melinda haya sido fecundada de alguna manera con uno de mis óvulos. Claro que, con magia, supongo que cualquier cosa es posible.

Mace se quedó con la boca abierta.

“Ni siquiera hables del tema”, pedí.

“Pero podría ser”, comenzó a decir Jayne.

“No”.

—Entonces, ¿de verdad no saben? —indagó Mace pasándose la mano por el pelo—. Pero todos creen que ella es la Mensajera.

—Sí.

—¿Es por eso que la quieres?

—Es una de las razones, pero tengo varias.

“Harry dijo que ella no podía controlar el destino al controlarnos a nosotras”, me recordó

Jayne.

“Un problema jodido a la vez, por favor”.

Mab se miró las uñas y luego a Mace mientras él caminaba de un lado al otro, murmurando algo para sí mismo. Revoleando los ojos, ella levantó la mano como si fuera a dar por terminada la conversación.

—¿Cómo ve la verdad? —consultó él—. Dijiste que la Mensajera podía ver la verdad.

Mab bajó la mano.

—No estoy segura de qué don recibí. ¿Ver a través de los velos, quizás?

—Sí —respondió Mace con un chasquido de dedos y señaló a Mab. Bajó la mano cuando ella lo miró con el ceño fruncido—. Pudo ver la verdadera forma de la herrera... pero ¿cómo vio hermoso a la Muerte?

Mab se quedó boquiabierta. Se aclaró la garganta, y se tocó el dije distraídamente.

—¿Cuándo?

—Ya te lo dije: la herrera le sacó demasiada sangre. Casi muere.

Ella oprimió los labios en línea recta. Soltó el dije y cerró los puños.

—La Muerte no puede tenerla aún. Él lo sabe. No debería haber interferido.

—No se la quedó. Ella no murió.

—Él no debería haberse mostrado ante ella. Ella no debería haberlo visto.

*¿Por qué le importa?*

“No lo sé”, respondió Jayne en voz baja, como si le hubiera preguntado.

—No se mostró horroroso con ella. Estoy seguro. Pude ver la verdad en los ojos de ella —comentó Mace—. Pero ¿cómo es eso posible?

—Él no siempre fue como es ahora. Solía ser muy apuesto... hermoso. Mi hermana lo amaba.

—Mab hablaba sin emoción—. Eran almas gemelas, por no encontrar un término más adecuado.

*¿Almas gemelas?*

—¿Qué le sucedió?

—Nos traicionó y fue castigado. Es horroroso porque ahora su belleza está atada al ojo del observador. Deberías desear, sobrino, que jamás tengas el honor de conocerlo. Estoy segura de que tus acciones pasadas no lo mostrarían de la mejor manera. —Mace permaneció en silencio—. También es incapaz de amar a alguien que no sea mi hermana, y se vio forzado a matarla. Al final, ella solo vio su aspecto horroroso. Murió sin conocer el destino de él.

Jayne dio un grito ahogado.

“¿Qué te sucede?”.

—Eso no explica por qué Claire lo ve hermoso —argumentó Mace—. No es perfecta; ningún humano lo es. ¿Sus acciones pasadas no le mostrarían una imagen horrible?

Mab sonrió con la boca abierta.

—Claire no es completamente humana, pero tienes razón. No es perfecta. Lo vio cuando era una bebé. Cuando era inocente.

Las cejas de Mace se unieron al frente.

—Pero...

Ella levantó una mano y se acercó a él. Su cuerpo se puso rígido de un modo poco natural, pero no era por la conmoción. Lo envolvió con su voluntad.

—Es suficiente sobre el pasado por el momento. No quiero preocuparte con estos asuntos aburridos. —Cruzó la mirada con la de él y le acarició la mejilla—. Siempre has sido mi favorito.

—Él sonrió. Ella continuó—: no porque eres leal, sino porque eres confiado.

La sonrisa de Mace desapareció. Su ceño fruncido se profundizó. Unos momentos después, su

rostro se retorció de dolor. Luchó por alejarse de ella. Mab lo sujetó con más fuerza y lo mantuvo quieto. Sus labios se curvaron en una sonrisa malvada.

—Deshacerse de Junior y debilitar la base de poder de tu padre es poético, ¿no lo crees? La ironía es que ni siquiera tú te das cuenta de cuánto poder controlan ustedes cuatro. —Mace abrió los ojos por la conmoción—. No puedo permitir que recuerdes esta conversación —expresó con fingida tristeza—, pero disfruté haberla tenido. No suelo tener oportunidad de recordar a mi hermana. Si tan solo hubiera confiado en mí. Podríamos haber gobernado el mundo juntas. —Mab le golpeó la nariz—. Olvida.

Lo liberó y regresó al trono. Él sacudió la cabeza y abrió la boca, luego la cerró y volvió a abrirla.

—Lo siento, tía. ¿De qué hablábamos?

Ella no respondió de inmediato. Miró a su alrededor, y su expresión se endureció.

“Está buscándonos”, señaló Jayne.

“Lo sé”.

La tensión era evidente en el rostro de Cinnamon. No podría ocultarnos durante mucho más tiempo.

—La sangre de ella no es asunto tuyo. Es todo lo que diré. —Mab se desentendió del tema.

Reí.

Mab se puso de pie. Me había oído.

“Hora de irnos”, indicó Jayne.

## CAPÍTULO 22

**R**etrocedí cuando la puerta se abrió de golpe. El hombre más alto me tomó del brazo y me llevó escaleras arriba. El más bajo entró a la habitación antes de seguirnos.

Me llevaron por los pasillos hasta el vestíbulo principal. Los mellizos y Cinnamon continuaban allí, como hacía un momento, sentados a un costado. Mab estaba de vuelta en el trono, hablando en privado con Mace. Sus ojos se fijaron en los guardias.

—Oímos algo —informó el hombre más alto—. Estaba despierta.

—¿Comió la comida?

—No, Alteza, no lo hizo —contestó el segundo guardia.

Ella sacudió una mano para despedirlos. Se puso de pie y me miró con la nariz hacia arriba mientras se acercaba. La sonrisa no se reflejaba en sus ojos.

—¿Qué te pareció Las Profundidades?

—Un poco ventoso para mí —contesté.

Una pequeña línea se formó entre sus cejas. Mace se interpuso entre nosotras.

—Prometo que ella comerá la comida cuando regrese.

Me corrió un escalofrío por la espalda, y se me pararon los pelos de la nuca. Él podría hacerme comer la comida. Dado que él lo había ofrecido, no debía ser igual a que Mab me obligara. Estaba segura de que mi cara estaba pálida por el miedo cuando la mirada de ella se posó en mí.

—Lo sabes —me acusó.

“Eso es demasiado vago, yo no me delataría”, sugirió Jayne.

“De verdad, no nací ayer, ¿recuerdas?”.

Dando un paso atrás, Mace clavó la mirada en mí. No me molesté en desviar la mía. Él había visto la verdad en mis ojos. Sabría que no había olvidado nada.

—Tienes razón, tía, es la misma —afirmó—. Probablemente sea obra de mi padre.

Mab frunció el ceño.

—Explícate.

—Unos meses atrás, se enojó conmigo por haber hecho que ella olvidara algo. Tal vez haya hecho algo para que no pueda olvidar.

Levanté una ceja hacia Mace. Su versión de lo que me había hecho era ridícula. Mab me levantó la barbilla.

—Eso puede ser algo muy peligroso para hacerle a alguien.

“¿Por qué es peligroso? —consultó Jayne—. Nos salvó, ¿verdad?”.

“Sí, tal vez ese sea el problema. Nos salvó”.

—Pronto serás mía —anunció Mab—. Tendré tiempo de sobra para descifrarte. —Se volvió

hacia Mace, como olvidándose de mí.

Miré el reloj. Con el tiempo, Mab descubriría cómo funcionaba y me lo quitaría. Necesitaba algo de su sangre. Esa era la única manera de romper la maldición de manera permanente. Sin mi poder, no tendría protección contra ella. No podía perder el acceso a mi poder al perder el reloj. Cuando levanté la vista, ella se reía de algo que Mace había dicho.

“¿Qué harás?”, inquirió Jayne.

“Necesito su sangre. Haré que me la dé”.

“Eso suena doloroso”.

—Mab —llamé, ignorando la advertencia de Jayne—. Nunca será mi dueña como lo es el Jefe.

Me levanté la manga y deseé que la marca brillara de un naranja fuerte. No quité los ojos de ella, pero podía sentir el hormigueo en todo el brazo. La dejé a la vista el tiempo suficiente para que ella la observara. Mace había dicho que yo era la única marcada por el Jefe. Basada en la mirada sorprendida de Mab, debía suponer que ella no lo sabía.

“Mace está enojado”, señaló Jayne.

Él tenía los brazos cruzados, y sus ojos entrecerrados estaban enfocados en mí. Me reí de él.

—Él hizo su propio reclamo. ¿Lo sabía? —le pregunté—. Tal vez deban formar una fila.

Mace comenzó a caminar hacia mí, pero Mab lo arrojó hacia atrás y lo sujetó con su voluntad contra la pared. Se me escapó una risita antes de poder reprimirla.

—Solo puedo tener un amo. Hasta ahora, él y el Jefe tienen una mejor mano.

“¿Qué diablos estás haciendo? ¿Intentas que nos maten?”.

“La Guardianas dijo que necesitábamos la sangre de Invierno para romper la maldición. No tengo otro modo de conseguirla, y ya oíste a Mab. Somos demasiado importantes para ella. Somos la Mensajera. No nos matará”.

“Esto no es un buen plan”.

Ignoré a Jayne. Si era lo que necesitaba hacer para liberar todos mis poderes, debía hacerlo. No sobreviviría a Mab sin eso. Harry había afirmado que no había modo de romper la maldición, así que supuse que ella tampoco lo sabía.

“Si es que esto funciona”, argumentó Jayne.

La sonrisa malvada de Mab se amplió.

—Eres mía, pequeña. ¿Te lo pruebo?

—Si cree que puede...

Sus labios se volvieron una línea delgada, y cerró los puños mientras me fulminaba con la mirada.

“Esto no terminará bien”.

“Cierto”.

Me encogí de hombros, y eso la llevó hasta el límite. Se movió tan rápido que se veía borroso. Me sujetó el brazo derecho y me pasó la mano por encima. La marca del Jefe brilló por un momento.

“Maldición, ¿viste eso?”, inquirió Jayne.

La marca del Jefe aún mostraba los símbolos, pero ahora también se veía su traducción. “Protegida por”. Al menos ahora sabía que Mace no había mentido.

Mab me tomó la muñeca y sostuvo mi brazo estirado. Con una sonrisa malvada, mantuvo la mano derecha por encima de mi brazo y comenzó a cantar, solo que esa vez pude entender lo que decía.

“Podemos leer antiguo y oírlo. Genial”, comentó Jayne.

“El traductor entiende antiguo; eso tiene sentido, supongo, pero ¿por qué ahora? ¿Por qué no antes?”.

“Tal vez mamá y papá tenían el control parental configurado como ‘Sin antiguo’”, opinó Jayne con sarcasmo.

“Quizás”.

Aun con mi nueva habilidad para entender antiguo, el canto de Mab tenía muchos sonidos sin sentido, que debieron utilizarse para la rima. Dejé de escuchar cuando la sangre goteó de su mano.

Aullé de dolor a medida que lava derretida abrasaba mi piel. La sangre de un rojo vivo se acumulaba en mi brazo antes de marcar su huella en mi carne.

Mi torso se inclinó, como si lo atravesara una descarga eléctrica. La marca irradiaba energía mientras se formaba y provocaba punzadas en todo mi cuerpo. Cerré los ojos, y mi presencia fue prácticamente expulsada de mi cuerpo.

Este se retorció por el dolor de la marca, pero mi presencia ya no podía sentirlo. Unos hilos blancos de electricidad rondaban la muñeca que Mab sostenía. Ella no lo notó, pero yo estaba segura de que el poder estaba acumulándose, como había sucedido antes.

Unos bucles de energía subieron por el brazo. El brillo fantasmal era visible para mi presencia, pero no parecía que Mab pudiera verlo. Recorrió mi cuerpo entero y envolvió la marca de Mace, pero no la del Jefe, como si la magia no pudiera tocarla. Mi cuerpo cayó al suelo con un golpe seco cuando ella me soltó. Observé cómo la marca desaparecía.

“Propiedad de”. Ninguna sorpresa.

Intenté en vano abrir los ojos. Mi cuerpo sin fuerzas, al parecer sin vida, estaba allí tirado, indefenso.

—Ya puedes irte —indicó Mab y liberó a Mace de la pared.

Él corrió hacia mí y acercó la oreja hasta mi boca, como si revisara que siguiera respirando. Me sobresalté cuando otra versión de mi presencia caminó hasta él.

—Mace parece preocupado, ¿verdad?

—¿Jayne? —pregunté—. ¿Cómo? —Ella se encogió de hombros y luego me miró de frente. Fue entonces cuando noté que sostenía algo pequeño y brillante—. ¿Qué es eso?

Ella se llevó la mano a la espalda.

—Nada de que preocuparse.

Me crucé de brazos.

—Ya tengo un grado seis de locura, así que, ¿por qué no dejamos estos tontos juegos sobre ocultarme información para protegerme? Es demasiado tarde para eso. ¿No lo crees?

Ella sonrió y abrió la palma de la mano. Era una bola de luz blanca radiante.

—¿Qué diablos es eso?

—Es cómo tu mente ve al bebé.

—¿Qué? ¿Por qué lo tienes tú? ¿Por qué está aquí?

—Lo mantengo a salvo.

—Quiero sostenerlo —expresé, estirando la mano para tomarla.

—Es mejor que no lo hagas.

—¿Por qué? ¡Es mío!

Ella levantó una ceja.

—Está más seguro conmigo —afirmó en un tono maternal severo. Sacudí la cabeza—. Están moviendo el cuerpo. Debemos irnos.

Mace hacía una última reverencia a Mab mientras los gemelos se llevaban mi cuerpo. Miré directo a Mab, pero ella no me presintió. Me di vuelta.

—Quiero sostener... —Estaba sola—. ¡Jayne!



REGRESAMOS A LA CASA DE HARRY EN EL INFRAMUNDO, Y COLOCARON MI CUERPO EN EL SÓTANO. No lo seguí hasta abajo. Tenía miedo de que las marcas me dejaran atrapada, y no quería quedarme sola con mis pensamientos. Jayne decidió ocultarse y no me hablaba.

Sage y Sorrel se dejaron caer en el sofá de la sala de estar y sacaron los mandos de la Xbox, listos para jugar Grand Theft Auto. Era evidente que no estaban preparándose para el gran enfrentamiento.

Cinnamon caminaba de un lado a otro, entre las habitaciones lujosas. Tenía el ceño fruncido. Se la veía preocupada. No la culpaba. No tenía idea de qué quería Mab realmente. Pero no se quedaría sentada observando a los chicos jugar videojuegos. Abandonó la sala de estar y se dirigió a la parte trasera de la casa. La seguí. Cinnamon golpeó la puerta al final del pasillo.

—Adelante —se oyó la voz ronca de Harry desde el interior. Él estaba parado frente a la ventana, mirando hacia la calle. Giró para mirarla cuando ella entró.

—Buenas tardes, tío.

Él inclinó la cabeza para que ella continuara. Cinnamon entrelazó las manos en la espalda, casi como si estuviera en posición de descanso.

—Estoy preocupada por el interés de Mab en nuestros asuntos.

Noté que ella no se sinceró del todo y le contó a Harry sus planes. Al parecer, no estaba segura de que él simpatizara con su causa. Yo estaba segura de que no le importaba un comino.

—Ella mantendrá su palabra. ¿Por qué estás preocupada? —La sonrisa de él era débil y el tono, apagado.

Cinnamon intentó devolverle la sonrisa, pero la mirada indiferente de él la obligó a bajar la vista.

—Mace estuvo hablando con ella en privado —explicó en voz baja—. No sé si él tiene en cuenta nuestros intereses cuando trata con ella.

Harry se paró derecho.

—Él no puede hacer un trato con ella en nombre de ustedes. Ustedes deben estar de acuerdo con los términos antes de hacerse responsables. Ella no es su ama.

—Temo que ella tenga demasiado control sobre mi hermano. —El tono de Cinnamon tenía un leve canturreo.

Harry resopló, sacudiendo la cabeza.

—Ya es mayor como para hacer sus propias elecciones. Él, solo él, deberá vivir con esas decisiones.

Ella cerró el puño izquierdo y luego lo abrió. Bajó la cabeza, pero no pude decidir si fue por respeto o por miedo.

—Ya no estoy segura de eso.

Harry caminó hacia adelante y colocó las manos sobre los hombros de ella; los frotó de manera tranquilizadora.

—Él no puede hacer tratos por ti, querida. —Le mostró una sonrisa tensa y luego regresó junto a la ventana.

Supuse que Cinnamon se iría, pero levantó la cabeza, oprimió los labios y dio un paso adelante.

—Este asunto con Claire es muy singular.

Él cerró los ojos.

—¿Él aún la tiene?

—Sí.

Él suspiró y abrió los ojos.

—Ya veo.

—No creo lo mismo que mi hermano. No creo que ella sea la preferida, pero sí parece despertar algo de interés en ustedes tres.

—Ella es de cierto interés, pero no es asunto tuyo —la reprendió Harry.

—Por supuesto, tío. —Cinnamon hizo una reverencia con la cabeza—. Gracias por haber hablado conmigo.

Me quedé cuando Cinnamon se fue. Él no parecía presentirme. Observaba la calle; los tendones de su cuello sobresalían. Hizo girar sus hombros, como si intentara liberar tensión, y luego se frotó la frente, frunciendo el ceño.

Examiné sus rasgos.

“No te pareces en nada a él”, opinó Jayne.

Me di vuelta, pero ella no estaba allí.

“¿Estás hablándome otra vez?”.

“Es imposible no hacerlo”.

Moví la cabeza de arriba abajo.

“Sí, estar loca es una porquería”.

Sonó el teléfono sobre el escritorio de Harry. Frunció el ceño y oprimió el botón del altavoz.

—¿Qué?

—Hola, jefe, soy Moe. Trabajo para Johnny.

Harry hizo una mueca.

—Sí.

—Bueno, verás, recogimos a la chica esta mañana, y pensé que querría saber que Johnny tiene pensado darle un castigo ejemplar. Ya sabe, por lo de la pelea. Para enseñarles a los demás.

Las cejas de Harry se unieron.

—¿Cuál chica?

—Claire.

Las fosas nasales de Harry se ensancharon.

—¿Tienen a Claire ahora?

—Sí, jefe.

Su rostro se enrojeció y le latía la vena del cuello.

—¿Cuándo la recogieron?

—Hicimos que uno de los muchachos que tenemos adentro la trajera esta mañana.

Harry se inclinó sobre el teléfono.

—Quiero que me escuches con mucha atención. —Su tono era bajo y amenazante—. Quiero que la liberen. No quiero que la lastimen. No deben darse lecciones. No deben ponerse ejemplos. No deben tocarla. ¿Fui claro?

—Em, sí, jefe. Lo siento, no sabíamos que estaba fuera de los límites. —Pude oír la preocupación en la voz temblorosa de Moe.

—No quiero que vuelvan a tocarla jamás. Suéltenla. Ahora.

—Sí, sí, seguro, jefe. —El tono de Moe era tenso y estaba lleno de temor—. Le avisaré a Johnny enseguida. Me ocuparé del tema.

Harry cortó y desapareció.

—Claire...

Maldición. Estaba en el sótano con mi cuerpo.

—Despierta —ordenó.

Mis ojos se abrieron de repente cuando fui arrastrada a mi cuerpo. Me latía el brazo donde Mab me había marcado.

—Claire —rugió.

Me senté.

—Sí.

—¿Por qué Mab te envió de regreso con Mace?

Me quedé mirándolo. Harry entrecerró los ojos. Aún tenía el rostro enrojecido. Su pulso seguía queriendo salirse de su pecho. Sonreí.

—Él se lo pidió.

—¿Por qué?

—Le dije por qué antes. No le importa, ¿recuerda?

Él bajó el tono de voz.

—¿Por qué cambiaría Mab de opinión?

Suspiré.

—Me encantaría decírselo.

Él levantó una ceja.

—No des por sentado que no te obligaré. —Hablaban en serio.

“No estoy segura de que sobrevivamos a que nos obligue a hablar”, planteó Jayne.

“No nos matará”.

Abrí la boca para decir: “Junior está siendo manipulado por Mab” y, tal como esperaba, mi garganta se cerró de manera dolorosa.

“¿No puedes deshacerte del hechizo?”.

“No lo sé”.

“La maldición se rompió. Inténtalo”.

Levanté el dedo índice.

—Deme un minuto.

Pensé en todas aquellas veces en las que había revertido un hechizo y en la vez que había permitido que el hechizo de la Muerte volviera a activarse. Recordé cómo había invertido el poder de las esposas del Infierno y le había dado una descarga a Mace, y en cómo esa misma energía había vuelto a formarse en la correa del reloj cuando había creído que él había lastimado a mi madre. La emoción había sido el gatillo.

Buscando en lo profundo de mi ser, sentí el poder dentro de mí y me concentré en las marcas de cada brazo y en el tatuaje que Mace me había dejado. Podía sentir el poder de la sangre utilizada para marcarme, así como el potencial de mi propia sangre. Combinando ambas sensaciones y mezclando sus auras con la esencia conectada a mi fuerza interior, comencé a ver la telaraña de potencia que tenía dentro de mí. Siguiendo los hilos de poder que corrían a través de mí, pude visualizar los lugares de mi cuerpo donde se conectaban. Era como si el poder extraño estuviera envuelto en una capa de mi propio poder.

Conté siete perturbaciones en el flujo de mi poder. Algunas las reconocí, como la que estaba abierta para la Muerte. Y las que estaban cerradas al Purgatorio: la mala sombra y el hechizo de amor de Charles. Seguían dentro de mí, y eso podría ser la causa de cómo yo podía afectar a otros.

Mientras buscaba la correcta, apareció otra. Tendría que averiguar qué significaban todas más

tarde. Por ahora, solo necesitaba encontrar el hechizo de Mab y cerrarlo. Ignoré los hechizos que ya estaban cerrados. Siguieron apareciendo más mientras buscaba el hechizo. Muchos estaban abiertos. Tendría que preocuparme por eso más tarde.

Oí a Harry pasar el peso de su cuerpo de un pie al otro, pero mantuve la concentración en mi búsqueda. Él tendría que esperar. Visualicé mi búsqueda como si estuviera recogiendo rocas del piso para ver cuáles eran geodas. Después de encontrar otras tres que no eran el hechizo (o hechizos que reconociera), por fin hallé la que quería. Para los ojos de mi mente, la geoda del hechizo tenía una tonalidad aguamarina y amatista y un diámetro de quince centímetros. Al principio no estaba segura de cómo cerrarlo, hasta que mi mente advirtió otra geoda brillante con los mismos colores. La recogí y, mentalmente, uní las dos mitades.

Mi garganta se aflojó, y un peso que no había notado antes desapareció de mis hombros. Harry se aclaró la garganta.

—Su hermana es una bruja —afirmé—. Me hechizó para que no pudiera hablar sobre el futuro. Su expresión no cambió. Era evidente que no estaba sorprendido.

—Mab quiere muerto a Junior.

—¿Tienes pruebas?

—¿Las necesito? Me envió de regreso para ayudar a Mace a hacerlo, pero creo que él también necesita la ayuda de Cinnamon, y ella no quiere hacerlo realmente. Él los tiene hechizados a todos.

Harry asintió y luego unió los dedos en forma de carpa, como si estuviera considerando algo.

—¿Tendrán éxito en asesinarlo?

—Espero que no. Usted puede asegurarse de que no lo tengan.

—No puedo interferir. Es la ley.

—Puede ayudar a arreglar las cosas. Él no tiene que morir.

Tenía los labios en una línea firme.

—Tal vez no haya nada que arreglar.

Abrí la boca para discutir, pero me detuve. Él escucharía, pero no ayudaría. Ya le había mencionado a Junior... y él no había hecho nada.

—¿La muerte de Junior es tan insignificante?

Harry se encogió de hombros.

—Como dije, no tengo permitido interferir. Las decisiones que toman deben ser suyas.

Salté del catre.

—¿Aunque su hermana esté manipulando a todos? —Me miró perplejo—. Puso un hechizo de amor en Junior... ¡fingiendo ser yo! Hizo que él dejara atrapados a los cuatrillizos para que ellos se enojaran lo suficiente y trabajaran juntos para matarlo. ¿Nada de eso cuenta como interferir?

—Es complicado.

¡Complicado! Se me pararon los pelos de la nuca.

—En caso de que no lo haya descubierto por “a todos” también me refiero a ustedes: el todopoderoso Rey Druida y el Jefe. Ella cuenta con que ustedes sigan sus malditas reglas mientras ella está fuera de control. —Respiré profundo. Harry debía saber la verdad. Debía saber que tal vez fuera yo la que jalara el gatillo—. Junior morirá.

“No se lo digas. No puedes confiar en él como lo hacías antes”, advirtió Jayne.

—¡Bien! —le grité a Jayne y me dejé caer en el catre. Me crucé de brazos y lo miré de frente. Esperé a que él hablara.

Harry frunció el ceño, y me di cuenta de que acababa de hablarle a Jayne frente a él.

—Es más complicado de lo que piensas —señaló él—. Ella solo puede ser acusada

formalmente durante una reunión oficial de los poderes reales. Yo tendría que convocar una sesión especial solo para debatir el tema con ellos.

Levanté las manos.

—Oh, por favor, con razón ustedes terminaron destruyéndose solos. Es un milagro que haya sobrevivido algún reino.

Harry abrió los ojos aun más. Utilizó su voluntad para deslizarse el catre hacia los barrotes, lo que dejó mis piernas atrapadas.

“No deberías haber dicho eso”, opinó Jayne.

“No me digas”.

Él se inclinó y se aferró a los barrotes cercanos a mi cabeza hasta que le quedaron blancos los nudillos.

—¿Qué sabes, Claire? —Su tono era calmado, pero él no lo estaba.

Tragué saliva.

—Oí a Mab contarle a Mace sobre el cuarto reino —confesé—. Ella dijo que la herrera era hija de todos los reinos y que yo tenía sangre del cuarto reino.

Él arqueó una ceja en señal de incredulidad.

—¿Habló sobre el cuarto reino con Mace?

—Sí, pero hizo que él lo olvidara. No sabía que yo estaba escuchando.

—Te habría presentido.

Sacudí la cabeza.

—No sé cómo, pero Cinnamon me ocultó de ella.

Él ladeó la cabeza. No me creía.

—También habló de su gemela.

—¿Mencionó a Jayne? —soltó Harry y se detuvo.

“¡Jayne! ¿Está hablando sobre ti? —Jayne permaneció en silencio—. Háblame”.

“No lo sé. No, no puede ser”, murmuró ella.

Harry se aclaró la garganta otra vez. Miré hacia arriba. Él me observaba.

—Mencionó que yo le recordaba a Jayne. ¿Es por mi sangre? Mi sangre del cuarto reino, ¿o ve un parecido con su hermana en mi rostro? —Él frunció el ceño—. No permitirá que lo recuerde de todas maneras. Oí la premonición. Sé que creen que soy la Mensajera. Solo dígame la verdad.

Su rostro palideció, y su expresión se quedó en blanco. Se alejó de los barrotes.

—Está prohibido hablar del tema.

—¿Por quién?

—Decreto real.

—Pero todos ustedes son realeza. Decrete algo más.

—¡No es tan simple! —gritó él, y perdió algo de compostura.

Revoleé los ojos; eso no lo hizo feliz. Yo estaba atrapada allí. Podía enojarse todo lo que quisiera. Yo quería respuestas.

—¿Es usted mi padre? —pregunté sin rodeos.

Él cerró los ojos y se frotó la frente.

—No lo sé. Ninguno de nosotros lo sabe. —El tono de su voz era bajo.

*¿Cómo es eso posible? ¿Cómo puede ser que no lo sepan?*

—¿Alguna vez durmió con mi madre?

Harry abrió los ojos de golpe.

—Seguro que Mab no. Oíste la premonición. Es tan posible que ella sea tu progenitora como yo.

—Claro, pero como ella señaló con tanta elocuencia —continué con una horrible imitación de Mab—: dudo de que Melinda haya sido fecundada de alguna manera con uno de mis óvulos. — Luego recordé lo que había dicho a continuación: “Claro que, con magia, supongo que cualquier cosa es posible”—. Bien. ¿Cómo es que tengo sangre del cuarto reino? ¿Nací así?

—No, tu sangre original fue reemplazada.

—¿Reemplazada? ¿Cuándo?

—No lo sabemos.

—Hay tanto que no saben... ¿Cómo es posible estar al mando y no saber? Usted dijo que ella no podría haberse llevado un hijo de él. Supongo que se aplica a usted también, así que, ¿no habrían verificado mi sangre cuando nació? Mi madre estaba saliendo con el diablo.

—Al momento en que te llevaron, no había indicios de que fueras su hija.

—¿Hicieron análisis?

—No. —Harry se encogió de hombros—. Él no te había reclamado.

—¿Es todo? ¿Aceptaron su palabra? Increíble. ¿Cuándo descubrieron que mi sangre había sido reemplazada?

—Después de que fuiste encontrada.

—¿Encontrada?

Hizo una pausa y volvió a frotarse la frente.

—Después de que él te trajo de vuelta, antes de cerrar el trato, él las ocultó a ti y a tu madre. Su ubicación se desconoció durante cuatro años.

“Cuatro años —repitió Jayne—. No lo recordamos”.

—¿Estuve con mi madre durante cuatro años?

“Deberíamos haberlo recordado”.

—Sí, lo sé. Quiero decir, estuve rememorando muchas cosas últimamente, y noso... yo no tengo ningún recuerdo de aquella época. —Él comenzó a caminar de un lado al otro—. Por favor —supliqué.

Él se detuvo.

—Fue una de las condiciones de Mab.

Furiosa, intenté apartarme de los barrotes. Quería pararme y arrojar el catre contra la pared.

—¿Dejó que ella me quitara los recuerdos de mi madre! —le grité—. Tengo un millón de recuerdos horribles de cada maldita cosa que me sucedió en toda mi vida miserable, pero la única cosa que podría haberme hecho feliz me fue quitada. Usted intervino para que no hubiera una guerra. Usted hizo el trato. Usted dejó que se los llevara. —Sin dudar, él asintió—. Lo odio. — Tenía un maldito recuerdo de todo, excepto de mi madre.

—Claire... —Su tono era suave, como cuando me hablaba de niña.

Pestañeeé para reprimir las lágrimas. Él no me haría llorar.

—¿Cómo me cambiaron la sangre? —pregunté—. ¿No regresaría, con el tiempo, a lo que tenía originalmente? Mi cuerpo produce sangre, como el de todos los demás, ¿verdad? ¿Y qué hay sobre el ADN? ¿No pueden hacer una prueba de paternidad?

—“Reemplazada” pudo haber sido el término incorrecto. Fue algo más completo que eso. Reemplazo total... Todo fue cambiado. Cambiado con magia.

—Todo tiene ADN. Está en mi pelo, mi piel, no solo en la sangre. ¿Todo fue cambiado?

Harry suspiró. Las arrugas alrededor de sus ojos revelaban su edad.

—No existe el ADN. No con nosotros.

—Entonces, sin mi sangre original, estamos perdidos.

—Se podría decir que sí.

—Ustedes creen que soy la Mensajera debido a mi sangre.

—Sí. —Él levantó la mano, listo para hacer el hechizo.

—¿Me hará olvidar todo esto?

—Debo hacerlo.

—¿Exactamente cómo arreglaré el tiempo si no sé que debo intentarlo? La profecía afirmaba que lo arreglaría, pero ¿cómo puedo hacerlo si no sé al respecto?

—Si tú eres la chica, encontrarás el modo.

Oh, cielos, ¿bromeaba?

—Aguarde —pedí antes de que él tuviera la oportunidad de borrarle la memoria—. Cinnamon no quiere seguir adelante con el plan, pero ella cree que Junior fue el que los dejó atrapados. Se la puede convencer de no participar. Por favor, dígame la verdad. Ella le creerá.

Él bajó la mano.

—¿Viste a Junior muerto?

—Sí.

—Cinnamon ya tomó su decisión. No interferiré con lo que es una certeza.

—Pero Mab está utilizándolos. Quiere el poder de ellos para su reino.

La expresión de Harry no cambió cuando volvió a levantar la mano.

—No puedo involucrarme.

—¿No puede o no quiere? —Silencio—. Mab sabe que la herrera tiene mi sangre. Wylan James descubrirá que la sangre es mía. Espero que eso sea algo que usted quiera mantener en secreto. —Harry deslizó el catre contra la pared—. Usted es un bastardo. No es mejor que ellos.

Él movió la mano.

—Olvida.

## CAPÍTULO 23

**L**evanté la cabeza y vi a Harry observándome. ¿Cómo llegué de vuelta a la prisión del sótano en su casa de seguridad?

Cerré los ojos y me llevé la mano a la frente. A un dolor agudo le siguieron imágenes que inundaron mi mente. Imágenes de la conversación que mantuvieron Mab y Mace en el Purgatorio, seguida de la conversación que Harry y yo acabábamos de tener. Mis recuerdos sobre descubrir cómo revertir hechizos estaban interconectados con los de mi madre y los de Jayne. Reprimí un sollozo cuando recordé lo que Mab le había hecho a mi madre... Cuatro años de recuerdos olvidados.

En un abrir y cerrar de ojos, todo regresó a mí gracias al hechizo que yo había hecho para que Mace no pudiera dejarme atrapada en una pesadilla y hacerme olvidar. A los ojos de mi mente, la geoda de ese hechizo brillaba de un rojo intenso mientras arreglaba los recuerdos que Harry había intentado quitar. Él tenía el ceño bajo y una expresión seria.

—¿De qué hablábamos? —pregunté, como si intentara recordar. Entrecerré los ojos y bajé la mirada, igual que había hecho Mace cuando Mab le había hecho el hechizo para olvidar.

Cuando levanté la vista, el rostro de Harry estaba relajado. Una sonrisa curvó lentamente sus labios, pero no había alegría. Sus ojos estaban oscuros por la tristeza.

—Nada importante —respondió—. Te dejaré para que descanses.

Se fue como si jamás hubiésemos hablado sobre el cuarto reino ni mi sangre ni mi madre ni el hecho de que ninguno de ellos sabía quién era mi padre.

“Nada importante. ¿Estás de acuerdo, Jayne? —Ella se quedó callada—. ¿Estás ahí?”.

Nada.

Suspiré con fuerza.

“No me hagas esto, no otra vez”.

Jayne estaba callada... demasiado callada. Cerré los ojos y salí de mi cuerpo.

—¿Dónde estás? Muéstrate —exigí, pero ella no dijo nada—. Por favor.

Nada.

Abrí los ojos y regresé a mi cuerpo. Jayne ya no estaba. Miré hacia adentro y observé los demás hechizos que continuaban allí. Nada estaba diferente. ¿Cómo podría haber desaparecido ella? ¿Adónde podría haber ido?

—Tienes permiso para hablar —señalé, pero nada sucedió.

Cerré los ojos y me apoyé contra los barrotes. La conversación olvidada con Harry daba vueltas en mi cabeza. A él no le importaba la muerte de Junior. Se había negado a contarle la verdad a Cinnamon.

“Lo que sucedió debe suceder”. Palabras de Quaid.

¿Sería por eso que Harry no ayudaría? Había mencionado que Cinnamon ya había tomado su decisión. ¿No había manera de salvar a Junior? ¿Todos mis intentos estaban destinados a fallar? Me llevé la mano al estómago.

—¿Mato a Junior para salvarte a ti, pequeño?

Me hice una bola en el catre. Quería dormir, pero mi mente estaba demasiado concentrada para descansar. Intentaba resolver los huecos en mi memoria. Los cuatro años que había pasado con mi madre habían desaparecido. Mis primeros recuerdos eran de un hospital. Los había pasado por alto porque suponía que eran de cuando había nacido.

Ahora profundicé más. Recordé la sonrisa preciosa de una joven enfermera llamada “Sarah”. Ella había querido la custodia pero, como no estaba casada, se la habían negado. Las mujeres solteras no eran elegibles como madres de acogida. Esa fue la primera en una larga lista de decepciones.

No había hablado hasta los seis años, cuando había tenido que llamar a Emergencias porque mi madre de acogida había tenido una sobredosis de somníferos.

Cuanto más recordaba, más se parecía la niña en mi cabeza a otra persona. Conocía sus esperanzas y sueños y decepciones. Conocía el nombre y rostro del primer tipo con el que había dormido, pero no podía recordar la sensación de su piel.

La puerta de arriba se abrió. Mace. El hormigueo leve de su marca se vio amortiguado de alguna manera por la marca de Mab. Busqué en mi interior y encontré la geoda: violeta pálido como los ojos de él. Recogí las dos mitades y las uní. Sentí que la marca de mi espalda desaparecía.

—Levántate —ordenó.

No estábamos en el Purgatorio, pero obedecí. No tenía opción. No mientras él tuviera el poder de destruir al bebé. Reposó su mirada sobre mí.

—Ven —agregó, y me hizo señas para que avanzara.

Caminé hacia los barrotes, pero no lo miré a los ojos. Me estremecí cuando estiró los brazos entre los barrotes para tocarme. Me mantuvo en mi lugar con su voluntad.

—Mace, por favor, no lastime al bebé.

Él colocó la mano sobre mi estómago. Grité cuando me recorrió un dolor agudo, pero no estaba dirigido, como antes. Fue diferente. La energía solo rebotaba de un lado a otro y no golpeaba nada. Él se quedó callado, retiró la mano y la dejó al costado de su cuerpo con el puño cerrado.

—¿Qué hiciste?

Me abracé el estómago.

—Nada.

Él abrió la puerta de golpe e irrumpió en la celda. Retrocedí contra la pared.

—Pensaba que había sido claro —planteó él y presionó mi cuerpo contra la pared—. Me perteneces ahora. —Colocó las manos a mis costados y me encerró. Se acercó a mi rostro—. Yo decido qué puedes y qué no puedes tener.

—No sé a qué se refiere.

—No puedes cambiar las reglas, Claire. No en mitad del juego.

Mi corazón latía acelerado. Él estaba parado demasiado cerca. No podía respirar. Me sujetó las muñecas cuando intenté apartarlo. Me tomó de la nuca con la mano libre. Luché, pero dejé de hacerlo cuando él me sujetó con más fuerza y me aplastó contra la pared.

El poder se activó en mí antes de oír los diminutos hilos de energía chispear por mi mano izquierda. Él estaba cerca de mi rostro, pero no tuve miedo de que me besara esa vez. Estaba

demasiado enojado para eso.

—¿Dónde está?

—¿Qué? —pregunté con la voz entrecortada; apenas podía respirar.

—¿Dónde está el diminuto trozo de Jack que debo recoger?

—¿Qué? —Volví a tocarme el estómago—. No. El bebé, no. —Se me llenaron los ojos de lágrimas—. No hice nada. Lo juro. No pudo haber desaparecido.

—Sin embargo, así fue. —Me clavó las uñas en la muñeca.

El latido de mi corazón martilleaba fuerte en mi cabeza. El bebé había desaparecido. Jamás podría ver sus latidos en el ultrasonido ni sentir sus patadas. El chisporroteo de poder salió a la superficie. Unos hilos de energía me cubrieron la mano.

Mace estaba demasiado cerca. Estaba sofocándome. Quería que se apartara. Lo necesitaba lejos. Si veía la verdad en mis ojos sobre que no sabía qué le había sucedido al bebe, sería más razonable.

Coloqué mi mano izquierda sobre su rostro, con la esperanza de empujarlo con el poder creciente. Al contacto con su piel, una descarga de energía se activó en la habitación mientras los ojos de él se fijaban en los míos. Todo se volvió silencioso.

Respiré profundo de un modo irregular. Una pequeña vena bajo su ojo latió. Latía a un ritmo rápido, que aumentó cuando él se dio cuenta de que no podía moverse. Sus ojos estaban llenos de ira, confusión y miedo. No estaba en control y lo sabía.

—Déjeme ir —susurré.

Sus manos se aflojaron y luego cayeron. Con mi mano aún en su rostro, él retrocedió, lo que me dejó espacio para respirar. Nuestras miradas continuaron conectadas. Estaba atrapado, pero el poder que utilizaba para rechazar mi dominio no había aflojado.

—Deje de luchar conmigo.

Su cuerpo se relajó, pero su mente continuó dando batalla. Mi agarre flaqueó, pero no lo solté ni rompí el contacto visual. El poder se sentía como las sugerencias que había hecho antes, pero más fuerte. Era como si toda la magia que podía hacer tuviera sabor y, cuanto más poder se necesitaba, más intenso era el sabor. Ahora podía reconocerla por el sabor o por imaginar las geodas.

—¿Alguna vez hubo un bebé? —Antes no había tenido dudas, y las acciones de Mace no me habían dado motivos, pero quería oír que lo dijera.

La vena del ojo continuaba latiendo.

—Sí.

Su resistencia me debilitaba, pero me concentré en sus ojos e ignoré cómo el poder del hechizo agotaba mi cuerpo.

—¿Qué le sucedió?

—Robado. Perdido. Destruído.

*¿Destruído? ¿Mace creía que yo había matado al bebé? ¿Robado? ¿Quién podría habérselo llevado?*

—¿Le contó a alguien al respecto?

—No.

Mi concentración menguó, y casi perdí el contacto visual. Debía darme prisa.

—¿Podría confirmar que es de Jack?

—No.

No era que importase, pero tenía la esperanza de que él estuviese seguro. Estaba perdiendo el foco; mi dominio se desmoronaba. El poder para tenerlo atrapado era demasiado agotador. Se me

escaparía pronto entre los dedos.

—Se olvidará del bebé —ordené—. Jamás estuve embarazada.

—Jamás estuviste embarazada —repitió él cuando mi energía disminuyó y caí a los pies de él.

Pude oír el movimiento del aire acondicionado y el zumbido de los tubos fluorescentes. El silencio mortal del hechizo había desaparecido. Mace retrocedió. Se inclinó y apoyó la palma derecha sobre su sien; luego, se tocó el costado del rostro, donde había apoyado mi mano—. ¿Qué hiciste? —resolló. Me froté la palma. Se sentía tibia. Mace me levantó del piso de golpe, y el movimiento repentino me hizo sentir mareada—. ¡Contéstame! —gritó. Me arrojó al catre cuando mis piernas cedieron. Se inclinó sobre mí y jaló hasta sentarme; luego, presionó mi espalda contra los barrotes mientras me apretaba el cuello.

—N-no sé qué sucedió.

Sin quererlo, volví a frotarme la palma. Mace me sujetó la muñeca, pero la soltó rápido, como si se hubiera quemado. Me apretó más la garganta.

—Hablamos. ¿Qué nos dijimos?

—Juro que no tengo idea.

Entrecerró los ojos y me tiró hacia adelante, tan cerca que nuestras cabezas se tocaban. Sus fosas nasales se ensancharon. Estaba enojado.

—Mientes.

Pude sentir la ira que emanaba de él como olas, pero no sentí ninguna convicción en su voz cuando me había llamado “mentirosa”. Era como si no pudiera ver la mentira, pero estaba seguro de que yo había mentido. Yo estaba segura de que se debía al hechizo. Habíamos hablado sobre el bebé, pero él había recibido órdenes de olvidarse, y eso pudo haber confundido su habilidad para presentir la verdad. Yo dudaba de que le hubiese anulado la habilidad por completo en lo relacionado conmigo, pero respecto de eso en particular (el bebé), no podía ver la verdad.

—Usted sabría si estuviese mintiendo. Puede ver la verdad; es solo que no quiere creerla. — Intentando enfocar su atención en algo más, continué—: Bajó hasta aquí por algo. ¿Qué era? — Bajó la mirada, como si intentara encontrar la respuesta en su mente. Cerró los ojos. Un momento después, se apartó de mí y se paró derecho. Echando un vistazo a la escalera, señaló como si recordara y luego movió el dedo hacia los barrotes de la puerta, como si repasara sus movimientos en su cabeza. Rascándose la parte trasera de la cabeza, volvió a mirar hacia la escalera y luego a mí, con el ceño fruncido. No podía recordarlo. Observó mi brazo izquierdo y cerró el puño de la mano que se había quemado—. Tal vez es un recordatorio de no tocar lo que es de ella —sugerí, como si la marca de Mab hubiera causado el dolor de alguna manera.

Él levantó una ceja. Podía fingir que yo le pertenecía todo lo que quisiera, pero ambos sabíamos que Mab estaba a cargo. Flexionó la mano.

—Deberías desear que te entregue a mí, o —echó un vistazo alrededor de la celda— esta podría ser tu nueva realidad por años.

Como si la vida como su esclava sería mucho mejor. Él abrió la puerta de la celda para irse. Miró hacia atrás.

—Las Profundidades podrían no ser tan indulgentes la próxima vez. Nadie vuelve a ser el mismo cuando regresa.

Ese recuerdo estaba a salvo. Él no lo entendería, pero yo jamás volvería a ser la misma. Aparté la mirada de su expresión engreída.

—Te sugiero que cooperes cuando regreses —agregó—. Ella puede ser cruel si no lo haces.

¿Habla en serio? ¿De verdad creía que lo que ella había hecho hasta el momento había sido suave? Lo contemplé.

—Me arrojó a un agujero durante cien años. Tuve conciencia hasta que me volví polvo y me volé con el viento. Estoy más segura de lo que ella es capaz de lo que usted puede imaginarse. — Lo absurdo de su advertencia era ridículo. *El* era quien no tenía idea de lo que ella era capaz.

—Nos vamos en una hora.

Después de su partida, me dejé caer hacia atrás. La visita de Mace había dejado más preguntas que respuestas, otra vez. Me llevé la mano al estómago y me limpié una lágrima. Primero Jayne, y ahora el bebé.

Una paz tranquilizadora me invadió: la Muerte. Me senté derecha. Mis ojos se movieron de un lado al otro de la habitación.

—Muéstrese, por favor.

Él se materializó. La expresión de su rostro era tranquila, pero su mirada era intensa.

—¿Por qué está aquí? —indagué.

—Egoísmo, supongo —contestó la Muerte.

¿*Egoísmo*?

—¿Qué quiere decir?

Él deslizó la caja de madera y se sentó frente a mí. Tenía la sensación de que intentaba ver mi alma. Estiró una mano, pero la retiró cuando yo me mantuve alejada.

—Sé que sabes —afirmó.

Sacudí la cabeza.

—Yo...

—No te preocupes —me interrumpió—. Debería hacerte olvidar, pero no lo haré. No puedo.

Lo estudié. Su expresión no había cambiado. Su mirada estaba en llamas, pero su lenguaje corporal era calmado. Decía que no me quitaría (no quería quitarme) mis recuerdos, pero ¿por qué?

—¿Por qué no puede quitármelos?

—Egoísmo, recuerda.

¿Veía algo de ella en mí?

—No comprendo qué quiere decir. ¿Me parezco a ella?

—No. Es tu sangre.

—Sé que es del cuarto reino, pero...

—No, no es *del* cuarto reino. —La nostalgia en su mirada era evidente. Me tocó el rostro con suavidad. Su influencia tranquilizadora se intensificó—. Tú tienes *su* sangre.

Di un grito ahogado.

—¿Qué?

Él se inclinó hacia adelante cuando yo me eché atrás. Yo tenía la sangre de Jayne, no solo sangre del cuarto reino, sino *su* sangre. ¿De allí provenía mi Jayne?

—Eres todo lo que queda de ella —explicó él mientras enviaba otra ola de su influencia.

Sacudí la cabeza.

—Deténgase —le pedí—. No haga esto. —No podía permitir que la paz tranquilizadora y relajante que se sentía como el Paraíso me hiciera perder la concentración.

—No tengas miedo —expresó mientras retrocedía y dejaba un espacio entre nosotros—. No te haré daño. No puedo hacerte daño.

La Muerte se quedó sentada con las manos sobre el regazo. Me quedé contra los barrotes. Se sentía bien que me tocara, pero las emociones no eran reales. Él quería estar cerca de mí por Jayne. La única razón por la que no me haría daño se debía a que yo era todo lo que quedaba de ella.

Lo habían obligado a matar a la mujer que amaba, y luego lo habían maldecido para que solo la amara a ella. Pensé en Jack y en el bebé. Los verdaderos sentimientos de la Muerte no eran por mí, pero no debía ser tan dura. Yo no estaba maldita, pero mi amor estaba igual de perdido. Jamás volvería a ver a Jack si Mace se salía con la suya y, si de algún modo lograba sobrevivir y el Jefe me salvaba, él me quitaría a Jack por haber fallado en su trabajo... Y el bebé ya no estaba. La Muerte solo intentaba estar cerca de lo que más amaba. Sucedió que eso era parte de mí.

Me estremecí cuando levantó las manos, aunque fue más una reacción a todo lo que había estado sucediéndome y no necesariamente a causa de la Muerte. Él se quedó quieto.

—Estás triste —señaló—. Permíteme ayudarte.

—No hay nada que pueda hacer.

—Puedo consolarte.

Sus ojos brillaban (estaban esperanzados), pero la paz que él causaba era una ilusión. No era algo en lo que debía perderme.

—O puedo irme —ofreció, mirándose las manos sobre el regazo, abatido.

No podía echarlo.

—Puede quedarse.

Él abandonó la caja para sentarse a mi lado. Mi pensamiento inicial fue alejarlo, pero la felicidad y añoranza en sus ojos me lo impidieron. Había estado sin su amor durante mucho tiempo. Era una ilusión, pero yo era la única que podía brindársela. Quería abrazarme... Parte de mí quería ser abrazada.

Rindiéndome al deseo, descansé la cabeza sobre su pecho y me hundí en su abrazo. Me quedé dormida en sus brazos.



ME DESPERTÉ CUANDO SE ABRIÓ LA PUERTA DEL SÓTANO. TENÍA FRÍO, COMO SI EL CUERPO CÁLIDO con el que había estado hubiese desaparecido de repente. La Muerte no tenía un aroma, pero la sensación de su toque permaneció por un momento más. Me sorprendió que mi visitante fuera Cinnamon.

Estiré los brazos y el cuello.

—¿Qué quiere?

—Mace está listo para ti.

—¿Desde cuándo es usted su marioneta?

Ella levantó las cejas.

—Levántate, o lo lamentarás.

No me paré de un salto. No le tenía miedo. Había monstruos más grandes en mi vida. Cinnamon era apenas un pez guppy en ese estanque.

—Ahora —agregó. Me puse de pie lentamente. Ella sonrió—. ¿Te quebramos, Claire?

—Claire se convirtió en polvo hoy, más temprano. Yo soy lo que quedó. Se podría decir que tuve suficiente.

Ella levantó una ceja, tal vez pensando que bromeaba.

—Si tú...

—Por favor. —Levanté una mano. Sus amenazas eran en vano, y de verdad no quería oírlas—. Polvo, recuérdelo. ¿Podrá superar eso?

Su sonrisa se desvaneció. Harry no parecía creer que contarle a Cinnamon cambiaría algo. Esperaba que estuviese equivocado.

—No debería hacer esto. No necesita vengarse. Mace conseguirá que Mab los perjudique a los dos. Junior morirá si usted no se niega a ayudar.

No entré en detalles, pero le había dado suficientes motivos para echarse atrás. Mentalmente, encontré la geoda para el hechizo de Mace. Sosteniendo su poder en mi cabeza, toqué la mano de Cinnamon al salir de la celda. Una pequeña descarga de estática pasó de mí a ella.

—Hasta usted merece la verdad —señalé mientras ella ponía los ojos en blanco y caía al suelo.

Pasé por encima de su cuerpo y continué por las escaleras. Los muchachos aguardaban, pero no se dieron cuenta de inmediato de que Cinnamon no estaba detrás de mí. Pronto me siguió.

Mace vociferó sus órdenes.

—Nos harás entrar por el portal de la oficina de Junior, sin activar ninguna alarma.

Si él pensaba que yo era experta en utilizar los portales de la empresa, estaba a punto de decepcionarse.

—Parece tan dispuesta a ayudar, hermano... —se oyó la voz de Cinnamon detrás de mí—. ¿Qué hiciste para convencerla?

Él la ignoró. Ella estaba quitándose la última horquilla del pelo. Ladeó la cabeza hacia mí, pero no lo suficiente como para que los demás lo notaran.

Ese fue el único agradecimiento que obtuve, pero esperaba que ella se convirtiera en la Cinnamon “Ahora estoy a cargo” y que detuviera el plan de Mace. Lamentablemente, no hizo nada, y pronto decidí que Harry tenía razón: ella dejaría que las cosas sucedieran. Ya había tomado su decisión.

—Es hora —anunció Mace y abrió un portal a la empresa del padre.

Yo casi no tenía experiencia con ese tipo de viaje, pero sabía los principios básicos. No activar alarmas no era uno de esos. Pensé en la oficina de Junior, coloqué la mano sobre la superficie del portal y cerré los ojos.

Al menos no era yo la que sostenía el arma.

## CAPÍTULO 24

**M**e deslicé por el portal hasta la oficina de Junior. Quería que la pesadilla terminara, pero no había considerado realmente lo que eso significaba. Me conmocioné al ver sus ojos bien abiertos observarme. En ese momento, cuando bajó la guardia (justo antes de que Mace me esquivara y jalara el gatillo), vi felicidad.

—Claire... —expresó Junior antes de que la bala le diera entre los ojos y lo matara al instante.

El zumbido en mis oídos por el disparo desvió mi atención hacia la pared ensangrentada detrás de él.

Junior estaba muerto. No le había disparado, pero era responsable de mis acciones. Los había conducido por el portal. Les había contado sobre Junior. No había esperanzas de regresar a mi antigua vida. Mis oídos seguían zumbando cuando oí el sonido de voces que discutían a mi alrededor.

Sage y Sorrel estaban furiosos. Estaban conscientes ya. El hechizo debía haberse roto. Las agujas de mi reloj comenzaron a girar sin control, como lo habían hecho muchas veces antes. Se detuvieron cuando me concentré en estas y señalaron hacia el portal. ¿El reloj intentaba decirme que reaccionara y corriera? No importaba. Seguí el consejo y corrí. No llegué muy lejos: di un paso hacia el portal antes de que me arrojaran contra una pared.

—¿Adónde crees que vas, Claire? —preguntó Mace. Estaba sobre mí, con el arma en mis costillas.

—Mace —insistió Cinnamon—. Debemos irnos. *Ahora*.

Mace seguía mirándome. Seguía presionando el arma sobre mis costillas. Debería haber seguido el consejo de Cinnamon.

Se oyó un chasquido de lengua detrás y luego la voz inconfundible del Jefe:

—Esto será un desastre para limpiar —comentó—. Estoy seguro de que oiré las quejas de Mantenimiento.

Mace me miró con desdén.

—Esto no terminó —me susurró y luego enfrentó al Jefe—. Padre... —saludó con un gesto de la mano, una leve inclinación y un tono jovial, como si se hubieran encontrado para tomar algo.

El Jefe había estado examinando el cuerpo de Junior, pero giró cuando Mace lo saludó. Nunca fue sensible. Ese día no era la excepción. Estudió a los otros. Sage y Sorrel se quedaron acobardados en un rincón. Cinnamon tenía los puños apretados, pero se mantuvo en su lugar; se negaba a mostrar debilidad.

—Creo que necesitamos una nueva ubicación —señaló el Jefe.

En un instante, estábamos exactamente igual, pero en el Purgatorio, en el vestíbulo principal del castillo de Mab. Ella estaba sentada en su trono, y Quaid colgaba de los brazos sobre una viga

de madera, a la derecha. Estaba semidesnudo, y su espalda era una maraña de verdugones rojos y de sangre. Era evidente que lo habían azotado. El Jefe lo vio, pero no hizo comentarios.

—Hermano, qué bueno volver a verte. Veo que me has traído mi propiedad de regreso — planteó Mab mientras se levantaba y se acercaba a mí.

Retrocedí enseguida. Ella sonrió y encendió su marca. No fue tan doloroso, pero sí lo suficiente para llamar mi atención. Me detuve y dejé que se acercara.

—Eres domable —señaló—. Qué bien. —Se volvió hacia el Jefe y levantó una ceja—. No esperaba que la trajeras personalmente, hermano.

—Tú no estás realmente interesada en la chica —sugirió él—. ¿Qué quieres en su lugar?

Mab me dejó donde estaba y se acercó más a él.

—Ya veo —sonrió—. Viniste a negociar. —Sus ojos se posaron brevemente en los cuatrillizos, pero no dijo nada. Ninguno de ellos reaccionó.

Di un grito ahogado. Los cuatrillizos estaban congelados como estatuas.

—Hecho —expresó él.

¿Hecho? ¿Había cambiado a los cuatrillizos por mí? Harry había dicho que el Jefe me salvaría si pudiera, pero no creí que de verdad lo haría.

—Y —continuó— quiero a mi sirviente de regreso.

Quaid levantó la cabeza, y dejé caer mis hombros. Ella quería que Quaid se quedara con ella. Ahora lo tenía atrapado de alguna manera, sabiendo que el Jefe lo querría de vuelta. La sonrisa malvada en el rostro de ella era clara. Él no podía quedarse con ambos.

—Tengo derecho sobre los dos —explicó ella—. Tú solo hiciste el intercambio por uno. Estoy dispuesta a dejar que te lleves a cualquiera de los dos.

Ella sabía tan bien como yo que elegiría a Quaid.

—Va en contra de las reglas reclamar mi propiedad. Él no es parte de la negociación.

—Te traicionó, hermano. Según las reglas, eso lo convierte en un empleado libre. —Mab hizo una pausa y le sonrió a Quaid como si fueran amantes—. Lo conversé con él en profundidad cuando cenó conmigo más temprano.

Miró de frente al Jefe; su boca formaba una línea engreída. Jayne me había advertido sobre la comida, pero Quaid no debió haber sabido la regla; si no, ¿por qué la habría roto?

—Eso no funcionará en él —afirmó el Jefe.

*¿Cómo? ¿Es inmune? No es justo.*

—Es verdad que no obtuve el beneficio completo por eso, pero igual puedo reclamar. Tengo derecho sobre una —me señaló— y dominio sobre el otro. —Miró hacia Quaid—. Debes elegir a uno para la negociación.

La boca del Jefe se puso tensa, y sus cejas formaron una sola línea. Mab sonrió con expresión triunfante. Había intercambiado lo que realmente quería (los cuatrillizos) y ahora podría quedarse con el premio extra también: yo. En serio, ¿por qué diablos me deseaba tanto?

—Te daré un minuto para pensar en tu elección. —Mab caminó hacia donde colgaba Quaid. Pasó la mano por su costado y dejó cuatro líneas pequeñas de sangre por donde sus dedos habían arañado la piel. Se detuvo para ver su reflejo en el espejo grande, sobre la pared detrás de él.

Mi corazón se sobresaltó: el espejo de la Guardian. Esta me guiñó un ojo justo antes de que Mab se alejara.

—Deberías llevarte a tu sirviente —sugirió ella echándole un vistazo a Quaid al pasar—. Así ambos tendríamos algo con que jugar.

Al parecer, el Jefe estaba lo suficientemente aburrido como para ver la hora. Levantó la cabeza, pero desvió la mirada pronto cuando advirtió que yo lo observaba. Elegiría a Quaid.

Quedaría atrapada en el Purgatorio para siempre. Él no le contaría la verdad a mi madre. Diría que sus manos estaban atadas y se desentendería del tema. Me estremecí cuando Mab se detuvo junto a mí. Hice un esfuerzo consciente para no alejarme.

—Estoy muy interesada en saber qué la mueve —comentó ella mientras me apartaba el pelo del hombro—. Estuvo en Las Profundidades más temprano, ¿no te lo contaron?

—No —respondió él mirando a Mace.

—Dime cómo logró sobrevivir, hermano.

Cerré el puño cuando ella aumentó el calor de su marca.

—El reloj. Es uno de los de Harry.

Lo miré furiosa, pero él no estaba mirándome. ¿Cómo se atrevía a decirle algo? Mab me sujetó el brazo y me torció la muñeca para ver el reloj. Intenté sacar el brazo. Ella me sujetó con más fuerza.

—Por favor, deténgala —le pedí al Jefe.

Ella rio.

—Aún no decidí, pero ambas sabemos que se inclina por el sirviente. —Su sonrisa malvada estaba segura de que él elegiría a Quaid—. Tú y yo tendremos tiempo de sobra para hablar sobre Las Profundidades después de que se hayan ido.

Bajé la mirada hasta el reloj. No quería que ella lo tuviera. En mi paisaje mental de geodas, recogí las dos mitades que brillaban de un violeta fluorescente y las uní. El reloj se liberó.

—Ve a casa —ordené, y desapareció de mi muñeca.

Esperaba que encontrase a Harry pero, con mi suerte, probablemente estaría en la cómoda de mi departamento. No era que tuviese idea de qué haría Harry si el reloj fuese hacia él. Tal vez interferir era contra las reglas, pero el reloj le pertenecía, y yo quería que lo tuviese de regreso.

Mab gruñó e intensificó el calor. Haciendo un esfuerzo por ignorar el dolor, busqué en mi jardín mental de geodas. Como había descubierto, una geoda en uso brillaba. Por desgracia, la geoda de Mab era negra, y mi poder seguía descubriendo más geodas. Distraída por el dolor de su marca, no podía encontrar la otra mitad. No podía apagar su marca, pero al menos ya no necesitaba el reloj para utilizar mi poder.

—Llévate a tu sirviente y déjanos. Decidí que no puedes elegir a la chica.

—Así no funcionan las reglas, hermana —planteó Harry al materializarse en el vestíbulo. Guardó mi reloj en el bolsillo.

Mab respiró entre dientes y se dio vuelta. El dolor de su marca se volvió algo más razonable.

—¿Por qué estás aquí, hermano? Este asunto no es de tu incumbencia. No fuiste invitado.

Él frunció la boca y levantó las cejas mientras la miraba indignado. Estaba claro que él no necesitaba invitación.

—En lo que respecta a la chica —respondió—, es asunto mío. Soy su guardián en estos temas.

*Mi guardián.*

Caminó hasta donde estaba yo y colocó la mano sobre mi brazo. Eso apagó la marca de Mab por completo. Ella me señaló con el dedo.

—Tengo un reclamo legítimo sobre ella. Acordamos que me pertenecía.

—Sí, pero la ofreciste en una negociación. No puedes retirar la oferta hasta que él haya decidido a quién elegir.

—Decide, entonces —espetó y miró furiosa al Jefe.

Él me observó, pero me di cuenta de que ya había decidido, y no era yo. Bajé la mirada. No quería que él viese mi decepción por dejarme con ella.

—Quaid —anunció él.

—Guardias —bramó ella—. Liberen al demonio y lleven a la chica a Las Profundidades.

Mi cabeza gritaba que corriera, pero estaba paralizada. No había manera de escapar de ella. No en el Purgatorio. Aun si escapaba del castillo, no había salida. Le pertenecía a Mab. A mi poder, sin embargo, no le gustaba sentirse atrapado. Oí el leve chisporroteo de energía mientras unos hilos de poder se formaban alrededor de mi mano izquierda.

Quaid fue depositado en el piso. Estaba débil y, al principio, no podía levantarse. Pero no se quebraba tan fácilmente. Sin duda, Mab había hecho todo lo posible. Él se puso de pie con gran esfuerzo. Se notaba la determinación en la mandíbula. Sin dudarlo, caminó hacia el Jefe y se ubicó detrás de él. Quaid no estaba asustado por la idea de irse con él. No estaba segura de cómo había sido, pero sí estaba segura de que él no había traicionado a nadie. Había hecho su trabajo y ahora lo recompensaban con el regreso a casa.

Los guardias me sujetaron de los brazos. El poder que crecía en mi mano comenzaba a mostrarse. Lo contuve y lo oculté hasta que estuviera lista para utilizarlo.

—Un momento —intervino el Jefe—. Deseo recusar tu reclamo sobre la chica.

—¿Qué?! —exclamó Mab—. Eso ya se decidió. Me pertenece.

—¿Comió algo mientras estuvo en el Purgatorio? —inquirió Harry.

Mab dudó.

—No, pero...

—¿Qué pruebas tienes para tu pedido, hermano? —indagó Harry.

—Ella tiene un contrato firmado conmigo. No puede ser reclamada por Mab.

—¿Contrato firmado? —repitió Mab en antiguo—. Acordamos que ella jamás podría estar atada a ti.

Yo estaba segura de que ella creía que hablaba en un idioma que no podía comprender, pero los controles parentales estaban desactivados en el traductor. Podía entenderla a la perfección.

—También acordamos que tú no tendrías contacto directo —recordó Harry en antiguo—. Si juras que no manipulaste ninguno de estos hechos, rechazaré el reclamo de él. De lo contrario, ambos rompieron el acuerdo y, por lo tanto, ninguno estará en falta. Esas son las reglas, hermana.

Mab entrecerró los ojos. Pude ver que intentaba descubrir cuál sería su mejor estrategia. Si trataba de afirmar que no estaba involucrada, seguramente, Harry haría todo lo posible por probar lo contrario. Y, si eso sucedía, ella podría perder a los cuatrillizos, lo que había sido su objetivo original. Era probable que hubiese otras consecuencias, pero con esos tres, ¿quién podía llevar la cuenta? Definitivamente no quería quedar atrapada allí con ella mientras se determinaba una fecha para el juicio. Ella sonrió y continuó en mi idioma:

—Ella no tenía un contrato cuando entró a mi reino. Si hubiera sido así, lo habrías mencionado antes.

El Jefe chasqueó los dedos, y apareció un trozo de papel firmado en su mano. Lo reconocí de inmediato: era el comprobante que Mike me había hecho firmar. Pareció haber sido hacía tanto... Él me había dicho que estaba entregando mi alma. Un requisito para sellar el trato, pero pensé que estaba bromeando. Pensaba que el Jefe ya era dueño de mi alma. Mab le arrebató el papel de la mano.

—La sangre está húmeda todavía —señaló mientras inspeccionaba el papel—. ¿Cómo lo firmó antes de entrar al Purgatorio, entonces?

—El tiempo no siempre es lo que parece —le recordó el Jefe.

Las mismas palabras que ella le había dicho en la reunión en el Lux. Harry sonrió. Yo estaba segura de que él sabía cómo había sucedido. Él estaba al tanto de que los muchachos de Johnny me tenían unas pocas horas antes, y ahora mi otro yo acababa de entrar al Purgatorio. El Jefe había

estado haciendo tiempo. Debía esperar a que yo firmara el comprobante. Aunque lo había firmado recién, en realidad, lo había hecho antes de haber puesto un pie en el Purgatorio.

—Él tiene derecho, hermana —afirmó Harry—. La chica lo firmó antes de entrar a tu reino. Tu reclamo es inválido. Mab arrojó su voluntad sobre mí y me lanzó contra la pared del castillo. Gruñí, y perdí el aire de los pulmones. Ella mantuvo la presión y me quitó el aire hasta que casi no pude respirar. El Jefe no se inmutó. Se las había arreglado para que le perteneciera a él, pero no creía que de verdad se preocupase por mí—. ¡Alto! —Harry anuló la voluntad de Mab. Caí al piso—. Ya tienes lo que querías. —Hizo una seña hacia los cuatrillizos—. Ahora, acepta el trato y déjala tranquila. A menos que hayas reconsiderado y quieras afirmar que no tenías ningún conocimiento de los hechos.

—No tienes pruebas —espetó ella.

—Entonces, proclama tu inocencia —gruñó el Jefe—. Y veremos.

No tenía idea de qué significaba eso de proclamar, pero su expresión lo dejó en claro. Ella no intentaría esa táctica si su vida dependía de eso, y tal vez así era. Harry me ayudó a levantarme. Me mantuve cerca de él. Era el único en el que confiaba que respetaría las reglas.

—No vuelvas a entrar a mi reino, niña... a menos que quieras morir mil muertes. —Nos dio la espalda y regresó al trono. Antes de que yo quedara metida en ese desastre, ella había estado tras los cuatrillizos. Así que había obtenido lo que realmente quería. Solo la enfurecía que yo me hubiese escapado de entre sus dedos otra vez. El Jefe movió la mano hacia los cuatrillizos.

—Despierten.

Ellos miraron a su alrededor, desorientados por un momento. El ceño fruncido en sus rostros indicaba que ninguno estaba feliz de estar en el castillo de Mab. Los gemelos se miraron, sacudiendo los hombros y la cabeza. Habían estado bajo el hechizo todo el tiempo. No parecían saber qué había ocurrido. Considerando su odio por Mab, estaba segura de que Cinnamon habría preferido estar en cualquier otra parte. No podía culpar a nadie más que a ella misma. Le abrí los ojos antes de que mataran a Junior. Podría haberse echado atrás, pero no lo hizo. Los gemelos no eran inocentes pero, en su caso, eran víctimas del deseo de Mace y del plan de Mab.

Mace miró a Harry con los ojos entrecerrados y luego a mí. Quaid permaneció con el Jefe y yo, con Harry. Mace miró a su alrededor y vio que él y sus hermanos estaban del lado de Mab.

Quaid y yo nos iríamos. Si Mace no lo había descubierto ya, pronto se daría cuenta de que él y sus hermanos se quedarían con Mab. No creí que esa fuera una opción que él hubiera considerado cuando había decidido tomar ese camino. Tal vez nunca había contemplado la idea de que su padre le pasaría el control sobre él a Mab.

—Se quedarán en el Purgatorio —anunció el Jefe—. Todos. Mab tiene control sobre ustedes ahora.

Cinnamon abrió la boca como si quisiera decir algo, pero era demasiado inteligente como para mostrarle su jugada a Mab. Apretó los labios, como si supiera que no valía la pena pedirle a su padre que lo reconsiderara. Tendría que quedarse, igual que los otros.

Desvió la mirada antes de que lo hiciera el Jefe. ¿Eso era compasión? Tenía mis dudas sobre que ella lo viera de esa manera si fuera verdad, ya que el amor duro de él acababa de sacrificarlos por un guardaespaldas ensalzado. Él había tenido otros planes para recuperarme, pero supuse que no había contado con que Mab hubiese atrapado a Quaid.

El Jefe abrió un portal, y nos hizo señas para irnos. Comencé a caminar cuando Mace dijo:

—Quédate.

Perdí la habilidad de moverme. Mis ojos se abrieron aún más al darme cuenta de que el control de Mace sobre mí en el Purgatorio no había sido eliminado cuando la sangre de Mab había

roto la maldición y había liberado mis poderes. No podía caminar hacia el portal: su orden no me permitía abandonar el lugar. Quaid ya había cruzado el portal cuando Harry se dio cuenta de que yo no me movía. Miró furioso a Mab. Ella avanzó hacia Mace y le susurró algo al oído. Él palideció.

—Ve —susurró.

Mis piernas pudieron moverse otra vez. Harry me guio al portal y espero a que yo cruzara. Él y el Jefe nos siguieron. No volví a mirar atrás, con la esperanza de que fuera la última vez que estaba en el Purgatorio. Mace gritó mientras el portal se cerraba. Supuse que Mab no lo favorecía tanto como él creía.

El Jefe llamó al equipo médico, y enviaron a alguien enseguida para Quaid. Se lo llevaron para atenderlo. Regresaría a la normalidad al día siguiente. Yo no estaba segura de volver a ser normal alguna vez.

Harry me entregó el reloj. Volví a ponérmelo. Técnicamente, ya no lo necesitaba, pero no quería que ellos lo supieran. Además, era una manera muy sencilla de comunicarme con Harry. Tener al Rey Druida en marcado rápido no era algo malo.

—Gracias.

Él se volvió hacia el Jefe.

—Tenemos mucho sobre que conversar —planteó en antiguo—. ¿Te veo más tarde, esta noche?

—Sí —respondió el Jefe en antiguo.

Harry desapareció sin decir más. Parte de mí quería saber sobre qué hablarían, pero la otra parte no quería saber más nada con esas personas. Me había hartado del juego que estaban jugando con mi vida. Quería ser la chica de la parada de autobús de hacía cinco años. La que no sabía nada sobre ese mundo ni sobre su gente. Quería ser ella, no la versión arruinada de mí, que apenas había logrado escapar del Purgatorio.

El Jefe regresó a su escritorio y se sentó como si nada hubiese ocurrido.

—¿Necesitas algo, Claire?

¿De verdad pensaba que las cosas regresarían a la normalidad sin más?

—¿Amaba a mi madre?

—Obviamente —contestó.

¿Obviamente? No pensé que hubiera nada obvio en todo eso. Él la amaba, pero no se había molestado en reclamarme. No era necesariamente suya, pero él ni siquiera había revisado.

—¿Usted es mi padre?

—No. —Su respuesta fue rápida. Sin ninguna duda.

—¿Quién es mi padre?

Él se reclinó en la silla.

—No tengo idea. Tu madre jamás me lo dijo.

¿Hablabas en serio?

—Entonces, ¿estaba embarazada antes de conocerlo?

Me puse rígida cuando él se apartó del escritorio y se puso de pie, pero no rompí el contacto visual. No estaba dispuesta a dejar el tema. Él no me hablaría sobre la premonición, ni sobre el tiempo que yo había pasado con mi madre antes de haber sido descubiertas, pero debía saber algo.

Caminó hasta la ventana y observó la ciudad. Era otro día gris y melancólico. Como la primera vez que había estado en su oficina. Tenía la postura rígida y las manos entrelazadas en la espalda. Esperé que encendiera su marca, pero no lo hizo.

—¿Quieres que sea tu padre, Claire?

Me quedé boquiabierta.

—No, solo quiero la verdad.

Él se dio vuelta. Vi el más mínimo indicio de una ceja levantada, antes de que se recompusiera.

—No puedo decirte lo que no sé. Esa es la verdad. No te considero mía, si eso es lo que preguntas.

Sacudí la cabeza.

—Soy muy consciente de su opinión sobre mí. —Él unió sus cejas un milímetro. No fue un gran movimiento, pero me dio la impresión de que lo había ofendido—. ¿Qué hay sobre la profecía? —continué, sabiendo que él creería que hablaba de la de Wylan James.

—La profecía está completa —mintió.

Me crucé de brazos.

—Entonces, ¿liberé al gran destructor, causé una gran división entre los reinos y provoqué una tiranía como nadie había experimentado en miles de años?

Él se encogió de hombros con desdén.

—Las profecías siempre son algo vagas.

Lo miré boquiabierta. Él ignoraría todo el asunto como si no significase nada. Comenzó a regresar hacia el escritorio.

—No puedo seguir con esto —anuncié.

—No tienes opción. —Esa vez ni siquiera me miró.

Me di vuelta para irme. Me detuvo con su voluntad. Jamás lo había hecho antes. Quizás era contra las reglas en alguien que no estuviera bajo su control. Supuse que, ahora que era mi dueño, no tenía que reprimirse. El contrato que había firmado significaba que él tenía un control completo sobre mí. A menos que él lo quisiera, ni siquiera podía darme vuelta para mirarlo.

—Me engañó para que firmara —señalé, aunque no importaba.

Caminó con paso arrogante hacia mí, sosteniendo el comprobante para que lo mirara. Tomó el contrato de la parte superior y, lentamente, lo rompió a la mitad. Las dos mitades se prendieron fuego a medida que se separaban. Pude volver a moverme.

—Tuve que hacerlo por tu propia seguridad. De lo contrario, Mab se habría quedado contigo. No es alguien que se dé por vencida.

Me moví para pasar junto a él. Él estiró la mano para bloquearme el camino.

—No estás segura de si Mab piensa que estás desprotegida. Si te vas, sabrá que te liberé.

—Entonces, ¿debo quedarme, o ella volverá a intentarlo? —La seguridad en su rostro era evidente—. Que así sea —decidí y le aparté el brazo.

Él activó el único poder verdadero que tenía sobre mí: su marca. No me causó mucho dolor, solo el suficiente para recordarme quién mandaba. Me di vuelta para mirarlo.

—Es un bastardo insensible. No tengo idea de qué ve mi madre en usted, pero tal vez sea porque no la conozco. Nunca lo haré. Su hermana se ocupó de eso. —Para cuando estaba terminando de hablar, estaba gritando. Estaba furiosa y quería que él lo supiera—. Usted le dejó quitarme todo. ¡Todo!

Él no respondió. Solo me observó.

Quería pegarle. Sentí el poder de mi mano aumentar el pequeño chisporroteo de electricidad mientras se formaban los hilos de energía. Giré sobre los talones para irme antes de hacer algo estúpido. Él apagó la marca.

—No permití que te llevara.

Cerré los ojos por un instante y respiré profundo. Estaba muy cansada. Todo había cambiado.

No podía ir a casa para estar con Jack... pero quería hacerlo. En su lugar, estaba atrapada viviendo en ese nuevo infierno. Mi mente estaba sobrecargada con todo lo que me había sucedido... en toda mi vida. Quería lo que había tenido aquella mañana cuando me había despertado en los brazos de Jack. Algo real, que se sentía bien. Sin darme vuelta, pregunté:

—¿Dónde está Jack? —Supuse que él sabría—. Él y yo debemos hablar.

—Claire —expresó el Jefe, acercándose a mis espaldas. Me puse rígida cuando apoyó las manos sobre mis hombros. Nunca antes me había tocado—. Hay algo sobre lo que debemos hablar.

Giré para enfrentarlo.

—Sé todo sobre Jack. No es asunto suyo. Jamás debió haberlo sido, y jamás volverá a serlo. ¿Comprende? Jamás.

—Acepto tus términos.

—*¿Mis términos?*

—¿Qué quiere decir con eso?

—Me ocuparé del problema actual. Eres libre de encontrar una nueva relación. No interferiré —afirmó, como si esa fuera la respuesta que yo esperaba.

—Jack es mi problema. Me ocuparé del tema. —No lo quería cerca de Jack.

—Lamentablemente, ya fue transferido. A petición de él.

No. Mentía. Se suponía que Jack se reuniría conmigo para almorzar. Ese día. Éramos felices... Seguíamos siendo felices. Jack no habría solicitado un traslado.

—¿Qué demonios se supone que significa eso?

—Significa que no tienes que lidiar con eso. —El Jefe regresó al escritorio como si la conversación hubiera terminado.

—No acepto sus términos. ¿Dónde está?

—Se terminó. Sigue adelante.

Era mentira. No había forma de que Jack quisiera irse. La cajita roja vacía no era por nada. Él me amaba. El Jefe ocultaba algo. Se oyeron unos golpes en la puerta.

—Adelante.

Quaid entró, pero no era el Quaid que había regresado con nosotros. Aquel Quaid estaba siendo atendido por el equipo médico. Ese era el de más temprano. El que el Jefe estaba por mandar atrás en el tiempo para hacer de traidor, según me di cuenta.

Quaid se sorprendió de verme. Entrelazó los dedos y jugó con un anillo en su meñique. Él no usaba joyas y, definitivamente, no comenzaría con un anillo de platino que no le entraba en el meñique.

—¿Necesitaba verme, Jefe? —Continuaba con las manos delante de él. Parecía incómodo.

—Claire. Vete.

Observé las manos de Quaid con más atención. El dedo con el anillo sobresalía más que los demás, y apenas le entraba; quedaba encima del nudillo. Di un grito ahogado y lo miré con furia. No me miró. Mantuvo la vista hacia adelante.

Caí en la cuenta. Quaid no había estado buscándome a mí en el departamento. Había estado persiguiendo a Jack, y entonces tenía un anillo que claramente no le entraba ni en el meñique. ¿Era mi anillo? ¿El anillo que cabía en la caja roja vacía, oculta en el cajón de las medias de Jack? Debió haberlo tenido con él para cuando se reuniera conmigo a la hora del almuerzo. Se me llenaron los ojos de lágrimas. Transferido. ¿Era lo mismo que jubilado?

—Claire... —llamó el Jefe, pero lo ignoré.

Me abalancé sobre Quaid. Era un hombre fornido, pero no esperaba que me lanzara sobre él.

Apoyé la mano izquierda sobre el costado de su rostro; los hilos de poder fluían a través de mí. Sus ojos se clavaron en los míos.

—¿Dónde está Jack?

—Está jubilado.

Los ojos me ardían por las lágrimas.

—¿Ya está muerto? —Quaid asintió—. ¿Ese es mi anillo?

—Sí.

—Démelo. —Estiré la mano.

Él se lo quitó. Giró el diamante para ocultarlo. Debió haberlo traído para el Jefe como prueba de que Jack estaba muerto. Yo jamás debería haberlo visto. Jamás debería haber sabido que Jack me amaba de verdad. Quaid colocó el anillo sobre mi palma. Bajé la mano de su rostro. De inmediato miró al Jefe.

—Claire... —repitió el Jefe.

Me puse el anillo y me sequé las lágrimas. Sorpresa número dos. El anillo era precioso. Miré a Quaid a los ojos.

—Lo que sucedió debe suceder. —Giré para irme y luego miré hacia atrás—. Dele mis saludos a la reina. —El Jefe encendió su marca, pero eso no impediría que me fuera esa vez—. Ya no puede tenerme.

—No estarás a salvo —afirmó él con tono sombrío, como si de verdad le importara.

—Entonces, moriré.

No impidió que me fuera.

Regresé a mi escritorio. La luz del buzón de voz estaba encendida, pero la ignoré. Abrí el último cajón, donde guardaba mi bolso, pero no estaba allí. Seguía en la cabaña de Mace, en Gran Caimán. El cajón estaba vacío, excepto por un sobre con mi nombre. La escritura era delicada, como la de una mujer, pero no la reconocí. Abrí el sobre. La nota decía simplemente: “Lo siento”.

No estaba firmada, pero el papel olía a la apicultora angelical. Lo deslicé de vuelta al sobre y lo guardé en el bolsillo. Cerré el cajón, tomé mi llave extra y la grulla de papel de Jack. Estaba por irme cuando advertí la carpeta roja en la bandeja. La levanté y abrí el archivo en la última página. Nunca miraba la última hoja porque no quería saber qué habían hecho para terminar jubilados. Algo en ese archivo me dio curiosidad.

Revisé el documento. La razón era breve y no lo que esperaba. David Janus fue jubilado por uso inapropiado o fraudulento de bienes de la empresa: tarjeta de crédito corporativa.

Lentamente, cerré la carpeta. Él no era culpable. Yo había tomado su tarjeta y la había utilizado. Debido a mi inesperada situación con el viaje en el tiempo, había sucedido mientras él tenía la tarjeta. Tomé la carpeta y la pasé por la trituradora de papeles. RR. HH. encontraría el error con el tiempo, en unos cincuenta años... Mucho después de que David Janus hubiera muerto por causas naturales.

Eché un último vistazo a mi escritorio a través de las puertas de vidrio. Esperaba no tener que volver a ver ese lugar. Oprimí el botón del ascensor y esperé. Una sensación de calma me invadió cuando las puertas se abrieron. El ascensor parecía vacío, pero pude presentir su presencia.

—¿Puede llevarme a casa?

## ACERCA DE LA AUTORA

Wild Fey Books es el sello editorial de Heather Smith.

Heather es desarrolladora de software y autora. Escribe fantasía urbana bajo el nombre HD Smith; suspenso romántico, como Sloane Savage; e historias para niños de entre 8 y 12 años, como Morgan Quick.

Creció en Carolina del Sur, pero ha llamado “hogar” al Estado del Sol (Florida) desde 1997. Tiene una maestría en Ciencias Informáticas; sin embargo, su amor por la escritura ha desatado la sirena creativa de su alma.

Suscríbete a su boletín para estar al tanto de todo lo relacionado con Wild Fey Books.

<http://www.wildfeybooks.com>

## GRACIAS

Si disfrutaste el libro, por favor, considera dejar una reseña en Amazon, iBooks, Goodreads, B&N, Kobo o cualquier otro sitio de medios sociales que visites con frecuencia.

Si no disfrutaste del libro, por favor, considera una quema de libros muy pública... YouTube, medios de comunicación locales y nacionales, o TMZ pueden ser buenas opciones para promocionar el evento... Piensa en algo viral.

(No existe la mala publicidad en la industria editorial).